

La isla perdida

Esta edición ha sido patrocinada por:
Ayuntamiento de la Villa de Breña Alta
Cabildo Insular de La Palma
Caja General de Ahorros de Canarias
Unión de Asfaltos Palmeros S.L.

Manuel Poggio Capote
Luis Regueira Benítez

La isla perdida

Memorias de San Borondón
desde La Palma



Cartas Diferentes Ediciones
Isla de La Palma
2009

CARTAS DIFERENTES EDICIONES

Colección: *Decires. Cuadernos palmeses de folklore*, n. 1

Dirección: Manuel Poggio Capote

Consejo de redacción: Carmen Luisa Ferris Ochoa, María Remedios González Brito, Víctor J. Hernández Correa, Antonio Lorenzo Tena, Laura Santana Navarro, José Eduardo Pérez Hernández

Consejo de administración: Juan José Cabrera Guelmes, Víctor J. Hernández Correa, Manuel Poggio Capote, Luis Regueira Benítez, David Sanz Delgado

© De los textos, los autores

© De la edición:

Cartas Diferentes Ediciones
Carretera de Las Nieves, 8
38710 Breña Alta – La Palma (Islas Canarias)
<http://www.cartasdiferentes.com>

© Fotografías:

Archivo Eulogio Hernández López (San Andrés y Sauces); Archivo Familia Poggio (Breña Alta); Archivo Fernando Bullón (Santa Cruz de La Palma); Archivo Foto Gaspar (Tazacorte); Archivo María Victoria Hernández Pérez (Los Llanos de Aridane); Archivo Municipal de Los Llanos de Aridane (Los Llanos de Aridane); Archivo Municipal de Santa Cruz de La Palma (S.C. de La Palma); El Museo Canario (Las Palmas de Gran Canaria); Colección Ángeles Rodríguez Castro (Los Llanos de Aridane); Colección Conny Spelbrink (Puntallana); Colección Jaime Rubio Rosales (Aruacas); Colección José M. Morales Quintana (Telde); Colección Pedro Cabrera Díaz (Fuencaliente); Colección Pedro Rodríguez González (Tazacorte); Colección Pepe Dámaso (Agaete); Colección Tarek Ode y David Olivera (Santa Cruz de Tenerife); Colección Yurena Hernández Rodríguez (S.C. de La Palma); Museo de Artes Decorativas Cayetano Gómez Felipe (La Laguna); Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife (La Laguna).

© Ilustración de la cubierta:

Susana Gómez Morales, *Atardecer de San Borondón de Manuela Aleida* (2005).

Edición patrocinada por:

Ayuntamiento de la Villa de Breña Alta, Cabildo Insular de La Palma, Caja General de Ahorros de Canarias, Unión de Asfaltos Palmeros S.L.

Catalogación

El Museo Canario

Diseño y maquetación

Yosmary De La Cruz Aranguren
Gráficas El Time

Impresión

Gráficas Sabater

Depósito legal

ISBN 978-84-936817-0-8

POGGIO CAPOTE, Manuel.

La isla perdida: memorias de San Borondón desde La Palma / Manuel Poggio Capote; Luis Regueira Benítez. - Breña Alta (La Palma): Cartas Diferentes, 2009.

256 p.: il.; 20 cm. - (Decires: cuadernos palmeses de folklore; 1)
ISBN 978-84-936817-0-8

1. San Borondón. I. Título. II. Serie. III. Regueira Benítez, Luis
908 (309):(649.3)

Sumario

INTRODUCCIÓN	11
1. LA ISLA DE SAN BORONDÓN: LA HISTORIA DE LA LEYENDA	17
La leyenda de San Borondón	17
San Brendan de Clonfert	18
El san Brendan legendario	20
Las islas fantásticas en la mitología	27
San Borondón en un Atlántico superpoblado	32
Las características especiales de San Borondón	33
San Borondón en los mapas	34
2. HISTORIA DEL MITO EN CANARIAS: LA SAN BORONDÓN ISLEÑA	41
Primeros avistamientos y expediciones modernas	44
Dos expediciones desde La Palma en 1570	49
Hernando de Villalobos	52
Melchor de Lugo	55
Las penúltimas aventuras	60
3. LA PERVIVENCIA DEL MITO: SAN BORONDÓN Y LA PALMA DURANTE LA CENTURIA DECIMONONA	71
Los extravagantes testimonios de A. Burton Ellis	72
Los viajeros europeos y la visión científica del Ochocientos	78
La barca <i>Elvira</i> : ¿una última expedición en pleno siglo XIX?	82
San Borondón en la prensa	86
4. EL ÚLTIMO TIEMPO: LOS SIGLOS XX Y XXI EN LA PALMA	99
Fuencaliente	105
Valle de Aridane	112
Otros enclaves	121

5. LA HUELLA DEL SANTO: TOPÓNIMOS LOCALES Y MARCAS IDENTIFICATIVAS	129
Tzacorte	134
Barranco de la Herradura (San Andrés y Sauces)	153
Marcas de San Borondón	158
6. LA ACADEMIA BORONDONIANA: ARTES Y LETRAS IMAGINARIAS	165
Académicos de pincel y luz	166
Académicos de pentagrama	176
Académicos de tinta y pluma	187
7. DISCERNIMIENTOS OCEÁNICOS: ETNOGRAFÍA, ESOTERISMO Y CIENCIA	199
Etnografía	200
Esoterismo	205
Ciencia	211
CONCLUSIONES	229
EPÍLOGO	235
ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS	239
BIBLIOGRAFÍA	241

*A Carmen Capote Cabrera, que vive en la isla de los Bienaventurados.
A Mariló Orihuela Millares, tierra de magia, isla encontrada.
... y a Mario, que acaba de asomarse a su horizonte en busca de quién sabe qué.*

Introducción



Una vez más resurge, como es su periódico deber, la isla de San Borondón. En esta ocasión lo hace en forma de archipiélago de papel —porque es ése el material que ase el lector en sus manos—, pero durante el paseo al que nos invita hemos de tener presente que, en aleación con la celulosa, hay una buena parte del material del que están hechos los sueños.

La otra isla protagonista de este libro es La Palma, que, al decir de algunos, es un reflejo de San Borondón (¿o es a la inversa?). Sus costas son el lugar desde donde la onírica isla se ha oteado con más frecuencia (y tal vez con más nitidez) y sus puertos fueron las radas desde donde partieron algunas de las naves que se atrevieron a emprender la aventura de su búsqueda. La isla del santo

irlandés ha dejado en La Palma numerosos rastros, no sólo en la memoria colectiva de sus habitantes, sino también en lo que denominamos *la Historia*, en los documentos que hablan de su presencia o en los escritos que discurren sobre su realidad y sus características.

Sin embargo, el mito de San Borondón es patrimonio de todo el archipiélago. En no pocas ocasiones esta tierra se ha dejado ver desde otras atalayas canarias, penetrando también su recuerdo en la etnografía, la literatura, la toponimia y, sobre todo, en el universo cultural de los isleños, que encuentran en la escurridiza roca una seña común de identidad mucho más fuerte que los pleitos y rivalidades que a menudo enfrentan a unas islas con las otras.

Este libro tiene siete capítulos principales porque siete son las islas Canarias. Bien es verdad que existe una octava —San Borondón— que merecería el esfuerzo de redactar otro, pero tal vez así desvelaríamos al lector algunos misterios que, según creemos, debería tratar de hallar por sí mismo. Si San Borondón tiene un significado simbólico, éste seguramente estará relacionado con el placer de descubrir lo intangible más allá de lo que la razón (que no siempre demuestra ser razonable) nos enseña. Así pues, que cada lector escriba para sí el último capítulo de este libro y descubra cómo es la San Borondón que ven sus ojos.

Con *La isla perdida: memorias de San Borondón desde La Palma* se inaugura la colección «Decires: cuadernos palmeses de folklore». Esta serie, más allá del modesto volumen que lleva el número 1, promete ser una valiosa fuente de información y difusión del patrimonio sociocultural de nuestra isla, y esperamos que muy pronto se vea acrecentada con nuevos estudios que vengan a rellenar los vacíos que tenemos en el conocimiento de nosotros mismos. En relación con esto último, se debe subrayar que muchos materiales de la tradición —inexplicablemente sin hollar—, así como diversos escritos repartidos por La Palma y fuera de ella en más de un fondo, permanecen aún lejos de los circuitos habituales de expresión científica de nuestra ligüística, historia social, antropología y etnografía habituales. Así

pues, «Decires» quiere servir también de referente para la recuperación mediante nuevas exploraciones de fuentes sumidas, por su formato o el contenido que nos revelan, en un injusto letargo. Al esfuerzo de Cartas Diferentes Ediciones por crear esta colección hay que añadir, pues, la generosidad del Ayuntamiento de la Villa de Breña Alta, del Cabildo Insular de La Palma, de la Caja General de Ahorros de Canarias y de la empresa Unión de Asfaltos Palmeros (José Rodríguez Jiménez) al hacer posible que este proyecto salga adelante.

Este libro es fruto también de la colaboración de un amplio conjunto de personas que ha contribuido tanto en la recolección de datos o comunicación de testimonios como en tareas formales y de gestión. En primer lugar, vaya nuestro agradecimiento a María Remedios González Brito, responsable de la Biblioteca José Pérez Vidal (Santa Cruz de La Palma), que nos ha proporcionado innumerables referencias bibliográficas y nos facilitó algunos contactos personales. A los investigadores José Eduardo Pérez Hernández y Luis Agustín Hernández Martín, quienes leyeron hace cuatro años el esbozo de alguno de los primigenios capítulos de esta monografía y nos encomiaron a su conclusión. El propio Pérez Hernández, Antonio Lorenzo Tena y Fernando Aníbal Pérez Pérez son acreedores de nuestra gratitud por sus aportaciones hemerográficas y documentales. A ellos les debemos el enriquecimiento erudito de estas páginas.

Nuestros testigos directos de esta tierra mítica, que amablemente nos relataron sus recuerdos, fueron: Juan Luis Curbelo Pérez, Manuela Aleida Hernández Paz y María Nieves González en Fuencaliente; la Sra. Vda. de José Lorenzo Acosta, Pedro Rodríguez González y Felipe Jorge Pais Pais en el Valle de Aridane y la comarca del poniente de La Palma; e Yliní Álvarez Blas, Yurena Hernández Rodríguez (que tiene nombre de luz y que con el objetivo de su teléfono móvil captó en una ocasión el fulgor de San Borondón) y Ramón Gómez Rodríguez en Santa Cruz de La Palma. Ante la mirada cartesiana de nuestro tiempo, no debe de ser fácil narrar una experiencia como las suyas: nada menos que contemplar una tierra inexistente. A todos ellos nuestro agradecimiento.

Por las ilustraciones de este libro reconocemos la colaboración de Susana Gómez Morales (una acuarela suya enmarca el presente volumen) y, de nuevo, de Antonio Lorenzo Tena por sus figuraciones artísticas según algunos de los testimonios que acabamos de enunciar; e igualmente la de Pepe Dámaso, Tarek Ode y David Olivera por permitir la reproducción de algunas de sus obras, y la facilitada por Pedro Cabrera Díaz (antiguo farero de Fuencaliente), Eulogio Hernández López, Jaime Rubio Rosales, Conny Spelbrink, María Victoria Hernández Pérez, Javier Méndez Álvarez, José M. Morales Quintana, Ángeles Rodríguez Castro y herederos de Foto Gaspar de Tazacorte por su amable aportación fotográfica. Una mención especial merece Fernando Bullón, observador de meteorología del Aeropuerto de La Palma, cuyas fotografías de paisajes maravillosos menudean a lo largo de este libro; su desinteresada sesión resulta ejemplar. También María Remedios Gómez García (propietaria y directora del Museo de Artes Decorativas Cayetano Gómez Felipe), la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, El Museo Canario, el Archivo Municipal de Santa Cruz de La Palma y el Archivo General de La Palma cedieron especímenes de sus fondos y colecciones gráficas.

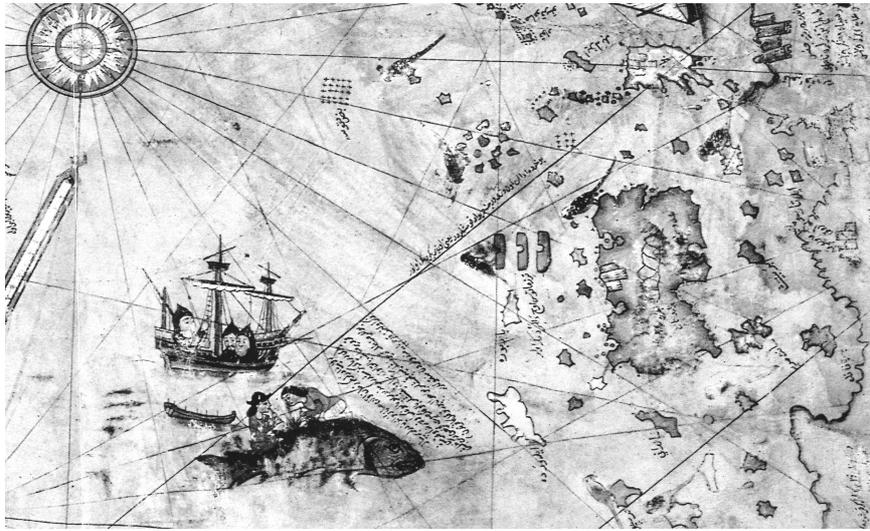
Guardamos también un cordial agradecimiento para nuestros rastreadores en la toponimia borondoniana: en Los Sauces, Teresa Rodríguez Herrera, José Batista Hernández, Cecilia Hernández y Hernández, Armando González Francisco, José Emiliano Concepción Expósito y Damián Castro Pérez; en Tazacorte, Francisca Acosta Concepción (funcionaria del consistorio local). E igualmente para quienes han guiado nuestros pasos en el terreno musical, como es el caso del docente Miguel Ángel Lorenzo Pérez, así como de Nayra Lorenzo Díaz, Roberto Díaz Ramos y Luis Cobiella Cuevas.

De Ricardo Suárez Acosta, José Antonio González Marrero, Óscar García, Miguel Ángel Santiago, Luisa Lorenzo, María Gómez Rodríguez de Okens, Pablo Victoriano Rodríguez Gómez, Antonio Henríquez Jiménez, Jesús Pérez Morera, Jaime Pérez García, Carlos Rodríguez Morales, Laura Santana Navarro, Chris Benn y Francisco Javier Martín Pérez valoramos su estimable

ayuda. Y de la misma manera tasamos alta la aportación de quienes nos han alcanzado alguna diligencia: Carlos J. García Méndez, David Sanz Delgado, Salvador González Vázquez, Luis García Martín, María del Rosario Pérez Camacho y Miguel Rodríguez Rodríguez, así como de otros muchos amigos, investigadores, archiveros y bibliotecarios de los que hemos recibido apoyo, aliento y auxilio. Y como siempre una calurosa mención a Víctor J. Hernández Correa por su amistad, su enorme capacidad de trabajo y su entrega encomiable en la revisión de este texto y en el cuidado final de la edición.

San Borondón —la isla perdida— nos aguarda. En La Palma palpamos su misterio, nos olvidamos de sus engaños y jugamos con sus trazos. Soñamos en papel. Situémonos pues, sin más dilación, tras su estela.

La isla de San Borondón: la historia de la leyenda



LA LEYENDA DE SAN BORONDÓN

Aunque toda historia tiene un principio, la de la isla de San Borondón hay que empezar a contarla por la mitad, porque sólo así podremos remontarnos hasta su origen sin perdernos y retomar luego el hilo hasta la actualidad, provistos ya del bagaje indispensable que nos permitirá saborear sus encantadores matices.

El nombre de *San Borondón*, que ha quedado definitivamente fijado en nuestro archipiélago como la nomenclatura más extendida para referirnos a esta isla navegante, no es el único que se le ha dado al fenómeno. *San Blandón*, *San Borombón*, *San Bolondrón*, *San Barandán*, así como una infinidad de

variantes más, son otras de las denominaciones que ha recibido la isla en el pasado; y de la misma manera que nosotros hemos elegido dar preferencia a *San Borondón*, en otros lugares han perpetuado otros nombres, como es el caso de la costa asturiana, donde aún existe el mito de la isla de San Baladrán, gracias, tal vez, a la playa de Avilés que lleva este nombre. En cualquier caso, todas estas denominaciones tienen, como es evidente, un origen etimológico común, que no es otro que el nombre del monje viajero irlandés san Brendan de Clonfert. Curiosamente, al igual que la isla que lo recuerda, el monje es conocido por numerosas variantes nominales, y no es raro encontrarse referencias que lo llamen *Brendán*, *Brandan*, *Brandán* o *Brandon*. Su nombre irlandés es *Brenainn* (también con numerosas variantes debidas casi siempre a la imperfecta transcripción del alfabeto gaélico), y el santoral católico español se refiere a él como *Brendano* o *Brandano*.

SAN BRENDAN DE CLONFERT

Sobre la vida de san Brendan existen numerosas obras biográficas¹ y hagiográficas², si bien las principales fuentes de información son las que conocemos como *Vita sancti Brendani* y *Navigatio sancti Brendani*³. Siguiendo estas fuentes podemos resumir que Brenainn nació alrededor del año 484 en el condado irlandés de Kerry. Fue criado y educado por santa Ita hasta los cinco años, cuando se hizo cargo de él el austero y severo monasterio de san Ercus, obispo de Slane, con quien pasó el siguiente lustro. Más tarde continuó su educación, primero en la escuela dublinesa regida por san Finnian y después en la

1 GONZÁLEZ MARRERO (1996), SÓRGEL DE LA ROSA (2001), VÁZQUEZ DE PARGA (2006).

2 WALSH (1854), pp. 451-453; BARING-GOULD, FISHER (2005), pp. 233-262.

3 Existen varias versiones tanto de la *Vita* como de la *Navigatio*, y de cada versión se colacionan numerosos manuscritos, datados especialmente entre los siglos X y XV. Originalmente cada una de estas obras tenía un carácter independiente, pero con el transcurso de los años se fueron influyendo mutuamente, de manera que en versiones más tardías de la *Vita* se incluyen elementos de la *Navigatio* y viceversa. No es objeto de este trabajo analizar la evolución de estas obras, por lo que remitimos a otros estudios más pormenorizados: ORLANDI (1968) y VÁZQUEZ DE PARGA (2006).

que san Jarlath tenía en Cluanfois, que luego trasladó a Tuam por consejo del propio Brendan. Esta época de formación, durante la cual se dice que convirtió al cristianismo al poeta Colman McLenin⁴, concluyó en el año 503, cuando fue ordenado sacerdote y comenzó la fundación de numerosos conventos y pequeñas comunidades monásticas, de todas las cuales fue abad.

Sus horas de meditación frente al mar, a la vista de las innumerables islas de la costa irlandesa, lo llevaron a organizar expediciones apostólicas por los territorios insulares más cercanos. En una de estas expediciones murió ahogado uno de los muchachos que estaban a su cargo, y la melancolía producida por su responsabilidad, por un lado, y probablemente las reclamaciones de la familia del fallecido, por otro, impulsaron su primer viaje de importancia, trasladándose a la Bretaña Armórica con un gran número de compañeros de su orden. Durante los cinco años que duró su viaje por estas tierras continentales, fundó numerosas instituciones religiosas, entre ellas un nuevo cenobio con escuela en la población de Ailech, junto a la actual Sant Malo⁵.

Tal vez fue desde Sant Malo desde donde salió san Brendan para su más famoso viaje —que es el que realmente nos interesa en este estudio—, aunque la mayoría de sus biógrafos lo hacen partir de las costas de Irlanda, concretamente desde el lugar que hoy se conoce como Brandon Hill, en su Kerry natal. En realidad no sabemos bien en qué momento de su vida emprendió Brendan esta aventura, ya que las diferentes fuentes ofrecen versiones distintas, de manera

4 En realidad, no es posible que esta conversión de Colman se produjera a tan temprana edad de Brendan, puesto que el poeta nació alrededor del año 522. Sin embargo, sí parece claro que ambos estuvieron juntos en la investidura del príncipe Aodh Caomh de Cashel en el llano de Femyn y que la vocación religiosa de Colman pudo gestarse en este encuentro, tras el cual abandonó su posición como poeta de la corte de Cashel para tomar los hábitos monacales. Más tarde fue obispo y santo.

5 San Malo (también llamado *san Macuto* y *san Maclovio*) nació en Montmouthshire (Inglaterra) en la década de 510. Fue discípulo de san Brendan en el monasterio de Llancarvan y acompañó al abad de Clonfert en su periplo fantástico. Los habitantes de la población francesa de Sant Malo, tradicionalmente dedicados a la pesca, dieron su nombre a las islas Malvinas.

que unas fechan la salida en su juventud, antes de su estancia gala, y otras la datan en su vejez, volviendo a Irlanda muy cerca del final de su longeva vida. De algunos pormenores de este viaje nos ocuparemos enseguida.

En cualquier caso, el episodio final de la vida de san Brendan hay que situarlo de nuevo en Irlanda, en el famoso monasterio de Clonfert, fundado por él en el año 560 como cabeza de toda la red de centros religiosos y educativos que dirigía. Brendan había dotado a la comunidad de unas reglas, supuestamente dictadas por un ángel, que regirían la vida diaria de los monjes y estudiantes durante varios siglos, aunque hoy no se conservan. El monje manifestó en varias ocasiones su deseo de morir en Clonfert, pero a la edad de 94 años, cuando sabía que su fin estaba cerca, se trasladó al hospital de Enachdune (también fundado por él y regido por su hermana santa Brígida) para pasar sus últimos días. Aun así, dejó claras instrucciones para que lo enterraran en Clonfert y, cuando murió el 16 de mayo de 577, su cuerpo fue trasladado en peregrinación hasta el fastuoso monasterio, no sin antes burlar las exigencias de quienes pretendían conservar su cuerpo en Enachdune para beneficiarse así de la santidad de que, según era fama, gozaba el finado.

EL SAN BRENDAN LEGENDARIO

Hemos visto, a grandes rasgos, los pasos del monje de Clonfert por el mundo, pero este personaje histórico siempre fue más conocido por la vertiente literaria gestada *a posteriori* que por sus hechos reales. Lo cierto es que los viajes de san Brendan fueron objeto de inspiración lírica para algunos autores, cuyas diferentes versiones sobre estas singladuras oceánicas tuvieron una extraordinaria difusión por toda Europa desde finales del siglo X hasta el XV. Estas obras de creación, que se encuadraban dentro de lo que podríamos llamar *literatura mística medieval*, han llegado a nosotros a través de los citados manuscritos que dan cuenta de la *Navigatio sancti Brendani*, un periplo atlántico que el monje realizó en compañía de otros clérigos y por el que conoció una serie de lugares extraordinarios.



San Brendan [miniatura], siglo VI [Universitäts Bibliothek de Heidelberg, RL]

En la literatura irlandesa medieval son frecuentes los relatos de viajes inspirados por motivos religiosos, conocidos como *imrama*, muchos de los cuales son anteriores al de san Brendan. Los viajes descritos en los *imrama* solían ser actos de penitencia para purgar determinados pecados; en no pocas ocasiones, en cambio, se trataba de aventuras místicas en busca de un lugar de retiro para meditar; otras veces eran motivados por la necesidad de encontrar comunidades a las que cristianizar; y, por último, podían obedecer a la búsqueda del Paraíso Terrenal, las Islas Afortunadas, la Tierra de Promisión o cualesquier otros lugares fantásticos de los que hablaban los autores de la antigüedad clásica y que frecuentemente eran situados océano adentro.

En el caso de san Brendan, los motivos varían según las diferentes versiones y normalmente fusionan varias de las razones que acabamos de enumerar. Así, según algunos textos, el abad suplicaba por encontrar un lugar solitario en el que dedicarse a la meditación, y Dios, a través de un ángel, le mostró la Tierra de Promisión y le dio instrucciones para hallarla; según otros manuscritos, un ángel enseñó a Brendan un libro sobre tierras maravillosas y hechos fantásticos, pero el fraile quemó el volumen por considerar que sólo reflejaba mentiras, por lo que fue penitenciado a conocer estas cosas personalmente y a dejarlas escritas de nuevo para enseñanza del poder de Dios.

En cualquier caso, es opinión común que los viajes del abad fueron inspirados por los relatos de san Barinto y su discípulo Mernoc, quienes aseguraban que navegando hacia occidente habían arribado a la Tierra de Promisión (es decir, al Paraíso), un territorio tan extenso que no habían podido llegar a su extremo tras haberlo recorrido durante quince días. Por eso el abad decide hacer los preparativos necesarios para emprender el viaje junto a catorce monjes de su congregación, a los que en el último instante se les unen otros tres.

Sea como fuere, con su partida, Brendan inicia un periplo oceánico en el que tendrá que someterse continuamente a las pruebas impuestas por la divinidad, aunque en numerosas ocasiones también podrá contar con la valiosa

ayuda sobrenatural. Se trata, en fin, de una odisea *sensu stricto*, ya que su trama recuerda las aventuras de los héroes clásicos, como Ulises o Eneas. En el caso del religioso irlandés, las pruebas y sus soluciones las irán ofreciendo alternativamente Dios y los santos, y en el caso de los héroes griegos eran los dioses protectores y enemigos los que representaban estos papeles. En ambos, la astucia, la piedad y el respeto a la divinidad se impondrán siempre a la maldad, al desánimo y a la flaqueza de espíritu.



Anton Sorg, *San Brendan sobre el lomo de la ballena Jasconius*
[grabado], ca. 1476 [AFP]

La epopeya de san Brendan, por tanto, como *imrama* o como odisea, se articula a través de una serie de escalas fabulosas, retos que, de no ser superados, podrían llevar a los viajeros a fenecer o a vagar indefinidamente por el océano. De hecho, el relato cuenta que el viaje les conducía cada año a los mismos lugares una y otra vez, repitiéndose esta especie de bucle temporal por espacio de siete años consecutivos. Así, atracaron en una isla en la que había un palacio, aparentemente deshabitado, en el que se les ofrecía toda clase de manjares, comodidades y riquezas, pero que en realidad suponían una prueba

para que ningún monje sucumbiera a las tentaciones del diablo; otra de las islas a las que volvían cada año era en verdad una enorme ballena, en la que celebraban una misa anual de Pascua; en otra isla, en la que se alojaban siempre desde Pascua hasta la octava de Pentecostés, encontraban numerosos pájaros, trasunto de las almas de quienes, sin haber pecado, habían consentido pecados ajenos, y que en los días festivos tomaban forma de ave para cantar a Dios; para Navidad arribarían siempre a un monasterio donde todas las necesidades estaban cubiertas por la divinidad y en el que los monjes no habían envejecido en ochenta años, dedicados únicamente a rezar en silencio.

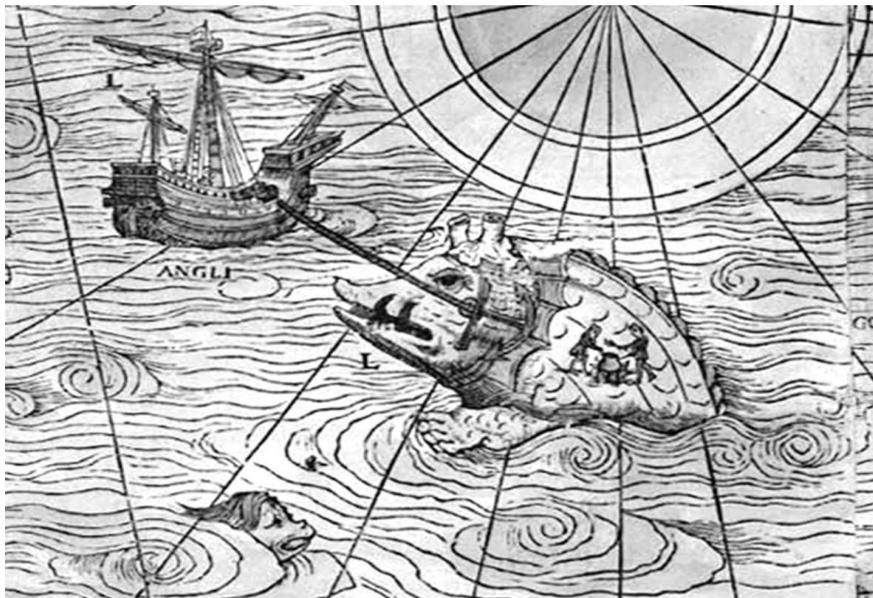
Además de estas paradas cíclicas, los peregrinos serían testigos de una lucha entre una ballena que había pretendido atacarles y otra que acudió en su ayuda gracias a las oraciones, y de la misma forma un grifo fue vencido en su



Mathis Hüpffuff, *San Brendan en su barca con los monjes y la ballena*
[grabado], 1510 [AFP]

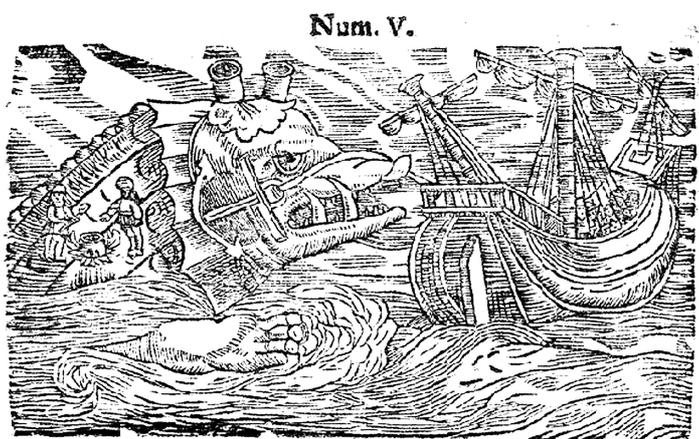
favor por una ave; visitaron una isla en la que había tres pueblos, habitados respectivamente por niños, jóvenes y ancianos; en otra se alimentaron de uvas del tamaño de manzanas. Cerca del final de su viaje, los monjes llegaron a las cercanías del infierno, donde Judas les contó cómo era torturado por los demonios excepto los domingos, cuando podía sentarse sobre una roca a recibir los embates del mar, no como castigo sino como una tregua a los tormentos. Transcurridos siete años entre éstas y otras aventuras, la comitiva llegó a la Tierra de Promisión, una hermosa isla repleta de árboles frutales y piedras preciosas en la que siempre era de día. Allí Brendan recibió el encargo de volver a su patria.

Entre estas escalas hemos nombrado el desembarco recurrente en una gigantesca ballena. La primera vez que atracaron allí la confundieron con tie-



Olaus Magnus, *Carta marina et descriptio septentrionalium terrarum ac mirabilium rerum in eis contentarum* [fragmento], 1539 [Biblioteca Rediviva de Upsala, RL]

rra firme, y en su lomo celebraron una misa de Pascua y prepararon un fuego para cocinar. Se dieron cuenta de su error cuando el animal comenzó a moverse, obligándoles a embarcarse en la nave apresuradamente, dejando sobre la espalda del cetáceo numerosos utensilios, entre ellos la marmita de cocción. Dios reveló a Brendan que se trataba de Jasconius, el primer pez que pobló los mares y, desde entonces, cada año los monjes volvían en la misma festividad a celebrar los ritos sobre su lomo. Es éste el episodio más famoso de la epopeya brendaniana y por eso en numerosísimas ocasiones el santo ha sido representado repetidamente sobre un cetáceo en las ilustraciones de las edades Media y Moderna; y en los bestiarios medievales, así como en la iconografía sobre la isla de San Borondón, no es raro encontrarse con el episodio de los preparativos de cocina.



Olaus Magnus, *Episodio de la preparación de la comida sobre el lomo de una ballena* [grabado], 1555 [Universitets Biblioteket de Lund, RL]

La aventura de la isla que resulta ser una ballena es idéntica a la que protagoniza Simbad el marino en su primer viaje —según se narra en *Las mil y una noches*—, lo que significa que la historia de la navegación de san Brendan tiene una estrecha relación con la literatura árabe, de la que podría ser deudora, tal

como afirma De Goeje⁶. Este hecho abre la posibilidad de que la epopeya de san Brendan esté inspirada en relatos previos, lo cual, unido a la existencia de numerosas historias de islas maravillosas en complejos mitológicos de distintas culturas de la antigüedad, nos anima a hacer un repaso de ellas para buscar una posible raíz común.

LAS ISLAS FANTÁSTICAS EN LA MITOLOGÍA

Comenzando por la posible relación de la *Navigatio sancti Brendani* con los viajes de Simbad, en realidad no está claro cuál de las dos leyendas es anterior en el tiempo, por lo que se podría pensar que la influencia literaria fue inversa, disyuntiva que resuelve Miguel Asín⁷ al identificar fuentes árabes del mito decididamente más arcaicas, como por ejemplo *El libro de los animales* de Al-Yahiz. Pero encontrar el origen primero del mito de la ballena es tarea ardua que no parece llevar a conclusiones definitivas, ya que muchas de las grandes culturas de la antigüedad de las que se han conservado relatos incluyen referencias a grandes monstruos marinos. Así, el judaísmo y el cristianismo mantienen la figura de Leviatán, representación de la maldad y del poder del maligno⁸; el *Avesta*, texto sagrado de la antigua Persia, también hace referencia a un gran pez; y algunos relatos egipcios hablan asimismo de un monstruo marino, aunque en este caso toma frecuentemente la forma de un gran cocodrilo.

Sin embargo, no debemos olvidar que en el caso que nos ocupa nos vale tanto una isla como una ballena gigante. Si repasamos la existencia de islas míticas en las antiguas culturas de las que somos deudores, nos llevaremos una enorme sorpresa al comprobar con cuánta profusión fantasearon nuestros antepasados con la existencia de extrañas ínsulas de características mara-

6 DE GOEJE (1891).

7 ASÍN PALACIOS (1919), pp. 316-317.

8 GÉNESIS, I: 21; *TALMUD*, Bathra 74b.

villosas. La isla es, sin lugar a dudas, uno de los motivos de inspiración mitológica más recurrentes en las diversas culturas.

La mayor parte de los historiadores, filólogos, psicólogos y otros investigadores ocupados en el estudio de los complejos mitológicos y el origen de los mitos individuales coinciden en afirmar que éstos provienen en buena medida de acontecimientos históricos más o menos constatables, cuando no se trata de alegorías e historias construidas para ejemplificar actitudes, tipos humanos o sentimientos o bien para aleccionar sobre cuestiones prácticas como el clima, las estaciones o incluso la política y la guerra. En este sentido, Robert Graves afirma que «la verdadera ciencia del mito debería comenzar con un estudio de la arqueología, la historia y la religión comparada»⁹, ya que considera secundarias las motivaciones psíquicas de la creación mitológica. Sin embargo, aunque sin darle la preponderancia que le da Carl Jung¹⁰, no hay que olvidar el factor psicológico, creador en muchos casos del mito y propagador de mitos históricos la mayor parte de las veces.

Nos parece que sendas tesis de Graves y Jung han de encontrar un equilibrio para explicar el nacimiento y desarrollo de los mitos con la intervención de acontecimientos históricos y motivaciones psicosociales. Si hemos de creer a Eloy Benito Ruano, uno de los investigadores que más se ha interesado por el estudio del fenómeno samborondoniano desde todos sus flancos, «el hecho histórico, geográfico y literario de San Brandán consiste, en esquema, en un suceso cierto, cuyos pormenores y después su esencia han sido abultados y deformados literaria y popularmente. Tal es el origen de las leyendas propiamente dichas y éste es el mecanismo de toda tradición que no sea pura creación novelesca —caballeresca o lírica— de la Edad Media»¹¹.

9 GRAVES (1985), p. 25.

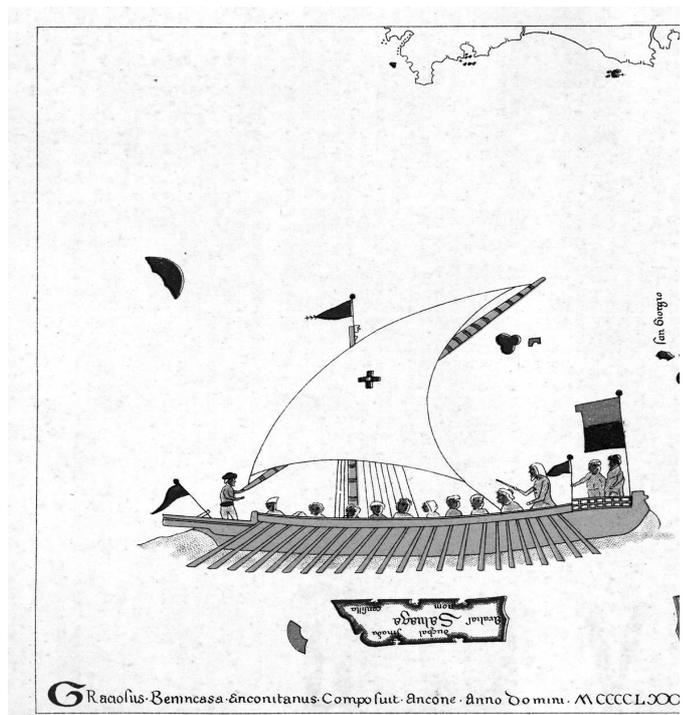
10 JUNG, KERENYI (1993); HOSTIE (1968), pp. 121 y ss.

11 BENITO RUANO (1951), p. 44.

Siguiendo este razonamiento, no resulta descabellado relacionar la presencia de islas en las tradiciones legendarias de los pueblos con las noticias sobre la llegada de algunos viajeros a tierras desconocidas, a lo cual debemos añadir la necesidad psicológica de inventar un lugar idílico en el que poder situar a aquellos marinos que nunca volvieron de un viaje.

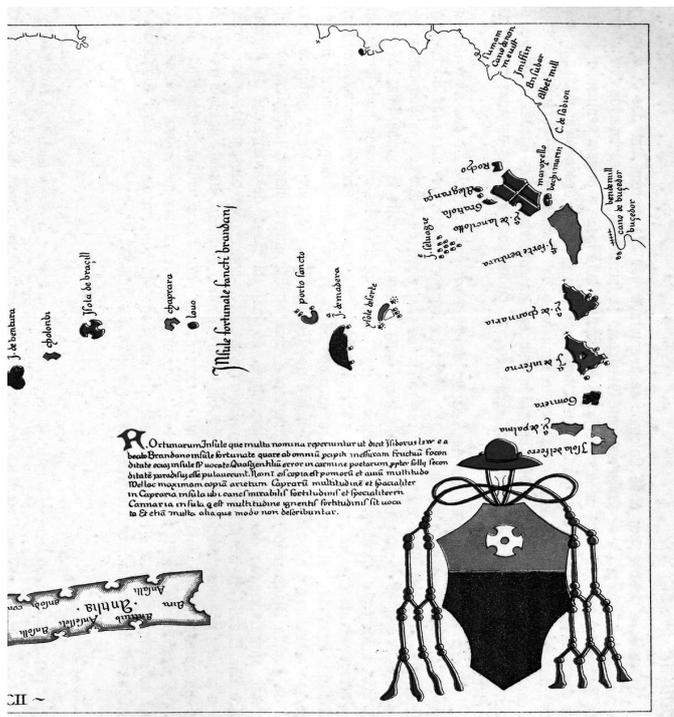
Aunque, como acabamos de decir, las ínsulas fantásticas están presentes en todas las religiones de la antigüedad, para nosotros tienen especial importancia las islas creadas por las viejas Grecia y Roma, ya que podemos hacer partir de ellas los fundamentos de nuestra propia cultura occidental y, por tanto, entendemos que son sus mitos las semillas de las que habrán de brotar los nuestros. Ya Homero hablaba de unas islas de los Bienaventurados a las que Zeus enviaba a los héroes muertos para que disfrutaran de la eternidad. Sabido es, además, que este mito, con pequeñas o grandes variantes, fue recurrente entre autores clásicos griegos y romanos de la importancia de Hesíodo, Platón, Plinio el Joven y Pomponio Mela, por poner sólo algunos ejemplos. Islas Afortunadas, Jardín de las Hespérides, Gorgonas, Atlántida, Campos Elíseos... son algunos de los mitos clásicos que diversos autores han querido a menudo vincular con las islas Canarias, y en cada caso se han expuesto numerosos datos —que pretenden ser convincentes— para argumentar la pertinencia de tales proposiciones. No es intención de este estudio valorar el rigor de las teorías que relacionan estos mitos con las Canarias actuales; nos limitaremos a apuntar que todas ellas son hipótesis que sirven para establecer un puente entre las antiguas mitologías mediterráneas y la moderna (y contemporánea) tradición popular referida a las islas inaccesibles.

Si hablamos de la dimensión histórica, no está del todo claro si los propios mitos clásicos a que nos referimos provienen de un tronco mitológico común o, por el contrario, si son tradiciones fantásticas diferentes e independientes; pero si tenemos en cuenta la dimensión emocional o espiritual (etnográfica y psicológica, si queremos), lo cierto es que todos ellos, en conjunto, son distintas ramas de la fascinación que causa en el hombre el deseo de conocer, la pasión por «ver mundo» y la consecuente necesidad de escapar hacia nuevas tierras



que siempre imaginamos mejores. Y este matiz junguiano es precisamente lo que conforma el verdadero puente entre los mitos clásicos y el actual de San Borondón, un puente que, no hace muchos siglos, tenía escala en unas Canarias por las que hoy pasa de largo porque se han vuelto geografía.

No obstante, los extremos de este puente están muy distantes entre sí. El último clásico que habla de islas inaccesibles es, probablemente, Ptolomeo (siglo II de nuestra era), que incluso se atreve a dar sus coordenadas geográficas en una posición muy cercana a las actuales Canarias. Tras él se agotan durante largos siglos, si no las creencias, sí al menos las referencias escritas a



Gracioso Benincasa, *Mapa*, 1482 [EMC]

la escurridiza isla. En efecto, desde Ptolomeo, hay que esperar hasta el siglo XIV —cuando Europa empieza a sentir los primeros síntomas de la fiebre expansionista que definirá los siglos posteriores— para asistir de nuevo al surgimiento de toda una legión de islas desconocidas que cada reino o país se empeña en identificar, nominar y cartografiar incluso antes de estar seguro de su existencia, para así, en caso de que dicha existencia sea confirmada, poder demostrar de manera más o menos fehaciente su primer descubrimiento y, por tanto, su propiedad. Es entonces cuando los mapas portulanos comienzan a mostrar sus enjambres de islas inexistentes a las que se asignan los nombres más dispares.

SAN BORONDÓN EN UN ATLÁNTICO SUPERPOBLADO

Las islas míticas que el imaginario colectivo sitúa perdidas en el océano, especialmente en el Atlántico, son extraordinariamente numerosas, lo que parece que viene a apoyar la idea que hemos planteado de las motivaciones psicosociológicas para su creación, al tiempo que —como acabamos de apuntar— las motivaciones políticas y geoestratégicas contribuyen enormemente a su difusión y multiplicación. Entre los relatos mitológicos clásicos y las representaciones cartográficas antiguas y modernas hemos podido identificar más de treinta nombres distintos de islas inexistentes, algunos de ellos referidos a conjuntos de archipiélagos, por lo que podemos imaginar un océano repleto de islas que aparecen y desaparecen como si se tratara de un cielo estrellado.

Como decimos, es la ambición europea de poder imperial lo que hace que estas islas renazcan de sus cenizas hasta el punto de convertirse en objetivo posible de conquista y colonización, por lo que al final de la Edad Media se inicia su búsqueda y comienzan a surgir relatos de viajeros que aseguran conocer sus costas o incluso haber desembarcado en ellas, como veremos más adelante.

De todas maneras, este resurgimiento no significa que las islas fantásticas hubieran desaparecido totalmente durante estos siglos. Como en el resto de las disciplinas, la tan extendida idea de que el Medievo supuso un frenazo de la cultura y de la evolución de la humanidad no puede darse por cierta en absoluto. De hecho, aunque no haya muchas noticias sobre las intenciones de encontrar las maravillosas tierras lejanas de las que hablan las tradiciones heredadas de las culturas mediterráneas, orientales y nórdicas previas, no faltan ejemplos que demuestran la vitalidad de esas tradiciones, y es probablemente el medieval pavor a lo desconocido lo que impide la organización de expediciones oceánicas en su busca. Las personas que tenían la inquietud y la posibilidad de viajar por el mundo del medioevo lo hacían tomando como excusas más o menos interiorizadas razones religiosas o militares, y de esa manera, son la evangelización y las conquistas, las cruzadas y los ejércitos los

que reúnen las mayores densidades de aventureros, entre los que destacaban especialmente los caballeros pertenecientes a órdenes híbridas entre militares y religiosas. En cualquier caso, sus viajes eran siempre por tierra o por mares interiores, donde los peligros, aunque numerosos, fueran, al menos, conocidos. El Gran Océano, con sus islas y sus reinos, sus monstruos y su límite abismal, estaba —por supuesto— fuera de sus rutas.

LAS CARACTERÍSTICAS ESPECIALES DE SAN BORONDÓN

Volviendo a nuestro tema, hay que recordar que el caso de San Borondón tiene una característica especial que, aunque no lo haga único, sí lo diferencia de otras islas fantásticas. Hablamos del hecho de que la isla no es simplemente una tierra que aparece en relatos difundidos como cuentos o como pura literatura, ni tampoco una tierra desconocida cuya existencia se sospeche; además de esto, San Borondón es una isla que aparece y desaparece en lugares diferentes dentro de una amplia área geográfica, dejándose ver desde la distancia pero eclipsándose siempre antes de poder arribar a ella. Por ello es curioso constatar cómo en sucesivas etapas de la historia, desde que Ptolomeo le diera el nombre de *Aprósitos*, la isla ha ido recibiendo otros que son, en realidad, adjetivos descriptivos de su naturaleza escurridiza: *Inaccesible*, *Non Trubada*, *Encantada*, *Perdida*, *Encubierta*... Incluso el nombre de *San Borondón*, que es una evolución del de *san Brendan*, se refiere en realidad a una etapa concreta del periplo atlántico de este monje: aquella en la que, junto a sus compañeros, desembarca en la isla-ballena y comprueba la existencia de un monstruo que, con apariencia de isla, se mueve por el océano como corresponde a su naturaleza animal.

Es cierto, como hemos dicho, que el mito está íntimamente relacionado con varias historias mitológicas clásicas de diferente contenido, y también lo es que no todas ellas nominan sus correspondientes islas fantásticas con adjetivos indicativos de su carácter esquivo. Pero en realidad no todos estos mitos se refieren a islas de las características de nuestra San Borondón. Llegados a

este punto, hemos de diferenciar entre dos tipos de mitos: los referidos a la existencia de islas con unas u otras características fantásticas (como es el caso de las islas de los Bienaventurados, las Gorgonas, etc.) y los referidos expresamente a islas que desaparecen ante los ojos de los viajeros o que son halladas a veces por azar y nunca por voluntad. Los primeros, como se ha dicho, pueden asociarse —si se quiere— a los archipiélagos reales del Atlántico nororiental, y, por tanto, han experimentado la evolución desde la fantasía hacia la tangibilidad. Pero los segundos, en cambio, han sufrido una suerte diferente, ya que han evolucionado desde la inexistencia fantástica hacia la inexistencia tangible al quedar desvelado su secreto a la luz de la razón.

Son las islas de este segundo grupo mitológico —precursoras directas de la nuestra— las que han recibido siempre nombres alusivos a su afición al juego del escondite, si bien tenemos que volver a hacer una salvedad al notar en algunos casos un efecto contrario, ya que el nombre de *san Brendan* designa en numerosas fuentes islas o archipiélagos que existen en la realidad. Incluso hay algunos lugares que han conservado para siempre su mitológico nombre. Es exactamente esto lo que ocurre, por ejemplo, con Brasil o las Antillas, plazas reales bautizadas con nombres reservados poco antes a algunas de las islas inexistentes que poblaban los mares de papel de las cartas de marear, en estos casos, la isla de Brasil, Brazil o Brazi y la isla Antilia.

SAN BORONDÓN EN LOS MAPAS

Entre todas estas islas intangibles, la de San Borondón fue la que más resistencia opuso siempre a su desaparición del imaginario colectivo, para lo cual se valió de su extraordinaria capacidad de ser vista por isleños y navegantes. Por ello, no es de extrañar que tan peculiar tierra acabara siendo cartografiada.

En una ocasión, allá por el año 1958, el escritor catalán Noel Clarasó se sorprendía en El Museo Canario de Las Palmas cuando se le mostraba un mapa de San Borondón, tal vez el diseñado por Leonardo Torriani al final del siglo

xvi, una copia del cual se exponía entonces a los visitantes. Admirado, escribió en la prensa nacional y regional: «Es curioso. Existe un mapa de una isla que no existe...»¹². Lo que Clarasó no sabía es que no se trataba de un caso único. San Borondón, al igual que otras muchas islas, aparece en varios mapas medievales, en casi todos los portulanos atlánticos de los siglos XIV, XV y XVI, y en numerosos mapas posteriores, incluso en algunos del siglo XIX.

No hay que olvidar que estamos hablando de una tierra que, de hecho, puede verse en el horizonte cuando se dan las condiciones adecuadas, por más que su existencia física esté absolutamente descartada en la actualidad (excepto para algunos místicos demasiado sugestionables). San Borondón es, ni más ni menos, un efecto óptico atmosférico, como veremos en el capítulo correspondiente, pero, sea cual fuere la explicación, de lo que no cabe duda es de que San Borondón se nos aparece con frecuencia, y es impulso natural en el ser humano representar lo que ven sus ojos o cree su mente. Por ello no faltan descripciones textuales del fenómeno¹³ ni, por supuesto, dibujos de su silueta o incluso de su planta, llegando a aparecer muy frecuentemente, como hemos dicho, en innumerables mapas y cartas de navegar.

12 CLARASÓ (1958). Noel Clarasó no olvidaría nunca la experiencia de encontrar un mapa de estas características, y por ello recordaría la anécdota años más tarde (en 1974) con motivo de la independencia de la isla de Granada. CLARASÓ (1974).

13 Pondremos un ejemplo seleccionado por su carácter de primicia, ya que después de su publicación en Suecia alrededor de 1708 se había perdido su rastro hasta este momento. Se trata de una pequeña obra académica sobre Canarias escrita en latín por Georgius Melin para ser presentada en la Universidad de Upsala en dicho año y editada en la misma ciudad por la Officina Werneriana. Su título es *Exertitium academicum de insulis Canariis* y, en el fragmento que nos concierne, refiriéndose erróneamente a Nivaria (Tenerife), el autor describe las características de nuestra San Borondón. Transcribimos el fragmento según la traducción proporcionada gentilmente por el profesor Antonio Henríquez Jiménez: «Pero sin embargo era tenida por inaccesible, porque siendo vista por los navegantes a doscientos sesenta mil pasos, o como otros quieren, por un espacio de sesenta millas, no siempre aparece, sino sólo durante la aurora y después de la caída del sol. Pues especies de cosas remotas surgen a través de los vapores matutinos y vespertinos más alto que durante el día, cuando el sol disipa los vapores. Esto sucedería, como parece verosímil, a aquellos que intentaron alcanzar los primeros esta isla, que habrían visto la isla poco antes de la salida del sol desde tan amplia distancia como cercana, pero inmediatamente era retirada de sus ojos. Y cuando lo mismo sucedía a la última y tercera luz, alucinados por la inmensidad del lugar creyeron que su carrera era retardada o que la isla

Esta gran cantidad de representaciones gráficas puede dividirse en tres grupos atendiendo a la concepción que los cartógrafos tenían de lo que era San Borondón. Esta ordenación no implica necesariamente una secuenciación cronológica rígida, lo cual significa que las diferentes concepciones convivieron durante años hasta llegar a la actual idea de una sola isla que lleva el nombre del santo. Por ello, no parece lógico separar tajantemente en nuestro discurso los mapas medievales de los portulanos y las cartas náuticas posteriores.

Siguiendo este criterio, podemos distinguir un primer grupo de mapas en el que San Borondón aparece únicamente como una referencia textual. A modo de ejemplo, el famoso mapamundi de Ebstorf (1235)¹⁴ mostraba una Insula Perdita con la leyenda «Hanc invenit sanctus Brandanus, a qua cum navigasset a nullo postea est inventa» (San Brandano la descubrió, pero desde que la abandonó nadie la ha vuelto a encontrar). El no menos famoso mapamundi de Hereford¹⁵, diseñado por Richard Haldingham alrededor del año 1275, muestra también unas Fortunatae Insulae en la latitud de las Canarias, acompañadas de un rótulo que dice «Fortunatae insulae sex sunt insulae Sct Brandani» (Las seis islas de la Fortuna son las islas de San Brandano).

También está el nombre del santo en la famosa carta de Dulcert de 1339¹⁶, primera en la que aparecen las islas Canarias (Lanzarote, Fuerteventura y Lobos)

huía de continuo; por eso creían los antiguos que era inaccesible. Entre otras cosas, tenemos un experimento muy claro de este fenómeno en la isla situada en nuestro mar Báltico, cerca de Oelandia, que llamamos Jungfrun, así como en Gunnar Dor, las cuales aparecen de muy diverso modo por la variada constitución de la atmósfera horizontal. Pues a veces se ven muy elevadas sobre el horizonte y al instante no se ven enteramente, y no sólo se ven de diversas formas y colores, sino también en lugares diferentes. Sobre esto último se podrá consultar el muy ilustre señor D. Hierne, médico real, en el tratado sobre el agua, pp. 97 y ss., donde expone claramente estas cosas una a una según todas las circunstancias». No hemos podido comprobar esta última cita, pero probablemente se refiera a Urban Hiärne (1641-1724), autor de la obra *Den lille wattuprofwaren* (Pequeño analizador del agua).

14 Este mapa fue destruido en un bombardeo sobre Hannover en 1945, pero se conservan algunas copias y numerosas fotografías.

15 Archivo de la Catedral de Hereford.

16 Biblioteca Nacional de París.

como tierras reales y no como meras posibilidades. Resulta curioso que esta carta, al mismo tiempo que muestra los últimos conocimientos geográficos como las Canarias redescubiertas, se haga eco de la geografía legendaria, mostrando al noroeste de estas islas un pequeño archipiélago formado por las islas Primaria, Capraria y Canaria y con el nombre colectivo de *Insulle sci Brandanj siue puellarum* (Islas de San Brandano o de las niñas). Para el cartógrafo portugués Anselmo Cortesão se trata de las islas de Madeira, que, descubiertas oficialmente en 1418, ya figuraban en el Atlas Mediceo Laurentino de 1351, en la carta de los hermanos Pizzigani de 1367 y en el Atlas Catalán de 1375, por citar algunos ejemplos. Por su parte, Segundo de Ispizúa¹⁷ opina que se trata de las Azores. En cualquier caso, se puede pensar que Dulcert debió de solapar el redescubrimiento de las Canarias con los conocimientos clásicos de Ptolomeo y Plinio (de ahí los nombres que asigna a estas tierras).

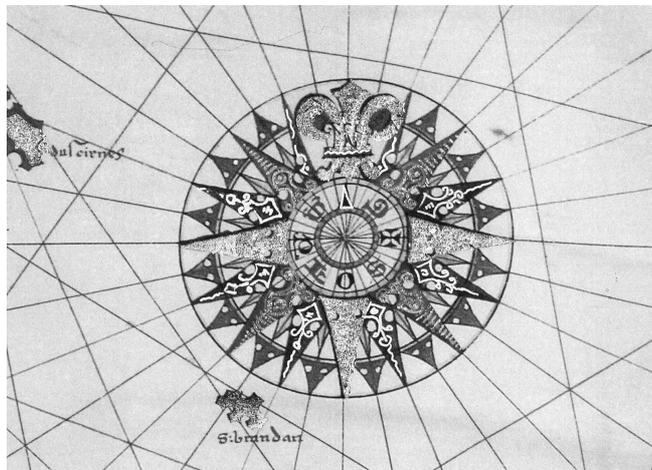
Otros mapas muestran San Borondón como un grupo de archipiélagos que engloba toda la Macaronesia, como el portulano de Beccario (1426) y los mapas del estilo del de Pareto (1455) y Gracioso Benincasa (1482); en ellos se aprecia el rótulo «*Insulle fortunate sanct brandany*» (con ligeras diferencias ortográficas entre los diversos mapas) referido a todo el conjunto insular desde Azores hasta Canarias pasando por un número variable de islas inexistentes.

El tercer grupo de representaciones cartográficas, el más numeroso, es el formado por aquellos mapas que sitúan una única isla de San Borondón. Podríamos nombrar aquí numerosas cartas en las que la isla de san Brendan asoma su mítico lomo entre islas auténticas, pero esto sería repetir el excelente trabajo de recopilación llevado a cabo por Jorge Sörgel de la Rosa en su biografía del santo irlandés¹⁸, donde recoge una relación de hasta 62 mapas con

17 Ispizúa (1922).

18 Sörgel de la Rosa (2001), pp. 101-107.

referencias a la isla encubierta. Al revisar esta lista llama extremadamente la atención el hecho de que San Borondón (o sus variantes ortográficas) surja no sólo en la localización a la que estamos acostumbrados, sino también en las cercanías de Terranova o incluso en el Océano Índico, donde sistemáticamente la ubican los mapas de los siglos XVI, XVII y XVIII haciendo compañía a la isla de Madagascar¹⁹. Lo que sí podemos hacer, ya que Sörgel nos invita a ello, es añadir a esta lista algunos mapas que escaparon a su revisión, como el legendario mapa de Piri Reis trazado en 1513, el profusamente ilustrado mapamundi de Olaus Magnus de 1539, el atlas de Joan Martines de 1587, el Mercator de 1595, el mapa de Scandia de Magini de 1596, el libro de historia de la navegación de Cornelis de Houtman de 1609, el globo terráqueo de Coronelli de 1688 que conserva el Museo Naval de Madrid, el mapa de De l'Isle de 1742...



Joan Martines, *La isla de S. Brandan, junto a una hermosa rosa de los vientos* [fragmento de *Atlas*], 1587 [EMC].

19 Esta isla india no es sino un grupo de islotes que forman parte de un arrecife de las islas Mascareñas (Mauricio). Este grupo recibe los nombres alternativos de *Saint Brandon Shoals* y *Cargados Carajos*.

Además de estas representaciones cartográficas, la supuesta isla también fue objeto de dibujos; sus avistadores —algunos con más destreza que otros— recogieron como fuente de estudio o como simple testimonio de su aparición en el horizonte. Así ocurre con Leonardo Torriani (1587), Manuel Fernández Sidrón (1735), Matías-Pedro Sánchez Bernalt (1735), Cayetano de Huerta (1737), José de Viera y Clavijo (1772)...; incluso existen documentos más fehacientes obtenidos con técnicas modernas, como las fotografías obtenidas por el palmero Manuel Rodríguez Quintero (1957), una de las cuales fue publicada en la prensa nacional²⁰ propiciando un nuevo renacimiento del mito, o la grabación videográfica tomada desde Gran Canaria por Jaime Rubio Rosales en 2003.



Magini, *Mapa de Scandia*, 1596 [Archivo Histórico Nacional, RI]

²⁰ DIEGO CUSCOY (1958).

la isla son conocidas en todo el archipiélago, pero es aquí donde su presencia intermitente se deja notar con más intensidad, siendo en gran medida esta presencia en las cercanías de La Palma la que ha propiciado la fijación perenne del mito, conocido en todas las islas canarias, cuando ya resulta prácticamente ignorado en otros enclaves atlánticos, incluyendo los archipiélagos vecinos de Madeira y Azores, otrora tan significativos en la historia de San Borondón.

El hecho de que sea frente a La Palma donde se produzca el referido fenómeno visual explica que al cabo de los siglos la leyenda de la isla de San Borondón se haya acabado relacionando con nuestro archipiélago. Debido a esta misma circunstancia, podemos llegar a creer que la presencia de semejante isla en estas latitudes era ya conocida antes incluso del redescubrimiento oficial de Canarias en el siglo XIV, y no son pocos los que consideran que su existencia era ya intuida con anterioridad a la odisea brendaniana. De hecho, y aparte de referencias clásicas que más invitan a pensar en las Canarias reales que en la fluctuante San Borondón, ya Ptolomeo, en el siglo II de nuestra era, incluye entre sus Makaron Nesoi (Islas Afortunadas) una isla llamada *Aprósitos*, un nombre que podríamos traducir como 'la inaccesible' o 'el sitio al que no se puede llegar', lo cual nos recuerda sin duda lo que llevamos dicho de la tierra que aquí perseguimos.

Pero los primeros datos concretos e inequívocos sobre la San Borondón de nuestras costas datan de fechas posteriores a la conquista de Canarias, toda vez que el conocimiento del archipiélago se perdió para el mundo letrado durante casi toda la Edad Media. Es cierto que las Canarias estuvieron pobladas en estos siglos por unos habitantes que desarrollaron, además de una compleja estructura social, su propio sistema de creencias y supersticiones, pero entre lo que hemos logrado saber de estos indígenas no encontramos referencia a la existencia de ninguna tierra escurridiza. Sin embargo, el éxito posterior del mito, así como la evidencia del espejismo que puede contemplarse a veces desde algunos de nuestros enclaves, nos hace pensar que los aborígenes de Canarias, especialmente los de las islas de La Palma, La Gomera y El Hierro,

hubieran visto alguna vez San Borondón¹. Esta falta de información podría explicarse por el hecho de que los conquistadores y colonos no se interesaran por la cultura prehispánica, de cuyo universo mítico nos ha llegado realmente poco más que unas colecciones de ídolos y otros vestigios arqueológicos, pero quizás otro razonamiento congruente sea que, debido a la falta de conocimientos básicos de navegación², los habitantes de estas atalayas hubiesen considerado que San Borondón fuera tan real como Tenerife, isla que también veían normalmente en el horizonte sin poder llegar a ella. En el complejo mitológico de los indígenas parecen tener especial importancia las montañas e hitos geográficos (Roque Bentaiga, Fortaleza de Chipude, Montaña de Tindaya, Roque Idafe...). Siguiendo esta línea, algunos investigadores han llegado a la conclusión de que la cumbre de Tenerife representaba un papel importante no sólo en la cultura de esta isla, sino también en la de todas las demás. En efecto, numerosos yacimientos arqueológicos de todo el archipiélago están orientados hacia este punto; téngase en cuenta además el hecho de que el propio nombre de *Tenerife* pueda no ser sino el apelativo por el que los benahoaritas conocían al Teide (su significado no sería otro que ‘monte nevado’, como afirma Alonso de Espinosa)³. Siendo así, si los primitivos habitantes de las islas veneraban sus montañas y las de las islas vecinas, ¿por qué no inferir que también acogieron los montes de San Borondón en el seno de sus religiones? En cualquier caso, carecemos de indicios concluyentes para afirmar estos extremos.

-
- 1 Se podría oponer a este razonamiento la posibilidad de que la isla inexistente que ven los canarios con frecuencia en el horizonte no sea más que una sugestión provocada por nuestro propio mito de San Borondón, con lo que quedaría invalidado el argumento a favor de los avistamientos protagonizados por aborígenes. Sin embargo, las numerosas aseveraciones —que iremos viendo oportunamente— de testigos extranjeros que no están necesariamente imbuidos de la leyenda, nos permiten incidir en la suposición de que la isla hubiese podido ser observada desde Canarias antes de la llegada de los europeos.
 - 2 Los conocimientos navales de los primitivos canarios han sido ampliamente discutidos en diversas investigaciones. Destaca el amplio estudio de Soraya Jorge sobre las navegaciones atlánticas de la Antigüedad, donde la conclusión es clara: «Las poblaciones aborígenes que poblaron el archipiélago no practicaban la navegación en el momento de la Conquista». JORGE GODOY (1996), p. 88.
 - 3 TEJERA, MONTESDEOCA (2004), pp. 35-42.

PRIMEROS AVISTAMIENTOS Y EXPEDICIONES MODERNAS

Una vez que los europeos asientan sus pies en Canarias, las referencias escritas sobre la isla encantada se hacen habituales en cualquier crónica o descripción del archipiélago. Tanto es así que la existencia de San Borondón no dejaba lugar a dudas, y la promesa de hallar una tierra de características fantásticas, y seguramente con enormes posibilidades de explotación, animó a autoridades y aventureros a organizar innumerables expediciones para arribar a sus costas a mayor gloria del reino y, sobre todo, de sí mismos.

Las primeras noticias ciertas que tenemos sobre el intento de conquistar San Borondón nos las remitió la corona portuguesa a mediados del siglo xv⁴, cuando Alfonso v otorgó su propiedad a diversos personajes. La cedió, por ejemplo, a su hermano el infante D. Fernando después de que Gonzalo Fernandes la viera cuando volvía de las pesquerías del Río de Oro en 1461; también a su hermana la infanta D^a Beatriz y a los hijos de ésta; e incluso a Ruy Gonçalves da Câmara, que la había visto y la solicitó en 1473 como reconocimiento por sus servicios en África, o a Fernão Telles, del Consejo Real, a quien el rey dio la propiedad de las islas que hallase, en previsión de que una fuera la isla de las Siete Ciudades⁵. Por el *Diario de a bordo* de Colón sabemos que en 1484 el rey de Portugal rechazó prestar una carabela a un madeirense que trataba de llegar a una tierra que veía con frecuencia, pero el mismo año permitió que otro vecino de la misma isla tratara de hacerse con ella por sus propios medios.

4 ARRUDA (1932).

5 La mítica isla de las Siete Ciudades, frecuentemente relacionada con San Borondón, es una tierra en la que supuestamente se establecieron siete obispos portugueses que huyeron de la invasión musulmana durante la Edad Media. En esta isla fundaron ciudades en las que, durante siglos, mantuvieron la lengua portuguesa y un modo de vida basado en el cristianismo piadoso. Un buen relato sobre esta isla fue recogido por Manuel Fernández Sidrón en el manuscrito Ms 5 de la Universidad de La Laguna, que a su vez fue estudiado por BENITO RUANO (1970-1973), v. I, pp. 201-221.

En 1487 un flamenco establecido en la isla azoreana de Terceira, Ferdinand van Olm (conocido allí como Fernão Dulmo) se propuso también descubrir la isla de las Siete Ciudades con ayuda financiera del mercader de Funchal João Afonso do Estreito, para lo que ambos obtuvieron licencia y promesas de Juan II. El escritor dominico Bartolomé de las Casas cita esta aventura al nombrar al marinero gallego Pedro de Velasco, quien durante una estancia en Murcia habló a Colón de una tierra que había visto al oeste de Irlanda, alejándose en alta mar en uno de sus viajes. Velasco refiere que aquella tierra podía ser la misma que había intentado descubrir un tal Hernán Dolmos.

En resumen, se podría pensar que los reyes portugueses encontraron la fórmula perfecta para eludir la asunción de compromisos reales y el gasto de fondos de la corona, al mismo tiempo que, por un lado, se granjeaban la fidelidad de nobles, mercaderes y aventureros hacendados que podían costear expediciones privadas al servicio del reino, y por otro, se aseguraban de que cualquier nueva tierra fuera puesta de inmediato bajo la sombra del pabellón portugués. En tanto que los expedicionarios no encontraran nada, el compromiso real no sería más que papel mojado.

No es de extrañar esta forma de actuar de los monarcas, puesto que hablamos de unos años en los que los aventureros fracasados estaban a la vuelta de la esquina (o en el fondo del océano), pero también el hallazgo de tierras desconocidas estaba a la orden del día. Por entonces se realizaron algunos de los mayores descubrimientos geográficos, no sólo en las orillas occidentales del Atlántico —donde los europeos se toparon con el continente americano—, sino también en las costas de África —exploradas con profusión— e incluso en medio del océano —donde aún estaban recientes el descubrimiento y población de Madeira y de las islas Azores—. Por tanto, las donaciones de tierras *non trubadas* obedecían a la esperanza cierta de extender el imperio portugués por las aguas africanas al principio y por el Nuevo Mundo después.

Lo mismo podríamos decir de los reyes españoles, que acabarían imitando el ejemplo de sus vecinos. Así, en 1519, el regidor de La Palma Francisco Fernández de Lugo, aprovechando una estancia en la corte durante la cual intercambió la regiduría de esta isla por la de Tenerife, propuso a la corona de Castilla unas capitulaciones parecidas a las que se firmaron con Colón en Santa Fe en 1492 y que estaban en la línea de las concedidas a Dulmo y Estreito.

Francisco Fernández de Lugo propone partir con tres naves a «arar la mar por espacio de un año, si fuere menester» hasta hallar esa isla que muchas veces divisaba desde La Palma y a la que llamaba *Sant Blandián*. A cambio, como era de suponer, pide el título de capitán general durante la conquista y el gobierno perpetuo de la isla cuando ésta concluyera, además del cargo de alguacil mayor, un salario, la décima parte del oro y plata que se obtuviera, el derecho de repartimiento de tierras (con un mínimo para sí) y otras condiciones como la posibilidad de nombrar personalmente regidores y escribanos⁶. Un tiempo más tarde, Fernández de Lugo afirma en la corte que unos marineros a quienes había pagado para hacer la descubierta habían encontrado la isla y la tenían marcada para dar aviso de dónde estaba, por lo que pedía el cumplimiento de las condiciones firmadas.

En 1525 un navío portugués que navegaba de Lisboa a La Palma comenzó a hacer aguas de manera peligrosa y sus ocupantes se vieron obligados a desembarcar en una frondosa isla, atravesada por un río y poblada de enormes árboles, que identificaron con San Borondón⁷. Las noticias de este desembarco llegaron a oídos de los palmeros Fernando Álvarez y Fernando de Troya, que un año más tarde se hicieron a la mar en busca de tan preciada ínsula con el objetivo de aprovechar sus recursos y prosperar mediante el reconocimiento real y la gloria del éxito. Sin embargo, como ocurriera en tantas otras ocasiones,

6 CIORANESCU (1982); GARCÍA ORO, PORTELA SILVA (2005), pp. 301-303.

7 TORRIANI (1592), p. 322.

ambos navegantes volvieron derrotados —y seguramente avergonzados— después de haber recorrido durante varias jornadas las inmediaciones del lugar del supuesto desembarco portugués.

Poco más tarde, en 1537, Gabriel de Socarrás Centellas organiza una nueva aventura destinada a encontrar la tan ansiada tierra. Socarrás había participado en la conquista de La Palma, isla de la que era regidor en esta fecha. Según unos documentos conservados en el Archivo General de Indias, planificó la conquista de la ínsula de San Bernardo, que su piloto Antonio de Fonseca había descubierto entre La Palma y La Española. Estos documentos fueron localizados en el archivo sevillano por Antonio Rumeu de Armas, quien los dio a conocer en 1965⁸, pero no fueron estudiados hasta 1996, esta vez de la mano de Emelina Martín Acosta⁹, quien apunta que el nombre de *San Bernardo* asignado a la isla responde a la necesidad de evitar el de *San Borondón*, tal vez demasiado risible para que el emperador Carlos tomara en serio la propuesta de su conquista. Los papeles a los que nos referimos no son otra cosa que unas capitulaciones en las que Socarrás obtiene la licencia real para descubrir, conquistar y poblar dicha isla, recibiendo en caso de éxito los títulos de gobernador, capitán general y alguacil mayor, así como otras prebendas y mercedes, tierras, vasallos y esclavos.

Mientras tanto, San Borondón seguía haciendo sus esporádicas apariciones ante la vista de algunos afortunados testigos y las noticias sobre su existencia se multiplicaron. Con las declaraciones que conocemos podemos hacer una somera clasificación de las motivaciones que algunos avistadores pudieron tener para dar a conocer sus experiencias con la isla móvil. Recordando la del franciscano fray Bartolomé Casanova, que vio una ínsula enorme frente a Teno (Tenerife) en 1556¹⁰, se comprende que algunos tes-

8 RUMEU DE ARMAS (1965).

9 MARTÍN ACOSTA (1996).

10 TORRIANI (1592), p. 323.

tigos daban testimonio fuera de toda sospecha, confirmando la realidad de un fenómeno óptico que se produce en éste y otros muchos enclaves del orbe. Sin embargo, ciertas noticias no remiten a este efecto ocular, sino que más bien manifiestan la desorientación de algunos marinos que juzgan estar en un lugar en el que no debería haber ninguna tierra, cuando en realidad están en las inmediaciones de alguna isla conocida; esto es posiblemente lo que les ocurrió a los ocupantes de un navío francés varado en 1560 en «la que identificaron con San Borondón»; tras reparar su palo mayor, dejaron una cruz, una carta y algunas monedas de plata para atestiguar su paso por la fabulosa playa¹¹. Otras veces es la propia credibilidad del testigo la que nos hace dudar de su testimonio, como sucede en dos de las más famosas declaraciones relacionadas con este tema: la del hidalgo Ceballos —homicida huido de España, que describió en 1554 sus varias arribadas a San Borondón¹²— y la del corsario John Hawkins —quien dijo haber estado en la isla tres veces tras salvar las fuertes corrientes que la rodeaban, aptas sólo para marinos excepcionales—.

Lo cierto es que toda la información circulante en estos años —la certera y la dudosa— despertaba periódicamente las ansias conquistadoras de diversos personajes. En 1556 se organizó una nueva expedición que resultó ser la única de la que sus protagonistas volvieron anunciando el éxito de la empresa (aunque tal afirmación sea, a nuestro parecer, más que discutible). Los organizadores fueron el portugués Roque Nunes —que enroló a dos de sus hijos— y el cura Martín de Araña, quienes, en efecto, al regreso del viaje relataron que habían logrado acercarse a la isla tras haber examinado el mar durante un día y medio. Sin embargo, las disputas entre ambos expedicionarios sobre quién tenía derecho a desembarcar en primer lugar en la nueva tierra no dieron resultado, por lo que el barco regresó a su puerto de origen sin que ninguno de los dos hubiera puesto un pie en San Borondón. Según esta extraña historia, el pecado del orgullo desmesura-

11 TORRIANI (1592), p. 323.

12 TORRIANI (1592), p. 322.

do actuó como barrera de grandes corrientes marinas, evitando el desembarco en la más protegida de las islas de nuestro archipiélago.

DOS EXPEDICIONES DESDE LA PALMA EN 1570

Hemos de creer que los años posteriores fueron deliciosamente ricos en avistamientos desde las islas Canarias occidentales. Tanto fue así que el regente de la Real Audiencia de Canarias, el doctor Hernán Pérez de Grado, acabó encargando la más completa recogida de información sobre San Borondón de que se tenga noticia, una investigación que, de resultar positiva, habría de llevar inexorablemente a la organización de una nueva expedición de descubierta.

Hernán Pérez de Grado, que llegó a Gran Canaria en 1566 para ocupar el cargo de regente de la Real Audiencia de las islas, supo muy pronto de la posible existencia de San Borondón (ya su mención se hacía cada vez más frecuente). Los avistamientos fueron tantos en 1570 que el nuevo regente ordenó el 3 de abril que las justicias de La Palma, El Hierro y La Gomera recogieran toda la información posible mediante el interrogatorio de cuantas personas hubiesen tenido cualquier contacto con la isla movediza, incluyendo no sólo a quienes la hubieran visto en la lejanía, sino también —y sobre todo— a quienes pudieran haber desembarcado en sus playas.

Siguiendo estas instrucciones, el gobernador de El Hierro, Alonso de Espinosa, recopiló más de cien declaraciones de testigos que coincidían en la observación de la isla en dirección noroeste, es decir, al oeste de La Palma y a unas 40 leguas de La Gomera. Entre los que prestaron declaración se encontraban los regidores Alonso de Magdaleno y Marcos Sánchez, así como Diego de Espinosa, hijo del gobernador, y otras «personas de crédito». Conocemos estos detalles gracias a Núñez de la Peña¹³, pues el informe original no se con-

13 NÚÑEZ DE LA PEÑA (1676), p. 9.

serva. Núñez relata que él mismo pudo tenerlo en sus manos cuando lo custodiaba Bartolomé Román de la Peña, que había sido gobernador de El Hierro y que residía en Garachico¹⁴.

En La Palma se compiló uno de los testimonios más extraordinarios, definitivo para que el regente tomara la decisión de buscar de nuevo la isla. Nos referimos a la declaración de unos portugueses —entre ellos el experimentado piloto Pero Velo—, que relataron la historia de lo que les aconteció cuando regresaban de un viaje al Brasil. Según recogió el informe correspondiente, una tormenta les obligó a desembarcar en una isla hallada providencialmente, y en ella observaron enormes pisadas en la arena, restos de una hoguera con comida, numeroso ganado y otras cosas de menor interés. Además, los portugueses aportaron un curioso dato, y es que, clavada en un árbol, encontraron una cruz que podía ser la misma que los tripulantes del barco francés habían dejado atrás como testigo algunos años antes. Muy pronto, una espesa nube forzó a los tripulantes a detener su exploración y a embarcar dejando a dos marinos abandonados en tierra¹⁵. El relato de los hombres de Velo termina al día siguiente de este contratiempo, cuando el barco volvió para recoger a los naufragos y descubrieron que la isla había desaparecido¹⁶.

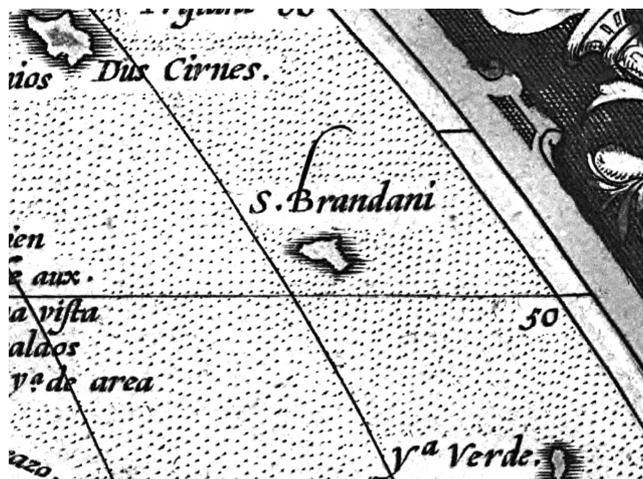
En el caso de Tenerife, donde la orden del regente no preveía realizar pesquisa alguna, la investigación fue llevada a cabo por el ministro del Santo Oficio Diego Ortiz de Funes, que en aquel momento estaba en la isla como visitador del obispado. No sabemos si el inquisidor cumplía también órdenes

14 El ingeniero Próspero Casola realizó una copia de este informe hacia el año 1590, pero Benito Feijoo insinúa que esta copia «fue supuesta». Esta afirmación la toma el benedictino de un manuscrito sobre San Borondón —que a la sazón estaba en sus manos— escrito por un jesuita cuyo nombre no cita.

15 Torriani refiere que fueron sólo tres los marineros que desembarcaron y que ninguno de ellos pudo volver a bordo cuando una fuerte corriente de mar alejó la nave de la costa. TORRIANI (1592), p. 324.

16 VIERA Y CLAVIJO (1772-1783b), v. I, pp. 89-90 y ABRÉU GALINDO (1632), pp. 340-341, refieren esta historia pero omiten los detalles de la cruz, las pisadas y los restos de fuego. TORRIANI (1592), p. 324, sólo omite lo de la cruz, mantiene que encontraron grandes pisadas y añade que había humaredas en la lejanía.

de la Real Audiencia o si actuaba por propia iniciativa¹⁷, pero el caso es que sus consultas dieron resultado positivo, muy similar al que se había obtenido en la isla de La Palma. Así, la definitiva declaración de Marcos Verde o de sus hombres¹⁸ constituyó otro excelente acicate para la organización de una operación de descubierta que seguramente ya estaba en la mente de los investigadores. La versión de Verde relatada que a su regreso de Berbería se topó con la isla y la rodeó en busca de un buen puerto en el que desembarcar. Sin



Ortelius, *Americae sive Novi Orbis nova descriptio*
[fragmento], 1570 [Biblioteca Nacional de España, RL]

17 ABRÉU GALINDO (1632), p. 341, dice que Funes investigó el asunto porque era «curioso y amigo de inquirir curiosidades»; NÚÑEZ DE LA PEÑA (1676), p. 10, también sostiene que fue «por curiosidad». Por su parte, TORRIANI (1592), p. 323, fecha la investigación de Funes en 1569, un año antes de la de Pérez de Grado. Es muy probable que el cremonense se equivocara de fecha, puesto que es el único autor que no la sitúa en 1570, pero está claro que con ese error está resaltando la independencia del visitador en las razones que lo llevaron a iniciar la pesquisa.

18 Cioranescu, basándose en la dudosa redacción de Torriani, infiere que la investigación se hizo en ausencia de Marcos Verde, que en aquella fecha había fallecido. Véase la nota 7 en TORRIANI (1592), p. 323.

dudar que estaban en San Borondón, el capitán y varios miembros de la tripulación pisaron tierra en cuanto hallaron un lugar adecuado, pero la llegada de la noche les hizo volver pensando posponer la exploración para la mañana siguiente; un acierto providencial, porque enseguida se manifestó un terrible temporal que arrastró el navío con sus anclas, alejándolo de la costa¹⁹.

HERNANDO DE VILLALOBOS

Como hemos adelantado, la consecuencia de estas investigaciones fue la organización de una nueva expedición que tenía como objetivo la localización y el sometimiento de la isla de San Borondón. Hemos de suponer que esta nueva aventura fue encargada directamente por el regente Pérez de Grado como reacción al aparente éxito de la pesquisa masiva. Aunque, en caso de no ser así, está claro que este intento de Villalobos se inspiró en la referida investigación.

Conocemos muy pocos detalles relacionados con esta empresa, pues no parece que se hayan conservado documentos directamente relacionados con ella; sin embargo, gracias a la pluma de los historiadores y cronistas, sabemos que su principal responsable fue Hernando de Villalobos, regidor y depositario general de La Palma, quien se hizo cargo de una armada que constaba, según Núñez de la Peña, de tres navíos²⁰. Por lo demás, la historiografía no abunda en detalles sobre las particularidades del viaje, sobre sus antecedentes, ni, por supuesto, sobre sus resultados.

El protagonista de este episodio, Hernando de Villalobos, disponía de una acreditada formación como marino. Pertenecía a una familia de judíos conversos, tal y como quedó de manifiesto en la visita que el inquisidor Juan Lorenzo

19 ABRÉU GALINDO (1632), pp. 341-342; NÚÑEZ DE LA PEÑA (1676), p. 10; Viera y Clavijo cuenta otra versión de lo sucedido y asegura que el barco se alejó de la costa por prudencia ante la llegada del temporal. Véase: VIERA Y CLAVIJO (1772-1783b), v. I, pp. 90-91.

20 NÚÑEZ DE LA PEÑA (1676), p. 7.

realizó a La Palma en mayo de 1581. Fueron registrados como tales su padre, el mercader Álvaro Díaz de Villalobos —encausado por el Santo Oficio por prácticas judaizantes—; un pariente llamado Luis Pérez de Lara, escribano del Juzgado de Indias; y el propio Hernando²¹. Aun así, en 1564, estando en La Habana, nuestro marino había sido nombrado depositario general para las penas de cámara en La Palma, cargo que hizo efectivo a su regreso en agosto de 1566²² y que ocupó mientras tanto su progenitor por medio de un poder expedido al efecto²³. En cualquier caso, tal vez por su condición de converso y por las prerrogativas inherentes a este cargo²⁴, parece que el resto de los regidores del cabildo palmero expresaron su desacuerdo con este nombramiento. En cuanto a su vida familiar, Villalobos contrajo matrimonio con Isabel de Morales y tuvo al menos un hijo, Álvaro Díaz de Villalobos, bautizado en la parroquia de El Salvador de Santa Cruz de La Palma el 5 de diciembre de 1567, quien se desposó a su vez con Leonor Machado en 1585²⁵. Según Cioranescu, falleció antes de 1590²⁶, pero lo cierto es que su rastro documental lo encontramos aún en 1595 en algunos protocolos notariales, como se verá a continuación.

En resumen, el protagonismo de esta iniciativa habría de recaer en un hombre como él, experimentado marino, socialmente bien situado, con notable poder político y económico y, por añadidura, necesitado de un baño de gloria que eclipsase los recelos sobre su situación de privilegio. Además, no hemos

21 CIORANESCU (1992), v. II, p. 1135; ANAYA HERNÁNDEZ (1996), pp. 343-344. La madre de Hernando de Villalobos, Inés de Lara, era hija a su vez de Martín Pérez, probable conquistador y seguro colonizador de La Palma, quien en 1501 obtuvo por data de Alonso Fernández de Lugo 8 cahíces de tierra y monte en La Galga, al igual que su hermano Álvaro Pérez. Véanse: AFP, caja 1, leg. 1, n. 40, ff. 295r-295v; y POGGIO CAPOTE (2001), docs. 44, 56, 57, 58 y 64).

22 CIORANESCU (1992), v. II, pp. 1135-1136.

23 AMSCP, *Libro de Acuerdos del Concejo (1557-1567)*, caja 665 altas (5/8/1566).

24 Estas prerrogativas están detalladas en la carta de merced en la cual Felipe II le concede este oficio. Véase: AMSCP, *Libro de Acuerdos del Concejo (1557-1567)*, caja 665 altas (5/8/1566).

25 CIORANESCU (1992), v. II, pp. 1135-1136.

26 CIORANESCU (1992), v. II, p. 1136.

de descartar que contribuyera a ello la natural ambición de ver aumentados aún más su fortuna y su poder, ya que el éxito de la empresa podría facilitarle nuevas y enormes riquezas, prebendas y distinciones entre las que no habría estado de más el cargo de gobernador de la isla. De esta manera, Hernando de Villalobos partió en busca de San Borondón en la que fue probablemente la expedición mejor pertrechada que haya navegado nunca con este fin. El resultado hubo de ser, ni más ni menos, equiparable al resto de las frustradas intenciones previas y posteriores.

El fracaso del viaje en busca de San Borondón no fue el último que deparaba la vida a nuestro personaje. En la documentación que habla sobre él podemos seguir el rastro de la pérdida de la fortuna familiar algún tiempo más tarde. Así, junto a algunos destacados protagonistas del Quinientos palmero, como Álvaro Díaz de Villalobos, Diego Sánchez de Ortega, Anes van Trilla y Francisco de Salazar, don Hernando sufrió un descalabro económico en beneficio de Luis Maldonado y Guzmán, que se hizo cargo en un primer momento del dinero y las propiedades perdidas por todos ellos —1.200 doblas en el caso de la familia Villalobos—. Más tarde, el 15 de julio de 1595, Maldonado cedería parte de este legado al licenciado Pedro de Liaño tras una resolución de la Real Audiencia de Sevilla²⁷.

Nos queda la duda de si esta catástrofe económica de la familia se debió al desastre de la expedición de la que hemos hablado (o, al menos, si el desembolso que sin duda fue necesario para llevarla a cabo tuvo una parte de culpa en la referida ruina). Lo cierto es que con los datos de que disponemos no es posible afirmar tal cosa, pero tampoco resulta descabellado aventurar esta hipótesis. En cualquier caso, la especulación sobre este asunto excede nuestros objetivos, por lo que brindamos la cuestión a quien pueda estar interesado en ella.

²⁷ AGP, PN, Escribanía de Pedro Hernández Guadalcanal, caja 10, cuaderno 2 (15/7/1595), f. 300v.

También desde La Palma y en el mismo año de 1570 se organizó una segunda expedición, esta vez de carácter estrictamente privado, en busca de la ansiada isla de San Borondón. De esta expedición sí contamos con más datos (al menos sobre los preparativos previos a la aventura), rescatados recientemente en la sección Protocolos Notariales del Archivo General de La Palma²⁸. Su principal promotor fue el médico Melchor de Lugo, sobre cuya biografía no hemos localizado muchas noticias. Sí sabemos que en algunos documentos aparece nombrado alternativamente como *licenciado* y como *bachiller*, distinción académica que en su tiempo no resultaba significativa para el ejercicio de la medicina. Gracias a otras fuentes proporcionaremos algunos datos más sobre su vida²⁹. Por ejemplo, encontramos su nombre en el *Libro 1 de Bautismos* de la parroquia de El Salvador entre 1565 y 1582, por lo que podemos colegir que fue médico en la isla al menos en ese intervalo, compartiendo labor con Diego Hernández de Jaén y, esporádicamente, con Pedro Ortiz y Juan de Cervantes, también activos en la capital insular a mediados del XVI. Sabemos también que contrajo un primer matrimonio con Isabel de Lara y un segundo con Águeda Bermúdez, de ninguno de los cuales parece haber descendencia.

Los documentos notariales nos dan detalles sobre un episodio concreto de la vida del galeno, precisamente el relacionado con la expedición que Lugo organizó para abordar la isla de San Borondón. A juzgar por estos documentos, a la personalidad de Melchor de Lugo debemos asignar el celo científico y la curiosidad que se supone en cualquier médico, pero además hay que añadir

28 Alejandro Cioranescu apuntó la existencia de algunos de estos documentos en TORRIANI (1592), p. 324, pero confundió la expedición con la de Villalobos y su importancia pasó desapercibida. Para un estudio de todos los documentos hallados, véase: REGUEIRA BENÍTEZ, POGGIO CAPOTE (2007).

29 GARRIDO ABOLAFIA (1995).

la ambición y el arrojo de quien, ante la remota posibilidad de prosperar hasta límites insospechados, se lanza a la más improbable de las aventuras con la esperanza de salir cubierto de oro, de poder y de gloria.

Gracias a los referidos protocolos notariales podemos reconstruir los preparativos de tan fabulosa apuesta. Así, en un principio Lugo planeó el viaje junto al comerciante Jacques de Monic³⁰, aunque inmediatamente cambió todo su plan inicial y creó una nueva compañía mercantil junto a varios de los personajes de mayor relevancia social y económica del Quinientos palmense, integrando en la aventura a María de Castilla³¹, Gaspar González³², Baltasar de Guisla³³ y Anes

30 Jaques de Monic, flamenco nacido en Brujas hacia 1538, aparece en la documentación notarial de La Palma formalizando algunos negocios, aunque no tan frecuentemente como sus compañeros de aventura. En 1556 se casó con Beatriz Martín, que aportó una dote de 2.500 ducados que habría de administrar su marido. Véase: HERNÁNDEZ MARTÍN (2005), p. 234.

31 María de Castilla nació en Santa Cruz de La Palma, hija de Fernando de Castilla, regidor y alférez mayor de La Palma, y de Beatriz de Riquelme. En 1570 se hallaba viuda de Bernardino de Riberol, graduado en derecho canónico y civil por la Universidad de Sevilla. Riberol se asentó en La Palma como letrado del cabildo y aquí contraería matrimonio con doña María, estableciendo domicilio en la calle Real (actualmente O'Daly, 3) de la capital. Sus hijos fueron Bernardino, Inés, Leonor, Juan, Esperanza, Francisca, Beatriz, Francisco y Lucano. Este último habría de tomar parte en esta búsqueda de San Borondón. Véase: *NOBILIARIO* (1952-1967), v. IV, pp. 154-158; MILLARES CARLO (1975-1993), v. VI, p. 65; PÉREZ GARCÍA (1985-1998), v. II, pp. 198-199; PÉREZ GARCÍA (1995), p. 140.

32 Aunque era natural de Las Palmas de Gran Canaria, Gaspar González se trasladó con posterioridad a la capital palmera, donde en 1565 era ya vicario y participaba en tareas administrativas sobre algunas cantidades del diezmo episcopal. En 1569 pasó a ser beneficiado en El Salvador y en 1586 fue ascendido a maestrescuela del cabildo catedralicio. El rédito económico de su puesto en el templo palmero, que le permitió por ejemplo mantener varios esclavos, queda patente en el hecho de que, tras su traslado al cargo catedralicio, el Concejo de La Palma solicitara a la corona la división del beneficio de la iglesia de El Salvador en dos medios beneficios. González aparece citado como bachiller o como doctor —seguramente en disciplinas eclesiásticas—; falleció en Las Palmas de Gran Canaria el 5 de octubre de 1599. Véase: LORENZO RODRÍGUEZ (*ca.* 1900), v. II, p. 57; HERNÁNDEZ MARTÍN (1999-2005), v. IV, docs. 2464, 2503, 2504 y 2505; QUINTANA ANDRÉS (2004), p. 297; *CATÁLOGO* (1999), v. I, p. 148, fichas 412 y 413; GARRIDO ABOLAFIA (1994).

33 Baltasar de Guisla, nacido en la villa flamenca de Iprés, se asentó en La Palma y se casó en 1546 con Catalina Van-de-Walle Torres y Grimón, previo concierto con la distinguida familia de la contrayente. De los dos hijos del matrimonio, Diego y Baltasar, el primero habría de formar parte de la aventura de San Borondón representando a Van Daizel y a su propio padre. Guisla poseía una fructífera tienda en el centro de Santa Cruz de La Palma, donde estableció numerosos negocios con residentes y viajeros, lo que le proporcionó una notable riqueza y una posición social que se vio colmada en el siglo XVIII cuando sus descendientes recibieron el título de marqueses de Guisla-Ghiselín. Véase: *NOBILIARIO* (1952-1967), v. II, p. 833; HERNÁNDEZ MARTÍN (2005), pp. 223-224.

van Daizel³⁴. La gran presencia pública y, sobre todo, la notabilísima hacienda de los nuevos socios hacían que el riesgo financiero se presentara con ellos mucho menos peligroso que en compañía de Monic.

Entre los integrantes de la empresa es preciso destacar la figura de María de Castilla, viuda del grancanario Bernardino de Riberol. El esposo fue autor de la primera obra publicada en tipos de imprenta por un isleño, *Libro contra la ambición y codicia desordenada de aqueste tiempo: llamado alabança de la pobreza* (Sevilla: Martín de Montesdeoca, 1556); su núcleo familiar mantenía un estrecho vínculo con otros intelectuales canarios de aquellos años, entre los que cabe señalar la personalidad de Antonio de Troya Sañudo³⁵. El doctor Troya es conocido por ser el autor de un manuscrito sobre la historia de Canarias que actualmente se encuentra en paradero desconocido; en 1559 fue nombrado para el cargo de teniente de gobernador en La Palma, por lo que desde esa fecha residió en la capital insular³⁶.

Según algunos investigadores, en la obra desaparecida de Troya se podrían fundamentar textos posteriores, como el de Torriani y el del autor conocido como Abréu Galindo, los cuales tratan en profundidad el tema de San Borondón. Es de suponer, por tanto, que el motivo de la isla ballena fuera bien

34 Anes van Daizel era también natural de Flandes y se conoce su presencia en La Palma desde 1558. En 1565 contrajo matrimonio con Susana Jacques y estableció una ambiciosa compañía comercial dedicada al tráfico de mercancías con la familia Van-de-Walle, para lo que contribuyó con 1.500 de las 5.000 doblas de oro del capital inicial del negocio. Vivió en la calle Real, cerca del puerto (en la actualidad O'Daly, 34), en un inmueble de dos plantas cuyo piso alto destinó a habitación y el bajo a lonja y almacén para toda clase de géneros. Una de sus hijas, Juana, fue apadrinada por Beatriz Martín, esposa del citado Jacques de Monic. Véase: HERNÁNDEZ MARTÍN (2005), pp. 234, 236, 255-261; PÉREZ GARCÍA (1995), pp. 79, 81-82.

35 Antonio de Troya Sañudo (Las Palmas de Gran Canaria, 1530-Santa Cruz de La Palma, 1577) fue doctor en leyes. De su matrimonio con Elena de Salazar se conocen ocho hijos: Leonor, Francisco, Catalina, Alonso, Luis, Francisca, Elena y Antonio.

36 AMSCP, *Libro de Acuerdos del Concejo (1557-1567)*, sesión correspondiente al 17 de diciembre de 1559, caja 665 altas (5/8/1566). Disfrutó este cargo hasta el 13 de noviembre de 1560, fecha en que se nombró a Pedro Aguilar. Con posterioridad alternó esta plaza con la capital grancanaria, dado que en 1566 fue recibido como abogado de la Real Audiencia de Canarias.

conocido por el grancanario; de esta manera, es muy probable que tanto sus pesquisas orales como el propio manuscrito hubiesen estado a disposición de esta expedición, contribuyendo incluso a idearla. Además, también cabe que los comentarios de Thomas Nichols apoyaran el germen de la empresa; no olvidemos que este viajero pasó unos años antes por La Palma, recogiendo algunos relatos de primera mano sobre la conquista de Nueva España; a juzgar por su pequeña obra *Descripción de las islas Afortunadas*, entre estos relatos debían de estar los referidos a San Borondón³⁷.



Playa de la Villa de San Andrés, 1971 [EHL]

37 CIORANESCU (1963), p. 124.

Lo cierto es que el 18 de mayo de 1570 Lugo y Monic suscriben un documento para fletar el navío *San Andrés* (construido unos pocos años antes en la playa palmera de San Andrés y del que era copropietario el capitán Miguel Pérez³⁸) y establecer todos los detalles del viaje. En ese momento la idea ya estaba madura, como demuestra el hecho de que pensaran partir de inmediato, sin ni siquiera recabar el permiso ni las habituales capitulaciones reales (como habían hecho antes los citados Fernández de Lugo en 1519 y Socarrás en 1537). Tal vez las prisas respondieran a la seria competencia con la expedición de Villalobos, que debió de zarpar en fechas cercanas. Sin embargo, algo ocurrió en los días siguientes porque el 22 de mayo otro documento revoca el fletamento del barco y establece un contrato similar (esta vez sin Monic) entre Melchor de Lugo, María de Castilla, Gaspar González, Baltasar de Guisla y Anes van Daizel, encargados de sufragar los gastos.

El liderazgo del galeno se materializa en otra escritura que dicta las condiciones del viaje, entre ellas el nombramiento de Lugo como sobrecargo y capitán de la expedición. En este mismo escrito se establece que los demás participantes no tomarán parte personal en el viaje, delegando su representación en individuos de su confianza para así formalizar como mérito de todos cualquier descubrimiento. De esta manera, Gaspar González comisiona a su hermano Baltasar, que habrá de ser capitán y sobrecargo de la exploración —y posible conquista— en caso de encontrar la isla; Baltasar de Guisla y Anes van Daizel delegan en el hijo del primero, Diego de Guisla, que asumirá el título de alférez si fuera necesario un desembarco; y María de Castilla envía al menor de sus nueve

38 Miguel Pérez, capitán del número de Su Majestad, piloto mayor de La Palma y familiar del Santo Oficio, era de origen portugués. Contrajo matrimonio con Melchora Hernández de Ocanto, hija del mercader palmero Baltasar Hernández de Ocanto y de Francisca Hernández de Aguiar, también natural de esta isla. Su hija Francisca fue asesinada en 1629 por su esposo, Blas Lorenzo de Cepeda, por lo que los nietos fruto de este matrimonio quedaron a su cargo. El capitán Pérez simultaneó su oficio con actividades comerciales; era copropietario del *San Andrés* y mantuvo negocios, entre otros, con Baltasar de Guisla. Véanse: PÉREZ GARCÍA (1995), pp. 173-174; LORENZO RODRÍGUEZ (ca. 1900), v. I, p. 189; v. II, p. 350; HERNÁNDEZ MARTÍN (1999-2005), v. IV, doc. 2358.

hijos, Lucano de Riberol, que en este documento no recibe ninguna tarea y que en otra carta, fechada un día más tarde, queda facultado para informar personalmente al rey en la corte si San Borondón fuere hallada por los expedicionarios.

Por último, es de destacar una cláusula impuesta en los documentos por el capitán del barco. En caso de fracaso y suspensión del viaje, la nave arribaría luego a El Hierro, cargando a bordo quesos, ganado u otra mercadería.

Aunque no hallamos ninguna prueba documental que confirme la salida de la expedición, es razonable pensar que ésta partió de inmediato, toda vez que se habían establecido minuciosamente los detalles y el barco estaba contratado por un mes a partir de la misma fecha de la firma de los documentos. En cualquier caso, es claro que el *San Andrés* no llegó a las costas de San Borondón (tal cosa no ha sido nunca posible, a pesar de que algunos testimonios afirmen lo contrario). Parece, por tanto, que la prevención de Miguel Pérez de aprovechar el viaje para obtener un rendimiento comercial con una carga extra fue la cláusula más razonable de la aventura.

LAS PENÚLTIMAS AVENTURAS

Después de 1570 la presencia de San Borondón en el horizonte y en la mente de los canarios no había cesado. Las expediciones de Villalobos y Lugo no fueron las últimas que trataron de catar la mítica ballena de san Brendan, y las historias sobre la existencia de una isla atlántica a la que no se podía llegar se extendieron más allá del estrecho litoral de las Canarias. De esta manera, no es extraño que, pocos años después de estas aventuras acabadas de relatar, el mito se transformara en otras latitudes. En Portugal, por ejemplo, fue adoptado para crear la leyenda del retiro del rey Sebastián I en una isla del Atlántico, donde esperaría el momento propicio de volver para recuperar el cetro. En realidad, el rey había muerto en la batalla de Alcazarquivir en 1578 y, al carecer de descendencia, quedó el trono portugués a cargo del anciano cardenal don Enrique, que pronto murió dejándolo a Felipe II de España. La esperan-

za del regreso de don Sebastián (que ejemplifica el anhelo de independencia de Portugal) es un mito fundamental en la historia lusa, conocido como *sebastianismo*; en el siglo XVIII habría de ser relacionada con San Borondón por Manuel Fernández Sidrón en su *Carta apologética*, un alegato contra el escepticismo del *Teatro crítico* de Feijoo, que negaba la existencia de la huidiza tierra atlántica.

Así pues, la sociedad seguía creyendo en la isla viajera y no cejó en su empeño por llegar a hollar sus costas mediante sucesivas operaciones de búsqueda. Parece que Galderique Fonte y Pagés proyectaba una expedición desde Tenerife aproximadamente en 1592. La única referencia sobre este intento la debemos a Leonardo Torriani, que, al hablar del fracaso de una empresa anterior, apostilla: «Espero en Dios que no suceda lo mismo a un hidalgo amigo mío, que se llama Galderique Pagés, de la isla de Tenerife, quien piensa ir a buscarla este mismo año en que estamos»³⁹.

También en 1604 se produjo una nueva tentativa tras otra oleada de noticias sobre su avistamiento. Entre ellas se encontraba la que un navegante francés relató a Abréu Galindo. Según éste, su barco perdió los mástiles en medio de una gran tormenta desatada a una jornada de distancia de La Palma. Ante este grave contratiempo, desembarcó en una isla desconocida y pudo comprobar que se trataba de una tierra de árboles frondosos que sirvieron para su propósito de sustituir los elementos perdidos de la nave. En la mañana siguiente se levantó un nuevo temporal que obligó a la tripulación a embarcar apresuradamente y a abandonar aquella isla, que el marino había identificado con San Borondón.

Este y otros relatos de primera mano animaron a dos experimentados marinos a realizar otra expedición de descubierta. Se trata de Gaspar Pérez de Acosta y Lorenzo Pinedo (este último, fraile franciscano además de piloto),

39 TORRIANI (1592), p. 322.

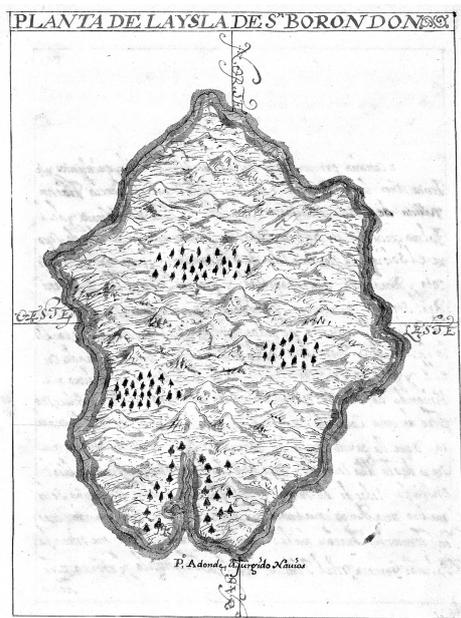
quienes salieron el 9 de agosto de 1604 para arribar a una isla que, según sus cálculos, se encontraba a 28° 53' de latitud y 358° 31' de longitud (1° 29' al oeste del meridiano de El Hierro). Aunque su perseverancia les hizo navegar durante muchos días por las inmediaciones de ese punto, lo cierto es que finalmente volvieron a puerto con el fracaso y la vergüenza como única carga en sus bodegas.

Desde que estos intrépidos marinos soñasen alcanzar la isla ballena a principios del siglo XVII, habrían de pasar muchos años antes de que nadie emulara el viaje. Al menos no tenemos constancia de ninguna expedición organizada al efecto —ni de ninguna recogida oficial de información sobre este particular— hasta más de un siglo después. No obstante, resulta difícil creer que el tema hubiera dejado de despertar interés en algunos marinos, ávidos de aventuras y fama, ni mucho menos en los gobernantes y nobles de las islas, para quienes el hallazgo de una nueva ínsula en el archipiélago podría ser sinónimo de gloria.

En cualquier caso, como decimos, es bien entrado el siglo XVIII cuando resurge la cuestión de San Borondón. Se trataba de una etapa de profunda crisis en Canarias: en pocos años el archipiélago se vio inmerso en un período de recesión económica y productiva agravado dramáticamente por varias catástrofes naturales y epidemias sanitarias⁴⁰. Ante esta situación de penurias, Juan de Mur, gobernador, capitán general y presidente de la Real Audiencia de Canarias, vio una vía de escape en la posibilidad de que la famosa ínsula esquiva fuese por fin tomada por su gente, y por ello encargó en 1721 una campaña de recogida de datos referentes a esta isla. No sólo se habrían de tomar las declaraciones de testigos y expertos, sino que además se trataría de recopilar información de investigaciones, expediciones y opiniones anteriores. Así, el informe final podría ser considerado un amplio resumen del estado de la cuestión en aquellos inicios del Setecientos.

40 BRUQUETAS DE CASTRO, TOLEDO BRAVO DE LAGUNA (1995-1996).

De aquí podemos extraer algunos episodios interesantes sobre la presencia de San Borondón en la mentalidad de los isleños y frente a sus costas, para lo cual remitimos a la transcripción publicada por Dolores Corbella y Javier Medina. Por ejemplo, en la ciudad de La Laguna declaró el palmero Francisco Patricio, que relató cómo unos ocho años antes, viniendo de las Indias, su barco había avistado una isla identificada con La Palma; siguieron rumbo a Tenerife sin desembarcar en aquella tierra, pero al día siguiente llegaron de nuevo a La Palma, deduciendo entonces que la primera de las islas no era otra que San Borondón. Este mismo declarante contó que, mucho tiempo atrás, el anciano Manuel Sánchez Carta le había referido la historia del padre Perdomo, vecino de la localidad palmera de Buenavista, quien partió de Tzacorte «en un



Pedro Agustín del Castillo, *Planta de la Ysla de S. Borondon*, 1721 [EMC]

barquito cuyos dueños llamaban los de digo por apodo» para buscar la isla de San Blandón y desencantarla con agua bendita. Después de su localización, una nube la cubrió haciéndola desaparecer⁴¹.

Por estas y otras historias similares incluidas en su investigación, el capitán general acordó con diversos representantes civiles y militares el envío de una expedición en busca de la anhelada isla, que partió el 11 de noviembre con dos capellanes apostólicos —el dominico fray Pedro Conde y el franciscano fray Francisco del Cristo— bajo el mando de Juan Franco de Medina⁴². Entre los inspiradores de esta extraña aventura se encontraba Pedro Agustín del Castillo Ruiz de Vergara, eminente historiador y muy interesado desde su juventud en el asunto samborondoniano. Por esta razón, al regreso de los exploradores Juan de Mur remitió una carta al erudito Castillo en la que le agradecía su ayuda y le daba cuentas del resultado: «despaché la balandra de San Telmo bien equipada y abastecida con el capitán D. Juan Franco de Medina, el P. Cristo de la orden de Sⁿ Fran^{co}. y el P. Conde de la de Sto. Domingo, no dieron con ella porque no la hay».

La última peripecia de esta comentada expedición es relatada por *El Barón de Imobach* en un artículo publicado en la *Gaceta de Tenerife* en 1928⁴³. Según este autor (cuyas señas personales eran desconocidas hasta ahora, pero que hemos identificado con Francisco P. Montes de Oca García)⁴⁴, la expedición volvió fracasada el 20 de diciembre, y el pueblo, jocosamente, ridiculizó a su responsable con una composición satírica:

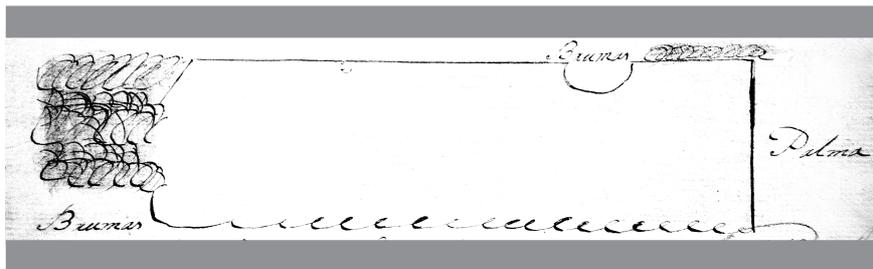
41 CORBELLA DÍAZ, MEDINA LÓPEZ (1997), pp. 74-75.

42 Viera dice que fue el capitán Gaspar Domínguez, pero estaba errado. VIERA Y CLAVIJO (1772-1783b), v. I, p. 93.

43 MONTES DE OCA GARCÍA (1928).

44 *El Barón de Imobach* fue firma frecuente, al menos entre 1922 y 1930, en la *Gaceta de Tenerife*, donde el propio Montes de Oca rubricaba asiduamente con su verdadero nombre otras muchas aportaciones. Las firmadas con pseudónimo versaban a menudo sobre asuntos históricos, tradiciones populares de Canarias y América y temas relacionados con el Puerto de la Cruz, en cuyo ayuntamiento ejercía el periodista como archivero, bibliotecario y cronista oficial.

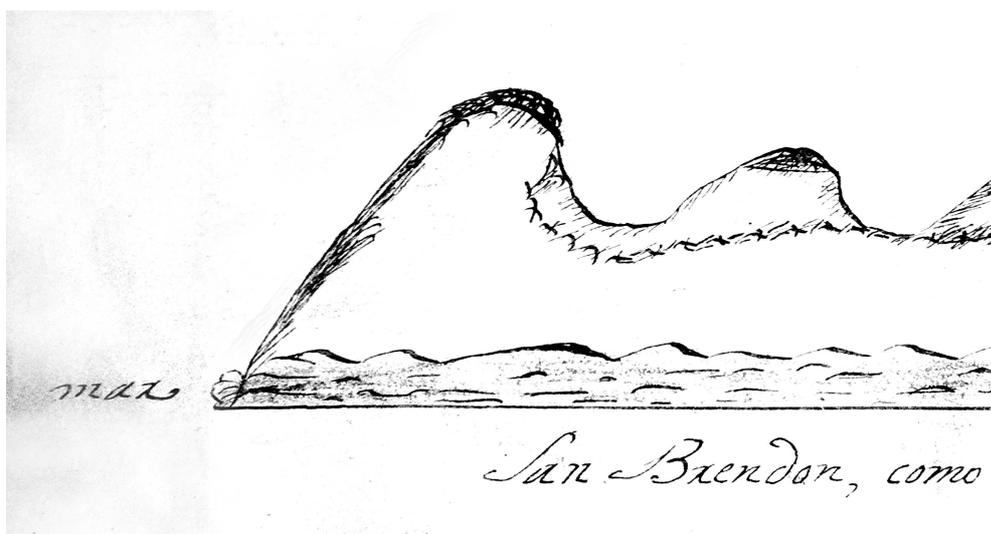
A un *general* le ocurrió
 lo que a *naiden* tan aprisa,
 que en pocos *diyas apristó*
 cierto barco sin *melicia*
pa buscar San Borondón
 que es mito que en la mar posa,
 que es sobra *diotra rigión*
 formada por nubarrón
 que tanto *ingaña* a la vista.
 Sí, *tuito* fué una *elución*,
Tuito, mentiras que exista.



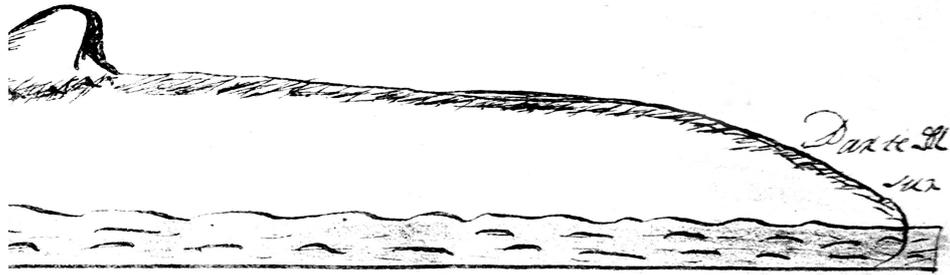
Bartolomé García del Castillo, *San Borondon*, 1723 [MADCGF]

Aunque el resultado de la expedición se consideró una demostración de la inexistencia de San Borondón, la duda persistió aún durante muchos años y la isla siguió contando con la defensa encarnizada de numerosos pensadores, como el mismo Pedro Agustín del Castillo —que no se dejó convencer por el fracaso de la balandra de Juan Franco de Medina— o el anónimo autor del manuscrito *El peregrino a Canarias*, conservado en la biblioteca de la Universidad de Sevilla⁴⁵,

⁴⁵ *El peregrino a Canarias, islas del mar Oceano, y sus dos viajes a estas islas, y lo que en ellas, y en ellos hizo, y pasó en mar, y tierra donde moró; descripción del terreno, ciudades y villas donde ay Colegios de la Compañía de Jesús, principio de sus Fundaciones con sus progressos hasta el año de 1734; con los elogios de algunos valores claros de la Compañía de Jesús, que an muerto en estas Islas.* BUS, sign. 331/252.



Manuel Fernández Sidrón, *Silueta de San Brendan*, 1730 [MADCGF]



servio el año 1730 =

quien, sin embargo, no cree que se trate de una isla inaccesible, sino de unas pequeñas rocas que asoman a la superficie cuando en el mar se dan determinadas condiciones, como ocurre con las vecinas islas Salvajes; ello explicaría que no siempre se pudiera arribar a sus costas.

Lo cierto es que los destellos de la isla no cesaban de manifestarse. Uno de los avistamientos más multitudinarios se produjo el 29 de julio de 1723 desde las cumbres de El Hierro. En aquella jornada el religioso fray Luis Rey, preparándose para hacer un exorcismo contra la plaga de langosta que asolaba la isla, tuvo que improvisar otro rezado contra una repentina aparición de la fantasmagórica tierra de San Borondón, que llenó de terror a todos los asistentes.

El siglo XVIII aún vería al menos dos expediciones más, organizadas por aventureros potentados en busca de un aumento de fama y fortuna. La primera de ellas la recoge Viera y Clavijo en el *Borrador* de sus *Noticias de la historia general de las islas de Canaria* (conservado en la Sociedad Económica de La Laguna). Está fechada alrededor 1732 y fue comandada por el capitán santacrucero Gaspar Domínguez, quien buscó San Borondón a bordo de una balandra llamada *San Telmo*⁴⁶, tal vez la misma que años más tarde, patroneada por Antonio Miguel, apresó dos navíos ingleses durante las hostilidades británicas iniciadas en 1739⁴⁷. Se da la circunstancia de que el propio Viera, en la edición príncipe de sus *Noticias*, omite esta aventura en los capítulos dedicados a San Borondón, pero sitúa a Gaspar Domínguez capitaneando la empresa de 1721 (en lugar de Juan Franco de Medina). De ahí que la información sobre esta nueva tentativa resulte demasiado dudosa como para darla por segura.

La segunda de estas expediciones, prácticamente desconocida, se cita en el manuscrito *De la inaccesible isla de S. Borondón*, datado entre 1770 y 1784 y

46 VIERA Y CLAVIJO (1772-1783b), v. I, p. 93, nota 2.

47 VIERA Y CLAVIJO (1772-1783b), v. II, p. 349.

recogido por Corbella y Medina⁴⁸. Este texto afirma que el último rastreador de tan apetecido solar fue el tinerfeño Juan Cartas, padre del tesorero Matías Cartas, que buscó la isla sin encontrarla. Lo interesante de esta historia es que años después, en 1746, el ingeniero Manuel Hernández logró marcar desde el Teide la posición exacta de la isla, pero cuando quiso preparar la travesía en su búsqueda se lo prohibió el capitán general Juan de Urbina, tal vez sobornado por los descendientes de Cartas que trataban de evitar que otros se hicieran con la fama que había perdido su abuelo.

Durante todo el siglo, por tanto, la ballena del santo irlandés no dejó de hacer periódicamente sus visitas de cortesía. Se vio el 25 de abril, en junio y en julio de 1730, año en que la delineó Juan Smalley, beneficiado de Tijarafe⁴⁹; el 23 de mayo de 1735 a las 9 de la mañana, y otras dos veces esa misma semana; el 3 de mayo de 1759 a las seis de la mañana desde Alajeró, según un franciscano que hizo el dibujo publicado por Viera, ante su vista, la del cura Antonio José Manrique y otras cuarenta personas⁵⁰; dos días después se volvió a ver igual; el 3 de mayo de 1769 desde las 12:00 horas hasta la puesta de sol, a 30 leguas de La Palma, según fray Pedro Laso, que además la dibuja; en junio y julio de 1770, según el padre Clavellina, lector jubilado del convento de San Francisco, que también la retrató⁵¹. Las apariciones no han dejado de sucederse, unas veces con más asiduidad y otras con más recato, y, aunque los testigos del siglo XIX acabaron dándole menos importancia que sus predecesores —debido a la extensión del pensamiento positivista—, no fueron pocos los autores que se ocuparon del asunto, como veremos enseguida.

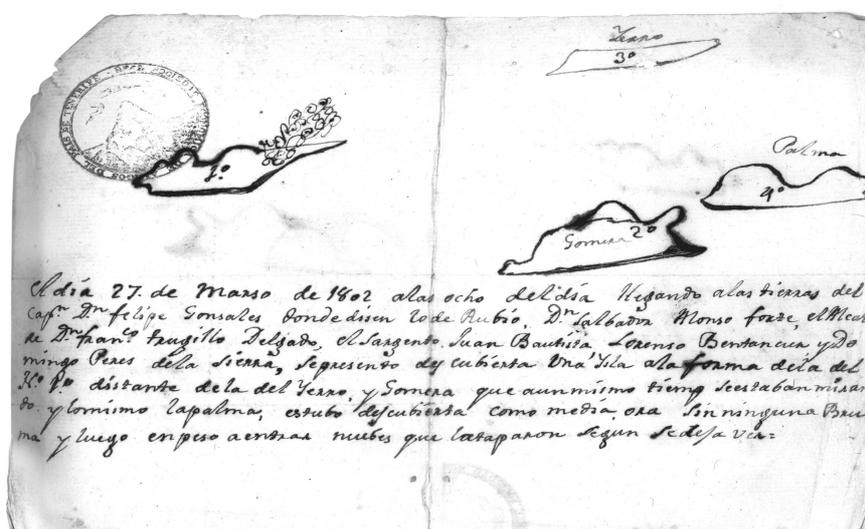
48 CORBELLA DÍAZ, MEDINA LÓPEZ (1997), pp. 117-122.

49 VIERA Y CLAVIJO (1772-1783b), v. I, p. 87, nota 2.

50 VIERA Y CLAVIJO (1772-1783b), v. I, p. 87.

51 LORENZO RODRÍGUEZ (ca. 1900), v. II, pp. 402-403.

La pervivencia del mito: San Borondón y La Palma durante la centuria decimonona



El siglo XIX también acarició en más de una ocasión los contornos de la legendaria tierra del abad de Clonfert. Los nuevos tiempos, que con el paso de unos años traerían consigo la revolución industrial, un considerable progreso científico y un mayor índice de lectura en las capas medias de la sociedad, no se presentaron de improviso. Como es lógico, el paso de la Ilustración al siglo decimonono se producirá de manera gradual y, aunque la organización de la sociedad quede definitivamente marcada por esta evolución, las carencias culturales de buena parte de la población determinarán la permanencia de algunas creencias sobrenaturales. Por ello, el siglo XIX, caracterizado por la visión científica del fenómeno, no podrá, sin embargo, eludir los misterios de San Borondón.

En 1802, desde Tenerife, se data una de las primeras apariciones de las que tenemos constancia documental. El texto de su descripción se halla en una nota manuscrita interpolada a un ejemplar impreso del tomo I de las *Noticias de la historia general de las islas de Canaria* (Madrid: Blas Román, 1772-1783) de José de Viera y Clavijo (1731-1813). Este ejemplar se conserva en la biblioteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife y pertenece al fondo que donara en 1931 el presbítero Rodríguez Moure¹. Entre las páginas 80 y 81, en las que el polígrafo canario estudia el tema samborondoniano, existe una anotación manuscrita añadida, en letra que no parece la de Viera, en la que se menciona este avistamiento. Según esta fuente, el 27 de marzo de 1802, cerca de las tierras del capitán Felipe González, en un lugar denominado *Lo del Rubio*, situado en algún punto del norte de Tenerife —que sin embargo no podemos precisar—, se descubrió el perfil de San Borondón. Testigos del fenómeno fueron Salvador Alonso Forte, Francisco Trujillo Delgado (alcalde), Juan Bautista Lorenzo Betancur (sargento) y Domingo Pérez de la Sierra. El avistamiento se produjo sobre las 8:00 horas, prolongándose durante treinta minutos. El relato de esta aparición cuenta que la misma tomó la forma de El Hierro, aunque se distinguía nítidamente de esta última isla, de La Gomera y de La Palma, puesto que todas eran perfectamente visibles. En principio se divisó con total claridad, pero al cabo del tiempo fue engullida por varias nubes que borraron su visión².

LOS EXTRAVAGANTES TESTIMONIOS DE A. BURTON ELLIS

Desde la isla de La Palma y por esas mismas fechas constan otros avistamientos. Sin embargo, debemos ser muy cautelosos con la fuente y su compilador. Nos referimos en este caso al viajero y militar A. Burton Ellis, autor del ensa-

1 RSEAPT, Fondo Rodríguez Moure, RM 51 (22/86).

2 El texto dice así: «El día 27 de marzo de 1802, a las ocho del día, llegando a las tierras del capitán don Felipe Gonsales, donde disen lo del Rubio, don Salbador Alonso Forte, el alcalde don Francisco Trujillo Delgado, el sargento Juan Bautista Lorenzo Betancur y Domingo Peres de la Sierra, se presentó descubierta una ysla

yo *Western African islands*, publicado en 1885³. El británico, que conocía Canarias desde la década de 1870 (dado que a partir de esta fecha estuvo en el archipiélago en varias ocasiones, sobreviniéndole incluso la muerte en Santa Cruz de Tenerife el 5 de marzo de 1894), afirma que en un libro manuscrito conservado en Las Palmas de Gran Canaria, que alcanzó a hojear, se registraba una relación de personas que habían presenciado el fenómeno de San Borondón. De ser cierto, nos encontraríamos en este caso frente a un supuesto «códice samborondiano», hoy en paradero desconocido, similar a los compilados en los siglos XVI y XVIII por Pérez de Grado y Juan de Mur respectivamente, y emparentado con aquel otro redactado en latín, perteneciente al archivo y biblioteca de la Catedral de Santa Ana, que al parecer trataba sobre la predicación en las islas de santos cristianos medievales, entre los cuales se encontraría san Brendan. A diferencia de éstos, el manuscrito que se utiliza y cita para la composición de *Western African islands* es más reciente, probablemente comenzado a redactar a mediados del XVIII, añadiéndosele más tarde nuevos datos. El viajero británico subraya que el «códice samborondiano» que analizó en Las Palmas de Gran Canaria poseía un listado de personas que habían visto la isla del santo, y de él extrajo y reprodujo algunos testimonios.

En su estudio, Ellis recoge ante todo los registros más extravagantes, como confirma la rareza de las entradas relacionadas, algunas de ellas francamente insólitas. Baste reseñar que el británico anota en un tono irónico, cuando no burlesco, que la mayoría de los testigos de estas visiones eran personas fácilmente sugestionables o influidas por los efectos del alcohol. Así, Ellis transcribe la aparición protagonizada en 1825 por Pedro Gómez, según el cual la isla

a la forma de la del Hierro pero distante de la del Yerro y Gomera que aun mismo tiempo se estaban mirando, y lo mismo La Palma, estubo descubierta como media ora sin ninguna bruma y luego enpesó a entrar en nubes que la taparon según se deja ver». *Cit.* BONNET Y REVERÓN (1927-1929), p. 204; R[ÉGULO PÉREZ, Juan]. «Nota 2». En: VIERA Y CLAVIJO (1772-1783a), v. I, p. 84; [CIORANESCU, Alejandro]. «Nota 2». En: VIERA Y CLAVIJO (1772-1783b), v. I, p. 87.

3 ELLIS (1885).

fluctuante se veía desde el Teide con la forma de «un cabrito asado relleno de gofio». Pero no se queda aquí el viajero inglés, ya que también alude a otras versiones anteriores tanto o más singulares que ésta. Entre las mismas menciona la piadosa contemplación de Pedro Díaz, fraile franciscano, quien en 1769 comparó la visión de San Borondón con el busto de San Antonio de Lisboa tocando un dulcémele. A otro testigo de este mismo avistamiento, Fernando Correa, de profesión pescador, la isla se le asemejó más a la «cabeza de una mula tocando una flauta» (como se puede apreciar, toda una galería de opiniones encontradas para una misma observación), a lo que hay que añadir una cuarentena de personas relacionadas en el «códice» grancanario, aunque Ellis no especifica sus declaraciones. Por nuestra parte, suponemos que todos ellos debieron de tener una visión un poco más fidedigna del fenómeno y por este motivo no fueron recogidos por el británico. Estas razones alejan el expresado manuscrito de los tres mencionados con anterioridad (Pérez de Grado, Mur y catedral), compilados mucho antes, y dos de ellos oficializados por la audiencia de las islas. En conclusión, aunque los extractos anotados por Ellis en *Western African islands* no deben de ser representativos del contenido del perdido «códice» grancanario, a sus páginas no tenemos más remedio que acudir por haberse perdido la pieza original y no contarse con ninguna otra fuente de características similares.

De esta manera, siguiendo al viajero anglosajón, tenemos que señalar, en primer lugar, la aparición protagonizada por un inglés residente en Santa Cruz de La Palma llamado Thomas Smith. En 1801 pudo ver, de regreso de una fiesta, en plena noche y a 40 leguas de distancia hacia el oeste (algo difícil puesto que a poniente de la ciudad se encuentra la cumbre palmera) el levantamiento de dos islas surgidas de las entrañas del océano. Asimismo, según refiere Ellis, la aparición fue causada, nada menos (y siguiendo la opinión del clero), para que Smith se retractara de sus ideas heterodoxas en materia religiosa. Pero incluso tan curiosa como la alucinante visión de estas islas irreales (no olvidemos que se produjo en la oscuridad de la noche) es la data de su avistamiento en torno al 16 de mayo (onomástica de san Brendan). Según el «códice» grancanario, Smith dio cuenta social de su avistamiento el

día 5 de junio de 1801. En su declaración dijo que el mismo había acontecido 17 jornadas antes —es decir, sobre el 18 de mayo, sólo dos días después de la festividad católica de san Brendan de Clonfert—, un hecho que, de ser tomado por cierto en aquellas fechas, no debía de ser más que una señal celestial para avisar al capitán Thomas Smith sobre el peligro que corría su alma por su adscripción a alguna de las congregaciones protestantes. De lograrse la conversión final, el clero local, además, ganaría un peldaño en la corte celestial al salvar un alma herética, de la misma manera que había ocurrido en 1676, cuando John Martin se convirtió al catolicismo en Santa Cruz de La Palma un día antes de su muerte.

Curioso resulta también que la figura de Smith aparezca documentada por estas fechas en La Palma. Dos años antes de este avistamiento —concretamente en 1799—, un capitán llamado Thomas Smith acudió ante el escribano público José Manuel Salazar para declarar sobre un rocambolesco incidente naval sucedido frente a las costas del archipiélago de Madeira. Según su propio testimonio, el 6 de julio de 1799 había partido desde Nueva York a bordo de su fragata *Fortitude*, cargada de diversos géneros de granos y otras mercaderías con destino a Madeira. Sin embargo, un viento del sudoeste les hizo detenerse cerca de las costas de dicha isla. El 7 de agosto se presentó a vista de su embarcación una nave armada que les atacó. Se trataba de un barco del corsario francés Balney, mandado por el capitán Pauguet, cuya tripulación se componía de sesenta y siete marineros. La refriega se prolongó durante algún tiempo, tras el cual la fragata de nuestro personaje resultó airosa y atracó en Cádiz. Casi inmediatamente partieron del puerto andaluz y recalaron en la rada de Santa Cruz de La Palma, donde relataron lo sucedido⁴.

4 Dado su interés, no nos resistimos a transcribir esta pieza documental en su integridad: (f. 367v) (*en el margen izquierdo*): Declaración. En la muy noble y leal çibdad de Santa Cruz, que es en esta yslandia del Señor San Miguel de La Palma, a dies y seis de agosto de mil septicientos noventa y nueve años, ante mí el presente escrivano y notario infraescrito pareció presente el capitán don Thomas Smith y por medio de don Daby O'Daly, vesino de esta ciudad, como intérprete de la lengua ynglesa que también está presente y dijo que

A pesar de que tanto el nombre (Thomas) como el apellido (Smith) del marino protagonista de este intento de abordaje son muy comunes en el mundo anglosajón, es probable que este Thomas Smith sea el mismo que registra el viajero británico en su libro, puesto que no nos consta la presencia de ninguna otra persona bajo ese apelativo en la capital palmera durante esos años. Quizá el avistamiento de San Borondón sucediera un poco antes de la fecha consignada por Ellis, o tal vez la data estuviese errada. Es posible, también, que Smith se afincase en La Palma durante algún tiempo debido a las reparaciones que hubiese sido preciso practicar en su navío. Incluso ésta podría ser la causa de su arribada al puerto palmero, con experiencia en la construcción naval. Tampoco sería descartable que fuese testigo de la reseñada visión en otro hipotético viaje. Por últi-

haviendo salido dicho capitán en la fregata nombrada «Fortitude» de Nueva York el día seis de julio cargada de millo, arina, arros y otras mercaderias destinada para la ysla de la Madera, y que en el día quince del mismo mez tuvo un viento recio del sudest, el que hizo tumbar mucho a dicha fregata así vn lado, en cuyo estado permaneció asta el siete de agosto, en el qual muy temprano descubrió dos velas a barlovento poco distante a la punta occidental de la referida Ysla de la Madera, la qual una de ellas conoció que le [daba caza], y en cosa de dos horas descubrió que hera un bajel armado con mucha gente y que venía así a dicha fregata con velas y remos, por cuyo motivo dispucieron su referida fregata para defenderse del mejor modo posible, y siendo como las ocho y media [vno] corsario disparó vn tiro y arboló bandera portuguesa, el qual después de haver tirado algunos más recogió dicha bandera y puso la francesa [tachado: a que] se fue acercando a toda prisa e igualmente tirando con dos cañones reforsados, el qual hizo mucho daño al velamen y enjarcia de dicha fregata, y advirtiendo el corsario que la fregata tumbaba de vn lado acometió por ella por lo que dispararon de ella vn cañonsito de popa que por impericia del que lo manejaba lo dejó suelto y corrió al lado de babor. Y después de este tiro conociendo el corsario el poco alcance de los cañonsillos de dicha fregata, dicho corsario se acercó con más intrepides por lo que después de haver residido su fuego por más de media hora y viendo que no hera posible [f. 368v] [hallar] la expresada fregata tubo a [bien] vajar el pabellón. El corsario se llama Balney, mandado por el capitán Pauguet, su tripulación cesenta y siete hombres con dos cañones de bronce reforsados. A dose [tachado: noviembre] días salió de Cádiz [tachado: salió de Cádiz de] y les condujo a esta ysla de La Palma, onde llegó el trese por la noche de este presente mes. Y requiriéndome como me a requerido a mí el escriuano se lo de por fee y testimonio a fin de que quede el otorgante libre de toda responsabilidad en cuya virtud, yo el escriuano la doy habiendo presentado el dicho otorgante por testigos de su conocimiento al mismo don Daby O'Daly, Pedro Wood, Guillermo Freeman, de nación estos dos vltimos americanos, quienes voluntariamente juraron ser el mismo don Thomas Smith por lo que firman, siendo testigos don Antonio Fernandes Siçilia, Fernando Guerra y Felipe de Oropeza, vesinos el primero de esta dicha ciudad y los dos vltimos del lugar de Puntallana y re-[f. 369r] sidentes en esta misma ciudad. Enmendado: salió de Cádiz, noviembre. Thomas Smith (*firmado y rubricado*). Como testigo: Peter Wood (*firmado y rubricado*). Como testigo: Wiliam Fullman (*firmado*). Como testigo: David O'Daly (*firmado y rubricado*). Ante mí, Josef Manuel de Salazar, escriuano público (*firmado y rubricado*). AGP, PN, Escribanía de José Manuel Salazar, caja 2 (1799), ff. [367v-369r].

mo, cabe la posibilidad de que se trate de otro Smith. En cualquier caso, hay que tomar —como ya apuntamos— los testimonios relacionados en el libro *Western African islands* con mucha cautela.

Dejando al margen este episodio, y siguiendo con el inventario comentado por Ellis, increíble del todo es la mención del avistamiento realizado en 1841 por tres ciegos que se encontraban en el entorno del hospital de Nuestra Señora de los Dolores de Santa Cruz La Palma, pues pudieron divisar la aparición de San Borondón a unas mil millas de distancia hacia el oeste en una milagrosa y momentánea recuperación de la vista. Ya hemos dicho que tal orientación no es verosímil, puesto que al poniente de Santa Cruz de La Palma resulta imposible divisar el mar; por ello cabe pensar que Alfred B. Ellis tuviera algún problema con la traducción de los puntos cardinales a su lengua; en tal caso, los avistamientos de los tres ciegos y de Thomas Smith habrían tenido lugar hacia el este de La Palma, no hacia el oeste.

Sea como fuere, Ellis se detuvo únicamente en las entradas que recogían los casos más increíbles. Es una pena que no lo hiciese en aquellos otros — y que seguro constarían en el manuscrito— más verosímiles, pero al viajero sólo le interesó el aspecto más pintoresco de los habitantes de aquel atrasado archipiélago, situado en las proximidades del continente africano. La leyenda o el fenómeno fue lo de menos en su transcripción; lo importante era registrar la ignorancia, el miedo y, en definitiva, la superstición. A fin de cuentas, lo que Ellis comunica a sus lectores británicos es la descripción de una región exótica, apegada a unas costumbres religiosas primitivas. Por último, como ya señalamos, hay que anotar que este manuscrito se encuentra en la actualidad en paradero desconocido o, peor aún, definitivamente perdido. Con su recuperación dispondríamos de un instrumento capaz de proporcionar, al margen de los testimonios copiados por Ellis, otros muchos con los que aproximarnos a la casuística del fenómeno y a la comprensión de la mentalidad de sus observantes. Por este motivo, quizás lo único aprovechable de los datos aportados por el británico sea la idea de que durante

esa época todavía era común la creencia popular en la existencia real de esta ínsula fantástica.

LOS VIAJEROS EUROPEOS Y LA VISIÓN CIENTÍFICA DEL OCHOCIENTOS

En este punto convendría recordar la nómina de viajeros europeos (científicos en su mayoría) que registraron desde comienzos del siglo XIX noticias acerca de la cuestión samborondoniana. Entre ellos cabe destacar a Alexander von Humboldt (1769-1859), quien trató de nuestra isla en dos ocasiones en su famosa obra *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*⁵, la primera de ellas para ilustrar la creencia en la isla en tiempos de Colón (ejemplificada en el hecho de que llegaran ocasionalmente extraños restos vegetales o cadáveres humanos de otras razas a las costas macaronésicas); y la segunda para explicar hasta dónde puede alcanzar la vista desde el pico del Teide, admitiendo algunos fenómenos de refracción de la luz pero sin aceptar que éstos fueran de tanta envergadura como para observar Cabo Verde o América, como había sostenido Viera. El mismo Humboldt se ocuparía años más tarde del asunto en *Histoire de la géographie du Nouveau Continent*⁶, donde repasa con más profundidad los detalles del mito y su relación con Canarias.

Otro de estos exploradores fue el biólogo Jean-Baptiste-Geneviève-Marcellin Bory de Saint-Vincent (1780-1846), quien en su *Essais sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantide ou Précis de l'histoire générale de l'archipel des Canaries*⁷ dejó escrito que San Borondón «no es más que uno de estos montones de vapores y de nubes, que tienen sin embargo la forma de tierras, pueden ser incluso las Salvages exageradas; pero es seguro que todos los que dicen haber desembarcado, y describen esta isla como considerable, no son verídicos en su relato»⁸.

5 HUMBOLDT (1815), pp. 137-138, 304-305.

6 HUMBOLDT (1836).

7 BORY DE SAINT-VINCENT (1803).

8 PICO, CORBELLA (2000), pp. XXIX-XXX.

Saint-Vincent no cree en absoluto en la existencia de la isla de San Borondón, pero curiosamente dedica buena parte de su ensayo a defender la teoría de las islas macaronésicas como restos de la Atlántida.

También podríamos nombrar al navegante y naturalista normando Jules-Sébastien-César Dumont D'Urville (1790-1882). En su *Voyage pittoresque autour du monde, résumé général des voyages de découvertes* habla tanto de las posibilidades de que la isla misteriosa sea una ilusión óptica como de la más sugerente de que se trate de un antiguo volcán subterráneo del que en distintos períodos hubiese emergido tierra por encima del nivel del mar, hundiéndose después⁹. Quizás lo primordial de esta serie de testimonios sean las explicaciones aportadas para fundamentar con coherencia un fenómeno que los científicos listados en ningún momento ponen en duda. Y es así como, durante los siguientes años, otros estudiosos concurrieron a este foro con sus disquisiciones.

En 1831, el que fuera cónsul británico en Tenerife, Francis Coleman Mac-Gregor (1783-1876), se refiere a San Borondón de manera muy escueta. En una nota a pie de página del capítulo 1 («Geografía de las islas») de su monografía *Las islas Canarias según su estado y con especial referencia a la topografía, estadística, industria, comercio y costumbres*, anota que las apariciones de la mítica isla no son más que un espejismo causado por un efecto óptico, que denomina también *fata morgana*. Apunta la expedición de 1721 como un acontecimiento bastante relevante, sorprendiéndole la data de su organización en pleno siglo de la razón. No en vano, este intento de descubierta y colonización de San Borondón fue nada menos que una expedición promovida por las instituciones públicas y efectuada en una fecha no tan lejana a la llegada de Mac-Gregor a Tenerife (a poco más de un siglo). Estos comentarios podrían relacionarse, además, con la opinión vertida acerca de la mentalidad general de

⁹ PICO, CORBELLA (2000), pp. xxx y 307-312.

los isleños, a cuyas capas medias define como gente con poca capacidad de reflexión y propensa a la fantasía¹⁰.

Unas décadas después, otro viajero europeo, en esta ocasión el científico germano Karl von Fritsch (1838-1906), conoció la existencia del fenómeno gracias al párroco de Candelaria (Tijarafe). Este último, probablemente en la visita del alemán al municipio tijarafero, le reportó la presencia del espejismo, manifestado, según dejó escrito el geólogo teutón, en la visión de una ínsula al oeste de La Palma coronada por dos montañas. Después de recabar más datos sobre la historia en las islas de La Gomera y El Hierro e incluso tras analizar una especie de avistamiento protagonizado por él mismo desde la península de Jandía (Fuerteventura), Fritsch dedujo que el fenómeno no era más que el producto de la reflexión de la luz y que puede contemplarse¹¹:

cuando el cielo está nublado, pero el horizonte aparece claro; aunque la visión es turbia, sus contornos se ven con nitidez, de forma semejante a como se muestran las islas vecinas cuando hay bruma. Este fenómeno no parece estar ligado ni a un momento concreto del día ni a una estación determinada. Según cuentan los habitantes de La Gomera, el espejismo aparece, propiamente, el día de San Juan; en cambio, parece que este fenómeno natural no se observa desde El Hierro. Es difícil decir con exactitud qué es lo que se refleja; sin embargo, la visión de una isla con dos cumbres sólo puede corresponder a La Palma de entre estas islas.

Como comprobaremos más adelante, Fritsch está aduciendo una de las explicaciones científicas más difundidas sobre el fenómeno y ejemplifica a la perfección la perspectiva positivista que imperaba en la Europa de su tiempo, que en Canarias no caló más que entre la burguesía más acomodada (si bien, entre los pocos miembros de este estamento, el racionalismo obtuvo un predicamento muy significativo). Tampoco se debe obviar el testimonio de la bri-

10 MAC-GREGOR (1831), pp. 36 y 63.

11 FRITSCH (1867), p. 83.

tánica Olivia Stone, autora del libro *Tenerife y sus seis satélites*. Esta viajera, que visitó La Palma en 1883, dejó escrito sobre San Borondón que no era más que una ilusión óptica¹².

El racionalismo canario tiene un ejemplo indiscutible en la figura del médico e historiador Gregorio Chil y Naranjo (1831-1901), fundador de El Museo Canario, quien llegaría a tener serios problemas con la Iglesia por el enfoque darwinista de sus *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*. Precisamente en esta obra, el doctor teldense incluyó varios capítulos dedicados a las islas míticas —entre ellos uno sobre San Borondón¹³— donde, además de recoger algunas fuentes hasta entonces inéditas o poco conocidas, aportó una vez más la opinión de que se trataba de un espejismo. En este sentido, Chil cita algunos testimonios recientes sobre visiones equiparables a la de San Borondón desde las costas de Las Palmas de Gran Canaria y Telde, siempre identificadas como imágenes especulares.

También podemos incluir en la nómina de los racionalistas de la burguesía isleña al notario Agustín Millares Torres (1826-1896), quien en su principal obra historiográfica opina que los asuntos de San Borondón «no tienen hoy grande importancia histórica ni geográfica, probado como está, que el fenómeno se verifica por un efecto de espejismo»¹⁴. Millares justifica la inclusión de unas páginas sobre esta cuestión entre los capítulos de descripción del archipiélago como muestra de la importancia que anteriormente se le había dado a la isla, y considera excesivo el protagonismo otorgado por historiadores como Viera o el mismo Chil y Naranjo. Los episodios históricos relacionados con aquella quimera los relata, pues, en los capítulos correspondientes a cada época, procurando no descontextualizarlos para no sobredimensionar su importancia.

12 STONE (1887), pp. 364-366.

13 CHIL Y NARANJO (1876).

14 MILLARES TORRES (1893-1895).

LA BARCA ELVIRA: ¿UNA ÚLTIMA EXPEDICIÓN EN PLENO SIGLO XIX?

Pero regresando a la mentalidad insular del pueblo llano, uno de los episodios más sugerentes de la historia borondoniana del XIX nos lo brinda el folclore. En la década de 1920, Buenaventura Bonnet, profesor de la Universidad de La Laguna, daba a conocer en uno de los artículos concernientes a la historia de San Borondón que publicó por aquellos años, un romancillo sobre la supuesta aventura de una barca, llamada *Elvira*, perdida en su salida en busca de la isla errática¹⁵. En su artículo, Bonnet agradece la transmisión de estos versos populares a Francisco P. Montes de Oca, quien los había oído cantar a los pescadores del Puerto de la Cruz (Tenerife) aunque parece que tenían un origen anterior en La Palma. Posteriormente, las referidas coplas serían citadas por María Rosa Alonso en 1940¹⁶, y más tarde las recogería más ampliamente Luis García de Vegueta en 1944¹⁷, siendo esta última la versión más cercana al romance original, ya que contiene variantes de extremo interés que remiten a episodios samborondonianos ausentes en la que Montes de Oca dictara a Bonnet. Sin duda, los marinos portuenses de los que se tomaron primeramente estos versos habían suprimido los pasajes más incomprensibles, que sólo tienen sentido para oídos educados en el sonido de las costas de San Borondón. Por ello, en la versión de Bonnet se convierten casi todas las sextillas en cuartetas por la elisión y adaptación de algunos versos. Resultará muy ilustrativo que recojamos la versión completa de Luis García de Vegueta, quedando las variantes de Bonnet anotadas a pie de página¹⁸:

Trimenda mentira
nos metió el patrón
quien siendo muy joven

15 BONNET Y REVERÓN (1927-1929), n. 17 (enero-marzo de 1928), p. 3, nota 1.

16 ALONSO (1940), pp. 3-7.

17 GARCÍA DE VEGUETA (1944), pp. 196-197.

18 REGUEIRA BENÍTEZ, POGGIO CAPOTE (2005), p. 7.

mucho navegó¹⁹
en la barca *Elvira*
la que se perdió.

Tan brava y bonita²⁰
y se trabucó
buscando la isla
que un fraile miró²¹
frente a La Gomera
con todo claror.

El patrón contaba
cosas que inventó²²
porque aquella isla
jamás la encontró,
ni viola en su vida
ni a ella arribó.

Era la Encantada
que desapareció
la negra ballena²³
del diablo mayor
con los sietes obispos
y el santo santón.
Boguen compañeros
que el viento rondó,
boguen compañeros,²⁴

19 Bonnet: punto y aparte y fin de la estrofa.

20 Bonnet: este verso y el siguiente suprimidos.

21 Bonnet: *que un marino vio*. Punto y aparte y fin de la estrofa. Son numerosos los frailes que han visto San Borondón, entre ellos Bartolomé Casanova (1556), Luis Rey (1723), Pedro Laso (1770), etc.

22 Bonnet: punto y aparte y fin de estrofa.

23 Bonnet: este verso y los tres siguientes quedan sustituidos por otros dos: *la isla llamada / de San Borondón*. La referencia a la *negra ballena del diablo mayor* remite a los textos medievales sobre la odisea de san Brandan, origen etimológico de nuestro San Borondón, mientras que los *siete obispos* recuerdan a la isla de las Siete Ciudades, mítica tierra regida por otros tantos prelados portugueses. El *santo santón* es, sin duda, el que da nombre a la isla que buscaba la barca *Elvira*.

24 Bonnet: este verso y el siguiente suprimidos.

que el viento salió,
y la mar nos tumba
sobre el caletón.²⁵

Boguemos ligeros
con fuerza y ardor,
que allá por los mares²⁶
la *Elvira* se hundió,
sin dar con la isla
de San Borondón.

Si aceptamos que la composición, transmitida oralmente, data de mediados del siglo XIX, podemos plantearnos varias posibilidades. La primera es que se trata de una simple creación literaria sin base real; pero al comprobar que en aquella época existió al menos un navío bautizado como *Elvira*, se alumbraba una segunda hipótesis mucho más sugerente: que en pleno siglo XIX se hubiese organizado una última expedición con el objetivo de abordar la incansablemente perseguida isla de San Borondón.

El *Elvira* real fue construido en Santa Cruz de La Palma en 1839 bajo los órdenes de Miguel Monteverde Benítez de Lugo (1792-1862), a cuya madre, Elvira Benítez del Hoyo, honró en aquella ocasión dando su nombre de pila a la nueva embarcación. El naviero Monteverde, particularmente interesado en los temas históricos del archipiélago, era regidor primero del Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma²⁷; por su parte, el *Elvira* fue un bergantín goleta de 72 toneladas²⁸.

25 Hay varios parajes en el archipiélago conocidos como *El Caletón*, pero el romancillo puede referirse a la costa de Garachico (Tenerife), donde el oleaje puede poner en apuros a las pequeñas embarcaciones.

26 Bonnet: *que allá en «Los Pesqueros»*. Puede que Bonnet transcribiera como topónimo lo que en realidad era una forma genérica de referirse a las zonas de pesca.

27 PÉREZ GARCÍA (1985-1998), v. II, p. 164.

28 LORENZO RODRÍGUEZ (ca. 1900), v. I, p. 51; YANES CARRILLO (1953), p. [99].

Sabemos de una primera salida del *Elvira* al mar el 19 de junio de 1839, según consta en un registro de atraques y partidas del puerto de esta ciudad conservado en el Archivo Municipal de Santa Cruz de La Palma²⁹. Se dirigió en aquella ocasión a las costas de África, haciendo escala en Gran Canaria, y regresó el 7 de agosto con una carga de pescado en salazón. Se trataba, pues, de una nave comercial, y como tal la encontramos en los años posteriores entre las costas canarias y el litoral sahariano, llevando frutos del país y trayendo granos, cal y otras mercaderías. Su hechura le permitió incluso viajes transoceánicos, ya que el 5 de octubre de 1842 transportó hasta Puerto Rico un flete de vino de La Orotava y diez meses más tarde retornó con una partida de cuero.



Botadura de navío en Santa Cruz de La Palma desde El Callao de la Marina, ca. 1900 [AGP, LM]

²⁹ AMSCP, cajas 154 y 571.

El *Elvira* de Miguel Monteverde no fue, sin embargo, el único barco de este nombre que navegó por nuestras costas. Por ejemplo, en 1844 un navío homónimo, de 46 toneladas y aparejado como balandra, visitó el puerto capitalino de La Palma, y en 1861 otro *Elvira*, bergantín goleta de 51 toneladas, hizo también escala en la misma rada. Con todo, el bergantín palmero sí fue el más asiduo de nuestros mares y, por tanto, podemos aventurar que es a éste al que hace referencia el romance que hemos recogido. Si verdaderamente éste u otro barco homónimo hizo el viaje en busca de San Borondón es algo que dejamos a la imaginación de los lectores y a las pesquisas de los historiadores. Pero por desgracia hemos de contemplar también la menos sugerente idea de que tal operación nunca se llevara a cabo, pudiendo las estrofas referirse simplemente a un avistamiento de San Borondón desde la cubierta de este barco o puede, en suma, que los versos no sean más que una hermosa narración literaria. A esta última idea contribuye la evidente erudición que emana de la composición lírica, rasgo poco frecuente en este tipo de manifestaciones populares. Es, en fin, posible que el poema se refiera al *Elvira* de Miguel Monteverde —hundido o perdido en el mar, aunque no tengamos de ello testimonio documental— y que el anónimo autor del romancillo quisiera ofrecer la visión escatológica del navío surcando las riberas de la ilusión.

SAN BORONDÓN EN LA PRENSA

El eco de San Borondón seguía resonando, pues, en las islas. Como ha quedado dicho, el siglo XIX se caracteriza por la visión racionalista de los fenómenos de la naturaleza, por lo que este aspecto será uno de los predominantes en cualquier aportación que los escritores hagan al que nos ocupa. Además, será frecuente encontrar el nombre de *San Borondón* como recurso literario para tratar de forma irónica los temas que los columnistas consideren de interés. Por último, también en ocasiones la prensa se hizo eco de algún avistamiento frente a las costas canarias, aunque siempre mirando el asunto con incredulidad.

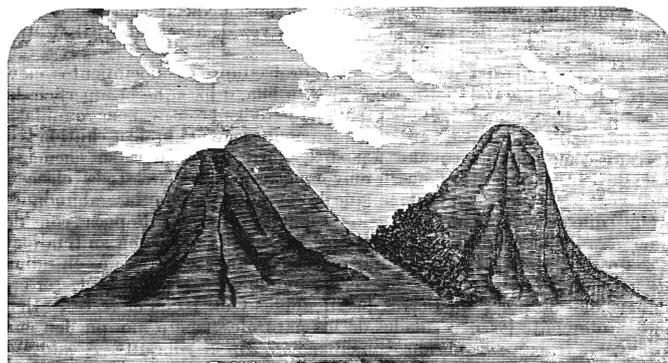
Un ejemplo de esto último nos lo ofrece en 1865 el periódico tinerfeño *El guanche*³⁰. En un artículo anónimo, publicado en forma de folletín aunque en una sola entrega, se narra el caso de un fraile franciscano que, en una carta a sus amigos, afirmó haber visto la isla de San Borondón desde el lugar de Alajeró, el 3 de mayo de 1856, a las 6 de la mañana. Cuenta este fraile que la isla constaba de dos altas montañas separadas por un valle arbolado y que podrían confirmar la aparición otros cuarenta testigos –entre ellos el cura Antonio José Manrique– a quienes el franciscano había llamado. Este artículo, además de referir este caso particular, repasa a modo de resumen la relación entre las islas Canarias y la de San Borondón, citándose avistamientos históricos, expediciones de descubierta, presencia en mapas, disquisiciones filosóficas y científicas, etc. Sin embargo, para despejar dudas sobre la posición racionalista del anónimo autor, éste aprovecha la oportunidad para comentar que al crédulo vulgo le costaba mucho esfuerzo dejar de creer en la existencia real de la isla fantasma. Es más, el propio artículo se esfuerza en despejar de antemano cualquier asomo de duda sobre el enfoque del autor, ya que comienza con la frase «Una de las ilusiones ópticas de que hay recuerdo...».

En ese mismo aspecto incide Domingo Bello y Espinosa (1817-1884) en un curioso artículo de *La ilustración de Canarias*³¹. En él se hace eco de un avistamiento protagonizado en 1865 por unos científicos portugueses que se hallaban en la cima del Teide, aparición que propiciaría la publicación de algunos artículos en el *Courrier des sciences* y en otros medios de divulgación científica como *La science populaire*. Este episodio fue más conocido por el trabajo que sobre los espejismos publicó el francés J. Rambosson en *El monitor científico-industrial*. Rambosson aceptaba la opinión de los protagonistas del avistamiento, quienes concluyeron que el efecto se debía a un fenómeno de refrac-

30 IMAGINARIA (1865), p. [3]. En 1873 este artículo fue reproducido en dos entregas en el periódico *La Afortunada* (IMAGINARIA, 1873).

31 BELLO Y ESPINOSA (1883).

ción terrestre de lo más gigantesco, y que lo que se veía en realidad no era otra cosa que los norteamericanos montes Apalaches. Esta explicación, que ya Viera y Clavijo había propuesto un siglo antes, tuvo un eco extraordinario en Canarias, donde inmediatamente se difundió³² y donde aún se hablaba de ella en los periódicos en 1878³³ y, en el caso que nos ocupa, en 1883. El trabajo de Bello, además de recoger algunos extractos de aquel artículo y un grabado de Juan Ernesto Meléndez Cabrera (1856-1891) basado en el de Viera, aduce algunas jugosas consideraciones personales sobre las explicaciones ofrecidas por el francés.



Juan Ernesto Meléndez Cabrera, *Reinterpretación del dibujo de José de Viera y Clavijo* [grabado], 1883 [EMC]

Un avistamiento parecido al fenómeno óptico que produce la ilusión samborondiana fue protagonizado por Juan Bautista Lorenzo Rodríguez (1841-1908) durante 1890. En este caso se trató de un espejismo ocurrido sobre el Teide, pero —como veremos— fue relacionado por su compilador con la isla fluctuante. Lorenzo Rodríguez, sobresaliente personaje de la sociedad isleña de fines del siglo XIX y principios del XX, ocupó cargos destacados en la vida

32 PAÍS (1865); CHIL Y NARANJO (1876), pp. 114-116.

33 PÉREZ (1878).

política, cultural y religiosa. Llegó a ser alcalde de Santa Cruz de La Palma en 1904 (con anterioridad, en 1890 y 1899, también había ejercido este puesto, pero de manera interina), cronista oficial de la misma ciudad, sacristán mayor de la parroquia matriz de El Salvador y secretario de la Venerable Orden Tercera de San Francisco. Fue autor de varias publicaciones de interés local, pero la obra más destacada de su labor investigadora son las célebres *Noticias para la historia de La Palma*. Redactada en cinco gruesos volúmenes en folio, recoge un amplio corpus documental sobre todos los períodos del pasado palmero. Constituye, fundamentalmente, una obra historiográfica orientada a la transcripción de numerosas fuentes primarias, evitando cualquier tipo de análisis o crítica de los hechos. En la actualidad, este libro se revela aún como una herramienta muy valiosa para el estudio de la historia insular. El profesor Régulo Pérez apunta sobre su confección que el manuscrito debió de estar concluido a fines del siglo XIX, pero no llegó a verse en letra impresa hasta 1975³⁴, permaneciendo aún inédito el último de los volúmenes.

Como no podía ser de otra manera, en sus páginas aparece la cuestión de San Borondón, tan vinculada a la tradición palmera. Lo hace en cuatro ocasiones: en el primer tomo, bajo el encabezamiento «151. Espejismo»; en el segundo, dentro de los epígrafes rotulados como «119. Efemérides de la isla de La Palma» (concretamente en la que hace referencia al día 9 de agosto, que menciona la expedición de 1604) y «128. San Borondón»; y en el quinto, con el título «XI. San Borondón».

Es muy curioso observar que en casi todos esos artículos Lorenzo Rodríguez compara la isla errática con un espejismo. Nos encontramos en plena centuria decimonónica, momento en el que la filosofía positivista está en plena vigencia. Fruto de estas ideas había sido la creación en 1881 de la Sociedad Cosmológica, ubicada en la capital insular. Al poco tiempo de su fundación se creó en su seno

34 LORENZO RODRÍGUEZ (ca. 1900), v. 1, pp. IX-LIX. En la actualidad José Eduardo Pérez Hernández prepara la publicación del volumen IV.

un Museo de Historia Natural y Etnográfico. Adornaban todo ello numerosas pinceladas liberales, progresistas y masónicas, corrientes de pensamiento que habían calado de forma profunda en una parte de la burguesía urbana y que articulaban en buena medida el devenir de la población local. Es muy probable que de ahí surgieran las reiteradas y continuas explicaciones proporcionadas sobre el fenómeno. El historiador, en un intento por estar acorde con su tiempo, no pretendió más que dar un toque racional a la cuestión samborondoniana.

De vuelta al espejismo presenciado por Lorenzo desde el contorno de la capital palmera, nos centramos ahora en su descripción. Según su testimonio, en el amanecer del 24 ó 25 de noviembre de 1890 (proporciona las dos fechas según el tomo que se consulte) se divisó desde Santa Cruz de La Palma un fenómeno de reflexión del Teide. Pudo contemplarse la imagen virtual del famoso pico sobrepuesta al monte y en posición inversa. Las dos puntas, la real y reflejada, se tocaban en sus extremos siendo el tamaño de la imagen invertida similar al de la verdadera. Constituía todo ello, según relata, un espectáculo que se prolongó durante algún tiempo. El autor finaliza su comentario comparando este espejismo con el que causaba las apariciones de San Borondón³⁵.

Pero continuando con la ruta trazada por nosotros mismos y que discurre tras la estela de la nave del mítico san Brendan, parece oportuno rescatar otro dato proporcionado por el que fuera cronista de Santa Cruz de La Palma. En los epígrafes citados con anterioridad de las *Noticias para la historia de La Palma*, el erudito local ofrece alguna referencia muy puntual sobre diversos avistamientos.

35 Traemos a colación el fragmento del volumen V referido a San Borondón por tratarse de un texto inédito. De esta manera, Lorenzo Rodríguez, comentando el epígrafe sobre la isla fluctuante recogido de la *Historia general de las islas Canarias* de Millares Torres (1882, v. 1, pp. 140-141), deja consignadas unas breves notas sobre este fenómeno: «A estas observaciones les falta alguna cosa. La isla encantada de *San Brandan ó Borondon* que tanto dió que pensar á nuestros abuelos y que tantas expediciones se malograron como capitales se invirtieron en su vusca durante los siglos XVI, XVII Y XVIII, era un fenomeno natural, que aun se repite, conocido con el nombre de espegismo, segun ha venido á demostrar la ciencia; pero dada la configuracion con que todos los autores la diseñan, es indudable que la encantada *San Borondón* era la imágen de la isla de La Palma, reproducida por una nube en quien se hacía la impresión.

Así, en una muy breve reseña afirma que en el pasado, desde los pueblos de Tijarafe y Puntagorda, se había contemplado San Borondón. Esta mención es mucho más jugosa que la suministrada sobre la observación del espejismo del Teide. En primer lugar, apunta a que el fenómeno de la isla se había repetido en fechas anteriores con mucha asiduidad. Sin embargo, esta nota debe interpretarse simplemente como una mención a los numerosos avistamientos, como los de Pedro Laso en 1769, el padre Clavellina en 1770 y otros registrados en las *Noticias*³⁶. La magnitud de la aportación viene realmente a continuación, cuando agrega que en aquella misma época la isla errática también se había aparecido en esporádicas ocasiones.

Como podemos comprobar, el espejismo continuaba mostrándose de forma intermitente frente a las costas de La Palma. No obstante, todas estas presencias debieron de quedar registradas exclusivamente a través de fuentes orales y sólo en fecha posterior llegaron a conocimiento de Lorenzo Rodríguez, quien las consignó de manera muy escueta en su libro. Y es esta breve anotación, sin duda, el aspecto más interesante para nosotros, dado que revela la persistencia de la anomalía durante el siglo XIX.

Segun el inteligente piloto Gaspar Perez de Acosta, la figura de la isla de San Borondon, que él creia realidad y por eso fué en su vusca en union del insigne canario fray Lorenzo Pinedo, del Orden Seráfico, (1) estaba á los 28 grados y 53 minutos de latitud y 35 grados y 31 minutos de longitud demarcandola y demorandola de los pueblos de Tijarafe y Puntagorda, segun se presentaba á la vista, Noroeste cuarta al Nordeste, su centro; la punta del sur al Oesnorueste y al Nornordeste la del Norte (2).

Este fenómeno se repeta con mucha frecuencia y aun se observa en algunas ocasiones desde los pueblos de Tijarafe y Puntagorda.

Otro semejante fué el que se vió desde la ciudad de la Palma el día 25 de Noviembre del año de 1890. Anunciando la salida el Sol, tiñose el horizonte de vivos colores confundidos con muchas franjas de un dorado brillantísimo, sobre cuyo espléndido fondo se ostentaba la magestuosa silueta del Teide, y sobre este, casi en contacto con él y aunque en posicion inversa, dibujábase como una minuciosa reproducción fotográfica de igual tamaño que el original, el gigantesco pico, cuyo espectáculo duró por algún tiempo.

Poco á poco la imagen inversa del Teide fuese desvaneciendo por la cúspide, hasta no quedar de la base mas que una sombría nube, que por último desapareció al par que avanzaba el día.

(1) Núñez de la Peña pág. 6

(2) Poseemos el dibujo y cálculo referidos». Véase: LORENZO RODRÍGUEZ, Juan Bautista. *Ligeras observaciones sobre la Historia general de las islas Canarias por don Agustín Millares*. [Manuscrito]. [Santa Cruz de La Palma, 189?]. BJPV, ff. 17r-18v.

36 LORENZO RODRÍGUEZ (ca. 1900), v. 2, pp. 402-403.



Conny Spelbrink, *Sombra del pico del Teide sobre las nubes*, 2004 [cs]

Estas fotografías fueron tomadas el 20 de noviembre de 2004. Ambas instantáneas muestran el fenómeno óptico descrito por Juan B. Lorenzo Rodríguez en 1890. Lo más curioso es que dicha manifestación sólo puede observarse (bajo determinadas condiciones) sobre los días 20 de enero y noviembre de cada año. Lorenzo lo presenció en éste último mes.



Fernando Bullón, *Sombra del pico del Teide sobre las nubes*, 2004 [AFB]

En este sentido, es muy significativo comprobar que en toda la prensa decimonónica publicada en La Palma no se menciona ni una sola vez la aparición de San Borondón. Quizá la situación geográfica de las zonas en las que se producían más frecuentemente los avistamientos, alejadas de la urbe, resultara determinante para tal omisión. Por otra parte, las malas comunicaciones internas, la poca fiabilidad que ofrecerían los testigos o el mismo descrédito del fenómeno —atribuido a mentes demasiado sugestionables— contribuyeron a este vacío. Pero una razón mucho más decisiva que todas las anteriores puede que haya de atribuirse a la mentalidad de la sociedad urbana de la capital insular, deudora de las corrientes racionalistas que ya circulaban con fuerza sobre este solar atlántico, ajenas, al menos en apariencia, a cualquier tipo de fenómeno extraño³⁷. Ellos eran al fin y al cabo quienes redactaban, compraban y mayoritariamente leían los periódicos, y ahora San Borondón no pasaba de ser para ellos un tema anecdótico, cuyo misterio estaba plenamente resuelto a la luz de los nuevos conocimientos científicos. Las apariciones samborondonianas no eran más que el recuerdo de una mera ilusión de tiempos remotos. A pesar de todo, un rescoldo de este sueño sí aparecerá registrado en los periódicos locales de La Palma.

En un exhaustivo artículo de Pérez Hernández publicado en *Revista de historia canaria*³⁸ puede observarse lo que comentamos. Es significativo comprobar que a partir de estas fechas la ínsula encubierta comenzará a ser utilizada como recurso literario para la crítica política y social, intentando salvar así la censura. La excusa samborondoniana ocultaba bajo su nebulosa los pareceres de algunas mentes liberales del XIX insular, y es la utilización de este enmascaramiento el que

37 Un ejemplo de esta incredulidad podría ser el cuestionario que el Ateneo de Madrid distribuyó en 1901, puesto que el corresponsal encargado de su recogida en Santa Cruz de La Palma, Eustaquio García, obvió los apartados sobre las supersticiones relacionadas con la muerte y las apariciones fantasmagóricas. Véase: BETHENCOURT ALFONSO (1901), pp. 274-304.

38 PÉREZ HERNÁNDEZ (1998), pp. 153-175. De este autor y de su trabajo tomamos el dato de la inexistencia de avistamientos en los periódicos palmeros del XIX. Por nuestra parte, podemos hacer la misma afirmación refiriéndonos a la prensa regional que hemos tenido la oportunidad de estudiar, si exceptuamos la citada referencia en el periódico *El guanche* sobre la visión de 1856 y el caso de los científicos portugueses que observaron San Borondón desde el Teide en 1865.

va a otorgarle nuevo protagonismo a la isla. La mayoría de estos artículos se encuadra en el marco cronológico de 1860 hasta 1880, data a partir de la cual las milenarias sombras que habían velado esta leyenda se cernirían sobre el «fenómeno» periodístico.

En primer lugar, el escritor romántico Antonio Rodríguez López (1836-1901), desde las páginas de *El Time* y bajo el seudónimo de *Bachiller Sancho Sánchez*, publicó una serie de artículos inspirada en el mito³⁹. En los mismos sacaba a la luz pública varios temas candentes durante aquella época. El motivo fue seguido años más tarde en nuevas colaboraciones periodísticas firmadas por José María Fernández Díaz (1846-1877), Domingo Carmona Pérez (1854-1906) y Víctor Fernández Ferraz (1846-?), además de otras aportaciones que se editaron de manera anónima⁴⁰. Algunas de ellas se hicieron en forma de notas de un supuesto servicio telegráfico del periódico, curioso recurso que algún tiempo más tarde será imitado por el periódico grancañario *La opinión*, al menos en dos ocasiones

39 Para otra opinión acerca del autor que está detrás de este pseudónimo, véase: DÍAZ ALAYÓN, CASTILLO MARTÍN (2005), pp. 57 y ss., donde se atribuye al portuense José Agustín Álvarez Rixo (1796-1883).

40 Las referencias bibliográficas de estos artículos son como se sigue a continuación. La relación de todas ellas ha sido tomada del artículo de Pérez Hernández citado con anterioridad: BACHILLER SANCHO SÁNCHEZ [Antonio Rodríguez López]. «Sección de variedades: bachillerías de un bachiller: viaje a la isla de San Borondón». *El Time*, n. 81 (5 de febrero de 1865), pp. 2-3; n. 82 (12 de febrero de 1865), pp. 3-4; n. 83 (19 de febrero de 1865), pp. 2-3; n. 85 (5 de marzo de 1865), pp. 2-3; n. 86 (12 de marzo de 1865), pp. 2-3; n. 87 (19 de marzo de 1865), p. 3; n. 95 (28 de mayo de 1865), p. 3; n. 96 (4 de junio de 1865), p. 3; n. 98 (18 de junio de 1865), pp. 2-3; n. 100 (2 de julio de 1865), p. 3; n. 102 (16 de julio de 1865), p. 3; n. 104 (30 de julio de 1865), p. 3. SANCHO [¿Antonio Rodríguez López?]. «Variedades: carta de Sancho a Sánchez: San Borondón». *El convenio*, n. 9 (11 de julio de 1890), p. 3. F[ernández] D[íaz], J[osé] M[aría]. «Variedades: los montes de la isla de San Borondón». *El Time*, 198 (30 de agosto de 1867), pp. 3-4; «Diálogo suelto entre el quídam y don Jota». *El clarín*, n. 48 (20 de noviembre de 1871), p. 3; JOTA [José María Fernández Díaz]. «Sonidos». *El clarín*, n. 38 (10 de agosto de 1871), p. 2; «Sonidos: la elección municipal de Santa Cruz de La Palma en 1872: diálogo entre el quídam y D. Jota». *El clarín*, n. 58 (10 de marzo de 1872), pp. 2-3. ANÓNIMO [José María Fernández Díaz]. «Sonidos: uno interesante». *El clarín*, n. 9 (20 de octubre de 1870), p. 3; «Sonidos: diálogo entre en quídam y D. Jota». *El clarín*, n. 61 (20 de abril de 1872), pp. 3-4. ANÓNIMO [Domingo Carmona Pérez]. «Un encuentro en San Borondón». *La asociación*, n. 18 (20 de mayo de 1879), pp. 1-2; «Lo mismo: en San Borondón». *La asociación*, n. 36 (18 de agosto de 1879), p. 2; «Lo mismo: nuestro partido». *La asociación*, n. 20 (28 de mayo de 1879), pp. 1-2; «Lo mismo: acto segundo». *La asociación*, n. 22 (4 de junio de 1879), pp. 1-2. ANÓNIMO [Víctor Fernández Ferraz]. «Lo mismo». *La asociación*, n. 39

entre 1872 y 1873⁴¹. En esta misma década los periódicos de Las Palmas volverían a publicar otros artículos que utilizarían San Borondón como escenario en el que apoyar las críticas a la situación de las Canarias reales. Es el caso de los sueltos anticlericales de las cabeceras *La prensa* (1876) y *Las Palmas* (1878), puestos bajo el pseudónimo *Demócrito*⁴², quien, según hemos podido averiguar, no era otro que Pablo Romero Palomino⁴³. Un ejemplo tardío del uso de San Borondón como subterfugio para satirizar casos más cerca-



El Time, n. 198 (Santa Cruz de la Palma, 30 de agosto de 1867), pp. 1-2 [EMC]

- (3 de septiembre de 1879), p. 2; n. 40 (8 de septiembre de 1879), p. 2; n. 42 (18 de septiembre de 1879), p. 2; n. 43 (23 de septiembre de 1879), p. 2; «Lo mismo: felices días». *La asociación*, n. 61 (28 de diciembre de 1879), p. 2; «A un amigo de S. Borondón». *La asociación*, n. 97 (12 de julio de 1880), p. 2; «Fuga y arrepentimiento: traducción de un romance fabuloso». *La asociación*, n. 109 (18 de septiembre de 1880), pp. 1-2; n. 110 (24 de septiembre de 1880), p. 2. ANÓNIMO. «Gacetilla general». *Aseró*, n. 18 (8 de agosto de 1886), p. 2.
- 41 «Última hora: telegramas». *La opinión* (Las Palmas de Gran Canaria, 12 de octubre de 1872), p. 3; «Última hora: partes telegráficos». *La opinión* (Las Palmas de Gran Canaria, 4 de enero de 1873), p. 3.
- 42 DEMÓCRITO (1876a); DEMÓCRITO (1876b); DEMÓCRITO (1878).
- 43 En las contribuciones de *Demócrito* en los periódicos grancanarios, frecuentes al menos desde 1875, hemos podido rastrear su verdadera identidad hasta asignarla al periodista y poeta Pablo Romero Palomino (1830-1885). El pseudónimo fue utilizado contra él en las sátiras que le lanzara su pariente Agustina González Romero, *La Perejila*, quien en ocasiones lo llamaba también *Don Calamidad*.

nos lo vemos todavía en la segunda mitad del siglo xx, en dos artículos que Alfonso de Ascanio publica en el diario tinerfeño *La tarde*⁴⁴.

Lo interesante es que durante estas décadas San Borondón dejó de convertirse en una anécdota geográfica para modelar las opiniones de los canarios, y muy especialmente de los palmeros, que explotaron el recurso para numerosos propósitos. Temas como la protección de los montes, pero sobre todo la política y las vicisitudes que la rodeaban, motivaron en buena medida estos breves ensayos. Pero pronto todo ello volvió a dejar paso a un renovado interés histórico —o si queremos cartográfico—, con el consiguiente registro de nuevos avistamientos.



La afortunada, n. 87 (Las Palmas de Gran Canaria, 6 de diciembre de 1873), p. 1 [EMC]

44 ASCANIO Y POGGIO (1958). En este artículo el autor remite a otro anterior, que no hemos logrado localizar por el momento, titulado «Los plátanos de la isla de San Barandán».

El último tiempo: los siglos xx y xxi en La Palma



En la actualidad es muy raro encontrar a alguna persona en el archipiélago canario que no haya oído mencionar la leyenda de la isla de San Borondón. Unos más y otros menos, todos han tenido noticias de esta tierra inexistente. Así, las frecuentes alusiones al mito en la historia, la literatura, las bellas artes o la música han conformado un imaginario colectivo que equipara La Encubierta a las demás islas de este archipiélago atlántico. Hoy en día, además, San Borondón aparece asociada a establecimientos comerciales, a urbanizaciones y a los más insospechados aspectos de nuestra sociedad. Todo ello se ha gestado a partir de una larga y continuada tradición que durante los últimos cinco siglos no ha cesado en ningún momento de alimentar la imaginación de los isleños.

Por otra parte, debemos tener en cuenta la evolución del mito. A partir de la segunda mitad del XVIII la probable tangibilidad de la tierra samborondoniana se tornó en escepticismo, aunque se siguió creyendo generalmente en su existencia hasta el Diecinueve y no fue hasta la segunda mitad de la centuria decimonónica cuando todo su misterio se disolvió. No obstante, las apariciones que se han sucedido en los dos últimos siglos han contribuido de manera estimable a la pervivencia de la leyenda. Su encantamiento no ha terminado: la isla errante continúa obsequiándonos en esporádicas ocasiones con su presencia. Y es este encantamiento el que subyace en el subconsciente de los canarios.

Con el objetivo de ordenar, rescatar y divulgar la pervivencia del mito en las últimas décadas, creemos oportuno aproximarnos a los avistamientos que se han sucedido a lo largo del siglo XX e incluso a aquellos otros producidos durante el milenio en el que ya nos encontramos. La Isla del Santo —como indicaremos— no ha dejado nunca de acompañarnos, y su tácita presencia ha quedado registrada en diversas fuentes, como en monografías, crónicas periodísticas, textos manuscritos, en la propia memoria de los distintos testigos o en la película de no pocas cámaras. A través de todas ellas pretendemos acercarnos ahora al fenómeno.

La primera referencia con que contamos para el Novecientos nos la proporciona José Apolo de las Casas Rodríguez (1894-1975). Este maestro, pedagogo y periodista se ocupó, en la segunda década del siglo XX, de estudiar las causas que originan el efecto óptico de San Borondón. En su artículo titulado «La fábula de los mares: nuevos descubrimientos de la isla de San Borondón», publicado en *Diario insular* de Santa Cruz de La Palma, con fecha de 15 de diciembre de 1919, De las Casas apunta algunos de los condicionantes que dan lugar a la ilusión samborondoniana. El erudito isleño escribe que posiblemente el fenómeno que causa la isla-ballena se deba a la dirección de los vientos predominantes en el extremo meridional de La Palma, los cuales al llegar a este punto toman una dirección recta desde el faro de Fuencaliente hasta zonas próximas a latitudes herreñas. Todo ello, según describe el palmero, forma en el horizonte, junto a las masas nubosas y con la ayuda de la temperatura, unos

cúmulos de cirros y nimbos que con frecuencia se asemejan a una isla. Es probable que este fenómeno —concluye De las Casas— diese lugar a la confusión legendaria. Es muy relevante, en este sentido, comprobar cómo el investigador local se afana en proporcionar una explicación lógica de la visión samborondoniana. Sin embargo, ello no debe extrañar, puesto que La Inaccesible, como hemos podido comprobar, ha estado muy cerca, durante las cuatro centurias precedentes, de los habitantes de estas islas. Su estudio, quizás a través de distintas y detalladas observaciones directas, se realizó a finales de 1919, dándose por concluido el 11 de diciembre de dicho año¹. Por último, recordemos que este autor volvió a tocar las condiciones meteorológicas de Fuencaliente en un opúsculo sobre los Mártires de Tazacorte². Allí vuelve a

1 CASAS RODRÍGUEZ (1919). Por tratarse de un texto perdido —como la errática isla— y por la explicación científica que proporciona del fenómeno, nos parece oportuno rescatar la parte de este trabajo en la que se ofrece un estudio sobre las causas que lo producen: «creo de oportunidad ahora decir algunas consideraciones más, deducidas de ciertos estudios prácticos, que he hecho sobre el lugar que aquellos antiguos soñadores creían elegido para destacarse la frondosa isla.

Las direcciones de los vientos reinantes en la Isla de La Palma que como todos sabéis, siguen al sur dicha isla, en donde terminan las montañas un rumbo rectilíneo casi del faro de Fuencaliente hacia latitudes próximas a la Isla del Hierro, forman sin duda, en el horizonte visible, entre Hierro y Palma, por efectos atmosféricos y caloríficos, en armonía física con el mar, lienzos de nubes (cirrus y nimbus) que la mayor parte de las veces, adquieren formas tan semejantes a una isla, que muchos viajeros, y hasta el cronista, al cruzar por Fuencaliente, creyeron con cierta firmeza fundamental, la existencia de una isla hermosa y frondosísima, enclavada en las aguas del Atlántico, entre la isla de Hierro y la de Palma.

Estos efectos de la naturaleza —fenómenos de belleza incalculable— son vistos precisamente, sólo en las horas policromas del crepúsculo vespertino, cuando el disco áureo del sol (bello disco de oro antiguo de buena luz) se oculta en el mar, mirándole desde luego, por lugares de Fuencaliente u occidentales de la Isla del Hierro. Así es que, pasadas las horas del crepúsculo, la fabulosa isla, que tanto diera que hablar y escribir a frailes y marinos, desaparecerá en el misterio de la naturaleza. Pero, como nuestro siglo, el siglo de las realidades y de las grandes luchas titánicas sociales, no puede admitir las erróneas y quiméricas ideas de los antiguos, ¡claro que no creará en brujas y duendes!, sino que se someterá a las más estricta realidad de las cosas.

Luego de las observaciones que llevo realizadas, dedúcese indudablemente que lo que los antiguos llamaron isla de San Borondón, no era más que un efecto atmosférico, en el horizonte luminoso del mar, cuando el Sol de nuestro sistema “daba al racimo maduro, su postrer beso”.

Fijense los habitantes de La Palma en esta Isla, los efectos crepusculares que se ven a la hora vespertina desde este pueblo de volcanes y de *pinos canariensis*, y verán sin duda cómo aquellas afirmaciones de Pedro Vello y Marco Verde sobre la isla de San Borondón, haciendo hasta detalles de sus desembarcos, no indican más que una broma de navegantes, ávidos de traer de las entonces tenebrosas latitudes de los mares, cuentos raros y azules, dignos de la época».

2 CASAS RODRÍGUEZ (ca. 1940).

hacer hincapié en las características atmosféricas de la tierra situada más al sur de La Palma, que causaron la captura de la nave *Santiago* por parte de los corsarios franceses capitaneados por Jaques de Sores, desembocando en la dramática ejecución de casi todos los religiosos que viajaban a bordo; sin embargo, en esta ocasión no hizo mención de la isla fugitiva³.

Posteriormente, en un trabajo que dio a la luz en *Revista de historia* entre 1927 y 1929, que trata de manera profunda el fenómeno de San Borondón, Buenaventura Bonnet recopiló los avistamientos de 1802 y 1865 (tratados en el capítulo anterior). Allí subrayaba la persistencia de las apariciones hasta mediados del XIX y aseguraba su probable repetición en el futuro⁴. En efecto, así ha ocurrido. Nuevos avistamientos se han sucedido durante la segunda mitad del siglo XX. Algunos han sido dados a conocer en la prensa regional y otros no se han difundido hasta el presente. De todos ellos nos ocupamos en las líneas que siguen, aunque es seguro que se nos escapan muchos más, dispersos en publicaciones periódicas o inéditos en la memoria de diferentes testigos.

Algunos de los que han quedado registrados en la prensa son muy poco conocidos, en ocasiones por lo efímero del medio y a veces también por la vaguedad de los datos ofrecidos por los autores, ya que normalmente se utiliza la anécdota de la aparición para propiciar reflexiones sobre la naturaleza del fenómeno, para divagar sobre su significación en la mentalidad isleña o, simplemente, para repasar una vez más el rosario de expediciones y materializaciones anteriores. Un ejemplo es el recogido por José Francisco Hernández Guimerá en el rotativo palmero *Diario de avisos* en 1953, cuando afirma que «De veraneo en la Costa Gris, allá por principios de Agosto, llegaron comentarios y rumores de cierta isla flotante que aparecía entre La Palma, La Gomera y El Hierro, y que era visible desde algunos puntos de

3 CASAS RODRÍGUEZ (ca. 1940), pp. 34-35.

4 BONNET Y REVERÓN (1927-1929), p. 204.

dichas islas»⁵. Se intuye que los comentarios y rumores se referían a un avistamiento reciente, del que se anota un testimonio dado en El Hierro: «Apareció por la mañana y a eso del mediodía se fue nublando y desapareció; era de dimensiones más extensas que las de la isla de La Palma». No se aclara, sin embargo, si desde esta última isla también se observó el fenómeno. Este avistamiento es, sin duda, el mismo que habían recogido José Padrón Machín en *Diario de Las Palmas* el 28 de agosto⁶ y José María Martínez-Hidalgo en *La vanguardia española* el 17 de octubre⁷. Fue una aparición visible desde la cumbre de Vinto, en El Hierro, y produjo en esta isla un significativo revuelo porque, a tenor del artículo de Padrón, San Borondón había acabado olvidada entre los herreños desde su última aparición frente a la isla del meridiano allá por el año 1723. Curiosamente, diez años después, esto es, en 1963, sería el mismo Padrón Machín quien saliera en defensa de sus paisanos ante la afirmación despectiva de Enrique Nacher de que los herreños creían en cosas como San Borondón⁸. Cuatro años más tarde, en marzo de 1967, la aparición se hizo visible de nuevo frente a las costas de El Hierro en un intento por volver a la memoria colectiva de sus habitantes⁹.

Un notable avistamiento fue recogido en 1955 por José Carlos de Luna. En el diario grancanario *Falange*¹⁰ reflejó una visión desde Tenerife que mostraba una aparente prolongación de la Isleta de Gran Canaria, de la misma manera en que, unos cincuenta años después, habría de recoger el periódico *El día*¹¹. Al menos en esta otra ocasión, está claro que se trataba de una extraordinaria perspectiva de Fuerteventura, que habitualmente no se deja ver desde la isla picuda y que en ese día simulaba ser una extensión de la península canaria.

5 HERNÁNDEZ GUIMERA (1953).

6 PADRÓN MACHÍN (1953).

7 MARTÍNEZ-HIDALGO (1953).

8 PADRÓN MACHÍN (1963).

9 La noticia, firmada por la agencia Cifra, fue publicada el día 28 por el periódico barcelonés *La vanguardia española*.

10 LUNA (1955).

11 DÍA (2004).

Gran Canaria no es, de hecho, ajena a los últimos visionados samborondonianos. Podemos recordar el que tuvo en 1971 la escritora costumbrista María Dolores de la Fe, quien, regresando en avión desde La Palma (a donde había ido a contemplar las erupciones volcánicas en Fuencaliente), observó asombrada la presencia de una isla entre Gran Canaria y Tenerife; jocosamente, se hizo la espinosa pregunta de a qué provincia habría de pertenecer¹².



Jaime Rubio Rosales, *Imagen videográfica captada desde el norte de Gran Canaria, en la que se observa a la izquierda la punta de Anaga en Tenerife (el resto de las formaciones no corresponden a islas reales)*, 2003 [JRR]

En 1999 el cronista grancanario Luis García de Vegueta también comentaba en *La provincia* los avistamientos producidos a principios del otoño (aunque no aclaraba desde qué punto del archipiélago se hicieron efectivos¹³); y, en 2003, Jaime Rubio Rosales filmó con su videocámara unas efímeras cos-

12 FE (1971). María Dolores de la Fe quedó en cierta medida marcada por esta experiencia, y tres años después, como corresponsal de *La vanguardia española*, volvió a nombrar la isla en un contexto insólito, refiriéndose a la Conferencia Europea de Correos y Telecomunicaciones celebrada en Las Palmas. FE (1974).

13 GARCÍA DE VEGUETA (1999).

tas que, desde el norte de Gran Canaria, se divisaban frente a la tinerfeña punta de Anaga, tal vez el mismo lugar en el que María Dolores de la Fe había tenido su experiencia.

En fin, en este trabajo queremos centrarnos en las conexiones de San Borondón con la isla de La Palma, significativamente frecuentes en los últimos años. Para su estudio hemos creído oportuno dividir los avistamientos o apariciones por lugares de observación, construyendo a partir de cada sitio un discurso diacrónico.

FUENCALIENTE

Siguiendo los pasos del erudito De las Casas, en primer lugar nos dirigiremos a la punta sur de La Palma, concretamente al municipio de Fuencaliente y en menor medida a algunas zonas limítrofes. Tal demarcación ocupa una extensión de 56 kilómetros cuadrados y su población se reparte entre los barrios de La Caleta, Las Indias, Los Quemados y Los Canarios. A lo largo de las más recientes décadas, este último núcleo se ha asentado como la cabeza administrativa municipal. En la actualidad cuenta con un censo de 1.900 habitantes y una sugerente tradición oral acerca de San Borondón. Sin embargo, el primero de los testimonios con los que contamos fue protagonizado por un vecino de Santa Cruz de La Palma. Hacia 1945 (o quizá un poco antes), el empresario, constructor naval y escritor Armando Yanes Carrillo (1884-1962), cuando conducía su vehículo desde la capital palmera hasta el término de Tazacorte, donde disponía de varias propiedades, pudo contemplar desde un punto indeterminado de la carretera que transita por Fuencaliente la figura de una extraña isla que de inmediato relacionó con San Borondón. Este dato, que nos fue comunicado de manera verbal por un conocido de don Armando, a quien se lo había oído relatar, se podría enlazar con sus investigaciones en temas navales. En 1953, Yanes publicó la monografía *Cosas viejas de la mar*¹⁴.

14 YANES CARRILLO (1953).

Teniendo en cuenta el avistamiento de que fue testigo, es extraño que entre las páginas de su libro no exista una sola mención a San Borondón (ni sobre este asunto ni sobre ningún otro), cuya historia ha estado siempre tan ligada a la cultura marítima de La Palma; y resulta más extraño aún si tenemos en cuenta que en el pasado el propio autor se había interesado personalmente por algunos aspectos literarios del mito, como se demuestra en una carta remitida a José Pérez Vidal en 1935:

Don Antonino está para Las Palmas pero llegará uno de estos días y a él le voy a pedir un trabajo escrito por un notario de Lanzarote que escribió sobre la Isla de San Borondón, un cuento para unos juegos florales que hicimos aquí una vez cuando la fundación del Club y este me ha dicho que él tiene una copia pues el original desapareció y recuerdo que estaba muy bien hecho¹⁵.

Se refiere, sin ninguna duda, al relato escrito por Antonio María Manrique, cuya única copia conocida fue propiedad de Antonino Pestana. De esta obra hablaremos más detenidamente en el capítulo 6. Una testificación bien distinta nos la procura Concepción Capote Álvarez. Recuerda que cuando viajaba con sus padres por la carretera general del sur desde Santa Cruz hasta El Paso para visitar a la familia, sus progenitores bromeaban con ella y su hermano: «¡Miren: San Borondón!»¹⁶. Aunque se trataba sólo de una broma infantil, con esta evocación queda patente una vez más la presencia en la cultura insular de la mítica ínsula. Donde sí abundan los testimonios orales es entre los actuales vecinos de Fuencaliente. Algunos han visto con sus propios ojos el fenómeno. Otros han escuchado la existencia de la leyenda. Por tanto, serán ellos quienes nos relaten sus historias.

En el atardecer de un claro y soleado día de 1954, cuya fecha exacta no podemos precisar, se apareció de nuevo la isla fluctuante. Según nuestro infor-

15 BJPV, ARCHIVO 26-N-4. Carta de Armando Yanes Carrillo a José Pérez Vidal (Santa Cruz de La Palma, 16 de diciembre de 1935).

16 La entrevista fue realizada en su domicilio de Santa Cruz de La Palma el día 23 de enero de 2008.

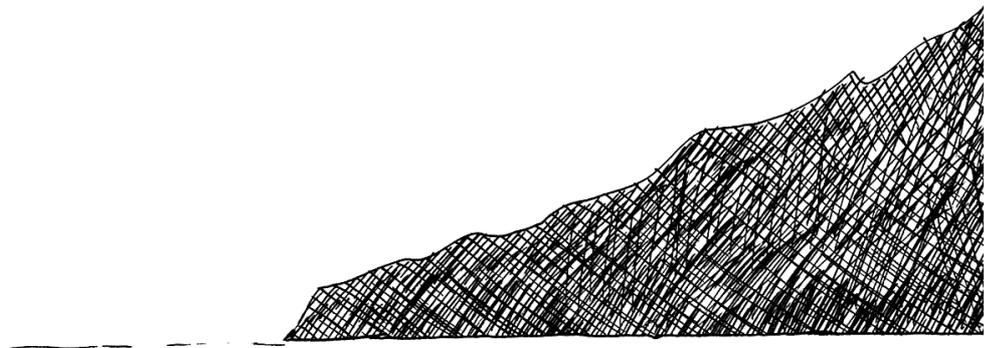
mante, desde la terraza de su actual domicilio, situado a la entrada del casco de Los Canarios (en la carretera que enlaza Santa Cruz de La Palma con el núcleo administrativo fuencalentero), se pudo divisar una vez más el fenómeno. Se trata de la «Casa Gumersindo Curbelo Yanes», inmueble de dos plantas de finas líneas que data de 1928. Ocupaba la parte baja en aquel entonces un establecimiento comercial, regentado por la familia propietaria, sirviendo el piso alto como residencia. La terraza, en el lateral izquierdo, junto a esta segunda planta forma una meseta en relación con la vía pública. Desde allí se otea una magnífica panorámica del Atlántico, descubriéndose al ojo del observador Tenerife, La Gomera y El Hierro.

En la tarde de ese día —sobre las 19:00 horas— se encontraba en la terraza Álvaro Menix de Pro, aparejador, profesor de enseñanza primaria y aficionado a las artes, quien entre las décadas de 1940 y 1950 residía en Fuencaliente. Colaborador de veladas culturales, a su pericia se debe, por ejemplo, el diseño de varios de los «carros» que se ensamblaron para las fiestas celebradas con motivo del Sagrado Corazón en la ciudad de El Paso¹⁷. En un momento dado se dio cuenta de que entre La Gomera y El Hierro se divisaba con nitidez una extraña silueta que no encajaba con ninguna de las islas conocidas. Fascinado con lo que estaba contemplando, llamó a sus familiares, que se hallaban en la vivienda anexa, y les señaló su descubrimiento: San Borondón. El mito del abad de Clonfert había hecho nuevo acto de presencia en etéreas formas ante Canarias. La visión, que observaron durante un tiempo indeterminado pero que no se demoró más allá de cuarenta y cinco minutos o una hora, era —sin lugar a dudas— la de una isla. La silueta se prolongaba en dirección noreste-suroeste. Estaba perfectamente trazada en su parte más septentrional. Por el contrario, la meridional se difuminaba entre unas capas de nubes que no permitían delimitar su contorno. El perímetro insular se elevaba gradualmente desde la costa norte hasta alcanzar una cima y, cuando ésta empezaba a caer, se perdía en la citada

17 HERNÁNDEZ PÉREZ (2001), p. 249.

nebulosa. Además, se distinguía de manera asombrosa su superficie, de color cobalto, no diferenciándose de la tierra real que la rodeaba.

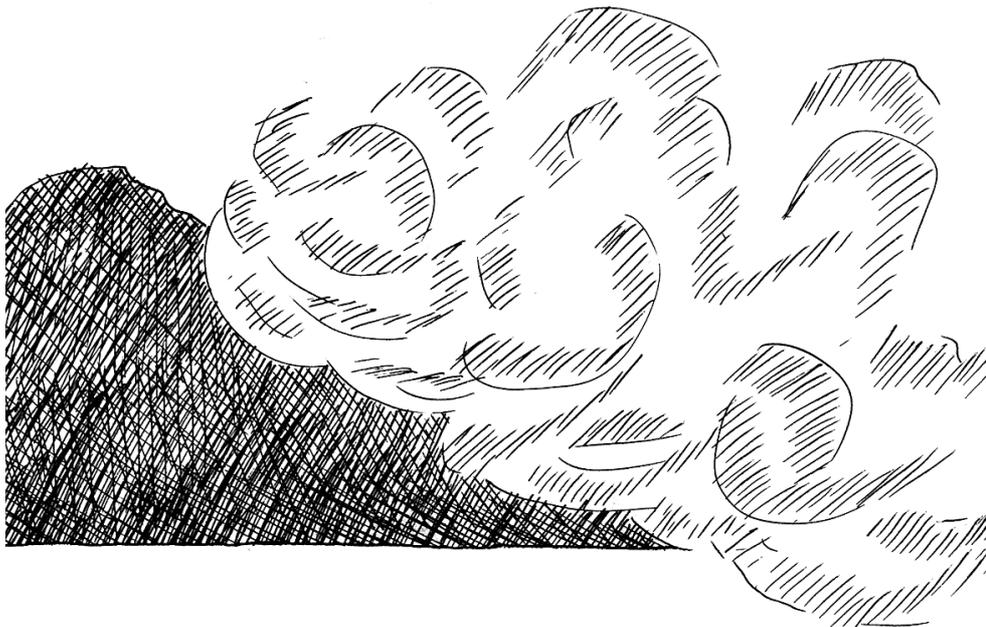
El recuerdo de tan sorprendente experiencia ha perdurado en la memoria de Juan Luis Curbelo Pérez¹⁸, uno de los sobrinos de Menix de Pro, quien la ha traído a conocimiento público. Queda registrada de esta manera en los anales samborondonianos. Tanto es así que su tío llegó incluso a escribir unos versos (hoy perdidos) para conmemorar aquel prodigioso fenómeno, el cual no ha cesado nunca de intrigar a cuantos testigos han tenido la fortuna de presenciarlo.



Juan Luis Curbelo, *Avistamiento de San Borondón en 1954* [dibujo], 2004 [AFP]

¹⁸ La entrevista fue realizada en su domicilio de Fuencaliente de La Palma el día 8 de febrero de 2004.

De igual manera, la escritora Manuela Aleida Hernández Paz¹⁹, natural de Fuencaliente, tuvo la oportunidad de contemplar el fenómeno óptico que causa la ilusión samborondoniana. El suceso ocurrió en la tranquila tarde de un claro y soleado día del verano de 1962. Al salir de paseo a bordo de su vehículo, acompañada de sus hijas y de algunas de sus jóvenes amigas, fuera ya del casco de Los Canarios en dirección a Jedey, pudo observar el contorno de una tierra irreal. La isla aparecida presentaba la forma de una montaña de estimable altitud situada al oeste de La Palma. El fenómeno no persistió mucho tiempo; una vez que doña Manuela se hubo percatado del avistamiento, acudió con



19 Véase: HERNÁNDEZ PAZ (2002).

premura a su domicilio para avisar a los familiares que allí se encontraban, quienes, sin embargo, no creyeron lo acontecido. En cualquier caso, Hernández Paz compuso unos versos —que ha conservado celosamente desde entonces— en los que relata con detalle aquel suceso²⁰. Los mismos dicen:

Un atardecer

Era una rutina, un placer
salir de casa y ver un atardecer
fui y vi de la montaña
algo ilusorio o extraño,
sentí una distinta sensación,
el paisaje impresionaba,
una soledad ensordecedora
¡y todo tan claro y tan nítido!
ni una nube en el horizonte,
parecía haber hecho aquel día
con un pincel el paisaje,
el mar, con una quietud plena,
el Sol, una mansa luz tenía,
Señor, ¿cómo podía yo ver
de forma tan espectacular
aquella montaña en el mar?
Quedé sobresaltada, estática,
no sabía si esperar un cambio
o correr a llamar a otras personas
para contemplar aquella montaña lejana.
No tardé y a la vuelta pensé:
loca me llamarán,
pero aquello no era visión
de mi espíritu soñador.
Fue una tarde corta y larga...

20 Las entrevistas fueron realizadas en su domicilio de Los Canarios (Fuencaliente) los días 16 de junio y 15 de julio de 2004.

yo me sentía bien
pero tenía que enmudecer
antes que relatar
aquel atardecer.
Y fueron, como siempre
incrédulos,
sonrieron sin disimulo
pues todo en mi era un *bulo*
y vi el horizonte claro,
tal vez vi el mito, la leyenda,
la ilusión, la fantasía,
pero digo con toda mi razón
que sí existe:
yo vi San Borondón.²¹

En efecto, el avistamiento aparece descrito con nitidez. Ello nos permite hacernos una idea del suceso, por lo que obviamos más comentarios. Únicamente mencionaremos la recreación plástica realizada a partir del poema por la pintora Susana Gómez Morales en 2004, que sirve para ilustrar la cubierta de este libro.

Hacia 1982 ó 1983 aconteció un nuevo avistamiento no difundido socialmente. En esta ocasión la protagonista fue María Nieves González, artesana del municipio de Fuencaliente, quien en compañía de sus tres hijos mayores, circulando con su vehículo por la carretera general del sur de La Palma en dirección a Los Canarios, presencié de nuevo el fenómeno a la altura de Montes de Luna. Según cuenta, se trataba de una formación con la apariencia de una isla situada muy cerca de la costa palmera; tanto es así que permitía distinguir riscos, montañas e incluso ciertas construcciones domésticas. Su localización era, por tanto, mucho más próxima que las islas de La Gomera y El Hierro. El fenómeno se produjo en verano, en un día claro con escasa nubosidad. Desde entonces per-

21 Manuscrito firmado por Manuela Aleida Hernández Paz en Fuencaliente y fechado en 1962.

manece con viveza en la memoria de doña María Nieves, quien compara la imagen contemplada con los dioramas que se confeccionan en los nacimientos montados en los últimos años en los bajos de la Casa de la Cultura de Los Llanos de Aridane con el patrocinio municipal. Tampoco sabe a ciencia cierta lo que pudo ver: quizá el reflejo de la propia isla de La Palma; quizá San Borondón; quizá las dos cosas una vez más²².

VALLE DE ARIDANE

La zona oeste de La Palma ha sido también pródiga en avistamientos samborondonianos. Esta comarca, conocida como el *Valle de Aridane*, la forman los municipios de El Paso, Los Llanos y Tazacorte. Se trata de una circunscripción de unos 33.000 habitantes que ocupa una extensión de más de 180 kilómetros cuadrados. Hasta fecha reciente, en determinados puntos de estas demarcaciones no era del todo infrecuente oír en boca de ancianos —en especial de los lugareños de la villa y puerto de Tazacorte— el relato de apariciones de San Borondón. Pablo Victoriano Rodríguez Gómez, natural y morador del barrio de San Borondón, recuerda perfectamente que cuando aún era un niño (hacia 1930) escuchaba el relato de una octogenaria, vecina del mismo pago, que afirmaba haber divisado la mítica isla²³. De igual modo, la nieta de una vecina de esta zona sostiene que su abuela (nacida en Tazacorte en 1903) rememoraba la caída de la tarde como el momento del día en el que la mítica isla se dejaba ver con alguna asiduidad.

Entre los actuales habitantes de La Palma es palpable la percepción de la leyenda de San Borondón como un elemento más de la idiosincrasia local de Tazacorte. A la hora de abordar este trabajo, siempre surgía la misma pregunta entre amigos y colaboradores: «¿Han preguntado a la gente de Tazacorte?».

22 La entrevista fue realizada en la Casa de la Cultura de Los Canarios de Fuencaliente los días 26 de mayo y 16 de junio de 2004.

23 La entrevista fue realizada en su domicilio de Tazacorte el día 1 de mayo de 2008.

Comoquiera que en el epígrafe anterior ha quedado perfilado Fuencaliente como un lugar sobrado de avistamientos, no creemos necesario profundizar en la vigencia de apariciones borondonianas desde otros lugares de la geografía palmera. No en vano, a lo largo de la historia ha sido toda la franja del poniente palmero la zona más privilegiada para divisar el fenómeno borondoniano. Desde Puntagorda hasta Fuencaliente se han verificado los relatos y dibujos de estas seculares «floraciones marítimas».

Lo que sí es cierto es que desde algunos de los puntos de las zonas más bajas de la comarca aridanense tuvo lugar uno de los avistamientos más célebres del siglo, puesto que quedó plasmado en la película de una cámara fotográfica. El protagonista de esta historia es el fotógrafo Manuel Rodríguez Quintero (1897-1971), profesional con estudio abierto en Los Llanos de Aridane. Entre el 15 y el 21 de septiembre de 1957 (sobre las 18:00 horas), desde el barrio de Las Martelas (en el municipio aridanense), logró captar con su máquina «Violader» la esquiva silueta de San Borondón. Quintero, que se encontraba este día realizando fotografías de un cumpleaños fuera de su estudio, logró sacar dos instantáneas del inesperado acontecimiento. En una de ellas, la imagen registrada muestra una pequeña isla, alineada frente a sotavento de La Palma, de la que se elevan dos protuberancias de fuerte pendiente. En la otra reproducción, sólo se aprecia el perímetro de una sola montaña²⁴.

María Victoria Hernández, cronista oficial de Los Llanos de Aridane, ha apuntado que el espectáculo se prolongó durante más de veinte minutos, siendo presenciado por tres niños que se bañaban en un estanque próximo al lugar de la toma y por otros testigos que circulaban con sus vehículos por la carretera de Puerto Naos. Avisados por Quintero, todos ellos acudieron en principio a su llamada con escepticismo, para mudar casi al instante su incredulidad en asombro. Dos de esos niños eran Arístides

24 HERNÁNDEZ PÉREZ (2001a), p. 28.

Sánchez y Evaristo Pérez Barreto, alias *Lepanto*, quienes relataron con posteridad lo sucedido.

El avistamiento fue seguido, además, por numerosos vecinos del poniente palmero, especialmente por algunas personas que veraneaban en la playa del Roque (Puerto de Tzacorte)²⁵. Dos de ellos fueron José Lorenzo Acosta (1927-2007) y su esposa, que ese día se daban un baño en el mar. Según



Manuel Rodríguez Quintero, *Avistamiento de San Borondón*, 1957 [MVIH]

narración de la viuda de Lorenzo Acosta, mientras disfrutaban de unas horas de playa advirtió a su marido de la presencia de una tierra irreal frente a sus ojos. Los recuerdos de aquella jornada remiten a uno de esos días veraniegos de bochorno: el cielo encapotado, altas temperaturas y una incómoda humedad ambiental. De pronto se dio cuenta de que algo parecía haber surgido del mar. «Pepe, ¡San Borondón!», le dijo a su cónyuge. El espejismo se formó a poca distancia de la costa. La silueta de La Encubierta dibujaba con nitidez dos atalayas separadas por un barranco: «todo muy claro». El aspecto del fenóme-

25 HERNÁNDEZ PÉREZ (2001a), p. 28.

no mostraba una isla originada a partir de vapor de agua. Mientras duró su contemplación (unos treinta minutos), el mar comenzó a rizarse un poco, cayeron algunos goterones y daba la sensación de que al catar el agua, ésta poseía unos grados más de lo habitual. Ellos han atesorado a lo largo de sus vidas estos hechos. Incluso compartieron en su domicilio esta experiencia con Rodríguez Quintero, quien les enseñó poco después el retrato de la aparición²⁶. Con posterioridad, don José anotó en una cuartilla todo lo sucedido:



Manuel Rodríguez Quintero, *Avistamiento de San Borondón*, 1957 [PRG]

Fue en la segunda quincena del mes de septiembre. Yo tenía una caseta en la playa del Roque de Tazacorte, ese año había una hermosa playa, un día bellísimo, lleno de paz y tranquilidad, en que nos quedamos mi señora y yo con nuestro hijo haciendo una merienda-cena. Ya empezaba a caer el día, en eso que mirando hacia la isla de El Hierro, vimos como entre esta isla y la de El Hierro, se empezó a formar algo como una tormenta. No nos extrañó tanto pues en esas fechas casi siempre puede haber algún que otro chubasco o lo que conocemos por las «cabañuelas de San Miguel». Pero no, aquel fenómeno llamó la atención, así que seguimos mirándolo como algo raro y a la vez comentando si sería una tormenta de agua, etc. Seguimos allí a pesar

²⁶ La entrevista fue realizada en su domicilio familiar de la villa y puerto de Tazacorte el día 7 de febrero de 2008.

de que hubo un momento en que pensamos irnos por si empezaba a llover, pero a medida que iba pasando el tiempo nos fuimos entusiasmando y seguimos toda la evolución que iba tomando el fenómeno. Al fin, después de ver tantas nubes (unas blanquecinas mezcladas con otras grises) pudimos ver como difuminada y de entre esas nubes se iba formando la silueta de una isla, con su contorno perfecto. Entonces ya y al unísono mi señora y yo dijimos: «¡San Borondón!».

Ésta es la historia (anécdota). Yo no sé si se trató de una ilusión óptica o de otra cosa. Sea lo que sea que vengan más y las vea. Unos días más tarde me vio don Manuel Rodríguez Quintero (al cual me unía una buena amistad y que siempre me regalaba alguna que otra fotografía del pueblo). Sacó una fotografía de entre las que traía y me dijo: «¿a ver si sabes qué es esto?». Yo sin pensarlo dos veces le dije: «la isla de San Borondón». Le conté la historia y me dijo: «no sabes la alegría que me das, pues ya somos tres los que la hemos visto y me pueden dar fe de la fotografía». Parece ser que alguien le había tratado de iluso²⁷.

Otro testigo privilegiado fue Pedro Rodríguez González, veraneante en la mencionada playa durante aquellas fechas²⁸. Los recuerdos de este informador corroboran y precisan el testimonio anterior:

Era un día amenazado por lluvia. El mar estaba revuelto. Mi esposa y yo, junto a varias personas más, nos estábamos bañando en la playa del Roque. Se había ocultado el sol, el cielo estaba gris: teníamos panza de burro. De pronto empezó a llover y alguien dijo: «Vamos a dejar el baño, que está lloviendo». Yo dije: «Métense debajo del mar para que no se mojen». Entonces empezamos a ver cómo en el horizonte se levantaba una montaña. Todos los que estábamos sentimos al mismo tiempo miedo y respeto porque no sabíamos lo que estábamos viendo. Alguien dijo: «Será una ola». Lo cierto es que todos dejamos el baño.

¿Leyenda?

Pocos meses después de este suceso, en un desplazamiento hasta Los Llanos de Aridane, don Pedro pudo ver expuesta la fotografía capturada por Quintero

27 J.L.A. Nota autógrafa suelta. El hijo que se nombra en las líneas citadas había nacido en 1955.

28 La entrevista fue realizada en su domicilio familiar de la villa y puerto de Tzacorte el día 27 de mayo de 2008.

y de inmediato requirió a su autor la venta de una copia de una de las imágenes. Hoy conserva dicha reproducción entre una interesante colección fotográfica de su autoría. Entre este conjunto —preservado en varios álbumes y cartulinas a modo de marcos— hay alguna instantánea en la que se aprecia la formación de una masa nubosa tras la punta de Juan Graje (Tazacorte). Rodríguez González señala este celaje como el fenómeno cotidiano más próximo a los espejismos que han producido a lo largo de la historia la aparición de San Borondón.



Manuel Rodríguez Quintero, *Niños testigos de San Borondón*, 1957 [MVIH]

Retomando nuestro hilo, conviene recordar que la noticia de la captura de San Borondón en un retrato fotográfico se propagó hasta llegar a oídos de Luis Diego Cuscoy, entonces director del Museo Arqueológico de Tenerife y comisario de excavaciones arqueológicas en la provincia occidental de Canarias. Es muy probable que este relevante investigador tuviera conocimiento del suceso en la propia isla. El Cabildo de La Palma había adquirido en 1957 la cueva de Belmaco, uno de los yacimientos emblemáticos para el estu-

dio de la prehistoria insular, ya que alberga unos grabados de gran interés descubiertos en 1752 y conserva una potencia estratigráfica de varios metros que ayudó a establecer la primera secuencia cultural en el poblamiento prehistórico insular²⁹. En el mismo año de la adquisición de los terrenos del caboco tuvo lugar el tristemente célebre temporal de lluvia en el que falleció una treintena de personas en el barranco de Aduares (El Llanito, Breña Alta).



Foto Gaspar, *Playa de San Miguel (Tazacorte)*, ca. 1960 [AFG]

Para evaluar los daños producidos en Belmaco, Diego Cuscoy se trasladó a La Palma, y aquí pudo obtener informe de la toma de la imagen samborononiana, circunstancia que evidentemente atrajo su interés. En cualquier caso, bien en La Palma o bien en Tenerife, logró una reproducción del retra-

29 PAIS PAIS (1998), pp. 122-130. Aquí se afirma que Luis Diego Cuscoy realizó una excavación en Belmaco en 1956. No obstante, según testimonio del propio Pais, la adquisición de la cueva no se materializó hasta un año después.

to y preparó un pequeño trabajo para divulgarlo. Así, el 10 de agosto de 1958 apareció publicado en el diario madrileño de difusión nacional *Abc* un artículo firmado por el propio Cuscoy. Bajo el título «La isla errante de San Borondón ha sido fotografiada por primera vez», propagó la noticia por los más diversos rincones de España. El trabajo comienza con un recorrido por la leyenda, centrándose en las expediciones y en los antiguos avistamientos. Finalmente toca, aunque de manera muy superficial, el de 1957³⁰. En este punto señala que la aparición se produjo frente al pago de San Borondón en el municipio de Tzacorte (lo cual sólo es cierto a medias). Pero lo más curioso del trabajo es la publicación de una de las fotografías tomadas por Quintero. Aunque la reproducción que se realiza de la imagen no es de muy buena calidad, permite ver —como apuntábamos— el contorno de una tierra inexistente.

El propio Diego Cuscoy volvería a hablar en la prensa sobre Manuel Rodríguez Quintero varios años después, con motivo de la muerte del fotógrafo³¹; en aquella ocasión otorgaría de nuevo al palmero su curioso protagonismo en la historia samborondoniana. También Pedro Hernández se hizo eco de la noticia de su fallecimiento con otra necrológica impresa, pero en esta ocasión la anécdota de aquella fotografía no fue recordada³².

El registro de nuevas apostillas alusivas al mítico territorio se encuentra en la prensa local. Una de ellas se recoge en un reportaje que el periódico *La voz de La Palma* dedicó al tema. En esta ocasión se colacionaron tres inusuales avistamientos lumínicos contemplados desde la comarca aridanense, los cuales se relacionaron con las manifestaciones históricas de San Borondón³³. La novedad vino determinada por asociar los mencionados des-

30 DIEGO CUSCOY (1958), p. 7.

31 DIEGO CUSCOY (1971a); DIEGO CUSCOY (1971b).

32 HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ (1971).

33 GARCÍA (1996), p. 12.

tellos celestiales con el fenómeno ovni. Según el rotativo palmero, se produjeron el 14 de noviembre de 1974, el 22 de junio de 1976 y el 5 de marzo de 1979. Más tarde, estas luces se han vinculado de modo inequívoco con algunos lanzamientos de cohetes y pruebas balísticas desarrolladas durante aquellas fechas por la armada de los Estados Unidos en el océano Atlántico³⁴.

Una nueva aparición se produjo en 1987. A finales de octubre de dicho año se estaba llevando a cabo una excavación arqueológica en la cueva de El Rincón (El Paso), pero una incesante lluvia, que cayó durante más de diez días e inundó la cueva, paralizó las prospecciones. El grupo de arqueólogos aprovechó este paréntesis para conocer un poco mejor La Palma, optando por realizar alguna excursión. En una de ellas, cuando transitaban en un vehículo por El Time (Tijarafe) tuvo lugar el avistamiento. La visión de la isla no era la más óptima. Según la declaración de uno de los testigos, la silueta se veía borrosa. Era como si el polvo sahariano que visita con frecuencia el archipiélago canario —conocido como *calima*— se hubiera interpuesto entre los observantes y la mítica isla. La aparición se produjo a primera hora de la mañana entre gran abundancia de nubes, las cuales dejaban filtrar algunos rayos de luz. A pesar de todo, era posible precisar su contorno, aún al que tradicionalmente ha presentado la tierra samborondoniana, es decir, una pequeña isla con dos colinas en sus extremos unidas por una degollada. Se situaba frente a la costa oeste palmera en una alineación norte-sur. Además, todo ello aparecía reflejado en el mar, formando a los ojos del espectador el efecto de una isla doble. Aún hoy, Felipe Jorge Pais Pais, el testigo que nos ha servido de informante, mantiene un saludable escepticismo sobre el avistamiento. Como él mismo afirma, no sabe exactamente lo que en realidad vio³⁵. No obstante, es muy probable que se trate del mismo espejismo presenciado con anterioridad por multitud de personas.

34 CAMPO PÉREZ (2003), pp. 111-114.

35 Las entrevistas fueron realizadas en la sede del Cabildo Insular de La Palma los días 15 de enero y 25 de febrero de 2004.

OTROS ENCLAVES

De igual manera que en los lugares citados, desde otros puntos de la geografía insular también se ha contemplado el fenómeno. Por ejemplo, desde Santa Cruz de La Palma pudo verse a principios de enero de 1955, provocando la curiosidad de todos los niños y maestros que estaban en la escuela esa mañana, según relata Luis Ortega Abraham³⁶.

En Villa de Mazo, el comerciante Juan B. Fierro, el maestro Juan José Gómez y el hijo de este último, el entonces estudiante Ramón Gómez Rodríguez, más tarde médico especialista y reputado malacólogo, también fueron testigos de esta ilusión en una tarde veraniega de 1961 ó 1962, desde la antigua «Venta de D. Ricardo» (ubicada en El Pueblo, junto a la carretera general LP-1), sobre las 18:00 horas, prolongándose unos cinco o seis minutos. Pudieron divisar con total nitidez esta tierra inexistente al sur de La Gomera. Conforme al relato del facultativo Ramón Gómez, la visión no se diferenciaba en nada de las siluetas de Tenerife y La Gomera, las dos islas que se contemplan desde este punto de la vertiente este de La Palma; de San Borondón se podían distinguir incluso los barrancos. Todo ello aconteció en un día nublado. Según sus especulaciones, podía ser el reflejo de alguna otra isla (El Hierro preferentemente) sobre las masas nubosas³⁷.

De nuevo en Santa Cruz de La Palma volvió a aparecer la isla poco después, como nos relató Ylliní Álvarez Blas. Hacia 1964 pudo ver desde su domicilio familiar, localizado en el callejón de Reyes, un efímero espejismo que asoció con las esporádicas visitas con que con cierta frecuencia nos obsequia San Borondón. La apariencia óptica —de sólo dos minutos de duración— se produjo un poco más al sur de la punta de San Carlos. Doña Ylliní, poseedora de

36 ORTEGA ABRAHAM (1984), p. 155.

37 La entrevista fue realizada en su domicilio de Santa Cruz de La Palma el 24 de marzo de 2008.

una fina sensibilidad, fue la primera niña en recitar versos en la Fiesta de las Madres de Breña Baja (1936), y a lo largo de su vida se ha señalado como una apasionada lectora. En una estancia en Las Palmas de Gran Canaria tuvo ocasión de dialogar con Pedro González Vega (autor del libro *El mensaje de San Borondón*³⁸) y comunicarle con detalle su avistamiento³⁹.

Otra aportación nos llega desde el barrio del Socorro en Breña Baja. Sobre las 10:00 horas y hasta entrado el mediodía del 20 de febrero de 2006, la joven Yurena Hernández Rodríguez advirtió la manifestación del fenómeno⁴⁰. Llegó a tomar media docena de instantáneas con la cámara de su teléfono móvil y, aunque en ninguna de las fotografías capturadas se distingue tan siquiera la presencia de una silueta, cabe matizar que en el emplazamiento sobre el que se situó esta supuesta aparición se aprecia el único punto de las instantáneas en que los rayos de luz se posan directamente sobre el océano, un hecho que no se percibe en el resto de la panorámica fotográfica, lo cual podría servir en el futuro como dato de interés para proporcionar una explicación a este fenómeno. Según el relato de Hernández, el color de la isla era de un gris azulado. En principio pensó en La Gomera, pero de inmediato se percató de que se trataba de otra isla. La apariencia de una y otra isla era muy similar: la real divisada en el horizonte y, junto a ella, el perímetro de la tierra insólita vista ese día.

Como hemos comprobado en este capítulo, la compañía de San Borondón ha sido constante en La Palma durante las últimas décadas. Por ello hemos intentado recoger todas aquellas apariciones de las que hemos tenido constancia por unas u otras vías y, aunque somos conscientes de que otras muchas se nos han escapado, nuestra intención ha sido registrar el mayor número de ellas.

38 GONZÁLEZ VEGA (1989).

39 La entrevista fue realizada en su domicilio de Santa Cruz de La Palma el 16 de octubre de 2006. Pedro González Vega registró este testimonio en la segunda edición de su libro. Véase: GONZÁLEZ VEGA (1996), p. 140.

40 La entrevista fue realizada en Santa Cruz de La Palma el 14 de marzo de 2008.

Es preciso significar las características de los avistamientos recopilados y de aquellos otros que se encuentran mejor descritos. Todos ellos pertenecen a los siglos XX y XXI y han sido presenciados desde La Palma. Los mismos se han



Yurena Hernández Rodríguez, *San Borondón*, 2006 [YHR]

presentado casi siempre en época estival y tanto en días con alguna nubosidad, como sin ella; el tiempo de exposición ha sido en general corto, entre veinte minutos y una hora; su localización, en la mitad sur de La Palma; y con una forma que puede variar entre una isla con una montaña y dos montañas separadas por una degollada.

Es necesario matizar, además, que la colección de testimonios desglosados en los renglones anteriores es sólo una muestra menuda del patrimonio oral que aún se debe de conservar en la memoria de los ancianos y en los recuerdos familiares y vivencias propias de los individuos más jóvenes. Así lo rubricaba el historiador Martín González en 1999 en un artículo publicado en un

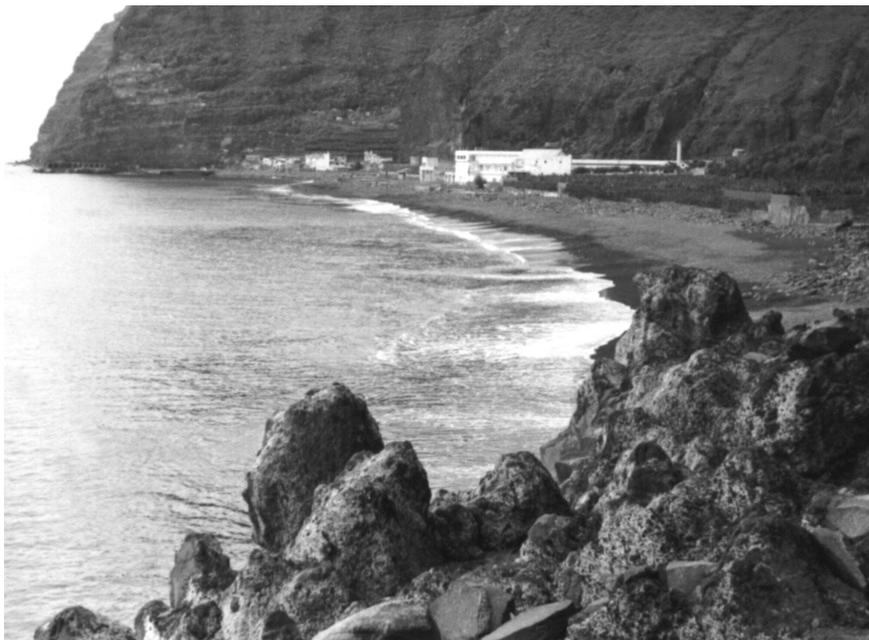


Foto Gaspar, *Puerto de Tazacorte*, ca. 1960 [AFG]

periódico local al referirse a la vigencia contemporánea de la ilusión que causa la floración de San Borondón⁴¹. En alguna ocasión, también, el racionalismo más recio nos ha acompañado. Afirmaciones como «puro ilusionismo», «gente crédula» y otras sentencias análogas han servido de pretexto para valorar la presencia del fenómeno atmosférico que propicia la aparición de San Borondón. Y es que, a pesar de todo lo apuntado, encontrar testigos del fenómeno no ha resultado tarea sencilla. En contra de lo que pudiera parecer, los testimonios de avistamientos son escasos. Los palmeros convivimos con la leyenda de la isla-ballena de una manera un tanto borrosa. A veces, las opiniones generales sobre San Borondón sólo se refieren a ella como mero cuento fantástico. Las mismas mezclan la vertiente «auténtica» (u óptica) de la historia con las elucubraciones más especulativas, conformando unas y otras un tronco monocromático. Por esta razón no son extraños los posicionamientos enunciados.

En otro orden de cosas, conviene reiterar que en este inventario seguramente se haya escapado un buen número de relatos a los que no hemos podido acceder. De momento, basta con esta enumeración para evidenciar el último tiempo borondoniano en La Palma. Sólo la aglutinación del mayor número de aportaciones permitirá en el futuro continuar disfrutando de una manera más precisa de esta fascinante historia⁴².

41 MARTÍN GONZÁLEZ (1999), p. [16].

42 Con el objetivo de profundizar en el tema, desde aquí requerimos a cuantos deseen dejar detalle de sus experiencias, tanto en La Palma como en otros lugares, que se pongan en contacto con los autores de este trabajo a través de las siguientes direcciones: Cartas Diferentes Ediciones. Carretera de Las Nieves, 8. 38710 Breña Alta. Correo electrónico: cartasdiferentes@hotmail.com.



Pedro Rodríguez González, *Bajas de San Pedro (Tzacorte)*, ca. 2005 [PRG]

CUADRO DE AVISTAMIENTOS DESDE LA PALMA EN LOS SIGLOS XX Y XXI

FECHA	FORMA	LUGAR	CLIMATOLOGÍA	DURACIÓN	TESTIGOS
1945 (ca.)		Fuencaliente.			Armando Yanes Carrillo.
1954	Noreste-suroeste. Se elevaba desde la costa norte hasta la cima; cuando descendía, se perdía en una nebulosa.	Los Canarios (Fuencaliente).	Atardecer de un día claro y soleado.	Más o menos 60 minutos desde las 19:00 horas.	Álvaro Menix de Pro, Juan Luis Curbelo Pérez.
Enero de 1955		Santa Cruz de La Palma (desde la plaza de Santo Domingo).			Luis Ortega Abraham y los niños y maestros de las escuelas de Acción Católica.
Septiembre de 1957	Una isla al oeste de La Palma con dos montañas alineadas de norte a sur (hay fotografías).	Las Martelas (Los Llanos de Aridane) y varios puntos de Tazacorte.	Cielo encapotado, altas temperaturas y humedad ambiental. Incluso algunos goteos de lluvia.	A las 18:00 h.; más de 20 minutos.	Manuel Rodríguez Quintero y numerosas personas más.
Tarde de verano de 1961 ó 1962	Al sur de La Gomera; se distinguían los barrancos.	Villa de Mazo.	Nublado.	A las 18:00 h.; cinco o seis minutos.	Juan B. Fierro, Juan José Gómez, Ramón Gómez Rodríguez.
Verano de 1962	Una montaña alta al oeste de La Palma.	Entre Los Canarios y Jedey (Fuencaliente).	Tarde de un día claro y soleado.	Poco tiempo.	Manuela Aleida Hernández Paz.
1964 (ca.)		Santa Cruz de La Palma. Al sur de la punta de San Carlos.		Dos minutos.	Yllini Álvarez Blas.
Verano de 1982 ó 1983	Isla muy cerca de La Palma. Se veían riscos, montañas y construcciones domésticas.	Montes de Luna (Fuencaliente).	Día claro con escasa nubosidad.		María Nieves González.
Finales de octubre de 1987	Dos colinas separadas por una degollada, alineadas de norte a sur. Todo ello se reflejaba en el mar. Se veía borroso, como si hubiera calima.	El Time (Tijarafe).	Abundancia de nubes. Fueron unos días de abundantes lluvias.	A primera hora de la mañana.	Felipe Jorge Pais Pais y un grupo de arqueólogos.
20 de febrero de 2006	Una loma (hay fotografías).	El Socorro (Breña Baja).	Nubosidad.	A partir de las 10:00 h. hasta entrado el mediodía.	Yurena Hernández Rodríguez.

La huella del santo: topónimos locales y marcas identificativas



La toponimia, entendida como disciplina que se ocupa del estudio del origen y significado de los nombres propios de cada lugar (formas geográficas, accidentes del terreno o localidades), puede ser abordada desde distintos puntos de vista: lingüístico, geográfico o histórico; incluso cabe un análisis multidisciplinar desde todos esos ángulos. Para el examen de los numerosos y variados

términos toponímicos, esta ciencia se divide a su vez en una rama mayor que analiza los nombres de amplias áreas geográficas —como ciudades y villas, montañas, cabos y golfos, por mencionar sólo algunos ejemplos—; y otra menor que investiga los vocablos referidos a nombres locales de reducida y escasa importancia —tales como aldeas, cerros, playas, etc. —.

En lo que respecta al topónimo *San Borondón* y sus asociados, no escasean los lugares reales que reciben este nombre en todo el mundo. Incluso, ha quedado constancia de algunos otros que después de haberlo portado han acabado perdiendo tal denominación con el discurrir del tiempo. En Irlanda se localiza una cala —*Brandon Creek*— muy próxima al lugar de nacimiento de san Brendan, así como un puerto con el nombre de *Brandon*. Más cerca de nosotros, en Portugal, encontramos una localidad llamada *Brandão*, próxima a Monchique, en la isla de Madeira, y en la española Avilés (Asturias) existe además un enclave denominado *Playa de San Balandrán*. El topónimo, asimismo, aparece en puntos tan distantes como Argentina, donde se emplaza la *Bahía de Samborombón*, un cauce homónimo al sur del Río de la Plata, una *laguna de Samborombón* y una villa nombrada *San Borombón*, la cual pertenece administrativamente a la provincia de Buenos Aires. Un poco más al norte, en Ecuador, se halla un lugar llamado *Samborondón* en el Golfo de Guayaquil, que otorga nombre a un cantón y a unos *Cerros de Samborondón* o *Zamborondón*¹. En Brasil, por su parte, existen dos pequeñas islas con la denominación de *Brandão* en un afluente del río Parahyba y en un cerro en el estado de San Pablo². En el África de influencia portuguesa también encontramos algunos espacios que llevan el nombre de *Brandão*, como un enclave urbano en la isla de Fogo (Cabo Verde) y una población en la costa de Guinea-Bissau, además de un río en el mismo país ribereño. Igualmente, puebla el Índico una serie de islotes, adscritos a las islas Mauricio, conocidos como *Saint Brandon Shoals*.

1 GONZÁLEZ SOSA (1980), pp. 24-25.

2 MARTÍNEZ (2002); MARTÍNEZ (2004), p. 201.

En Canarias es estimable la profusión del topónimo *San Borondón* y sus variantes en diversos lugares de la geografía insular. En fecha reciente, los profesores Corbella Díaz y Medina López han registrado ejemplos del mismo en las islas de La Palma, Tenerife, Gran Canaria y La Gomera, lo que evidencia de manera fehaciente la presencia del santo irlandés y su leyenda en nuestro territorio³. Sin embargo, lo más curioso de todo esto es que no existe en todo el archipiélago un templo, capilla o simple imagen consagrada a este célebre navegante y evangelizador. De ello deducimos que la hagiografía local del abad de Clonfert ha estado ligada principalmente a la tradición más profana, que ha mantenido viva esta leyenda empero sin penetrar en su origen: únicamente se hace mención al recuerdo de un viajero irlandés ligado a una isla que aparece en ciertas ocasiones frente a las costas canarias⁴. Por esta causa, no es de extrañar que en Canarias no exista un solo lugar de culto para un santo que goza de cierta popularidad no sólo en Irlanda, sino también en el resto de las islas británicas y en otros puntos de Europa y América del Norte.

En estas islas, por el contrario, San Borondón ha estado asociado a una historia demasiado fantástica y, debido a este motivo, tanto las autoridades eclesiásticas como los mismos fieles no alcanzaron a ver en el monje nórdico más que un cuento medieval protagonizado por un antiguo santo sobre el cual pocos datos se conocían. Con certeza, tanto unos como otros fueron incapaces de asimilar el trasfondo espiritual de sus viajes y es de este modo como el recuerdo de esta historia ha perdurado exclusivamente integrado en las mentes más especulativas. Para finalizar, hay que tener en cuenta que el abad de Clonfert tampoco goza de relevancia en el orbe católico hispano, lo que hacía poco menos que imposible la propagación de su veneración hacia alguna de estas tierras, siempre fuertemente dirigidas y controladas por las autoridades religiosas en connivencia con las civiles.

3 CORBELLA DÍAZ, MEDINA LÓPEZ (1997), pp. 31-32.

4 Cabe también la posibilidad de que la leyenda de San Borondón haya sido recreada por una corriente más culta.

En cambio, se ha de precisar el arraigo que poseyó la figura de san Amaro en el devocionario isleño. Tanto en Gran Canaria como en Tenerife, en La Gomera y en La Palma se localizan oratorios o efigies puestas bajo esta advocación. En esta última isla se contaba con una iglesia parroquial en el término de Puntagorda y un buen número de imágenes repartidas a lo largo del cerco insular (Santa Cruz, Las Lomadas, La Galga, Puntallana, Los Sauces, Breña Alta, San Andrés y Barlovento). La presencia de una substancial colonia portuguesa explica la presencia de este considerable número de tallas donde, al igual que en Galicia, el viejo abad y navegante goza de un ancestral fervor. Hasta el templo de San Amaro, ubicado en Puntagorda, en el poniente palmero, se dirigían en su fiesta anual peregrinos procedentes de todas las circunscripciones palmeras. Se trataba de una de las más importantes romerías, celebrada hasta bien entrado el siglo XIX —posiblemente desde el Quinientos— en las inmediaciones de su parroquia. Es sabido que las biografías de Brendan y Amaro se encuentran moteadas de numerosas similitudes⁵. Según cuentan las crónicas, ambos varones viajaron a unas islas paradisíacas situadas en el occidente Atlántico, dando con tierras maravillosas. En razón a estas influencias no deberían extrañar posibles confusiones en el pasado entre una y otra leyenda, entre uno y otro santo. Las narraciones orales sobre las que se transmitía la cultura popular pudieron con frecuencia conjugar sus historias legendarias.

En algunas ocasiones, no obstante, la ínsula fantástica del santo irlandés sí consiguió traspasar las líquidas fronteras de estas peñas y asentarse en tierra firme. Es éste uno de los aspectos menos investigados en la historia de La Inaccesible en relación con nuestro archipiélago. En las líneas que siguen nos proponemos desentrañar algunas claves de cada uno de los lugares conocidos como *San Borondón* que existen en la actualidad o hayan existido en el pasado. Para el estudio de los distintos topónimos localizados en La Palma procuraremos utilizar el mayor número de fuentes posibles (documenta-

5 AFONSO PÉREZ (2007), pp. 106-110; AFONSO PÉREZ (1982).

les, bibliográficas e incluso orales). Todas ellas nos auxiliarán para comprender la evolución y permanencia de la leyenda borondoniana en este rincón oceánico.

Hasta ahora, los estudios lingüísticos monográficos sobre La Palma no han sido muy abundantes. En líneas generales podemos destacar los tres trabajos más relevantes sobre los cuales descansa el conocimiento actual⁶. De ellos es obligado citar, primeramente, por la estrecha relación que mantiene con nuestro objeto de estudio, la tesis de la profesora Díaz Alayón, centrada en la toponimia menor de La Palma⁷. Otras investigaciones de relieve dentro de este ámbito son las del catedrático Juan Álvarez Delgado (1900-1987), autor del libro *Miscelánea guanche*, que recoge en sus páginas una aproximación a la lengua prehispánica de la antigua Benahoare⁸; y las del también docente Juan Régulo Pérez (1914-1994), quien en su tesis doctoral estudió el habla de La Palma⁹. Entre estas tres publicaciones se alcanza a reunir cerca de 10.000 términos relacionados con la isla¹⁰. Sin embargo, de todas las entradas registradas, únicamente Díaz Alayón mencionó un topónimo ligado a nuestro tema: *San Borondón* en Tzacorte¹¹, aunque no lo analizó debido al marco temático al que se circunscribió su trabajo citado más arriba. En fecha reciente Reyes García y Leal Cruz han abordado también el examen de La Palma, el primero en su ensayo *El habla prehispánica de La Palma: estudio histórico-etimológico*¹² y el segundo en la monografía *El español tradicional de La Palma*¹³.

6 Un panorama más amplio que el que aquí podemos proporcionar ha sido descrito recientemente por DÍAZ ALAYÓN (2001) y DÍAZ ALAYÓN (2003).

7 DÍAZ ALAYÓN (1987).

8 ÁLVAREZ DELGADO (1941).

9 RÉGULO PÉREZ (1968-1969), pp. 12-174.

10 AFONSO PÉREZ (1988), p. 8.

11 DÍAZ ALAYÓN (1987), p. 125.

12 REYES GARCÍA (2003).

13 LEAL CRUZ (2003).

Tras la reseña de estos materiales, es preciso destacar que la toponimia insular aún adolece de numerosos aspectos necesitados de nuevos abordajes y revisiones¹⁴. Uno de ellos es el análisis de este lugar perteneciente a la demarcación municipal de Tazacorte. Conviene recordar, no obstante, que con anterioridad a estas líneas el pago palmero de San Borondón fue examinado en relación con la historia del monje irlandés. Benito Ruano en 1978, Corbella Díaz y Medina López en 1997 y Marcos Martínez en 2002 y 2004 se ocuparon de ello, aunque siempre —debido a los propósitos de sus textos— de manera tangencial. El fin de todos esos trabajos no era otro que el estudio de la leyenda en Canarias¹⁵. Los aspectos toponímicos de los samborondones isleños permanecieron así relegados a simples alusiones generales.

TAZACORTE

En la primavera de 1991, durante la tarde de un viernes cuya fecha precisa se escapa a nuestra memoria, el mencionado doctor Benito Ruano, secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia desde el 18 de mayo de 1990 y catedrático de Historia General de España e Historia Medieval en distintas facultades peninsulares, pronunció una conferencia en el Centro Asociado «Valeriano Fernández Ferraz» de la Universidad Nacional a Distancia (UNED) en La Palma¹⁶. Ante una expectante pero reducida audiencia compuesta por tutores, alumnos y personal de administración de dicho

14 Como estudios específicos sobre toponimia palmera son destacables, aparte de la tesis doctoral de DÍAZ ALAYÓN (1987), los trabajos de ÁLVAREZ DELGADO (1943) y RÉGULO PÉREZ (1975), además de los artículos de María Victoria Hernández Pérez y Miguel Martín González publicados en periódicos regionales y locales.

15 BENITO RUANO (1978), pp. 71-73; CORBELLA DÍAZ, MEDINA LÓPEZ (1997), pp. 31-32; MARTÍNEZ (2002), pp. 31-33; MARTÍNEZ (2004), p. 201.

16 El profesor Benito Ruano ha sido, además, decano de las facultades de Filosofía y Letras en las universidades de Oviedo y León; presidente de la Associazione degli Sotri Europei y del Comité Español de Ciencias Históricas, vicepresidente del Comité Internacional del mismo nombre y presidente honorario de la Sociedad Española de Estudios Medievales; fundador de las publicaciones periódicas *Asturiensia medievalia* (Oviedo), *Estudios humanísticos* (León) y *Medievalismo* (Madrid); doctor *honoris causa* por las universidades de Oviedo y León; encomienda de la Orden de Alfonso X el Sabio y Palmas Académicas de Francia; y autor de más de doscientas publicaciones.

centro, el erudito profesor desglosó uno de sus temas de investigación favoritos: San Borondón¹⁷.

Después de realizar un magnífico recorrido por la vida del abad de Clonfert y la leyenda de sus increíbles viajes, que terminaron por remolcar hasta el archipiélago canario las coordenadas de esta fantástica ínsula, Benito Ruano cerró aquel acto con unas palabras en las que comunicaba su intención de acudir durante la mañana del sábado siguiente a visitar el barrio conocido como *San Borondón*, en el municipio de Tazacorte. Su objetivo era simplemente entrar en contacto con aquel lugar para registrar con su cámara fotográfica algún testimonio del topónimo: señalización viaria, indicios en el callejero municipal o referencias en establecimientos comerciales. Pretendía, a fin de cuentas, un acopio visual de aquel paraje bagañete (gentilicio del municipio de Tazacorte) para dejar así constancia de este sitio en la historia borondoniana. Antes, en 1978, había publicado un librito en el que insertaba una fotografía panorámica del caserío de San Borondón, pero lo más probable es que en aquella ocasión no visitase La Palma y que la instantánea mencionada le fuese remitida por un colaborador suyo en el archipiélago (probablemente Luis Diego Cuscoy o Jesús Hernández Perera).

Ahora nosotros hemos dirigido nuestros pasos a este pintoresco caserío de la costa oeste palmera. Es muy curioso observar que el nombre del pago de San Borondón de Tazacorte haya pervivido desde hace varias centurias terminando por arraigarse de forma perenne en esta comarca. Hasta hace poco, la datación bibliográfica más antigua sobre la denominación de este barrio se debía a Pedro de Olive, quien en su *Diccionario estadístico-administrativo de las islas Canarias* publicado en 1863 recogió para La Palma una sola entrada con este encabezamiento: el *caserío de San Borondón de Tazacorte*¹⁸. Sin embargo,

17 Véase: BENITO RUANO (1950), pp. 186-308; BENITO RUANO (1951), pp. 35-50; BENITO RUANO (1970-1973), v. I, pp. 203-221. Estos tres trabajos fueron recogidos en BENITO RUANO (1978); BENITO RUANO (1985), v. V, pp. 145-160; BENITO RUANO (1989), pp. 49-58.

18 OLIVE (1863), pp. 908-909.

tenemos constancia documental sobre este lugar y su nombre desde las primeras décadas del siglo xvii. Es lógico pensar, por otra parte, que la nomenclatura se remonte todavía algo más en el tiempo, quizás hasta el xvi. Su motivación es, igualmente, incierta. En relación con las causas de su elección, sólo podremos esbozar alguna hipótesis.

La primera referencia escrita con la que contamos aparece en la partición efectuada en 1619 sobre los bienes del caballero Melchor de Monteverde y de su mujer María van Dalle. En el cuerpo de los vinculados se citan, entre las propiedades pertenecientes al ingenio de Tzacorte, unas tierras denominadas *de San Borondón*. En concreto las referentes a las partidas 52, 53 y 64¹⁹:

52. En la suerte que dicen de San Borondon tres fanegas y tres selemines con caña soca nueva. Y una más fanega de tierra calma pegada a las dichas cañas que por todos son quatro fanegas y tres selemines: 4-3 (f. 251v).

53. En la dicha suerte de San Borondon y devaxo de la dicha rueda otra fanega de tierra [...]: 1 (f. 251v).

64. En la suerte de San Borondon doce fanegas y nueve selemines con caña de soca en nueve selemines con caña de soca de planta, digo once fanegas y nueve selemines, las nueve fanegas y nueve selemines con caña de soca de planta nueva; y las dos fanegas en calma que son las dichas fanegas y un selemín. Es demás de las cinco fanegas y tres selemines que están de uaxo de la rueda en partida 52 y 53: 11-9 (f. 252v).

Estas tierras se dividieron a través de la mencionada escritura de partición entre los herederos de don Melchor y doña María. De una parte, sus hijos Melchor, Pablo y María; y de otra, su nieta Beatriz, hija de Ana Monteverde —entonces difunta— y Andrés Salgado. El desglose de las cuatro desmembraciones emanadas de los bienes paternos se fijó de la manera siguiente:

19 AGB, PN. Escribanía de Bernardo José Romero, caja 21 (1783). La escritura fue certificada en este año a petición de Félix Poggio y Valcárcel.

- (a) Melchor de Monteverde recibió una fanegada de la partida 53 y tres fanegadas y tres celemines correspondientes a los lotes 52, 53 y 64 (f. 264v).
- (b) A Pablo de Monteverde le tocaron tres fanegadas y tres celemines de tierra con caña de soca de planta nueva referidos en el punto 52 (f. 253r).
- (c) Beatriz de Monteverde, y en su nombre su marido Andrés Lorenzo, recibió tres fanegadas y tres celemines en las tierras y cañaverales registrados en las partidas 52, 53 y 64, y once celemines más pertenecientes a esta última partida (f. 272r).
- (d) María de Monteverde, mediante la asistencia legal de su esposo, Andrés Maldonado, pasó a disfrutar de tres fanegadas y tres celemines recogidos en los puntos 52, 53 y 64, y otra fanegada más fuera de la acequia (f. 267v).

Hacia mediados del siglo XVII volvemos a tropezar con otras referencias sobre el paraje estudiado. En un primer repaso, se debe subrayar la partición de los bienes pertenecientes a Ana van Dalle, mujer que fue de Pablo Wangüemert, rubricada el 15 de octubre de 1641 pero no oficializada ante escribano público hasta 1676²⁰. Según esta pieza documental, la familia Wangüemert-Van Dalle poseía «en el sercado de San Borondon seis fanegas y un celemín en la parte primera, luego a la entrada que linda con tierras del maese de campo don Pedro de Sotomayor» (f. 191r). En una segunda revisión no se pueden desatender las adquisiciones operadas por Juan de Sotomayor y Topete sobre un cercado que con anterioridad había pertenecido a Domingo Martín, mayordomo, vecino de Argual y progenitor de María Pérez y Margarita Martín.

20 AGB, PN. Escribanía de Andrés Chávez, caja 38 (1676), ff. 134r.-192v; sc. Archivo, Protocolo de las Haciendas de Argual y Tazacorte, f. 218r.

En los sucesivos matrimonios de sus hijas, María Pérez (casada con Pedro de la Cruz el 2 de septiembre de 1635)²¹ y Margarita Martín (mujer de Pedro de Acosta desde el 28 de octubre de 1646)²², el prenotado Domingo Martín, padre de ambas, entregó en dote a cada una de ellas la mitad de un cercado de tres fanegadas de extensión, preparado para el cultivo de cereales, que tenía en el término o jurisdicción de Los Llanos, «donde disen San Barandon». El mismo se hallaba delimitado por la parte de arriba con el camino real que se dirige desde Tzacorte hasta Tihuya; por abajo, los riscos del mar, en el llamado Paso de Mangoy; en un costado, un cercado integrado en la hacienda de Tzacorte; y por el otro, una finca del capitán Pedro Beltrán de Santa Cruz. Entre 1647 y 1649 los matrimonios De la Cruz-Pérez y Acosta-Martín enajenaron a Juan de Sotomayor Topete ambas mitades del aludido cercado. Los traspasos se efectuaron el 12 de noviembre de 1647, cuando Pedro de la Cruz y María Pérez vendieron por 220 reales al mencionado Sotomayor Topete el medio cercado de tierras de una fanegada y media aproximadamente que tenían en el lugar denominado «San Barandon» (f. 372r)²³; y el 10 de noviembre de 1649, fecha en la que Pedro de Acosta y Margarita Martín otorgaron escritura de venta por precio de 240 reales al referido Sotomayor de la otra mitad del cercado que disfrutaban en el lugar llamado «San Varandon o Varandan» (f. 307v)²⁴.

Nuevas referencias aparecen en 1655, en la partición efectuada de los bienes quedados de Pedro de Sotomayor Topete y Jerónima van Dalle de Senfts, su mujer, protocolizada cuatro años más tarde ante el fedatario público Andrés Chávez²⁵. En concreto, en la partida 22 se anota (f. 133v):

21 APNSR. *Libro 1º de matrimonios*, f. 109v.

22 APNSR. *Libro 1º de matrimonios*, f. 149v.

23 AGB, PN. Escribanía de Andrés Chávez, caja 22 (1647), ff. 372r-374v.

24 AGB, PN. Escribanía de Andrés Chávez, caja 24 (1649), ff. 307r-309v.

25 AGB, PN. Escribanía de Andrés Chávez, caja 31 (1659), ff. 87bis y ss.



Foto Gaspar, *Vista del barrio de San Borondón*, ca. 1960 [AFG]



Barrio de San Borondón 1, 2008 [AFP]

22. Yten dies fanegas, nueve selemines y medio de tierra en sercado que llaman de San Barandon, linda por arriua con la pared de dicha serca y por abaxo con la bera del risco de aguas virtiente a la playa del mar, y por un lado tierras de los Monteverde, y por otro con tierra de don Juan Massieu que fueron adjudicadas a doña Ana van Dalle en la partición grande y son las que se comprenden en la partida 83 del cuerpo de bienes de ella.

Esta heredad se adjudicó a Juan de Sotomayor van Dalle, primogénito de Pedro Sotomayor, descrita como «dies fanegas, nueve selemines y medio en el sercado que llama de San Barandon, que linda por arriua con la pared de dicha cerca, y por abaxo con la bera del risco, y por un lado con tierras de los Monteverde, y por el otro con tierras de don Diego Massieu» (f. 155v). De igual modo, en otras entradas de este expediente constan dos alusiones más a esta finca. Una especificada en la división de los lotes: «dies fanegas, nueve selemines y medio de tierra en el sercado que llama de San Barandon, contenido en la partida 22 de este cuerpo de bienes» (f. 142r); y otra, mencionada de manera tangencial al enumerar «dos fanegas y seis selemines en la suerte que llaman de La Biña, a la parte de los sercados que llaman de San V[arandon]» (f. 140v).

En 1674 se oficializó la división de los bienes quedados por fallecimiento del nombrado Juan de Sotomayor y Topete y de su cónyuge Margarita Massieu de van Dalle²⁶. En el despliegue reglamentario aparece referido el sercado que unas décadas antes había adquirido don Juan a las hijas del mayordomo Domingo Martín: «adjudicamos la quinta parte de un sercado de tierra de pan sembrar donde dicen San Baran[don]» (f. 60r). Sin embargo, sobre el mismo no se expide tasación debido a que en aquellas fechas se encontraba sujeto a pleito.

Entrado el siglo XVIII se cuenta con nuevas noticias acerca de este paraje. Una de ellas es la consignada en el testamento mancomunado que otorgaron

²⁶ AGB, PN. Escribanía de Juan Alarcón, caja 20 (1674), ff. 45r-65r.

el 22 de abril de 1747 los cónyuges Francisco Ignacio Fierro Monteverde y Luisa María Antonia de Torres y Santa Cruz. En el mismo consta la propiedad de un «cercado en San Borondon» (f. 231v)²⁷. Otra noticia es la referida por Juan de Guisla Vandewalle, quien dejó escrita una anotación sobre el arrendamiento a Juan de Toledo de unas tierras «en San Borondon» por un período de doce años²⁸. Una nueva alusión es la que aparece verificada en un informe de partición del heredamiento de Tazacorte; en él se halla indicada la suerte «de



Barrio de San Borondón II, 2008 [AFP]

27 AGB, PN. Escribanía de Andrés Huerta y Perdomo, caja 26 (1747). La carta de testamento se abrió el 3 de noviembre de 1748. *Apud.* PÉREZ GARCÍA (2004), p. 60, nota 82.

28 SC. Archivo, Protocolo de las Haciendas de Argual y Tazacorte, f. 234r. La nota dice así: «En San Borondón se arrendó a Juan Tholedo por ante dicho escribano Alberto en 21 de marzo de 1750 por espacio de 12 años que comensaron a correr desde agosto pasado de 1747 y por precio de seis fanegas de senteno».

San Borondon» (ca. 1750)²⁹. Y de unas décadas más tarde se podría citar un traslado de la relación de bienes heredados por María Monteverde (1823), en la que leemos otras referencias a la «suerte de San Borondon»³⁰.

De los fragmentos analizados se deduce que las tierras conocidas por *San Borondón* ubicadas en el pago de Tzacorte se situaban en uno de los extremos de la hacienda azucarera, comprendiendo tanto fincas de regadío como de secano. Las primeras estarían plantadas de caña y las segundas destinadas al cultivo de cereales. Conformaban un conjunto (en la documentación coetánea denominado *cercado* o *suerte*), perteneciendo tanto a la administración de la hacienda como a algún mediano y pequeño agricultor (como ocurrió en el caso de Domingo Martín). Es indudable que el emplazamiento de este San Borondón sea el mismo que el que en la actualidad recibe tal denominación. El lugar comprendía una zona dilatada (al menos 17 fanegadas, unos 90.000 metros cuadrados), que se extendería desde los riscos del mar hasta entrada la línea de costa. Con el paso del tiempo, es probable que las propiedades colindantes a las plantaciones fueran compradas por los ricos terratenientes y que las incorporasen a su patrimonio familiar. Estamos ante un mecanismo utilizado para consolidar bienes y aumentar beneficios. Como ha apuntado Pérez Morera, la explotación de los heredamientos de Argual y Tzacorte adquirió una gradación autárquica, en cuyo seno los señores ostentaban todo resquicio de poder. En palabras del enunciado profesor, se trataba de un régimen semifeudal en el que se controlaba —por ejemplo— desde el abastecimiento interno hasta el sistema defensivo, los oficios divinos e incluso, en la práctica, la justicia civil³¹.

Es lógico creer, por otro lado, que la denominación de *San Borondón* responda a dos factores. De una parte, los sucesivos avistamientos de los que no

29 AGP, LV-M, sin sign. Partición del décimo de Tzacorte que hace Camacho según el conocimiento que tiene en los muchos años que lo ha tenido en arrendamiento.

30 AMLL, Fondo Lorenzo Mendoza, signatura antigua P-G (III), f. [1r].

31 PÉREZ MORERA (2004), pp. 75-115.

quede testimonio escrito y que posiblemente se hayan producido durante las décadas finales del siglo XVI y primeras del siguiente³². De otra, las distintas expediciones que salieron en su descubierta. Estos agentes debieron de asentar durante el curso del tiempo la precipitada denominación borondoniana. Es relativamente frecuente encontrar a lo largo de la costa palmera topónimos vinculados con sucesos marítimos, tales como incursiones o ataques piráticos, o incluso otros referentes a lugares con un marcado carácter defensivo, como atalayas y sitios de observación de los posibles acercamientos navales. Así, localizamos nombres como *Punta del Moro*, *Matamoros* o *Montaña de la Centinela* dispersos en varios puntos de la geografía insular³³. Cabría preguntarse, entonces, por qué no marcar con el nombre de la isla misteriosa un lugar de la costa occidental de La Palma, franja desde la cual presumiblemente se producían esporádicos avistamientos y, asimismo, un emplazamiento que los palmeros de aquel tiempo creían próximo a la ínsula fantasma. Si otros topónimos servían para recordar hechos relacionados con el mar, ¿por qué no iba a fijar el imaginario colectivo este otro ligado estrechamente a una realidad considerada tangible? Acerca de esta cuestión es necesario preguntarse cómo definir este topónimo. ¿Se trata de un hierotopónimo y hace referencia al santo de Clonfert? ¿O más bien de un morfotopónimo y hay que relacionarlo con un hecho geográfico, otorgándosele al lugar elegido el nombre de una isla vecina de existencia cierta pero aún no descubierta y cartografiada? Nosotros nos decantamos por la segunda opción: un morfotopónimo. Sobre esta aserción, baste recordar, por un lado, la falta de devoción por san Brendan en Canarias, y, por otro, las sabrosas alusiones proporcionadas por el viajero lusitano Gaspar Frutuoso, quien a mediados del siglo XVI escribió en su obra *As saudades de terra* cómo desde esta zona, durante la puesta de sol, se divisaba la isla de San Borondón. El sacerdote azoreano dejó redactado que «se muestra como una tierra negra

32 PÉREZ MORERA (2004), p. 91.

33 DÍAZ ALAYÓN (1987), pp. 39-40.

no muy alta, redonda como la isla de La Gomera, y a ella nunca se pudieron acercar aunque muchas veces es vista y buscada»³⁴.



Barrio de San Borondón III, 2008 [AFP]

Otra posibilidad en la designación de este topónimo es que pueda deberse a una denominación impuesta o recreada desde las élites sociales. En otras palabras, los propietarios de las haciendas de Argual y Tazacorte pudieron otorgar este nombre de perfumados matices legendarios a una de las parcelas de sus fincas. Ello no sería extraño. Quizás obrasen así para distinguir de manera muy precisa un espacio determinado. Nada mejor entonces que la concesión del patronímico de la isla ballena a un pedazo de sus tierras. Sobre esta cuestión se debe subrayar la relevante aportación de Pérez Morera, que a

³⁴ FRUTUOSO (ca. 1590), p. 120.

través de un rastreo documental ha podido comprobar cómo durante los siglos XVI y XVII se adjudicó un nombre distintivo a cada una de las suertes de cañaverales que constituían los heredamientos de Argual y Tazacorte. Algunas de estas designaciones han pervivido hasta la actualidad. Con ellas se pretendía individualizar cada explotación. Entre estas calificaciones se enumera toda clase de topónimos³⁵. Apuntaremos, sin ir más lejos, la elección de formas geográficas (barrancos, lomos, llanos, calderetas, montañas), elementos vegetales, santos y vírgenes, nombres de personas y apodos, calidades de las tierras o proximidad al castillo de San Miguel para señalar las superficies cultivables. Es destacable que el referido topónimo de *San Borondón* sea el único de naturaleza mitológica que aparece colacionado. Asimismo, no se debería perder de vista un dato, casi anecdótico pero de particular belleza. Se registra en la carta de testamento cerrada y formalizada de manera mancomunada por Nicolás van Dalle Massieu y Vélez y su esposa Gerónima María de Sotomayor Massieu (30 de enero de 1706). En la cláusula veintiocho de la expresada escritura³⁶ se recoge la intención de los otorgantes de dedicar una misa cantada en memoria de sor Catalina de San Mateo de la Concepción (1648-1695), religiosa lega, profesa en el convento de Santa Clara de Las Palmas de Gran Canaria, en cuyas supuestas bilocaciones se contaban transmigraciones que llegaban hasta la isla de San Borondón³⁷.

Por último, cabría la posibilidad de que en esta denominación se juntasen los dos elementos propuestos: una intencionalidad por parte de los dueños de los ingenios junto a esporádicas apariciones de la isla fantasma en el horizonte. Todo ello determinaría la fijación y perpetuación del nombre. No se debe

35 PÉREZ MORERA (2004), pp. 90-91.

36 AGP, PN. Escribanía de Antonio Acosta, caja 1 (1712), s.f., f. [39v] del cuaderno. La cláusula específica dice: «28. Yten queremos y es nuestra voluntad que en la parrochial de Nuestra Señora de los Remedios del lugar de Los Llanos se haga un oficio cantado con ministro y sermón con beinte quatro belas de a quatro en libra, y se ensiendan seis hachas por sufragio de la beata Cathalina de San Matheo que murió en la ysle de Canaria y esto se entienda por una bez y [...] y si en el tiempo que Dios nos diere de vida vbieremos esto constado a nuestro herederos se entienda estar cumplida esta manda».

37 BENITO RUANO (1988), pp. 159-160.

olvidar, como hemos visto en los capítulos anteriores, que los numerosos avistamientos que se sucedieron a lo largo de los siglos conservaron viva la memoria de la isla fluctuante entre los lugareños del archipiélago.

En cualquiera de las tres variables enunciadas (avistamientos desde el lugar, imposición del nombre por las élites y combinación de ambas), la denominación de *San Borondón* ha perdurado al menos desde hace cuatro siglos. La profesora Díaz Alayón ha destacado el mecanismo de fijación de los topónimos: en primer lugar, el hombre otorga apelativos a todos aquellos sitios en los que transcurre su vida, siendo éste un acto intuitivo por el que se nominaliza la naturaleza. Para ello se suele elegir una palabra que defina con precisión algún aspecto o realidad del sitio en concreto. Finalmente, si el vocablo elegido es aceptado por la comunidad pasa a normalizarse de modo definitivo³⁸. En este mismo sentido, Afonso Pérez apunta que los topónimos tienen un origen muy simple: nacen de una referencia que sea admitida por la colectividad; y, asimismo, basándose en los datos actuales, afirma que los hechos históricos que propiciaron una denominación determinada muy rara vez se conservan en el recuerdo de los habitantes contemporáneos. Lo más corriente es que la etimología que da pie al emplazamiento se pierda de la memoria con el transcurso del tiempo³⁹. Curiosamente, algunos de nuestros informantes (en particular los procedentes del término municipal de Tzacorte) han señalado la denominación de este lugar como el sitio desde donde se veía con mayor asiduidad la isla de San Borondón. Nos encontraríamos entonces ante uno de esos singulares casos de transmisión secular consecuenta. ¿Se había mantenido de este modo el topónimo en la idiosincrasia de los residentes desde las primeras décadas del siglo XVII por cauces orales? En estos momentos es difícil dilucidar esta cuestión, aunque no lo creemos así. Podría ser posible también que se tratara de una recreación moderna, influida por los medios de comunicación

38 DÍAZ ALAYÓN (1987), p. 51.

39 AFONSO PÉREZ (1988), pp. 8-10.

social. Es decir, una interpretación de los vecinos sobre el nombre del pago. Leer, oír y mirar noticias referentes a este tema podría haber despertado inconscientemente un afán etimológico. Pero todo ello, de momento, no pasa de ser mera elucubración. Desde nuestro punto de vista, el supuesto más admisible sería que se hubieran unido en esta designación algunos de los factores citados por Afonso Pérez (por ejemplo, la pérdida de la memoria sobre su origen, de una parte; y su manifiesta sonoridad de amplio calado popular, de otra).



Barrio de San Borondón IV, 2008 [AFP]

Un asunto inaplazable, recogido en las piezas documentales exhumadas, es el modo ortográfico en el que aparece escrito el vocablo *San Borondón*. En las particiones de 1619 y 1641 aparecen recogidas las formas *San Borondon* o *San Vorondon*. Por el contrario, las fuentes documentales posteriores muestran la utilización de la unidad *San Barandon* (compraventas de 1647 y 1649 y particiones de 1655 y 1674). Incluso en una anotación marginal posterior —quizás

escrita por estas fechas— a la precitada partición de 1619, dicho vocablo aparece copiado de idéntico modo: «San Barandon» (235r)⁴⁰. Llegado el Setecientos volvemos a encontrar la forma primitiva de *San Borondon* (por ejemplo, en el testamento de 1747, nota de Juan de Guisla y relación de bienes de 1823). Y así se ha mantenido hasta la actualidad. De todas maneras, la complejidad de esta palabra desemboca con frecuencia en alguna confusión. Hoy en día, no es infrecuente oír de boca de ancianos el referido «San Barandón», al igual que otras variables similares.

Con posterioridad a estos textos de los siglos xvii y xviii, el citado Olive recopiló algunos datos generales. En la entrada correspondiente al poblado de San Borondón de su *Diccionario estadístico-administrativo*, describió la situación geográfica, urbanismo y demografía en 1863: unos 120 habitantes repartidos entre una veintena viviendas, de lo que se podría colegir la existencia de una comunidad rural consolidada⁴¹:

San Borondón: Caserío situado en término jurisdiccional de Los Llanos, partido judicial de Santa Cruz de La Palma, isla de La Palma. Dista de cabeza del distrito municipal 5 k. 555 m., y lo componen 11 edificios de un piso y 14 chozas u hogares habitados 24 constantemente por 24 vecinos 120 almas y 4 inhabitados.

Volvemos a registrar algunas noticias media centuria más tarde. En el Archivo Municipal de Los Llanos de Aridane, término al que pertenecieron Tazacorte y, por tanto, el barrio de San Borondón hasta 1925 (fecha en que se segregaron políticamente), constan algunos datos administrativos. Según el padrón municipal de 1911, el caserío de San Borondón se encontraba poblado por 354 personas repartidas en 58 viviendas. La profesión de más del 90% de sus pobladores era la de jornalero, siendo muy escasa la presen-

40 AGP, PN. Escribanía de Andrés Chávez, caja 31 (1659), f. 253r.

41 OLIVE (1863), pp. 908-909. La transcripción se realiza con las abreviaturas desarrolladas.



Barrio de San Borondón v, 2008 [AFP]

cia de otras ocupaciones. Únicamente se reseña la presencia de cuatro propietarios, un comerciante y una quincena de otros oficios relacionados fundamentalmente con el sector primario. Finalmente, podemos destacar que nueve vecinos se hallaban ausentes, la mayoría probablemente en América a causa de la emigración⁴². Desde esta fecha hasta los noventa del siglo xx, los cambios provinieron de la construcción de algunos edificios durante las tres décadas anteriores.

En el año 2004 el barrio de San Borondón forma una de las siete entidades administrativas en las que se divide el término municipal de Tzacorte, tiene una extensión de dos hectáreas y una altitud de 104 metros sobre el nivel del mar. El urbanismo de esta jurisdicción presenta una organización caótica en la que se combinan edificios de varias plantas de reciente construcción junto a numerosas casas terreras, vestigios arquitectónicos —estas últimas— del viejo pago. La población la componen 185 habitantes repartidos entre 99 viviendas, 14 de ellas vacías. Se cuentan, asimismo, 36 locales entre los que hay garajes, espacios inactivos y los que propiamente se encuentran abiertos al público, como establecimientos comerciales. Entre los mismos podemos enumerar «Modas Cruz», «Apartamentos Tagomate», los almacenes de empaquetados de frutas «Plátanos Cejas», «Plátanos Roberto Remedios» y un «Bar San Borondón», negocio que evoca de manera fehaciente la mítica isla⁴³.

Para terminar, sirvan unas alusiones reflejadas en el anecdotario contemporáneo. Un ejemplo es la relatada por el profesor Fremiot Hernández en el

42 AMLLA. *Padrón general de los habitantes de hecho y derecho, de este término municipal, según resulta de la inscripción verificada el día 31 de diciembre de 1910*. ff. [94r]-[100r]. El total de la población del municipio de Los Llanos era de 7.214 personas de hecho y 7.741 de derecho.

43 AMT. Dossier confeccionado por Francisca Acosta Concepción. En este distrito se localizan, además, un horno para hacer dulces (bollos, rosquetes, chibiricos), el campo de fútbol municipal, el cementerio, una carpintería, un bar, el pozo de San Isidro, etc.

prólogo al libro de Ulises Martín *Cuentos del año mil y otras leyendas atlánticas sobre santos, marinos y monstruos olvidados por la historia*. Dicho lance ha sido recogido en tono irónico. No en vano, narra una jornada del mes de mayo de 1976 cuando, estando en Tenerife, Hernández preguntó a su padre (natural de Breña Alta) sobre lo que sabía acerca de la isla San Borondón. En su respuesta le indicó nada menos que conocía a una familia procedente «de San Borondón». La desilusión del joven fue inmediata al ponerse de manifiesto que se trataba del caserío homónimo de Tazacorte⁴⁴.

Otra anécdota es contada por Pablo Victoriano Hernández Gómez, vecino del pago de San Borondón y mencionado en el capítulo anterior. Según los recuerdos de don Pablo, hacia la década de los sesenta del siglo XX, tras un incendio forestal en La Palma, los moradores de San Borondón comenzaron a distinguir numerosas agrupaciones de piñas de *Pinus canariensis* flotando en el frente marítimo de Tazacorte. Percatados del suceso, los convecinos comenzaron a elucidar entre sí cuál podría ser la causa de la aparición de aquellos elementos vegetales sobre el mar. Algunos de ellos apuntaron a un origen borondoniano. Llegaron a subir a la azotea del domicilio de Hernández Gómez para estudiar con más precisión dicho acaecimiento. Al cabo de unos días descubrieron la razón de la presencia de las piñas en el mar: derivaban del chamuscamiento de los piñones del fuego cercano, los cuales, al calentarse, salían percutidos de las ramas arbóreas y alcanzaban el agua. Una vez aquí el viento y las corrientes marinas los reunían en diversos amontonamientos, visibles desde el litoral.

44 HERNÁNDEZ GONZÁLEZ (2006), pp. 10-11. «Creo que fue una tarde de mayo de 1976 cuando le pregunté a mi padre, palmero natural de Breña Alta, si él había oído hablar alguna vez de San Borondón. Con gran sorpresa para mí respondió que no sólo había oído hablar de San Borondón, sino que “en Llanito, frente a la casa de abuela vivía una familia que había venido de allí”. El lector se puede imaginar cuál sería mi asombro, curiosidad y alegría al oír aquellas palabras que salían de la boca de mi padre. Mi decepción vino cuando después de tratar de aclarar aquel dato, me explicó que el San Borondón de donde procedía aquella familia no era la famosa isla que algunos habían visto, sino un barrio de Los Llanos de Aridane que así se llamaba».

En la actualidad se proyecta la construcción de una urbanización rotulada «Isla de San Borondón». Según un cartel informativo instalado al pie de la finca que se va a edificar, se prevé que dicho residencial conste de cuarenta y cinco viviendas unifamiliares adosadas y veinticinco apartamentos. Un poco más hacia el sur, en el mismo eje del núcleo poblacional, se erige otro complejo de viviendas (Residencial El Hornito). Este nuevo conjunto limitará la visión del océano. A pesar de este escollo, no dudamos que los residentes del viejo caserío de San Borondón continúen hollando el horizonte en busca de una respuesta al nombre del sitio que les vio nacer.

BARRANCO DE LA HERRADURA (SAN ANDRÉS Y SAUCES)

Mucho más desapercibida que el pago ubicado en Tzacorte (y por fortuna aún sin edificar) es una zona denominada *San Borondón* situada en la demarcación territorial de Los Sauces, en el noreste de La Palma. El único autor que se ha referido a ella ha sido Pérez Hernández en un artículo publicado en la *Revista de historia canaria* en 1998⁴⁵. La pieza citada recoge una partición legalizada el 31 de diciembre de 1875 entre los hermanos Manuela, Francisca, María de los Dolores, Teresa, Lorenzo, José, Juan, Enriqueta y Sebastián Ortega y Lonstan, herederos legítimos de Andrés de Ortega y Arturo y Francisca Lonstan y Guisla, sus padres, y Teresa Ortega y Arturo, su tía⁴⁶. En su contenido aparece una cláusula que dice (f. 640r):

Otro censo enfiteúutico de cuatro barriles de mosto de pensión y setecientas cincuenta pesetas de capital, impuesto sobre una suerte de tierras en Los Sauces y paraje que titulan San Borondon, según testamento de don José Miguel Arturo de veinte y cuatro de noviembre de mil setecientos setenta y tres, y obligación de arriendo de diez de mayo de mil ochocientos cuarenta y cinco.

45 PÉREZ HERNÁNDEZ (1998), nota 9, p. 156.

46 AGP, PN. Escribanía de Cristóbal García Carrillo (1876), leg. 2°. Aunque la partición se data el 31 de diciembre de 1875, aparece en el protocolo perteneciente al año siguiente.

Y rastreando en la escritura de últimas voluntades citada en el fragmento anterior, otorgada por José Miguel Arturo y protocolizada un siglo antes (1774), se registra una estipulación en la que se vuelve a hacer referencia a este pedazo de tierra (f. 324r)⁴⁷:

Yten, dos suertes de viña en el barranco de la Herradura, vn[a] en donde llaman San Borondon, y la otra donde disen Tholedo, c[on] un lagar dentro, de que se paga quinto a los Prínsipes.

De esto último se deduce que la finca pertenecía a la Hacienda de los Príncipes. Esta propiedad —también denominada *del Adelantado*— permaneció vinculada hasta los inicios del siglo xx en personas enlazadas de alguna manera con Alonso Fernández de Lugo⁴⁸. En 1502, durante el proceso de colonización de la antigua Benahoare, Lugo (conquistador de La Palma y primer adelantado de Canarias) se había guardado para sí un importante lote de tierras en Los Sauces. A finales del siglo xvi, después de varias sucesiones familiares, esta propiedad pasó a manos de los príncipes de Ásculi (herederos de los Fernández de Lugo), de ahí el nombre con que el se conocería la hacienda a partir de ese instante: *de los Príncipes*. El dominio comprendía terrenos desde la mar hasta la cumbre, incluyendo zonas de regadío y otras de secano. Entre estas últimas figuraba la parcela que aparece designada como «San Borondón», situada en una loma de la parte alta del barranco de la Herradura. Se trataba de tierras de sequero, que se daban a censo a los vecinos de la comarca para su explotación agrícola. De igual modo ocurría con la mayoría de las fracciones perteneciente a la enunciada heredad.

Es curioso comprobar cómo Gaspar Frutuoso, nombrado en el epígrafe anterior, dejó testimonio en el siglo xvi —al igual que para la comarca oeste de la

47 AGP, PN. Escribanía de Francisco Mariano López Abréu, caja 10 (16 de junio de 1774), ff. 321r-335r.

48 BATISTA MEDINA, HERNÁNDEZ PÉREZ (2001), pp. 115-119; LORENZO RODRÍGUEZ (*ca.* 1900), v. I, pp. 207-208.

isla— del avistamiento de una tierra misteriosa desde esta franja del norte de La Palma, pero en esta ocasión hacia el naciente. Escribía el clérigo azoreano que desde la Cruz de los Frailes «se ve a veces una isla grande, más alta por la banda del este, tan cercana como Tenerife, que queda al sureste de esta Cruz de los Frailes; parece tener 18 leguas de largo, y aunque esta isla y de la de San Brandán se ven desde La Palma bien claras, nunca fueron a buscarlas estos habitantes»⁴⁹.



Alrededores de la finca San Borondón 1, 2007 [AFP]

Con la documentación aportada es ilusorio dilucidar si la cita de Frutuoso guarda algún vínculo con el actual topónimo saucero. Lo cierto es que estas tierras de San Borondón, como se indicó previamente, aparecen documentadas desde el Setecientos, encontrándose, a lo largo de la centuria decimonona

⁴⁹ FRUTUOSO (ca. 1590), pp. 126-127. La transcripción se realiza con las abreviaturas desarrolladas.



Alrededores de la finca San Borondón II, 2007 [AFP]

y siguientes, algunas referencias nominativas. Baste apuntar un amillaramiento levantado hacia 1945 en el municipio de San Andrés y Sauces, donde aparece registrada la expresada voz. Es reseñable, asimismo, cómo entre las fincas próximas a la analizada aparecen otros apelativos exóticos (*Brasil, Guinea*, o incluso el plasmado en la mención anterior, *Toledo*). Así, en el citado amillaramiento de San Andrés y Sauces se alude a una finca conocida por *San Borondón* o *Sanborondón* en las relaciones de varios contribuyentes. En este expediente se define como un grupo de tierras de secano, dedicadas a pastos, árboles frutales y tubérculos.

A grandes rasgos se puede afirmar que el lugar conocido bajo este nombre comprende una zona de unos 10.000 metros cuadrados de extensión (según nuestros informantes es imposible precisar con exactitud sus linderos). El paraje se encuentra en la ladera meridional del barranco de la Herradura (entre unas cotas aproximadas de 200 y 350 metros de altitud sobre el nivel de mar), limitando hacia el naciente con la parcela denominada *Los Pasitos*, al oeste con *La Marranera* y el *Portal del Valle*, al norte con *El Callao* o cauce hídrico de La Herradura, y al sur con *Las Vueltas*. Es un terreno frágil y de fuerte desnivel sobre el que se han laborado algunos huertos. La parte que da al barranco está separada de su fondo por una pared de unos 40 metros de alto⁵⁰.

Aunque en el último catastro del municipio norteño ha desaparecido la denominación de *San Borondón*, en la memoria de numerosos vecinos se guarda su ubicación aproximada⁵¹. El profesor Afonso Pérez, refiriéndose a los nomencladores municipales, ha señalado esta jurisdicción del norte de la isla como una de las que han mostrado durante el transcurso del tiempo una

50 AMSAYS. Cajas 453-455 y Oficina del catastro: planos.

51 Sirva como ejemplo la docente e investigadora del patrimonio oral Cecilia Hernández y Hernández, quien incluso confeccionó un croquis de la zona. La autora también rememoró en esta ocasión la existencia de un juego infantil que acabada con la locución «San Borondón». Lamentablemente no recordaba el resto de las coplas. La entrevista fue realizada en su domicilio de Los Sauces el día 22 de julio de 2004.

mayor cohesión en la continuidad nominativa de las distintas entidades que componen su territorio, añadiendo este geógrafo que normalmente se recogen en los sucesivos documentos locales aquellas entidades que de hecho se encuentran perdidas en la memoria de los vecinos⁵². Por todo ello, en el futuro sería recomendable este desagravio histórico recuperando en la documentación oficial la ancestral denominación de *San Borondón*.

MARCAS DE SAN BORONDÓN

De la toponimia localizada en el resto del archipiélago canario ya se han ocupado Corbella Díaz y Medina López en un trabajo citado más arriba. Aparte del topónimo analizado en el actual distrito de Tazacorte, los expresados profesores registran una serie de emplazamientos nombrados *San Borondón* en Santa Brígida y Telde (Gran Canaria), Puerto de la Cruz (Tenerife) y Vallehermoso, Alojera, La Dama y La Palmita (La Gomera). Convendría recordar que los correspondientes a Santa Brígida y Vallehermoso fueron —junto al mentado de Tazacorte— marcados en 1863 por Pedro de Olive en su *Diccionario estadístico-administrativo*⁵³. Sobre el ubicado en Telde (playa y barranco) contamos con algún dato desde 1945, cuando apareció recogida una noticia en *Revista de historia canaria* en la que se relataba el hallazgo de una cueva funeraria en la vaguada «de San Borondón»⁵⁴; en los informes sobre este hallazgo, redactados por el comisario provincial de excavaciones arqueológicas Sebastián Jiménez Sánchez y conservados en El Museo Canario, también se utiliza el nombre del santo como referente del lugar⁵⁵. En cuanto a los gomeiros, es reseñable la profusión de las variantes recogidas: *Samarondón*, *Somborondón*, *Somorondón*, *Samarandón*, *San Sarandón* y *Saramandón*.

52 AFONSO PÉREZ (1988), p. 14.

53 OLIVE (1863), pp. 31-32.

54 REVISTA DE HISTORIA CANARIA (1945), p. 516.

55 EMC, SJS, 078.016, Barranco de San Borondón: descubrimiento de una cueva funeraria.

Quizás las mismas no sean más que múltiples decires de una sola voz, puesto que la complejidad del término siempre ha acarreado transcripciones dispares. Baste apuntar la referencia «San Borombón: leyenda y realidad», título de un artículo aparecido en 1980 nada menos que en una revista de temas etnográficos, en el que, como se observa, no se transcribió de forma correcta el nombre de la mítica isla⁵⁶. A todos los topónimos precedentes se deben agregar los recolectados por Afonso Pérez en el macizo de Anaga: una baja en la costa del municipio de La Laguna y una punta situada en la demarcación perteneciente a Santa Cruz de Tenerife⁵⁷.

Hay que subrayar, asimismo, cómo en el archipiélago canario es cada vez más reiterado el recurso a la leyenda del abad de Clonfert como designación de múltiples elementos. Es así como en los últimos años las palabras mágicas *San Borondón* han proliferado tanto en el callejero de algunos municipios isleños como en los nombres de hoteles, conjuntos residenciales y edificios de pisos o, incluso, en las etiquetas de productos comerciales de diversa naturaleza. En ocasiones, también se ha empleado como estandarte en iniciativas de tinte cultural.

En cuanto al callejero isleño, en el municipio de San Bartolomé (Lanzarote) hay una vía denominada *San Borondón*, en concreto una de las principales arterias de Playa Honda, y lo mismo ocurre en Tegüise y Tías; en Gran Canaria, por su parte, se localizan calles designadas del mismo modo en la capital insular y en las circunscripciones de Agüimes, Gáldar, Ingenio, Mogán, Teror y San Bartolomé de Tirajana (municipio en el que también hay una urbanización con este nombre en Playa del Inglés), así como un paseo marítimo en Telde en el lugar que lleva el nombre del abad, junto a la playa de San Borondón, en La Mareta. En Tenerife existen calles dedicadas a la isla

56 FERNANZ CHAMÓN (1980).

57 AFONSO PÉREZ (2004), p. 227.

viajera en Santa Cruz de Tenerife (ciudad en la que hay un edificio con este nombre en la plaza Imeldo Serís), Adeje, Arona, Granadilla de Abona y La Laguna; además consta un Hotel San Borondón en el Puerto de la Cruz y una urbanización en el Puertito de Güímar; en La Gomera se encuentran sendas calles de San Borondón en los núcleos de San Sebastián y de Alojera (municipio de Vallehermoso)⁵⁸.



Playa San Borondón en Telde, 2008 [JMMQ]

58 El profesor Afonso Pérez, refiriéndose a los nuevos poblamientos urbanos, afirma que en reiteradas circunstancias se prefiere la elección de nombres exóticos a los propios de cada lugar. De esta manera se llama la atención de los residentes, faltos de vínculos afectivos con la zona. Véase: AFONSO PÉREZ (1988), p. 15. Una buena muestra de ello podría ser el título de la urbanización bautizada como *Valle de la Luna* (Breña Alta, La Palma). Tras la conclusión de las obras de este residencial de viviendas unifamiliares —a finales de la década de 1990—, casi ha desaparecido de la semiótica viaria (y más tarde del habla de sus vecinos) la ancestral denominación del lugar: *La Caldereta*. La situación de los samborondones isleños, en todo caso, sería bien diferente de esta última mención. Sobre esta cuestión es necesario apuntar que toda alusión a la mítica tierra del abad de Clonfert posee un vigoroso arraigo en la cultura popular de cualquiera de las islas que componen el archipiélago canario.

En relación a las iniciativas culturales, la más llamativa es la ofertada por el Centro de la Cultura Popular Canaria. Fundado en 1977, tiene su sede principal en San Cristóbal de La Laguna; cuenta, además, con una oficina en Las Palmas de Gran Canaria. En sus más de treinta años de andadura, ha ejercido una encomiable labor y, si bien el Centro de la Cultura es más conocido en el resto del archipiélago por sus sellos editorial y discográfico, en Tenerife ha conseguido consolidar unas actividades paralelas a las de sus publicaciones. Uno de los rasgos más sugerentes es la denominación recibida por el conjunto de esas iniciativas: *San Borondón*. Con el nombre de la isla se ha vestido un boletín informativo (número 0 editado en octubre de 2004), últimamente transformado en revista electrónica; una sala polivalente para conferencias, mesas redondas o seminarios; un club de cine; y una emisora de radio (creada en 2003). Con anterioridad a esta última fecha (en concreto hacia 1989 ó 1990), el poeta palmero Francisco Viña⁵⁹ —muy vinculado también al Centro de la Cultura Popular— había dispuesto en Radio Cadena Española en Tenerife de un programa al que llamó *San Borondón*. Este proyecto radiofónico, circunscrito en principio al ámbito tinerfeño, adquirió difusión regional, pasando de los treinta minutos de duración inicial hasta llegar a las tres horas en antena. Como significa Viña, el término *San Borondón* evoca ilusión, concordia y esperanza: «es una metáfora que aparece ante los canarios cuando aspiran a un futuro más justo y desaparece, por el contrario, ante los isleños que no ambicionan contemplar el porvenir de esta manera».

En esta misma línea se ha manifestado el ensayista José Francisco Fernández Belda. Sus colaboraciones en *La gaceta de Canarias*, *Diario de avisos*, *Canarias 7*, la edición canaria del diario *Abc* y los periódicos digitales *Canarias ahora*, *Canarias liberal*, *Maspalomas ahora* y *El independiente de Canarias* le han conducido a concebir una columna de opinión bajo los lemas

59 Su nombre completo es José Francisco Afonso Viña (Los Llanos de Aridane, 3 de abril de 1949). La entrevista fue realizada vía telefónica el día 14 de mayo de 2008.

«Viviendo en San Borondón», «Desde San Borondón» o «Vivir en San Borondón». La elección de estos términos obedeció a la necesidad de crear mentalmente un lugar utópico desde el que fuera posible plantearse la realidad canaria, alejada de los vicios cotidianos atribuidos a las élites políticas y económicas. En palabras de Fernández Belda, San Borondón es para él un refugio como lo fue Nunca Jamás para Peter Pan, el País de las Maravillas para Alicia, o incluso la capital de España para Galdós, quien prefirió «vivir en Madrid y añorar Canarias, pero desde la distancia, desde su San Borondón, lejos de los que querían envenenarle el alma, pero al alcance de sus amigos»⁶⁰.

En lo referente a La Palma, se debe apuntar que en los últimos años se han incrementado las alusiones a tan sugestivo territorio. De una parte, se podría reseñar el festival de cine digital independiente conocido como *El Festivalito*. Organizado desde 2002, cuenta con dos secciones oficiales, una designada *Mundo Chico* y otra denominada *San Borondón*, división ésta en la que se proyectan las películas producidas en las islas o elaboradas por autores canarios. En esta última sección, además, tienen cabida tanto largometrajes como cortometrajes. En la valoración del jurado se prima una serie de apartados como el enfoque narrativo, la plasmación visual o las innovaciones formales. Cada una de las ediciones de este certamen se ha celebrado durante los meses estivales, alternándose como sedes de sus actividades los principales núcleos poblacionales de las vertientes este y oeste de La Palma. Por otra parte, cabe subrayar la presencia del término *San Borondón* en el patronímico de un club de vela con sede en el puerto de Tzacorte: Club Náutico San Borondón; o en una empresa de alimentación: Productos San Borondón (PSB), con administración en Los Llanos de Aridane, que se dedica al comercio de carnes y embutidos. Un universo de nombres que, al igual que la propia isla perdida, aparecen y desaparecen según los gustos vigentes en cada tiempo.

⁶⁰ Declaraciones efectuadas a través de correo electrónico (15 de julio de 2008).

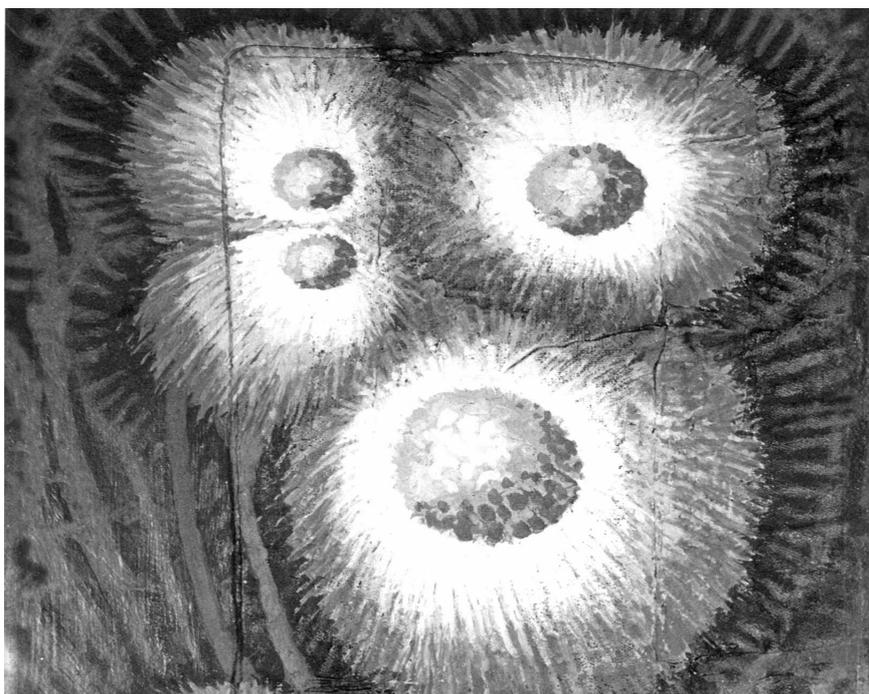
Para terminar con este capítulo dedicado a la utilización del nombre de la isla, no podemos resistirnos a incluir una pequeña nota sobre su uso como antropónimo, cuyo ejemplo más significativo es el apellido portugués *Brandão*. En nuestro ámbito más cercano, y como mera curiosidad, en La Palma constatamos la presencia durante el siglo XVIII del apellido *Borondo*⁶¹, un patronímico muy poco común en España, diseminado hoy en día principalmente por zonas de Castilla y el Levante peninsular; aunque nada tiene que ver con el tema aquí planteado, no deja de resultar un afortunado caso de homonimia⁶². El que parece ser algo más que una similitud meramente sonora es el apellido *Borondón*, que encontramos citado en las islas una sola vez, en los años finales del siglo XVII⁶³.

61 AGN, LV-M, sin sign. En las cuentas correspondientes a 1792 de Ana Tello y Massieu sobre la hacienda de Puntallana, aparece un José Borondo (f. 3r).

62 No nos ha sido posible hallar el origen de este apellido. Únicamente dejamos constancia de la existencia como apodo en el pueblo de Lopera (Jaén). Véase: LÓPEZ CORDERO, MEDINA CASADO (2008).

63 El franciscano Diego de Inchaurre recoge el nombre de *Luis Borondón* en una relación de religiosos fallecidos entre el 21 de agosto de 1695 y el 31 de enero de 1698. INCHAURRE Y ALDAPE (1966).

La Academia Borondoniana: artes y letras imaginarias



Como toda academia real, la titular de las Artes y las Letras de San Borondón cuenta con una distinguida representación. Nada menos que académicos auténticos para un colegio imaginario. Y no por tratarse de una institución extraoficial habría de ser menos solemne o de estar compuesta por miembros menos creativos que cualquier otra. Numerosos pintores, escultores, músicos, poetas o novelistas contemporáneos han plasmado en alguna ocasión su evocación del mítico territorio. Este hecho les convierte a todos ellos en miembros

de la academia ficticia. Y como acreedores de tan alto galardón (nunca una corporación fue tan ilusa) es necesario rescatar su nómina. En esta relación nos centraremos principalmente en los creadores que guardan algún vínculo con La Palma. No obstante, para poderlos encuadrar a todos con precisión, a menudo ampliaremos la moldura propuesta hasta confines más amplios. En esta tarea comenzaremos por las representaciones plásticas. Éstas fueron las que primeramente (desde el mismo siglo XVI) abocetaron la isla-ballena.

ACADÉMICOS DE PINCEL Y LUZ

Resulta curioso que uno de los primeros trabajos pictóricos de pura creación artística que representaron esta legendaria tierra haya desaparecido antes de definirse del todo. Nos referimos a un boceto del artista surrealista Juan Ismael (1907-1981) para un proyecto de mural titulado *Aparición de la isla de San Borondón*¹. Se ha conservado una fotografía en la que aparece el artista junto al cuadro preparatorio, que representaba a un ángel sosteniendo en el vacío las dos colinas de la isla fantasma, mientras una persona señalaba la extraña aparición frente a un mar poblado de barcos del que surgía una sirena. Este trabajo fue expuesto entre el 11 y el 30 de noviembre de 1935 en el Centro de Exposición de la carrera de San Jerónimo (Madrid), en una muestra en la que Ismael presentó diecisiete óleos y tres dibujos. Para el crítico R.M. Solano este lienzo tenía el valor de simbolizar un tema fundacional dentro de la plástica contemporánea del archipiélago².

Con posterioridad, otros pintores han trazado sobre el caballete sus impresiones de tan fantástico territorio. Uno de ellos fue Juan José Gil (nacido en 1947), obrador grancanario que desarrolló algunas series pictóricas relacionadas en mayor o menor medida con San Borondón, entre las que cabría recordar las siguientes: «Paraislas» (1983-1984), que aunque no cita el mítico territorio

1 PADORNO (1995), p. 106.

2 SOLANO (1945), pp. 321-322.

expresamente, posee en el nombre elegido un sentido insinuante, lo mismo que el motivo de la isla como ente onírico; «La casa» (1985), con un cuadro titulado *La casa de San Borondón*; y especialmente «Fragmentos de la isla de San Borondón» (1987-1988), dedicada de manera monográfica a este motivo y exhibida en el Club Prensa Canaria de Las Palmas y en el Círculo de Bellas de Santa Cruz de Tenerife³. Varios cuadros de esta última serie participaron en una representación del arte canario que, bajo el título «Frontera sur», recorrió varias capitales españolas en 1987-1988⁴.

Otro creador que ha tratado el asunto borondoniano ha sido Pepe Dámaso. En su exposición *Dámaso a Manrique* (organizada entre 2002 y 2003) cuenta con un apartado nominado «San Borondón», del cual, a su vez, se despliegan tres ribetes relacionados con nuestro tema: «Botania» (1993), «Flora de San Borondón» (2001) y «Serie San Borondón» (2002)⁵. De la misma manera, la



José Luis Vega, *San Borondón*, 1972 [EMC]

3 CASTRO (1999); GIL (2004).

4 FRONTERA (1987).

5 DÁMASO (2002).

artista plástica Manuela Pérez de Oliveira plasmó su particular homenaje a la isla-ballena en la exposición de pintura acrílica *San Borondón, isla mítica*, que mostró a los curiosos del arte en dos ocasiones entre 1996 y 1997⁶.

Otros artistas utilizaron las páginas de algunas publicaciones periódicas para insertar sus interpretaciones de San Borondón. Es el caso de Antonio Padrón, que reprodujo con sus trazos rectilíneos la imagen clásica de las dos cumbres y el valle arbolado para ilustrar un artículo de la revista *Mujeres en la isla*⁷; o también del pintor José Luis Vega (Las Palmas de Gran Canaria, 1937), que en una de sus colaboraciones en la revista venezolana *Canarias gráfica* se ocupó de algunos datos históricos de la vertiente canaria del mito de san Brendan y, como no podía ser de otra manera, incluyó como ilustración un dibujo propio en el que la isla se presentaba entre signos de interrogación ante los gestos de sorpresa de dos personajes⁸.

Efectuada esta breve relación, es seguro que se nos escapan muchos pintores que en algún momento de sus carreras discurrieron sobre tan apasionante argumento. Pero si continuáramos en la descripción de las obras de cada uno de los posibles artífices, esta lista se revelaría demasiado extensa. Conviene subrayar que la isla de San Borondón es un pretexto que cada vez se manifiesta más ligado a las artes plásticas. A lo largo de las últimas décadas, numerosas firmas se han servido de esta tierra irreal como fundamento de su inspiración⁹.

6 La colección se expuso entre noviembre y diciembre de 1996 en el Colegio de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Las Palmas; más tarde, en 1997, fue instalada en la Casa de la Cultura de Teror.

7 LINARES (1960), p. 8.

8 VEGA (1972).

9 Como nota anecdótica y en el polo opuesto, baste apuntar la exhibición colectiva rotulada *Cartografía de la octava isla* (celebrada durante 2004 en el Centro de Artes Plásticas de Las Palmas de Gran Canaria), la cual proponía a los artistas discurrir por los posibles significados del tema enunciado (América, peñascos y salientes de las costas isleñas y San Borondón). Paradójicamente ninguno de los participantes elaboró obra alguna sobre la isla-ballena. Como ocurrió con el proyecto de Juan Ismael, el hechizo de ocultación de La Encubierta se mantuvo vigoroso una vez más. Véase: CARTOGRAFÍA (2004), p. 3.



Fernando Bellver, *Las ciudades de San Borodón*, 2000 [AMLLA]

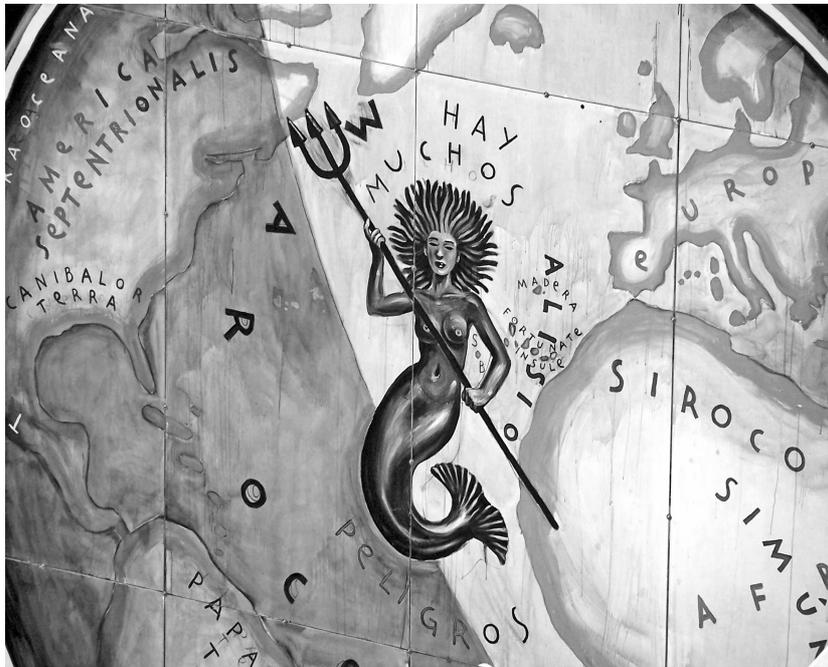
Así, en la exposición permanente ubicada en las calles de Los Llanos de Aridane —denominada *La ciudad en el museo: foro de arte contemporáneo* (CEMFAC)— se encuentran tres cuadros que de alguna manera aluden a San Borondón¹⁰. En una época como la actual, en la que el arte mantiene un matiz elitista y casi exclusivamente destinado a expertos y entendidos, el CEMFAC pretende acercar las últimas manifestaciones plásticas al ciudadano de a pie y ofrecer un atractivo cultural a la población local y visitante. Sobre los tejados de la arquitectura tradicional del casco urbano aridanense, en las paredes de los nuevos edificios levantados en ese entorno durante el desarrollismo de los años sesenta y setenta, cuelgan grandes cuadros integrados en las construcciones de los siglos XVI al XIX y principios del XX, enriqueciendo estéticamente ese conjunto. Desde 1999, el Ayuntamiento de Los Llanos de Aridane gestiona este singular y pionero museo —vio sus primeros resultados prácticos en mayo de 2000—, singularizado por ser una de las primeras propuestas de extracción del cuadro de su espacio tradicional: el *cubo blanco* de las salas museísticas.

La primera de estas obras enmarcadas por la población llanense se debió al madrileño Fernando Bellver, que interpretó la isla Encubierta en *Las ciudades de San Borondón* (2000). Se trata de un cuadro con una superficie de cuarenta y seis metros cuadrados, plasmado como un gran mar azul del que brotan elementos vegetales y arquitectónicos que vagan a la deriva entre las olas.

En 2003, Javier de Juan, en otra de las piezas de esta pinacoteca urbana, titulada *Hay mil vientos posibles, hay mil rumbos a elegir*, representa en sus más de ciento cuarenta metros cuadrados el recurrente tema del viaje (universo omnipresente en su obra). En uno de los paños de este gran cuadro figura el orbe terráqueo y en su interior se pinta el océano Atlántico. Junto al archipié-

10 Véanse reproducciones de las tres obras que a continuación se citan y los comentarios alusivos a cada una de ellas por Andrés Lorenzo Palenzuela en SUÁREZ ACOSTA (2007a).

lago canario aparece una sirena, armada con tridente, advirtiéndonos de los trances que corre el viajero. Contiguo a ella, en el espacio que resulta de tener su brazo aferrado al arpón, bajo su axila izquierda, surge una isla con la inscripción «S.B.» (San Borondón), indicando un lugar ideal donde viajar y adentrarse en lo incógnito e inexplorado.



Javier de Juan, *Hay mil vientos posibles, hay mil rumbos a elegir* [fragmento], 2003 [AMLLA]

Finalmente, Jorge Fin se atrevió en 2006 a pintar una *Vista de La Palma desde San Borondón*¹¹. Este cuadro de cincuenta y cinco metros cuadrados coquetea con la leyenda a la inversa. Es decir, cómo se divisaría La Palma desde el litoral samborondoniano. El lema de este trabajo es «Desde San Borondón todos ven La Palma; desde La Palma nadie ve San Borondón; quien mira mucho, ve poco; quien ve mucho, mira poco». Fin ha desarrollado a lo largo de su carrera un ejercicio interpretativo de las nubes, técnica denominada por los especialistas como *nefelocoquigia*. En esta obra se aprecia en primer plano cómo algunos moradores de San Borondón otean el mar; en el horizonte surge La Palma y en su extremo sur (desde un volcán) nace una nube «goyesca», con la forma de una mujer, que se alza hasta el cielo mientras intenta atraparla otra nube varón. Cabría resaltar que, dentro de la nómina de todos los creadores invitados a participar en este proyecto, hayan sido únicamente los peninsulares los que han intimado con San Borondón. De momento, ningún pintor isleño ha abordado el tema en el CEMFAC.

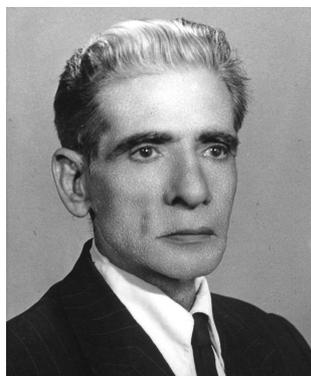
Sobre representaciones plásticas de la isla escurridiza se podría colacionar algunos nombres de pintores nacidos en La Palma. Uno de ellos es Manuel Díaz¹². Entre 1994 y 2005, este pintor aficionado y autodidacta ha expuesto en Gran Canaria, Alemania y, principalmente, en La Palma. En el marco de sus trabajos, ha recurrido con frecuencia al motivo de la isla fantástica. Según su propio testimonio, es un tema que desde su infancia (y junto al mito de la Atlántida) le inspira mucha fantasía, creatividad y ternura. Obras suyas han sido —por ejemplo— los cuadros titulados *Playa de San Borondón* y *Valle de San Borondón*. Enlazando con la última obra mencionada, se debe resaltar que, con mucha frecuencia, el fondo de sus trabajos recoge el trazo de un fantástico valle sobre el que aparece un mundo artificial habitado por animales y vege-

11 SUÁREZ ACOSTA (2007b).

12 Nacido en Santa Cruz de La Palma el 4 mayo de 1966. Ha cursado estudios en la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos de Santa Cruz de La Palma (hoy Escuela de Arte de La Palma).

tales irreales, los enanos de la Bajada de la Virgen de las Nieves y un denso colorido marcando el paisaje que cierra cada uno de los lienzos. «San Borondón es un escondite de la realidad», afirma Díaz. Con certeza, sus cuadros no poseen otra pretensión que esa fuga constante.

La pintora Susana Gómez (con muestras individuales en Santa Cruz de La Palma, Los Llanos de Aridane y la península) ejecutó en 2005 cuatro acuarelas a partir del poema de Manuela Aleida Hernández Paz, citado en el capítulo 4 de este volumen¹³. Con trazo suelto, sugerente colorido y sencillas líneas, Gómez recreó sobre el papel su propia sensibilidad a partir de los versos enunciados. Por su parte, Horacio Concepción representó, primero en su lienzo *San Borondón* y más tarde en una muestra monográfica exhibida entre el 25 de septiembre y el 15 de octubre de 2008 en el Casino de Santa Cruz de Tenerife, su particular visión de esta tierra de leyenda como una síntesis de las siete islas que componen el archipiélago¹⁴.



Retrato de Manuel Rodríguez Quintero, ca. 1965 [ARC]

-
- 13 Nació en 1973 en Santa Cruz de La Palma. Formada en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de La Laguna y en la Camberwell College of Arts de Londres, gestiona desde 2007 el espacio comercial «La Guayaba», a la vez tienda de marcos artesanos y sala de exposiciones temporales.
- 14 Horacio Concepción García nació en Santa Cruz de La Palma el 24 de mayo de 1974. Ha cursado estudios de diseño gráfico, escenografía y pintura al óleo. Su obra ha sido expuesta entre 1994 y 2008 en numerosas muestras individuales efectuadas en La Palma y Tenerife.

En el campo de las artes fotográficas (dejando aparte el retrato del fenómeno óptico que en 1955 consiguió efectuar Manuel Rodríguez Quintero), existen aproximaciones más recientes desde perspectivas meramente formales. Una es la del herreño Alexis W. Brito, *San Borondón: relato de un sueño*¹⁵; otra, las colecciones de fotografías que ilustraban la exposición *San Borondón: la isla descubierta*, que abandonaba su discurso principal para mostrar diversas interpretaciones del mito en las creaciones de José Ramón Bas, Isabel Flores, Carlos A. Schwartz, M^a Florentina Fuentes y David Olivera¹⁶.

Esta exposición, además, más allá del interés que ofrecen las fotografías que acabamos de referir, marca un hito en la historia de San Borondón por el propio planteamiento de la muestra, creada por el mismo David Olivera y por Tarek Ode, y por las fascinantes reproducciones fotográficas de este último. La exhibición ofrecía una puesta en escena muy sugerente, ya que se presentaba como el fruto de algunas pesquisas de los artífices de la muestra, quienes de manera fortuita dieron en el Reino Unido con los vestigios de una supuesta expedición a San Borondón en 1865. Este viaje estuvo liderado por un imaginario científico llamado Edward Harvey, y después de los pertinentes análisis históricos se llegó a la conclusión de que partió desde las costas del archipiélago (donde incluso se enroló en su tripulación un palmero) en busca de San Borondón. Se descubrió —por fin— la isla fantasma, y al regreso los nautas trajeron numeroso material para el estudio de esta misteriosa tierra. Por supuesto —avatares del destino—, todo quedó sepultado en el olvido más absoluto y casi ciento cincuenta años después se consiguieron rescatar fotografías, dibujos, un herbario e, incluso, el *Diario* de su promotor, en cuyas páginas se relataban de manera pormenorizada los entresijos de la aventura. Todo un alarde de imaginación concebido por Ode y Olivera, quienes, junto a una sutil complicidad de los medios de comunicación, llevaron a una buena parte del público a creer

15 SAN BORONDÓN (2000).

16 ODE, OLIVERA (2004).



Tarek Ode, David Olivera, *Fotografía de la exposición «San Borondón, la isla descubierta»*, 2004
[Colección de los autores]

auténtico todo lo que tenía ante sus ojos. Uno de los lugares donde pudo ser visitada esta original muestra fue la Casa Massieu (Argual, Los Llanos de Aridane), entre noviembre y diciembre de 2005¹⁷. En el fondo se trataba sólo un juego artístico presentado como una historia real; lo relevante, desde nuestra perspectiva de análisis, es que este ejercicio estaba asentado sobre la leyenda de una tierra inexistente (que surge de vez en cuando frente a nuestras playas) en el océano que nos abriga. La huella de la tradición se mantenía así viva y renovada.

En este repaso de la plasmación de San Borondón en las cámaras fotográficas, tampoco debemos pasar por alto el registro de imágenes en movimiento: en la ficción cinematográfica destaca el papel dramático representado por la isla en la película *Guarapo*, de Santiago y Teodoro Ríos (1987); y en el caso de imágenes reales merece citarse la captura de la aparición de la isla viajera en un lugar insólito, vista desde la costa norte de Gran Canaria en dirección noroeste. La videocámara afortunada fue la de Jaime Rubio Rosales, y en ella quedó plasmada en 2003 la presencia de una o varias islas que, adentrándose en el mar, parecían surgir como continuación de la tinerfeña punta de Anaga¹⁸.

ACADÉMICOS DE PENTAGRAMA

El mar, ese misterio. El mar, esa sonoridad. Misterio para los navegantes y exploradores de los siglos XV y XVI que se inmiscuyeron en sus entrañas para dibujar los confines de una tierra evanescente. Sonoridad para los isleños que desde nuestras atalayas abrigamos su fragor. Si alguna vez fuera posible desve-

17 POGGIO CAPOTE, REGUEIRA BENÍTEZ (2005a); POGGIO CAPOTE, REGUEIRA BENÍTEZ (2005b); POGGIO CAPOTE, REGUEIRA BENÍTEZ (2005c).

18 Esta filmación ha sido mostrada en los programas televisivos *Crónicas marcianas* de la cadena Tele 5, de alcance estatal (5 de noviembre de 2003); *Zona oscura* de Canal 7 de Gran Canaria (18 de noviembre de 2003); e *Y tú, ¿de qué lado estás?*, emisión de la Televisión Autónoma de Canarias (25 de junio de 2008).

lar el misterio de la ínsula de san Brendan, habría de ser a través de sus murmullos. Queda desde ahora postergada su búsqueda a través de la óptica. Es seguro que por este motivo el conjunto de expediciones de descubierta en las que se ha pretendido abordar la legendaria tierra del abad de Clonfert ha fracasado. Todas intentaron dar con esta ilusión por medio de las declaraciones de numerosos testigos que en distintas circunstancias (bien desde sus embarcaciones, bien desde la costa de sus islas reales) observaron el fenómeno. Quizás todavía no nos hemos percatado de que, como el mar, San Borondón sólo es eso: una tierra evanescente. Y como el mismo océano que nos rodea, sólo cabe escuchar su rumor.

Dejando al margen alguna referencia erudita, como la zarzuela titulada *La isla de San Balandrán*, han sido escasas las creaciones musicales colindantes con este tema. La zarzuela a la que aludimos fue escrita por Cristóbal Oudrid (1825-1877) y estrenada en la villa y corte del Manzanares el 12 de junio de 1862. El libreto, de la mano de José Picón (1829-1873), no trataba en realidad sobre la leyenda de la que aquí nos ocupamos, sino que fabulaba sobre la existencia de una isla en la que las mujeres ejercían trabajos tradicionalmente reservados a los hombres¹⁹. El nombre de la isla es, por tanto, el único punto de conexión con nuestro mito de la tierra viajera. Esta zarzuela fue representada en diversos teatros de toda España con un éxito singular, ya que se trataba de una obra popular y bromeaba sobre un tema particularmente jocoso para la mentalidad reinante en su tiempo, como era el del papel de la mujer en la sociedad. Tanto fue así que en numerosas ocasiones, muchos años después de su estreno, algunos articulistas de diversos medios recordaron el nombre de esta isla cuando trataban temas relacionados con la emancipación de la mujer. Podemos poner como ejemplo un artículo que Enriqueta Font y Llosas publicó en *El cronista de Barcelona* el 8 de febrero de 1893; se trata de un ejemplo representativo porque fue reproducido en nuestras islas por el papel grancana-

19 PICÓN GARCÍA, OUDRID Y SEGURA (1862).

rio *La patria* el 2 de marzo siguiente, pero no se trata en absoluto de una referencia aislada, como demuestra el caso notorio de la novela *La regenta*, en cuyo capítulo XXVI, para censurar la actitud permisiva de un hombre hacia su esposa, una señora impele: «-¡Qué maridos de la isla de San Balandrán!»²⁰.

La zarzuela de Oudrid y Picón permaneció en los escenarios durante muchos años²¹ e incluso fue puesta en escena en varias ocasiones en los tablados isleños, por lo que los asiduos a estas representaciones habían de conocer sin duda esta heterodoxa visión del mito²². Tanto es así que aún en 1933 encontramos una referencia periodística en el periódico grancanario *La crónica*²³.

La referida escasez de alusiones musicales a San Borondón es especialmente significativa más allá de nuestras costas, donde la isla es prácticamente desconocida como recurso de inspiración melódica a pesar de que entre los autores literarios de primera fila el mito no haya sido en absoluto ignorado, como veremos en el próximo apartado. Un ejemplo único de referencia musical a

20 Víctor J. Hernández Correa nos apunta un curioso juego de palabras que enfatiza el matiz cómico del título de la zarzuela: al significado de *Balandrán* como 'isla perdida' (derivado del *Borondón* que venimos estudiando) debemos añadir su acepción como 'vestidura talar ancha y con esclavina que suelen usar los eclesiásticos', es decir, un traje de clérigo y, por tanto, de un ser socialmente asexuado. Además, el refrán «Desdichado balandrán, nunca sales de empeñado», aplicado a quienes nunca pueden salir de deudas o atrasos, contribuía a ridiculizar la capacidad de los personajes masculinos de la zarzuela.

21 En Madrid encontramos, además del estreno en 1862, representaciones en 1865 (*Diario oficial de avisos de Madrid*, 15 de abril de 1865); en Valencia fue interpretada al menos en 1863 y 1873; en Badajoz hallamos su rastro en 1872 y 1873 (SUÁREZ MUÑOZ, 1994); por Écija (Sevilla) pasó en 1890 y dos veces en 1896 (BOLAÑOS DONOSO, 2007); e incluso en Paraguay fue puesta en escena en el Teatro Nacional de Asunción en 1885 (PLA, 1994).

22 En diferentes periódicos hemos podido comprobar que la zarzuela fue representada en Las Palmas de Gran Canaria y en Santa Cruz de Tenerife entre septiembre y diciembre de 1866 por la Compañía de Zarzuela dirigida por Tomás Brotons, que traía más de veinticinco obras en su repertorio, aunque hay que decir que las críticas, especialmente las referidas a esta pieza, no fueron en absoluto benevolentes. Véase: «Sección local». *El país* (Las Palmas de Gran Canaria, 16 de noviembre de 1866), p. [2]; «Revista teatral». *Eco del comercio* (Santa Cruz de Tenerife, 29 de diciembre de 1866), pp. [1-2]. En la capital grancanaria volvió esta zarzuela a escena el 29 de diciembre de 1894 y el 28 de junio de 1895, esta vez a cargo de la Banda Municipal en la Alameda de Colón.

23 ZOZALLA, Antonio. «Cartera de un estoico: no basta a la hembra votar». *La crónica* (Las Palmas de Gran Canaria, 29 de noviembre de 1933), p. [1].

esta isla misteriosa lo encontramos en Asturias, donde el septeto Balandrán ofrece un repertorio que constituye la vanguardia del folk asturiano aderezado con ritmos celtas. Este conjunto visitó las islas Canarias en marzo de 1999, ofreciendo un concierto dentro del tinerfeño Festival Folk y Raíces. No es de extrañar esta presencia borondoniana en Asturias ya que una ramificación del mito permanece en Avilés, donde existe una playa de San Balandrán estrechamente relacionada con la isla viajera.

En Canarias debemos citar la Agrupación Folklórica San Borondón de La Laguna, con una larga trayectoria de difusión del folklore isleño, y la canción *San Borondón, isla embrujada*, obra de Andrés Viera Plata y grabada en infinidad de ocasiones por Mary Sánchez y Los Bandama. Además, se cuenta con un tema del grupo Los Huaracheros titulado *Isla de San Borondón* (Movi Play, 130874/5, 1978). En dicho LP se establece una relación entre la enigmática tierra, el mundo indígena y la propia sonoridad de la canción. Dos años después Los Sabadeños grabaron un trabajo rotulado *San Borondón* (Columbia TXS 3173, 1980), en el que se presenta *La leyenda de San Borondón*. La pieza fue elaborada por Elfidio Alonso Quintero a partir de la letra del romancillo que Francisco Montes de Oca recogió entre la gente de mar del Puerto de la Cruz, y que más tarde los profesores Buenaventura Bonnet y María Rosa Alonso y el que fuera cronista oficial de Las Palmas de Gran Canaria, Luis García Vegueta, publicarían en distintas fechas²⁴. Para su grabación por esta afamada agrupación musical, Alonso Quintero (sobrino de la expresada María Rosa Alonso) añadió la parte musical. Con este fin tomó la melodía de algunos cantos insulares (habanera, tajaraste e isa)²⁵. Otra referencia es la grabación de *San Borondón* por Taller Canario de Canción, con letra y música de Pedro Manuel Guerra. Esta desaparecida forma-

²⁴ Véase el capítulo 3 de esta monografía.

²⁵ El propio Elfidio Alonso menciona San Borondón como un referente para seleccionar sus gustos musicales: «Y antes que la obra de Manzanero —mejor músico que poeta—, uno se llevaría a la isla de San Borondón el *Siboney* del casi paisano Ernesto Lecuona. Cuestión de gustos, claro». Véase: ALONSO QUINTERO (1985), p. 124.

ción, que estuvo compuesta —además del propio Guerra— por Andrés Molina, Rogelio Botanz y, sólo en sus inicios, por Marisa Delgado, llegó a alcanzar un notable éxito de público y crítica en todos los rincones del archipiélago canario. En cierta manera, el abandono en 1993 de Pedro Guerra y su marcha a Madrid en busca de fortuna musical finiquitó la andadura de Taller, aunque con posterioridad Molina y Botanz editarían, entre 1994 y 1999, dos nuevos trabajos antes de proseguir sus carreras artísticas de forma individual. En la prenotada canción (*San Borondón*) se establece una especie de juego del escondite y un cuento infantil con la leyenda de este mítico territorio. Esta melodía fue incluida en el elepé *Identidad* (Centro de la Cultura Popular Canaria, D-031, 1988).

Otra banda canaria cuyo nombre homenajeaba a la fantástica isla fue Jazz Borondón, que recorrió los escenarios entre 1986 y 1993 y grabó al menos dos discos, *Jazz Borondón* (Centro de la Cultura Popular Canaria, CCPC-D-102, 1990) y *Botaraste* (Manzana, JJCD-15, 1991). El primero de ellos se abrió con una composición titulada precisamente *Borondón*, con música de José Carlos Machado y letra de Luis Fernández, ambos componentes del grupo. Esta pieza ganaría el premio a la mejor composición en la Muestra Nacional de Jazz 99.

Más reciente es la denominación del conjunto musical grancanario Non Trubada. Se trata de una formación surgida en 1992. Cuenta en su haber con la grabación de cuatro discos, y la elección de su nombre —una clara remembranza de la leyenda de San Borondón— se debe a la fijación de un compromiso con la prosperidad del archipiélago, en la demanda de un futuro mejor (de ahí la expresión «la no encontrada», pero ahora en alusión a Canarias).

Rastreando en el archivo de música de El Museo Canario hallamos tres composiciones contemporáneas más dedicadas a la viajera isla. Se trata de tres obras de estilos muy diferentes, pero todas tienen en común la inspiración borondoniana. La primera de ellas es una pieza para voz y piano escrita por Juan José Falcón Sanabria en enero de 1976 y con letra de José

Quintana²⁶; la segunda es una canción coral de Francisco Brito fechada en enero de 1992, que pone música a un romance compilado por Alberto Navarro del cancionero isleño²⁷; y la tercera es una composición para un cuarteto de saxos titulada *El viaje a San Borondón* y firmada por Ernesto Mateo.

Pero centrándonos en La Palma, podríamos desglosar que en 1990 la formación de folk Taburiente grabó la canción *La isla de los sueños*, una composición de Luis Morera Felipe con arreglos de Miguel Pérez. Según el propio Morera, esta pieza fue compuesta desde su vivienda de entonces, situada por aquellas fechas en la avenida Marítima de Santa Cruz de La Palma. En un día nublado, entre invierno y primavera, a la caída de la tarde, se asomó junto a su pareja a la ventana de su casa y, al horizonte, contempló cómo, entre las masas nubosas, se filtraba la luz solar conformando un hermoso arco iris. La interpretación de aquella perspectiva determinó su comparación con la leyenda de San Borondón. Una mirada poética definida casi veinte años después en frases como «me gusta imaginarla a mi manera», «para todos los que queremos, existe», «es una utopía», «estamos colgados a ella»²⁸. El texto emanado de aquella visión reproduce fielmente todos los elementos desencadenantes de sus musas²⁹.

Taburiente nació en Santa Cruz de La Palma en 1974 como continuación del grupo La Contra (fundado un año antes). A lo largo de su trayectoria se ha caracterizado por mezclar el folclore isleño con influencias de la canción de autor, música étnica y pop. En la actualidad cuenta con una decena de grabaciones sonoras. A pesar de que por sus filas se han sucedido distintos músicos,

26 Falcón Sanabria se ocuparía de nuevo de San Borondón en la banda sonora de la citada película *Guarapo*, que incluye una breve pieza dedicada a la fantasmagórica isla (Manzana, SNI-71, 1988).

27 NAVARRO GONZÁLEZ (1964).

28 La entrevista fue realizada en su galería de la placeta de Borrero (Santa Cruz de La Palma) el día 21 de abril de 2008.

29 Taburiente se inspiró en otras leyendas insulares para la elaboración de su repertorio. Por ejemplo, en la canción dedicada a la Quinta Verde (Santa Cruz de La Palma) se alude a la Dama Blanca, trasunto de la poetisa palmera Leocricia Pestana Fierro (1850-1926), cuyo fantasma pasea por los jardines según un cuentecillo tradicional.

los componentes que han permanecido desde el comienzo y que han dado aliento a esta legendaria formación han sido los citados Luis Morera (quien, además de compositor, se ha adentrado en la pintura, escultura, diseño arquitectónico y poesía) y Miguel Pérez. Asimismo, es necesario subrayar la evolución de Taburiente: partiendo de unos inicios marcados por un débito nacionalista, ha expandido su compromiso en la defensa del ecologismo y el pacifismo. De igual manera, la sonoridad del grupo se ha modificado enormemente. Desde las primigenias canciones próximas al folklore tradicional de las islas pasó a otras en las que se plasman influencias contemporáneas. En *Astral* (disco en donde se inserta *La isla de los sueños*), cabe subrayar la incorporación por primera vez de sonidos electrónicos, adentrándose en cierta manera en la estética de las corrientes de la denominada *Nueva Era*.

En 1990 se constituyó el grupo Vrandan, apelativo cómplice de la leyenda del monje navegante. Como afirma Jorge Hernández Guimerá, uno de sus componentes desde sus inicios, «le quitamos el “san” y lo escribimos con uve». Esta formación centrada en la elaboración de música ecléctica (en la que tienen cabida ritmos europeos del medievo, africanos, cubanos, andinos, salmodias de América del Norte, canarios o azoreanos) cuenta en su andadura con un trabajo discográfico titulado *El danzongo mágico* (Hésperides, 2000). Nunca ha abordado un tema específico sobre San Borondón. Sin embargo, en alguna canción no grabada en estudio de su repertorio para conciertos han aludido a la fantástica isla. De manera paralela, se podría enunciar el trabajo del grupo cómico musical Trío Zapatista de Liberación Personal, que presenta en su repertorio la canción *Yo me voy pa' San Borondón*. Más allá del registro satírico del grupo, esta canción remite, una vez más, al recurso de la isla perdida como el lugar en el que refugiarse de la situación en la que se encuentran las tierras conocidas.

Por último, se debe subrayar la vigorosa presencia de Ima Galguén, compositora y cantante palmera de proyección internacional. Desde Tijarafe, su lugar de nacimiento y residencia, ha elaborado seis discos. En el último de ellos, *Temprano son de mar* (Galguén, D.L. 2008), cuenta con un tema rotulado *San*

Borondón. La inspiración de esta canción sobrevino tras una fuerte experiencia onírica que se prolongó durante varias jornadas. Antes, esta creadora palmera cuyo nombre real es María del Carmen González había mencionado a San Borondón en una canción del disco *Arco de colores*, (Galguén, 1994), pieza sonora grabada junto a Jorge Guerra y destinada al público infantil.

Y de comienzos del siglo XXI data la obra musical más ambiciosa inspirada sobre la mítica isla de San Borondón. Su autoría se debe al compositor palmero Luis Cobiella Cuevas, y lleva por título *SanBorondón: poema sinfónico desde una isa*. Su autor —licenciado en Ciencias Químicas, ensayista y poeta— nació en Santa Cruz de La Palma el 23 de marzo de 1925. Es artífice de una variada producción sonora de la que son buenas muestras tres trabajos para el denominado «Festival del siglo XVIII», que se interpreta en las fiestas lustrales de la Bajada de la Virgen de las Nieves; cuatro autos marianos, ideados para el Carro Alegórico y Triunfal de la misma celebración; la banda sonora *El poema de La Caldera*; o las *Cinco nanas para cuarteto de cuerdas*.

SanBorondón: poema sinfónico desde una isa es una creación para coro, orquesta y solistas, dividida en cuatro partes: i) «Marcha de los desterrados», ii) «Intermedio por seguidillas», iii) «Relaciones» y iv) «Canción del mar». La pieza está basada en un poema de Luis Ortega Abraham, quien en 2002 propuso a Cobiella la confección de la correspondiente parte musical³⁰. En palabras del propio compositor, «SanBorondón es una decisión final de Luis Ortega», quien «decide finalmente buscar, hallar y ofrecer la raíz de la belleza de su tierra; una belleza que, finalmente, es su propia belleza. Todas sus búsquedas anteriores, todas las búsquedas del mundo, son las de peregrinos hacia tierras prometidas»³¹.

30 Luis Ortega ya se había ocupado de San Borondón en un libro de poemas que publicó en 1974, prologado por Rafael Arozarena, y volvería a hacerlo en *La aventura de Canarias*. ORTEGA ABRAHAM (1974); ORTEGA ABRAHAM (1984).

31 COBIELLA CUEVAS (2008).

En principio la obra sinfónica se concibió para ser representada en el litoral de Tazacorte. En la idea inicial se partía de que la misma fuese puesta en escena en el frente marítimo del barrio del Puerto, de espaldas o semivuelto a la costa del poniente de La Palma (donde se ha aparecido con más frecuencia San Borondón). Y aunque los textos de Luis Ortega no eran referentes específicos de la legendaria isla, se pretendía jugar con los conceptos de ‘aparecer’ y ‘desaparecer’, ‘ser’ y ‘no ser’. Para su presentación pública se pensó en un evento audiovisual en el que intervendrían un grupo de danza, otros de música popular, la orquesta, coros y solistas del espectáculo, junto con la proyección de algunas imágenes sobre tres grandes pantallas. Sin embargo, razones administrativas y económicas impidieron que se pudiera llevar a cabo el estreno en las circunstancias previstas. Más tarde, a principios de 2007, el ayuntamiento de la capital palmera retomó la idea del estreno, esta vez en el marco de la inauguración del recientemente restaurado Teatro Circo de Marte. Dentro del programa formalizado para aquel evento (en cuidada edición de Víctor J. Hernández Correa y que no llegó a ver la luz), se incluyó la interpretación de esta pieza para ocupar toda la primera parte de la frustrada ceremonia inaugurativa. Comoquiera que fuera, aquel evento se pospuso y la obra de Cobiella hubo de continuar un tiempo más a la espera de su presentación en sociedad, pero en 2008 el Parlamento de Canarias la eligió de nuevo para presentarla de forma solemne en el concierto conmemorativo de su 25º aniversario, celebrado en el Teatro Guimerá de Santa Cruz de Tenerife el 3 de julio³². Fue entonces cuando finalmente la obra completa pudo ser conocida por el público, aunque las «Seguidillas de San Borondón» ya habían sido estrenadas en el Palau de la Música de Valencia en abril de 2004³³. Más tarde, el 25 de octubre de 2008, *San Borondón: poema sinfónico desde una isa* pudo ser representado en el

32 PARLAMENTO DE CANARIAS (2008), ORTEGA ABRAHAM (2008a), ORTEGA ABRAHAM (2008b). Desde su concepción primitiva hasta su estreno público, la obra —a efectos musicales— fue reorganizada algunas veces por Cobiella.

33 DIARIO DE AVISOS (2004).

Circo de Marte durante el acto inaugural de su restauración, tal y como se había programado para el año anterior, aunque esta vez sin el aliciente del estreno riguroso³⁴.

La idea inicial del poema sinfónico partía de un manuscrito lírico estructurado en dos partes: «Marcha de los desterrados» y «Canción del mar»³⁵. Con este material y con la idea de su representación en Tazacorte, Luis Cobiella comenzó a preparar los aspectos musicales. El compositor palmero ingenió un juego entre la isla fantasma y algunos de sus misterios de la infancia (especialmente la *Loa* y *Danza de enanos* de la mencionada fiesta de la Bajada de la Virgen de las Nieves). Contaba, asimismo, con la referencia bibliográfica de la novela *La isla de los pingüinos* (1908), una lectura juvenil del escritor galo Anatole France (1844-1924) que recordaba con apego³⁶. Con los cimientos literarios de Ortega, Luis Cobiella forjó la estructura de un poema sinfónico (denominado así dado que nace de un texto literario), añadiendo dos partes puramente musicales: «Intermedio por seguidillas» y «Relaciones».

El eje del poema sinfónico es la isa *Palmero sube a la palma y dile a la palmerita que se asome a la ventana*, cuyas notas se aluden misteriosamente a lo largo de las cuatro partes y otorgan unidad al conjunto de la obra. El secreto se

34 MARTÍN (2008); SANZ (2008).

35 COBIELLA CUEVAS (2007). Se trataba de una composición poética, de carácter dipolar, como apuntamos, procedente de la pluma de Ortega Abraham. En la primera (redactada en verso mayor asonante), se aborda una aproximación sociológica a los propios sentimientos de Ortega, hilados estos últimos a partir de la reflexión que se efectúa de los naufragos de este mundo; o como manifiesta el mismo texto, de la gente sin bandera, sin edad; en definitiva, de la gente superviviente de sí misma. En el segundo fragmento (escrito en arte menor disonante) se desarrolla la noción del 'mar' desde varios puntos de vista, expresando a lo largo de las nueve canciones en que se organiza («Mi mar es tal cual parece», «Enemigo, compañero», «De voluble transparencia», «Mercenario de solano», «Añilado y opalino», «Una bacanal romana», «El rumboso mar indiano», «Hondo, largo y arbolado» y «Mi mar es tal cual parece») los variados matices de un océano ubicado entre Europa y América, y con el archipiélago canario en su eje. En fin, aunque las coplas de Luis Ortega tocan diversas situaciones, todas ellas se centran en definir y acotar el líquido elemento que nos rodea.

36 En las páginas de este relato se narra la evolución de una desarrollada sociedad de pingüinos que sirve al autor para parodiar la historia de Francia.

desvela en el último número de la «Canción del mar», parte que recoge una variedad de temas breves donde se caracteriza el sentido musical de La Palma. En concreto en el tramo final de la canción «Mi mar es tal cual parece». Por medio de una modulación *Palmero sube a la palma* se transforma en la música de la *Loa* de Alejandro Henríquez (1848-1895), dedicada a Nuestra Señora de las Nieves. Una vez más, la magia de la virgen perpetúa su encantamiento. Es entonces cuando la realidad se transforma... La isa se hace *Loa* y aparece la isla de San Borondón sobre la música de la *Danza de enanos*. Todo ello en sólo dos minutos.

¿Es el *Palmero sube a la palma*? ¿Es la *Loa* de Henríquez o son los Enanos? ¿Es una isla? ¿No es una isla? ¿Es esto? ¿Es lo otro? ¿En qué quedamos? Es la *Loa*, son los Enanos y... es San Borondón. Es volver a la infancia. Es la evanescencia de vida. Y como de la propia isla de San Borondón, sólo cabe escuchar su rumor. La transformación se ha completado: la loa que rinde tributo a la



Concierto de reinauguración del Circo de Marte, 2008 [AMSCP]

imagen mariana, la magia de los sorprendentes enanos que bailan a su patrona, la isla fantasma que todo lo envuelve: como el mar³⁷.

ACADÉMICOS DE TINTA Y PLUMA

La literatura también aporta numerosos miembros a esta Academia Borondoniana, puesto que la escurridiza isla-ballena tiene la virtud de inspirar la creatividad artística en todos los ámbitos. Algunos de estos miembros lite-

37 Estas líneas fueron completadas con una entrevista sostenida en el domicilio de Luis Cobiella de Santa Cruz de La Palma (21 de enero de 2008). Del diálogo mantenido surgió el siguiente texto. Dado su interés, reproducimos en su totalidad los apuntes de Cobiella. Él mismo nos los hizo llegar unas semanas más tarde de la conversación mencionada:

Tras un grato coloquio hemos convenido en que «San Borondón» existe. Transcribo aquí algunas «confesiones» o «secretos» que en tal ocasión tuve la debilidad de desvelar.

Para empezar «confieso» mi tendencia a dar capacidad al *lapsus* en favor de la comunicación, especialmente en climas de comunicación poética. El subtítulo de mi *San Borondón* ¿es «Poema sinfónico desde una isa» o «Poema sinfónico desde una isla» (con *ele* entremetida o entrometida)? A veces pronuncio *isla* en vez de *isa*; mas pienso que, en el fondo, no se trata de un simple equívoco: todo lo más resulta que a veces digo *isa* y a veces *isla* siendo simultáneamente adecuados ambos sustantivos. Permítame que a eso le ponga el nombre de *sanborondear*.

La isa (o la isla) *Palmero sube a la palma* está presente en diferentes y principales momentos de la partitura. Como indico al principio, en la «Marcha de los desterrados» aparece, en modo menor, para entonar el último párrafo del poema: «Supervivientes de sí misma la gente va sin bandera, sin edad; ésta es la señal de identidad, siempre tras el mismo afán: tierra, pan y libertad».

La melodía está a cargo del coro en unísono y una trompa. Tras ella se desarrolla en una marcha progresiva. El final de la «Marcha» diseña la isa sin coro en *tutti fortísimo*.

De una manera especial e inequívoca la isa está presente en las dos últimas coplas de la «Canción del mar»: «Hondo, largo y arbolado, iracundo y sosegado, previsible, inoportuno: nos confunde de consumo con su humor y con su estado, porque el mar es sólo uno». La idea base es que el mar nos confunde porque sólo es uno. Y por ser uno, el mar *sanboronea*.

La isa en menor aún se expresa en dúo de tenor y tiple.

Pero es en la última copla donde se escucha la isa, la isla, en plenitud. Su texto es el de la primera copla: «Mi mar es tal cual parece: igual se achica que crece. Embullado por la brisa, a norte y a sur me mece, se perfila y desvanece, pero deja su sonrisa».

La copla se presenta, naturalmente, en modo mayor, que es el modo de la isa, de la isla, en la voz de una tiple, pronto seguida por un tenor que canta «embullado por la brisa». Pues bien, he aquí el secreto radical de *San Borondón*: se está entonando la isa *Palmero sube a palma* y, sin dejar de entonarla, el tenor canta la *Loa* de la Bajada de la Virgen para decir «embullado por la brisa», *embullado*, ese término tan genuinamente palmero. ¿Esto es posible? Sí, es posible San Borondón. En los últimos compases de mi *San Borondón* el coro repite las cuatro sílabas con la música de las cuatro primeras sílabas de la polka de los Enanos: los dos últimos compases en *tutti fortísimo*. Y todo esto porque el mar es sólo uno y la isla no es sólo una: puede ser isla, puede ser isa, puede ser San Borondón.

rarios pasaron por las costas de San Borondón contemplando la isla desde lejos, viendo cómo se desvanecía en un instante, en una frase. Es el caso del premio Nobel portugués José Saramago, quien en la alegoría panibérica *La balsa de piedra*³⁸ inserta un breve diálogo acerca de las donaciones de los monarcas portugueses de las que hablamos en el capítulo 2, que se nos antojan argumento perfecto para el universo saramágico.

Otra obra portuguesa que se refirió al tema fue *Contos em viagem*³⁹, del político y literato João de Andrade Corvo (1824-1890), donde, como nos recuerda Miguel Pérez Corrales⁴⁰, se asocia San Borondón con el mito del rey don Sebastián. Este mito, del que también hemos tratado en el capítulo 2, había renacido con fuerza en el siglo XIX, en el contexto de la independencia del Brasil frente a Portugal, como reflejo del propio sentimiento independentista portugués frente al reinado de los Felipes españoles.

Otros grandes literatos españoles, europeos y americanos han dado también muestras de conocer el mito, como es el caso de Blasco Ibáñez (1867-1928) en la novela *Los argonautas*⁴¹ o del gallego Álvaro Cunqueiro (1911-1981), que nunca desaprovechaba una oportunidad para referirse a san Brendan y a Jasconius (el primer pez de la creación, que no es otro que la ballena del mito irlandés), como puede comprobarse en la selección de artículos *Fábulas y leyendas de la mar*⁴². También podríamos nombrar al italiano Umberto Eco, que en su novela *La misteriosa llama de la reina Loana*⁴³ recoge el poema de Guido Gozzano «La più bella»⁴⁴, referido a la que llama No-Encontrada; o incluso a la poetisa cubana Dulce María Loynaz, quien en su

38 SARAMAGO (1999), pp. 77-78.

39 CORVO (1883).

40 PÉREZ CORRALES (2003), p. 153.

41 BLASCO IBÁÑEZ (1916), pp. 84-85.

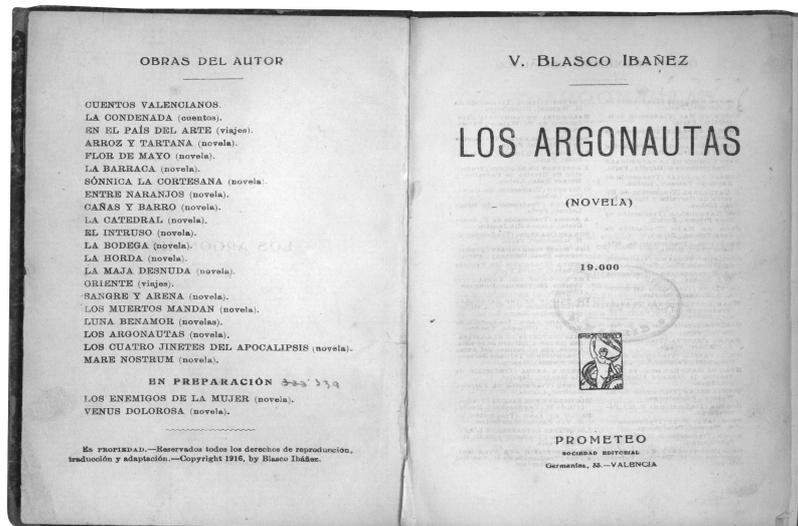
42 CUNQUEIRO (1982).

43 ECO (2005), pp. 439-440.

44 GOZZANO (1980). Una traducción del poema completo puede hallarse en MARTÍNEZ (1997), p. 383.

libro de viajes *Un verano en Tenerife* dedica un capítulo a «La otra isla»⁴⁵. Además, las ínsulas perdidas, no necesariamente relacionadas con San Borondón, han sido tradicionalmente muy del gusto de los literatos; podríamos citar ejemplos tan dispares como las aventuras de *La isla del tesoro* (1883) de Robert Louis Stevenson, la novela romántica de Victoria Holt *La isla del Paraíso* (1985) o *El cuento de la isla desconocida* (1998) del citado José Saramago.

En el ámbito canario debemos citar algunas obras que, en mayor o en menor medida, profundizan en los aspectos más literarios de San Borondón. Así debe de ocurrir con la pieza teatral de Manuel de Ossuna y Saviñón *Las ilusiones o La isla de San Borondón (1839): disparate dramático político en tres actos*, pieza inédita de la que no hemos podido localizar una sola ubicación



Vicente Blasco Ibáñez, *Los argonautas* (novela), 1916 [AFP]

45 LOYNAZ (1958), pp. 184-[203].

bibliotecaria⁴⁶. Por su parte, Juan del Río Ayala otorga un singular papel trágico a la visión de la que llama «Tierra maldita» en su novela histórica *Iballa*, donde La Inaccesible es signo de mal presagio y como tal se muestra en diversas ocasiones⁴⁷. Igualmente significativa es la novela de Pedro González Vega *El mensaje de San Borondón* (1989, reeditada en 1996 con el título *San Borondón: conexión extraterrestre en Canarias*)⁴⁸; y tampoco podemos obviar el relato de José Fajardo Spínola titulado *Tecorón*⁴⁹, que gira en torno a la existencia de la isla del abad irlandés.

El autor nacido en Venezuela pero de origen isleño Cirilo Leal también recordó las mágicas características de la isla en la obra teatral *La conjura*⁵⁰, donde un general organiza una expedición en busca de San Borondón para tratar de dejar buen recuerdo en la sociedad. No se trata del único ejemplo de teatro canario dedicado a la isla viajera, ya que la gomera-tinerfeña Isabel Medina publicó años más tarde la pequeña obra «Aventuras en San Borondón» dentro de su libro *Teatro canario para los más jóvenes*⁵¹, dedicado al público infantil⁵².

En la poesía también ha hecho innumerables apariciones la isla de San Borondón. Como hemos tratado de mostrar a lo largo de todo este estudio, las fantásticas circunstancias que rodean el no menos fantástico fenómeno son idóneas para inspirar sentimientos, anhelos y deseos que tienen una carga poética notable. Así, no es extraño que los rapsodas hayan sido los más interesados en

46 Francisco Osorio prepara su edición dentro de la colección Biblioteca Perdida de Ediciones Idea. Véase: *CATÁLOGO 2008-2009: todos los libros*. Santa Cruz de Tenerife; Las Palmas de Gran Canaria: Idea, D.L. 2008, p. 46.

47 RÍO AYALA (1963), especialmente pp. [32]-47, [62]-69.

48 GONZÁLEZ VEGA (1989); GONZÁLEZ VEGA (1996).

49 FAJARDO SPÍNOLA (1998).

50 LEAL (1983).

51 MEDINA (1992).

52 Cítese, además, la obra de teatro *La fuga de San Borondón*, puesta en escena durante el año 2007 por la Asociación Cultural Tamaragua.

explorar la maravillosa aparición desde sus abiertas costas hasta sus más escondidos rincones, y por ello la tierra de Brendan aparece tanto en manifestaciones poéticas populares⁵³ como en la obra de numerosos poetas consagrados.

En este sentido, ya hemos hablado de algunas composiciones musicales cuya letra está inspirada en nuestra isla, e incluso hemos transcrito en el capítulo 3 un romance dedicado a la barca *Elvira*, cuyo patrón había buscado sin éxito la etérea aparición. Este romance había sido nombrado, entre otros autores, por María Rosa Alonso⁵⁴, quien se erigió durante algún tiempo en embajadora de San Borondón ante los canarios. Por ello, Eloy Benito Ruano dedicó a la investigadora tinerfeña unas nuevas estrofas inspiradas en la isla⁵⁵, lo que supone una insólita incursión de este autor en la poesía.

En 1958 la revista *Mujeres en la isla* se hizo eco de la publicación de la famosa fotografía de Manuel Rodríguez Quintero en el diario *Abc*, y en respuesta a tan sugerente noticia publicó sonetos de Felipe Baeza, Arturo Maccanti y Félix Luján inspirados en San Borondón. Ninguno de estos poemas nombra explícitamente la isla, pero en todos se aprecia su profunda capacidad evocadora⁵⁶, como lo había hecho unos años antes otro soneto de Manuel González Sosa publicado en el rotativo *Falange*⁵⁷.

Manuel Alvar tampoco quiso pasar por alto el poder simbólico de esta «isla que juega al escondite», y así, en 1970 publicó en la prensa un poema titulado «San Borondón» que explora algunos aspectos de la pérdida de la fe y la permanencia de la esperanza⁵⁸. De la misma manera, el poeta habanero Adolfo Suárez, de origen grancanario pero nacido en Cuba tras el exilio de sus padres

53 SÁNCHEZ BRITO (2006), p. 497.

54 ALONSO (1940).

55 BENITO RUANO (1946).

56 LINARES (1958).

57 GONZÁLES SOSA (1946).

58 ALVAR (1970).

en 1936, dedicó un poema a la «Ínsula al viento» que había de dar título a un poemario inédito. Esta composición, rescatada más tarde por Javier Cabrera en su antología canario-cubana⁵⁹, es una muestra literaria de cómo el mito de la isla viajera se instala también al otro lado del Atlántico.

El periodista lagunero Luis Álvarez Cruz le dedicó a esta isla de la ilusión el soneto «Peregrinando a San Borondón» dentro de su poemario *Isla*⁶⁰, y el escritor grancanario Francisco Tarajano también se ocupó de ella en un reivindicativo poema canarista titulado «San Borondón», en el que imagina a los menceyes exiliados en la isla esquivando para no entregarse a los invasores españoles, en una suerte de reinención del mito sebastianista portugués⁶¹.

Posteriormente, en 2003, se publicaron en la prensa unos versos referidos a nuestra isla. Se trataba de dos sonetos reunidos bajo el título «Borondón (la non trubada)», que aparecieron sin firma bajo el antetítulo «Premio “Emeterio Gutiérrez Albelo”»⁶². Y aún en 2005 el mismo periódico recogió un poema del poeta aficionado Manuel Escuela Herrera titulado «San Borondón, ¿realidad o fantasía?»⁶³.

Son muchísimos más los ejemplos que podríamos exponer sobre la influencia de San Borondón en la literatura, algunos de los cuales quedan ya recogidos en la pequeña antología que incluye Marcos Martínez en su capítulo de *Símbolos de la identidad canaria*⁶⁴. Entre ellos destacan autores como Viera y Clavijo, Ignacio Aldecoa, Pedro Lezcano, José H. Chela, José Fajardo

59 CABRERA (2003).

60 ÁLVAREZ CRUZ (1975), p. 103. Este autor también reflexionó sobre el mito en otras publicaciones: ÁLVAREZ CRUZ (1957); ÁLVAREZ CRUZ (1995).

61 TARAJANO (1982).

62 BORONDÓN (2005).

63 ESCUELA HERRERA (2005). María Gómez Rodríguez de Okens, aficionada palmera a la poesía, también ha citado a la isla de San Borondón en alguno de sus populares versos.

64 MARTÍNEZ (1997).

Spínola o Eugenio Padorno, pero la nómina sería interminable; si nos empeñáramos en completarla veríamos cómo se aumentaría constantemente con nuevos autores que nos impedirían llegar al final. En cualquier caso, no podemos dejar de nombrar al catedrático de Didáctica de la Literatura de la Universidad de La Laguna Ulises Martín, quien en 2005 publicaba en la prensa una serie de artículos sobre diversos aspectos relacionados con la mitología, algunos de los cuales dedicó a novelar varios episodios de la leyenda borondoniana⁶⁵.

Entre todos los autores literarios nombrados hasta ahora no se encuentra ningún escritor palmero, pero eso no significa que los literatos de La Palma no se hayan ocupado de la mágica isla. Antes al contrario, San Borondón ha dejado en La Palma una huella de tinta que ya parece indeleble y por eso en nuestro repaso hemos dejado para el final los ejemplos más estrechamente relacionados con nuestra tierra.

Podemos comenzar esta nómina con Antonio María Manrique (1837-1907)⁶⁶. Este intelectual, nacido en Tetir (Fuerteventura), repartió su vida entre varias de las islas Canarias, algunos países del Caribe y la costa noroccidental africana, y en el cénit de su periplo, establecido de nuevo en las islas, participó con una novela corta en el certamen literario de los Juegos Florales de Santa Cruz de La Palma de 1905, organizados por la sociedad Nuevo Club con motivo de las fiestas lustrales⁶⁷. Aquella novela, que se hizo con el primer premio de su categoría, se titulaba *El descubrimiento de San Borondón* y fantaseaba sobre las circunstancias de la expedición de descubierta de 1721. La obra nunca fue publicada, pero se conserva una copia manuscrita en el archivo de El Museo Canario, dentro del legado documental de Antonino Pestana.

65 MARTÍN (2005).

66 PÉREZ HERNÁNDEZ (2004).

67 PÉREZ HERNÁNDEZ (2005), pp. 38-42.

Episodios regionales.

MUSEO CANARIO
MUSEO DE LA PALMA

El Descubrimiento de
San Borondón,

por
D.^o Antonio M.^o Manrique y Saavedra
premiado en
los juegos florales celebrados en
San Cruz de la Palma
el

ADOLFO
ANTONIO PÉREZ

Lema:
"¡Luz, luz; siempre más luz!"

Antonio María Manrique, *El descubrimiento de San Borondón*, 1905 [EMC]

Más recientemente encontramos la isla en la obra de Luis Ortega Abraham *Estancias de San Borondón*⁶⁸, un poemario que utiliza el nombre de la isla fantasma como trasunto de la esperanza, la ilusión y la búsqueda de la belleza lírica.

Algunos cuentos también han versado sobre este tema, como «Catalufo: la otra isla», publicado por Luis Sánchez Brito en 1991, 1992 y 2000⁶⁹, que relata la visita de un deficiente mental a una isla que, según le habían dicho, se veía algunas veces frente a La Palma; o también «San Borondón existe y es muy mía (de un poeta)», que cierra el libro de Alfredo Rodríguez-Marrón⁷⁰ *Rimas nostálgicas y ecos de San Borondón*⁷¹ y que incluye, además, un pequeño poema⁷². No son los únicos cuentos referidos a esta quimera, ya que, por ejemplo, Luis García de Vegueta publicó «El tesoro de San Borondón» en 1981⁷³, y un año antes el semanario *El independiente* había publicado el relato «La isla de San Borondón», firmado por un críptico «Fernando»⁷⁴. Aún en 2004, Luis León Barreto volvería a la isla fantasma en «La vidente», publicado en *Cuentos de la Atlántida*⁷⁵.

En 2003, el profesor afincado en La Palma Ramón Araújo, integrante del grupo Anticraisis Consort y más tarde del Trío Zapatista, publicó la novela *Saga del tiempo remoto*⁷⁶, desarrollada en una isla imaginada como la síntesis de las siete que forman el archipiélago canario. La última parte de la obra se

68 ORTEGA ABRAHAM (1974).

69 SÁNCHEZ BRITO (1991); SÁNCHEZ BRITO (1992); SÁNCHEZ BRITO (2000).

70 *Alfredo Rodríguez-Marrón* es pseudónimo de Alfredo Rodríguez Pérez (Santa Cruz de La Palma, 1930). Ha desarrollado su actividad empresarial en numerosos países de la mano de una multinacional francesa, y su pasión literaria le ha llevado a publicar numerosas novelas y a colaborar con diversos periódicos españoles, entre ellos el palmero *Diario de avisos*.

71 RODRÍGUEZ-MARRÓN (2001), pp. 99-118. Este cuento se inserta después del capítulo introductorio «De la isla de San Borondón», que resume algunos aspectos de la historia del mito. RODRÍGUEZ-MARRÓN (2001), pp. 93-98.

72 El mismo autor cita en dos ocasiones la isla de San Borondón, aunque de manera tangencial, en otra obra: RODRÍGUEZ-MARRÓN (2004), pp. 24 y 40.

73 GARCÍA DE VEGUETA (1981).

74 FERNANDO (1980).

75 LEÓN BARRETO (2004).

76 ARAÚJO (2003).

sitúa en la isla de Brándar, que no es otra que la que conocemos como *San Borondón*. La novela de Agustín Rodríguez Fariña⁷⁷ *El último auarita*, dedicada «A los enamorados de La Palma», consagra igualmente un capítulo a la cuestión de San Borondón⁷⁸ en el que repite alguna información histórica. De la misma forma, Carlos Soler Licerás, en su novela *La historia de la Fuente Santa*, incluye dos capítulos sobre este tema en los que se representa un cónclave de sabios que, además de discutir sobre la posibilidad de hacer brotar de nuevo la sepultada fuente termal, tenía el objeto de desentrañar la veracidad de las historias sobre San Borondón y de decidir, por tanto, la conveniencia de armar una flota de conquista. Los sabios, presididos por el obispo Dávila, no eran otros que Francisco Machado y Fiesco, Antonio Porlier y Sopranis, José Antonio Anchieta y Alarcón, Juan de Iriarte, José de Viera y Clavijo y Antonio Romero Zerpa Padilla. El sorprendente resultado del cónclave es en la novela contrario a la razón (y a la propia personalidad de algunos de los reunidos), ya que se rechaza la opción de desenterrar la fuente por intereses creados de la Iglesia, mientras que en la cuestión samborondoniana se llega a la conclusión de que la isla es real y conquistable, a pesar de que la ciencia de aquel final del XVIII ya había identificado la visión como un fenómeno óptico⁷⁹.

Enumerados los miembros de tan distinguida academia, sólo nos queda abrirles una sede. Como de momento la mítica isla no es capaz de ofrecer un palacio en ninguna de sus imaginarias ciudades, lo más conveniente —por nuestra parte, dado que hemos inaugurado tan ilustre institución— es que se ubique en solar de la vieja San Miguel de La Palma. Y nada mejor para la mencionada academia que una institución aún por descubrir: el *Museum Brendani*.

77 Rodríguez Fariña nació en Arafo (Tenerife) en 1929, pero con 16 años se trasladó a La Palma, donde ha redactado algunos libros sobre senderismo. La Universidad Ambiental de La Palma lo nombró «Distinguido de la Isla».

78 RODRÍGUEZ FARIÑA (2004), pp. 257-260.

79 SOLER LICERAS (2007), pp. 153-189.

La idea, expuesta el 28 de marzo en las páginas de *Diario de avisos*⁸⁰, recogía la propuesta de incubar un espacio expositivo y un mirador hacia el océano en el entorno de los faros de Fuencaliente, en la punta sur de la isla, con vistas a Tenerife, La Gomera, El Hierro y el poniente... La dotación de este centro museístico estaría acompañada de un servicio de restaurante que garantizaría el mantenimiento del museo, dado que la titularidad de su explotación económica recaería en el Ayuntamiento de Fuencaliente. Ello, unido a la curiosidad turística que podría despertar entre propios y foráneos la existencia de un lugar que elucubrarse y elucidarse acerca de esta leyenda universal y sus ramificaciones isleñas, avalaría su continuidad en el tiempo.

80 POGGIO CAPOTE, REGUEIRA BENÍTEZ, CURBELO PÉREZ (2007).

Discernimientos oceánicos: etnografía, esoterismo y ciencia



Después de permanecer vigente durante varios siglos, la leyenda de la isla de San Borondón es un cuento que se ha mantenido vivo. Las esporádicas apariciones de nuestra mágica compañera de viaje han alimentado numerosas explicaciones destinadas a desvelar su secreto, y la evolución de las mentalidades, así como del nivel científico y cultural de nuestra sociedad, ha traído consigo una sucesión de cambios en la manera de explicar el fenómeno. Sobra señalar que en esta figurada pizarra borondoniana han tenido cabida razonamientos de los más variados tipos. A lo largo de la historia no han faltado alu-

siones a su naturaleza encantada, sorprendente o incluso diabólica, y aunque algunas explicaciones científicas trataron más tarde de desentrañar definitivamente el misterio, éste había calado ya tan hondo en la población que fue muy difícil sustituir la superstición por la ciencia. En la actualidad continúa siendo un tema muy sugerente para todos los estratos sociales, culturales y educativos del archipiélago¹.

ETNOGRAFÍA

Desde antiguo los isleños han coqueteado con la leyenda de San Borondón, unas veces para imaginar una explicación sobrenatural del fenómeno y otras para, sin explicarlo, darle una significación simbólica que frecuentemente era de buen o mal presagio. Tal vez el ejemplo más claro se produjo en 1723, cuando el religioso de la orden de Predicadores fray Luis Rey, misionero apostólico, se pertrechaba ante la mayoría de los vecinos de El Pinar para conjurar un exorcismo contra la plaga de la langosta que en aquellas jornadas azotaba los campos herreños. En aquel momento la isla-ballena se apareció de repente frente a decenas de personas, y ante aquella extraña —aunque consabida— visión, en vista del pánico general causado por tan fantasmal presencia, el dominico no tuvo más remedio que alterar el sentido de la invocación para expulsar de sus latitudes la endemoniada isla.

Episodios como éste debieron de penetrar profundamente en el ánimo crédulo de los habitantes del archipiélago, generando una serie de creencias supersticiosas que en algunos casos quedaron reflejadas en la literatura oral y

1 Un buen ejemplo del arraigo del que goza la leyenda de San Borondón es su uso entre los escolares. En este terreno son dignos de reseñar los trabajos dirigidos por el docente Miguel Ángel Lorenzo Martín en el Colegio San Antonio (Breña Baja), muchos de ellos premiados por la Consejería de Educación del Gobierno de Canarias. En el curso 2003-2004 los alumnos de 6º de primaria elaboraron un amplio cuaderno titulado *Historia y estudios del agua en el archipiélago canario y en especial en la isla de La Palma*. En sus páginas tuvo cabida una síntesis histórica de la mítica isla.

en el refranero popular. En nuestros días, todavía se conservan máximas y dichos referidos a este fantástico territorio, como la frase refranesca recogida en el municipio palmero de Puntagorda por Pedro González Vega, cuya esposa era natural de este término. Aunque desconocemos el rigor puesto en su recolección, no deja de ser un testimonio de la mentalidad que pudo despertar el fenómeno en nuestra sociedad. Dice esta composición²:

Niño no seas burlón, ni a San Borondón mires a la puesta de sol, pues verás brujas volando sin escoba ni bastón.

El folklorista Guichot y Sierra, en un artículo publicado dentro de la *Biblioteca de tradiciones populares españolas* en 1883, describió una superstición acopiada en Andalucía que trata sobre la tierra del abad de Clonfert y que el investigador relaciona con la antigua Atlántida. Dice la expresada sentencia: «En Canarias se ve una isla, llamada de San Morondón [*sic*], a la cual nadie ha podido acercarse, pues, si se intenta hacerlo, la isla se aleja cada vez más»³. Es muy curiosa la recolección en la región andaluza de esta pieza de la literatura oral que, según una apostilla de Guichot a pie de página, relaciona la leyenda con la Atlántida. Del mismo modo, no se debe olvidar un refrán recogido en 1917 dentro del *Refranero español náutico y meteorológico* de Manuel de Saralegui. Aunque no se especifica en ningún momento su relación con la isla de San Borondón, su texto es una insinuación del mítico territorio: «Tierra flotante, viento levante»⁴.

El doctor Juan Bethencourt Alfonso (1847-1913) incluye en su completo estudio sobre las tradiciones canarias algunas creencias relacionadas con San Borondón en diversos lugares del archipiélago. Así, refiriéndose a Tacoronte,

2 GONZÁLEZ VEGA (1996), p. 11.

3 GUICHOT Y SIERRA (1883), pp. 296-297.

4 Datos tomados de los papeles personales del filólogo y etnógrafo José Pérez Vidal (BJPV, ARCHIVO).

relata que en la mañana de San Juan, antes de salir el sol, es cuando se ve la isla de San Borondón según la tradición, y añade que los vecinos creen que para poderse habitar esta isla debe antes desaparecer alguna de las otras del archipiélago⁵. En Arona anota Bethencourt que en esa mañana se muestra la isla frente a Las Galletas⁶ y que también se ven otros encantamientos porque la vista se pone más clara ese día, recogiendo además que, según se afirma, las varas del palio del Puerto de la Cruz están hechas de una madera procedente de San Borondón⁷. Sobre esto último lo único que hemos logrado constatar es que las referidas varas son de plata y que, efectivamente, tienen el alma de madera, pero no hemos podido verificar de qué especie lignaria se trata ni cuál es el origen de tan curiosa creencia⁸. Refiriéndose globalmente al conjunto de la isla de Tenerife, el etnógrafo apunta que «algunos creen que en el día de San Juan canta la *sirena*, y que se ve la isla de San Borondón»⁹; sobre ello volverá Galván Tudela en su estudio de las fiestas populares: «Ese amanecer [el del día de San Juan] canta la sirena y los campesinos canarios veían aparecer la fantasmagórica visión de la isla de San Borondón, para después desaparecer bajo las aguas»¹⁰.

La última cita de Bethencourt Alfonso conduce a la isla de El Hierro y sigue la misma línea que las de Tenerife, ya que dice que en San Juan «se levantan temprano para ver bailar el sol, para ver la isla de San Borondón»¹¹. Como

5 BETHENCOURT ALFONSO (1901), p. 160.

6 BRITO (2006), p. 93. En esta monografía se recogen dos testimonios directos sobre avistamientos recientes en el día de San Juan Bautista desde la comarca sur de Tenerife: Alberto Barrera Barrera (1980) y Rosario Domínguez (s.d.).

7 BETHENCOURT ALFONSO (1901), p. 162.

8 Información oral de Carlos Rodríguez Morales, a quien agradecemos el dato.

9 BETHENCOURT ALFONSO (1901), p. 159.

10 GALVÁN TUDELA (1987), p. 168. En este sentido, convendría recordar que Cirlot, en su *Diccionario de símbolos*, afirma que las sirenas: «Son también símbolos del deseo, en su aspecto más doloroso que lleva a la autodestrucción, pues su cuerpo anormal no puede satisfacer los anhelos que su canto y su belleza de rostro y busto despiertan. Parecen especialmente símbolos de las “tentaciones” dispuestas a lo largo del camino de la vida (navegación) para impedir la evolución del espíritu y “encartarlo”, deteniéndolo en la isla mágica o en la muerte prematura». Véase: CIRLOT (2002).

11 BETHENCOURT ALFONSO (1901), p. 164.

vemos, todas estas tradiciones tienen en común la mañana del día de San Juan, y en el mismo sentido incidiría más tarde Sebastián Jiménez Sánchez en un artículo publicado en *Falange*¹², en el que se afirma que algunos exploradores a lo largo de la historia han referido que precisamente ese día, «de extraña luminosidad y de radiante sol», se hace visible la Non Trubada desde las más elevadas montañas de Gran Canaria y Tenerife. Ignoramos a qué exploradores se refiere Jiménez, ya que todos los materiales bibliográficos que relacionan San Juan con San Borondón nos remiten únicamente a creencias populares.

En cualquier caso, no es extraño que el pueblo canario haya enlazado en algunos lugares su particular mito de San Borondón, cuya aparición puede ser el acontecimiento más cercano a una experiencia mágica en sus vidas, con la mañana de San Juan, que, como afirman Lorenzo Perera y García Martín, fue hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX «la fiesta más participativa y celebrada en todas las poblaciones canarias». Estos autores añaden que son reconocidos «los valores mágicos y simbólicos de “la mañanita de San Juan”, con numerosas prácticas relacionadas con la salud humana»¹³.

De igual modo se debe subrayar cómo en algunos libros de divulgación cultural o de viajes —publicados en las últimas décadas fuera del ámbito archipelágico— refieren el episodio borondoniano como un aspecto esencial del folclore isleño. A modo ilustrativo ése es el caso de las monografías *Bajo el drago: leyendas y tradiciones de las islas Canarias*, en la que no podía faltar un cuento dedicado a la isla del santo¹⁴; *Canarias*, perteneciente a la colección «Temas

12 JIMÉNEZ SÁNCHEZ (1945). Este artículo sería aprovechado años más tarde por su autor para la *Revista de dialectología y tradiciones populares*. Véase: JIMÉNEZ SÁNCHEZ (1954), p. 183.

13 LORENZO PERERA, GARCÍA MARTÍN (2003), p. 231.

14 UDEN (ca. 1940), pp. 209-271. El autor afirma que la creencia en San Borondón se mantuvo arraigada entre los campesinos y pescadores de Tenerife hasta mediados del siglo XIX. Recoge, además, un piropo que se supone se decía en esta última isla («Eres tan bonita como una mocita de San Borondón», p. 213). Suponemos sobre el mismo que no sea más que una creación literaria del autor.

españoles»¹⁵; *Impresiones y recuerdos de Canarias* de Baltasar Brotons¹⁶; o *Jirones de un sueño* de F. Julio Armas¹⁷. En la misma línea fueron algunas promociones turísticas que utilizaron San Borondón como reclamo para atraer visitantes a las islas, como fue el caso de la Semana Canaria que se celebraba anualmente en Madrid y que en su XI edición, correspondiente a 1966, estuvo dedicada especialmente a la onírica isla, representada en esta ocasión por la «maga» Hilda Ramírez.

Por el contrario, una perspectiva bien distinta nos la ofrece el enseñante palmero Andrés de las Casas Herrera (1921-1984). Él tuvo clara la interpretación de San Borondón. En 1974, este docente (con una extensa carrera desarrollada en el ámbito particular, principalmente en la Academia Pérez Galdós de Santa Cruz de La Palma) dibujó un irónico mapa de La Palma. En una abigarrada amalgama de ocurrencias, lances y chanzas repartidas por toda la geografía insular, trazó desde la ensenada capitalina una flecha bajo el croquis de un infantil barco con el rótulo siguiente: «A San Borondón»¹⁸. Si bien para De las Casas el mítico territorio que comprende esta leyenda no era más que otra broma en su disparatado plano cartográfico, se debe mencionar, incidiendo en esta misma idea, en la visión de San Borondón como un sitio fabuloso, utópico o paradisiaco: irreal. Y quizás la única certeza samborondoniana es la validación de esa misma noción. Es decir, por fabuloso, utópico o paradisiaco: real. San Borondón sería a fin de cuentas una parte de ese mundo añorado en el que deseáramos vivir. En este caso, una particular visión poética. En el mismo sentido hemos de entender una necrológica en memoria del periodista de *Diario de avisos* Francisco Padrón, responsable de la sección sobre fenómenos para-

15 DÍAZ PINES Y FERNÁNDEZ-PACHECO (1956), pp. 22-23. «Desde La Palma, La Gomera y Hierro se puede contemplar esta isla en determinadas épocas del año. Se sabe exactamente por donde hace su aparición: al oes-suoeste de La Palma y al oesnoroeste de Hierro. “Son tantos los que la han visto, que negar su existencia sería demasiado. La isla se extiende de norte a sur; el centro aparece hendido por una profunda garganta y dos montañas se levantan en sus extremos”».

16 BROTONS GARCÍA (1980), pp. 25-29.

17 JULIO ARMAS (2003), pp. 62-63.

18 CASAS HERRERA (ca. 1975), p. 21.

normales «Otros mundos». El autor del obituario fue Manuel Darías, especializado en crítica de cómics y compañero de redacción, que imaginó al fallecido llegando a su amada isla de San Borondón, entendiendo ésta como el lugar ideal para disfrutar de la eternidad. Ilustró el texto con una imagen de *Jonás: la isla que nunca existió*, raro ejemplo de recreación de este mito en viñetas de cómic¹⁹.

ESOTERISMO

En las últimas décadas se han divulgado en distintos libros, revistas o a través de los medios de comunicación social, las más peregrinas teorías para explicar la naturaleza de esta ilusión. En la mayoría de las ocasiones estas aproximaciones se han efectuado desde corrientes ocultistas. Parapsicólogos, aficionados al fenómeno ovni y, en general, todos aquellos seguidores de las tramas «misteriosas», han interpretado a su gusto las apariciones de San Borondón. Convendría recordar que algunas de estas teorías reflejan las supersticiones más recientes, y en otras tendrían cabida temores más antiguos. Una de ellas, en la línea de lo reseñado unos párrafos atrás (en las anotaciones del folklorista Bethencourt Alfonso) afirma que cuando San Borondón emerja a la superficie, las siete islas restantes que conforman el archipiélago se hundirán. Otra, muy similar a la anterior, asevera que cuando San Borondón aparezca desde el fondo del mar alguna de las Canarias reales, pero sólo una de aquellas portadoras en su nombre del género femenino (Fuerteventura, Gran Canaria, La Gomera o La Palma), se desplomará en el abismo oceánico²⁰.

Desde el atril de esta ficticia aula hay que subrayar, aunque nos pueda parecer innecesario por evidente, un aspecto primordial: ninguna de las hipótesis que se han formulado se basa en un solo criterio científico; únicamente se fun-

¹⁹ DARIAS (2005); GIMÉNEZ (2003).

²⁰ TARADE (1983), p. 112; GONZÁLEZ (2002), p. 58. Este último autor agrega con ironía los debates públicos, surgidos a partir del año 2000, acerca de los riesgos eruptivos del volcán Cumbre Vieja y la hipótesis del posible hundimiento o corrimiento de La Palma y su relación con estas tradiciones.

damentan en la creencia personal de cada uno de sus defensores. De manera muy sucinta, éstas y otras teorías se pueden reducir a cuatro supuestos, y en cada una de estas posibles coyunturas San Borondón no sería más que el reflejo de las actividades mantenidas en su interior, bien por sus moradores, bien por la mecánica del universo en que se ubicaría. Desglosemos pues, sin más demora, cada una de dichas propuestas²¹:

- (1) Una civilización sumergida, habitada por los descendientes de la Atlántida nombrada por Platón, custodia, asimismo, de una avanzada tecnología.
- (2) Destellos de un universo paralelo; San Borondón sería algo así como luces o halos procedentes de otras dimensiones de las que los humanos sólo percibiríamos esos resplandores.
- (3) Una base submarina operada por extraterrestres. A fin de cuentas los océanos se revelarían como el mejor escondite para un centro que requiriese tales características, ya que ocupan la mayor parte de la superficie terrestre y constituyen la zona del planeta menos explorada por el hombre.
- (4) Una combinación de algunos de los puntos enumerados con antelación, o, incluso, la mezcla de todos ellos a la vez.

La primera de las propuestas (San Borondón como vestigio de los antiguos atlantes) es una aportación de fecha reciente. Lo que no es tan actual es la conjetura de suponer el archipiélago canario como restos de la quimérica Atlántida²². Mario Roso de Luna (1872-1931), un autor extremeño que englo-

21 En la Internet se pueden encontrar muchas más disgresiones de las presentadas sobre estas líneas. Sin embargo, no es éste el momento de abordar dichos aspectos con mayor profundidad.

22 En analogía con esta corriente podría encontrarse el pensamiento de algunos publicistas lusitanos. En la *História misteriosa de Portugal* de Victor Mendanha se recoge un epígrafe titulado «A ilha encoberta». Lejos de que lo pudiera aparentar tal denominación, las referencias a la historia canaria de San Borondón

bó en su obra los conceptos de San Borondón y la Atlántida, fue seguidor de las corrientes emanadas de la teosofía (escuela filosófica que intentó analizar de manera comparativa los distintos credos religiosos); en su novela *De Sevilla al Yucatán* (1918) se plantea un viaje por los que considera los restos visibles del supuesto continente, sepultado hace miles de años²³. En el periplo narrativo que trazan los protagonistas de su relato se efectúa una amplia escala en las islas, en especial durante la segunda parte, titulada «Por tierras de la Atlántida». Aquí, Roso intuye tanto en la geología como en los habitantes de Canarias los indicios remotos de una tierra hundida, de una cultura desaparecida, y deduce que no podría ser otra que la Atlántida. Por otra parte, de manera específica, dedica una amplia mención a San Borondón (un capítulo concreto rotulado «La “Non Trubada”, isla de San Balandrán», así como otras páginas anteriores y posteriores al referido epígrafe). Aunque las alusiones a tan sugestivo tema se presentan casi siempre encorsetadas en citas a distintos historiadores isleños, se arriesga, sin embargo, con singulares aportaciones.

Se debe apuntar que en el horizonte dibujado por Roso de Luna se aprecia una honda distancia entre la ciencia y sus propias cavilaciones, llegando a afirmar sobre las explicaciones científicas que siempre son incompletas. Así, para ilustrar tal aseveración es relevante traer a colación el listado de espejismos e imágenes fantasmales. Un catálogo conformado por ilusiones ópticas (algunas localizadas en el archipiélago canario y otras en Mesopotamia, Egipto o Italia)

son escasas. No obstante, en el texto queda patente la percepción de los archipiélagos atlánticos como restos de un territorio anterior desaparecido. A pesar de que esta monografía no sea más que uno de tantos productos de consumo sobre esoterismo, es necesario hacer una mención a sus páginas, dada la relación que el libro efectúa con la Atlántida y otras antiguas tradiciones portuguesas. El autor, incluso, se hace eco de una vieja historia que da cuenta del hallazgo de una estatua ecuestre en la isla de Corvo. Según esta curiosa leyenda, en 1452, cuando se descubrió esta diminuta ínsula de sólo 17 kilómetros cuadrados en el extremo occidental del archipiélago de Azores, se encontró en su único pico (un cono volcánico de 770 metros de altitud) una efigie que representaba a un caballero en su montura. Con posterioridad, la estatua se desmontó y se trasladó a Lisboa. En la actualidad todo rastro material de la misma ha desaparecido. Véase: MENDANHA (1995), pp. 75-86 y 156; CORDEYRO (1717), pp. 489-490.

23 ROSO DE LUNA (1918).

y visiones o ruidos espectrales diversos, manifestados en esporádicas ocasiones. En mayor o menor grado, todos los juicios enumerados los conjuga con la historia de las apariciones de San Borondón. De este modo, la isla del abad de Clonfert no sería más que el reflejo de una cuarta dimensión²⁴ o, en la jerga utilizada por Roso, un «centro jina»²⁵. La idea queda reflejada de manera muy clara cuando escribe²⁶:

toda *dimensión* superior es invisible o inabarcable por las inferiores pero en ciertos momentos de intersección, o *proyektivos* —como ésta en que islas etéreas y astrales han sido vistas físicamente—, cada dimensión puede ser visible y abarcable por estas dimensiones inferiores.

En el examen del texto rosoluniano se infiere, por tanto, la combinación de dos suposiciones: por una parte, San Borondón poseedora de un origen atlante. Por otra, cabría suponer la misteriosa isla como parte de la existencia de universos paralelos. De ahí parte la razón por la que este fabuloso territorio habría logrado ocultarse a los ojos de los humanos.

Una base submarina de naturaleza extraterrestre es otra de las explicaciones que se ha pretendido otorgar al fenómeno. Para los autores que sostienen esta idea, San Borondón no ha sido más que el destello de las actividades mantenidas por estos supuestos seres procedentes del espacio exterior. Según sus promotores, este hecho proporcionaría solución a toda la casuística que ha rodeado a lo largo de la historia la presencia de la leyenda en el archipiélago canario. Quizás quien primero expuso este planteamiento fue Guy Tarade en *La pista de los extraterrestres*²⁷, una monografía en la que se describe una presumible colisión ocurrida hacia 1960 a un submarino nuclear de la armada de los Estados Unidos, el *Neptuno*. Este buque había partido de la base norteamericana de Rota (Cádiz) y,

24 ROSO DE LUNA (1918), p. 133.

25 ROSO DE LUNA (1918), pp. 105-106.

26 ROSO DE LUNA (1918), p. 140.

27 TARADE (1983), pp. 111-112 y 222-223.

cuando navegaba en aguas canarias a 30 metros de profundidad, se produjo el figurado incidente. Según Tarade, todos los dispositivos de navegación del sumergible se dispararon y de pronto todos los tripulantes sintieron un enorme empujón que obligó a la nave a emerger. Una vez en la cota de superficie, los tripulantes que salieron a la parte exterior del puente de mando pudieron divisar una isla artificial frente a sus ojos, de la que a continuación despegaron tres platillos luminosos.

Es curioso, asimismo, mencionar las anotaciones recogidas por Tarade en las que se describen otros avistamientos (uno de ellos protagonizado en 1964 por unos turistas en un crucero de placer) o la explicación de los seguidores de la ufología en Tenerife, para quienes la solución que concierne a este tema es muy sencilla: nada más y nada menos que un centro alienígena. Con posterioridad, otros nombres han abordado la cuestión. Baste apuntar al mencionado escritor Pedro González Vega, natural de Moya, quien en su novela *El mensaje de San Borondón*²⁸ percibe la tierra del santo irlandés como un lugar en el que tendrían cabida descendientes de los supervivientes de la Atlántida de Platón, extraterrestres y una ventana de acceso a otras dimensiones sensoriales. La segunda edición de esta obra (impresa con algunas mejoras y modificaciones) salió al mercado gracias al respaldo del denominado Grupo Aztlán, con sede en Madrid. En un viaje realizado a La Palma en 1991, algunos miembros de esta sociedad adquirieron por casualidad un ejemplar del libro. Su calado entre los componentes de Aztlán fue instantáneo y fruto de ello fue la comentada segunda versión²⁹. Un dato interesante sobre *El mensaje de San Borondón* es que su autor sostenía que el relato había sido escrito de un solo golpe y que respondía a una historia real, según la cual unos marinos partieron del oeste de La Palma en 1936 y arribaron

28 GONZÁLEZ VEGA (1989).

29 Sobre el grupo esotérico Aztlán, véase un juicio crítico y alguna referencia bibliográfica en CAMPO PÉREZ (2003), pp. 205-206. *Aztlán* es también el nombre de la mayor de las grandes islas que en la antigüedad constituían la Atlántida, según la novela de Alfonso de Ascanio *El naufrago del Julán*. Aunque no trata el tema de San Borondón, el autor, de origen tinerfeño, fantasea de manera pseudohistórica sobre la existencia en nuestro entorno de montañas submarinas que podrían ser vestigios de antiguas islas hundidas. Véase: ASCANIO (1997).

a una isla llamada *Atlantaria* (San Borondón), que no era otra cosa que una «base móvil atlante» que se hallaba en otra dimensión³⁰.

El periodista José Gregorio González también relacionó las obras de Tarade y González Vega³¹. Asimismo se ha aproximado a estas mismas corrientes, aunque con un criterio un poco más riguroso, y ha desbrozado el panorama extractando en varios trabajos las posibles explicaciones al fenómeno de San Borondón³². Una de ellas es la científica, en la que nos centraremos en breve. Del resto de las explicaciones esotéricas que a González le podrían parecer plausibles, la única que acepta como verosímil es la posibilidad de que se trate de una dimensión paralela, manifestada de vez en cuando. Eso sí, la carencia absoluta de pruebas le conduce a admitir esta explicación sólo en el terreno de las creencias, y, en resumen, González se decanta finalmente por la explicación científica más extendida, que, como veremos más adelante, es la del espejismo³³. La novedad de este autor viene dada cuando refiere la presencia de un promontorio sumergido al oeste del archipiélago canario, entre las islas de La Palma, La Gomera y El Hierro, próximo al lugar donde se ha presentado la silueta de San Borondón con mayor frecuencia³⁴. Al parecer se trata de una meseta submarina situada a unos 200 metros de la superficie oceánica, un lugar en el que se propuso un emplazamiento para el lanzamiento de cohetes espaciales. Curiosamente, unas décadas antes José Félix Navarro Martín había apuntado la posibilidad de que la explicación estuviera en «la acusada transparencia de las aguas y sorprendente fenómeno físico que permite ver como alzada la tierra que reposa en los fondos submarinos»³⁵, suposición que aventuraba sin saber que más tarde se hallaría la referida meseta.

30 PADRÓN HERNÁNDEZ (1997).

31 GONZÁLEZ (2004), p. 48.

32 GONZÁLEZ (2002), pp. 45-61; GONZÁLEZ (2003a), pp. 28-32; GONZÁLEZ (2003b), especialmente pp. 53-54.

33 GONZÁLEZ (2003).

34 En La Palma se apuntado en ocasiones la posibilidad de la existencia de una baja oceánica como una de las explicaciones para la presencia histórica de la ilusión que causa San Borondón.

35 NAVARRO MARTÍN (1963).

Otra de las explicaciones heterodoxas para el fenómeno de San Borondón es, como hemos visto al referirnos a Tarade y a González Vega, su relación con los extraterrestres. Es una interpretación que no está muy desarrollada pero que fue recogida en varias ocasiones por el ya mencionado Francisco Padrón, que incluso adapta a esta hipótesis algún ejemplo histórico³⁶. Es el caso del relato de los dos capuchinos portugueses que afirmaron llegar en 1638 a una extraña isla en la que fueron recibidos por siete personas muy altas y blancas y conducidos a un peculiar palacio, todo ello a dos días de distancia de Madeira. Estos y otros detalles fueron relacionados por Padrón con una experiencia de contacto con extraterrestres³⁷.

Finalmente, se podría reseñar algún breve dato sobre las aportaciones procedentes de las corrientes espiritistas. En Santa Cruz de Tenerife hacia la década de 1950 ó 1960 se consolidó un grupo que organizaba con cierta periodicidad sesiones bajo este signo. En sus restringidas convocatorias (además de clandestinas, dado que cualquier reunión de este tipo durante el franquismo se encontraba proscrita) algunos de sus participantes afirmaron —con posterioridad— que se contactó con la isla de San Borondón³⁸.

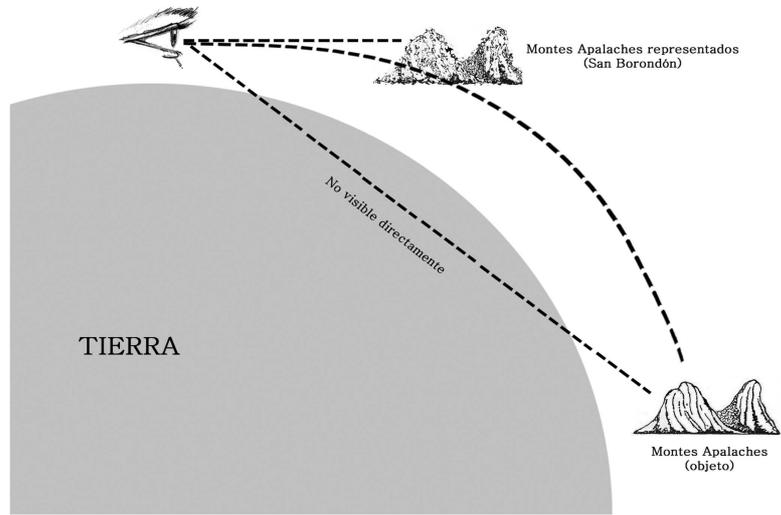
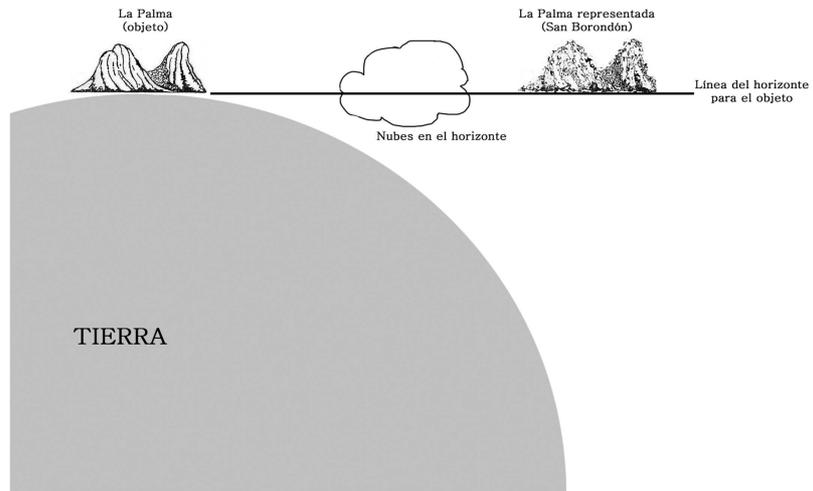
CIENCIA

En cuanto a las explicaciones procedentes de las disciplinas científicas, es necesario recordar en primer lugar la casi inexistencia de análisis contemporáneos. Sobre esta cuestión contamos desde el siglo XVIII con la cavilaciones de José de Viera y Clavijo (1731-1813), a quien podemos considerar el primer

36 PADRÓN HERNÁNDEZ (1990).

37 El relato de los frailes fue recogido por BENITO RUANO (1970-1973).

38 En relación con la filosofía espiritista y la historia del archipiélago, véase la obra del escritor Pedro Castejón González. Según se ha apuntado en algún foro, su novela *Una dinastía guanche: (crónicas de Gran Canaria): [1320-1410]* (La Laguna: Centro de la Cultura Popular Canaria, 1984) está apuntalada sobre varias sesiones de espiritismo.



Fenómenos de reflexión y refracción samborondonianos según José de Viera y Clavijo, 2009 [Elaboración propia]

estudioso que trata el asunto en nuestras islas desde un punto de vista incrédulo y crítico, y, por qué no decirlo, incluso burlón³⁹. Las explicaciones previas a él inciden normalmente en que San Borondón existe realmente y en que, sin embargo, diversas circunstancias impiden que sea fácil arribar a ella, aunque algunos autores ya intuyeron que esta explicación podía no ser cierta y aventuraron que San Borondón no era más que una arrumazón de nubes que daba la apariencia de una isla.

Por su parte, Viera parte del convencimiento empírico de que la isla es una quimera, un engaño a la vista producido por las condiciones meteorológicas⁴⁰. Su discurso no termina en esta afirmación, sino que incluso llega a proponer dos explicaciones diferentes desde la ciencia de la óptica que podrían ser la clave para acabar de desentrañar el misterio de la isla fugitiva. Estas explicaciones se fundamentan respectivamente en la reflexión y en la refracción.

La reflexión es el cambio de dirección que experimenta la luz cuando en su trayectoria encuentran una superficie reflectante que delimita dos medios diferentes provocando un cambio de dirección de los rayos según las leyes ópticas. De acuerdo a la situación del objeto, la superficie reflectante y el observador, es posible la observación de una imagen especular por parte de este último. En numerosas ocasiones se ha dado esta explicación para justificar el hecho de que San Borondón tenga una silueta similar a la de La Palma. Con respecto a este extremo, Viera se pregunta jocosamente qué fealdades tendrán las demás islas para que la naturaleza sólo esté dispuesta a duplicar la imagen de La Palma⁴¹.

39 VIERA Y CLAVIJO (1772-1783b), v. I, pp. 104-110.

40 No debe perderse de vista el hecho de que Viera y Clavijo, aparte de sus trabajos de corte histórico o de pura creación literaria, escribiese numerosos ensayos dedicados a las ciencias duras. Campos tan variados como la astronomía, la física, la medicina, la geología, la biología y la botánica no fueron ajenos a su pluma. En esta última disciplina, consúltese su compendioso *Diccionario de historia natural de las islas Canarias* (Las Palmas de Gran Canaria: Imp. de la Verdad, 1866-1869).

41 Según Viera, cuando las condiciones atmosféricas son propicias, una nube puede actuar como superficie reflectante. Si ello lo aplicamos al tema que nos ocupa, puede hacer que una isla se refleje en las nubes situa-

La refracción, por su parte, es el cambio en la dirección que experimentan los rayos de luz cuando atraviesan medios de distinto índice de refracción, como el aire o el agua. Este fenómeno es el que hace, por ejemplo, que una cucharilla introducida en un vaso de agua parezca desplazada en el espacio. A gran escala, no es excepcional en el mundo que los fuertes contrastes de la presión atmosférica hagan que tierras distantes parezcan más cercanas en determinados momentos gracias a esta desviación de los haces lumínicos, de manera que incluso pueden hacerse visibles lugares que se encuentran por debajo de la línea del horizonte. Ocurre frecuentemente en algunos puntos determinados del globo, pero el caso más famoso es el que se produce en el estrecho de Mesina, donde desde la costa continental de Calabria se distinguen ocasionalmente las ciudades, casas e incluso personas de la isla de Sicilia. Es un caso paradigmático que se ha dado en llamar *fata morgana*⁴², nombre que se usa actualmente para definir el fenómeno. El primero en proponer que San Borondón se podría ajustar a este efecto fue Viera y Clavijo, que incluso se aventuró a apuntar la posibilidad de que San Borondón fuera una *fata morgana* de los montes Apalaches, paralelos a la costa oriental norteamericana y situados en la misma latitud que las Canarias, aunque él mismo dudó de esta asignación en favor de la reflexión de la isla de São António, la más septentrional de las de Cabo Verde.

Estas explicaciones han sido consideradas válidas durante los más de dos siglos que nos separan de Viera, de lo cual hemos dejado constancia más que significativa en los capítulos anteriores. Con posterioridad a los razonamientos de

das en el horizonte causando la ilusión de la existencia de una tierra virtual. La silueta de la misma sería una imagen inversa al contorno de la isla reflejada. En la actualidad, esta hipótesis se halla fuera de las explicaciones más plausibles. Únicamente, como indica el Dr. Benn, se ha constatado un fenómeno parecido en el ártico, donde, en unas condiciones atmosféricas específicas (cielo nublado), se puede reflejar un mapa de los canales entre el hielo a decenas de kilómetros de distancia, dado el gran contraste cromático entre las masas heladas (blanco) y el agua (oscuro). Pero ése no sería el caso para una isla, cuya oposición con el mar no es tan acusado.

42 El nombre de *fata morgana* se refiere al hada Morgana, hermanastra del mítico rey Arturo, quien, según una leyenda local, provocaba la visión de Sicilia para que Rogerio I de Altavilla se decidiera a conquistarla con ayuda de su magia. El rey desdeñó el apoyo de Morgana y tardó treinta años en ganar Sicilia por sus propios medios.

este historiador tinerfeño, contamos con los estudios abordados por diversos científicos del Ochocientos (en su mayor parte extranjeros) y, en fecha más reciente, con las observaciones efectuadas por José Apolo de las Casas (1919) y Bonnet (1927-1929). Estos últimos trataron de desentrañar con cierta coherencia las causas ópticas que originan en esporádicas circunstancias las apariciones de la ínsula de San Borondón. En el primero de dichos trabajos, dado a conocer como artículo periodístico en un rotativo de Santa Cruz de La Palma, De las Casas infirió estas visiones como resultado de una ilusión provocada por unas masas nubosas formadas al sur de La Palma. En concreto (como se ha señalado en el capítulo 4), los vientos, al alcanzar la punta de Fuencaliente, toman una dirección hasta latitudes próximas a El Hierro, formando en el momento del crepúsculo, con el auxilio de la temperatura y en conjunción con los rayos solares, unos cúmulos de cirros y nimbos que en ciertas oportunidades simulan una isla⁴³. Por otra parte, Bonnet en un trabajo mucho más amplio publicado en *Revista de historia*, negó cualquier supuesto meteorológico para decantarse —al igual que Viera— por un fenómeno de reflexión. El erudito se ocupó incluso de describir de modo puntilloso las particularidades sobre las que se produciría dicho efecto óptico⁴⁴.

Sin embargo, en todo este tiempo no ha habido un estudio óptico-meteorológico que confirme o desmienta tan impactantes explicaciones. Por esta razón, el Dr. Chris Benn, astrónomo del Grupo de Telescopios Isaac Newton del Observatorio del Roque de los Muchachos, y el astrofísico Javier Méndez Álvarez, perteneciente a la misma institución, accediendo amablemente a nuestra petición, han revisado los avistamientos constatados desde La Palma a lo largo de los siglos XX y XXI, para analizar las posibles causas que pudieran haber originado la apariencia de una isla donde no la hay. Sus deducciones llegan a cuatro posibilidades, a las que Fernando Bullón, observador de meteorología del aeropuerto de Mazo, añade una quinta:

43 CASAS RODRÍGUEZ (1919).

44 BONNET Y REVERÓN (1927-1929).

- (1) Espejismo de tipo *fata morgana*, en el que objetos ubicados en el horizonte (o más lejos) se magnifiquen en dirección vertical, dando la apariencia de columnas. Si fuera ésta la situación en la que se distingue San Borondón se necesitarían unas condiciones térmicas específicas, quizás consistentes en una hora determinada y muy precisa del día. En este caso, para conseguir el espejismo se tendría que magnificar «algo» dado que es difícil llegar a divisar cosas emplazadas a mayor distancia de 400 km (aunque se cuentan historias de fenómenos ocurridos con proyecciones situadas aún a mayor separación). Como no hay otras islas al oeste (a menos de esos 400 km), es probable que los objetos magnifica-



Fernando Bullón, *Sombra triangular de La Palma 1*, 2005 [AFB]

dos sean nubes o grandes olas en el horizonte. Cabe subrayar, asimismo, que una razón para que los avistamientos no se aprecien en el este podría ser que al ver algo en el levante de La Palma se piense más en Tenerife u otra isla que en la mítica San Borondón.

- (2) Sombra triangular de la isla. La sombra de cualquier isla (no importa su forma) es un triángulo simétrico. Esta sombra se aprecia siempre desde la propia isla proyectada y normalmente se da en aquellas tierras insulares de una altitud significativa. Pero la misma sólo se ve en el oeste antes de amanecer. En el este se apreciaría sólo cuando el sol se pone,



Fernando Bullón, *Sombra triangular de La Palma II*, 2006 [AFB]

tras el ocaso. Es espectacular, y si alguien lo ve y no sabe de qué se trata, podría pensar que es una isla. En este caso el avistamiento tendría sólo un pico (no dos). El fenómeno tiene a su vez mayor relevancia cuando se avista desde la costa y hay nubes que actúan como pantalla proyectora a una distancia de varias decenas de kilómetros.



Javier Méndez Álvarez, *Sombra triangular de La Palma*, 2005 [JMA]



Fernando Bullón, *Sombra triangular de La Palma III*, 2006 [AFB]

- (3) Sombra de un agujero entre las nubes. Cuando hay masas nubosas en el cielo, el mar refleja su color blanco: es brillante. Si existe un agujero entre las nubes, el reflejo oceánico de esta parte del firmamento sería «oscuro», de línea irregular, y podría parecerse a una isla. Esta sombra no tiene la misma forma que el agujero dado que está relativamente comprimido en la dirección de vista.



Fernando Bullón, *Agujero entre las nubes*, 2004 [AFB]

- (4) Sombra de una nube. En el momento del amanecer o del atardecer, en días de gran transparencia, una nube muy distante observada en la dirección de la salida o puesta del sol y situada a una distancia que «toque» el horizonte puede confundir a un testigo con la apariencia de una isla. Es importante en este caso subrayar la necesidad de transparencia de la atmósfera, dado que es imprescindible para disponer de una visión directa de la línea del horizonte y de las nubes que pudiera haber más allá. Este fenómeno puede verse aumentado por algunos hechos subjetivos. Y es que un posible observador localizado en La Palma estaría acostumbrado a la visión cotidiana de otras islas (Tenerife, La Gomera y El Hierro). Así, mientras que para el este y sur poseería varios objetos de referencia (las islas prenotadas), no ocurriría lo mismo hacia el oeste, con lo cual un elemento con cierta apariencia de una ínsula podría ser tomado como tal.





Fernando Bullón, *Secuencia de la sombra de una nube*, 2008 [AFB]



Fernando Bullón, *Visión de nubes 1*, 2008 [AFB]

- (5) Visión directa de las nubes. En ocasiones la presencia de nubes de gran densidad o a distintas alturas puede producir la apariencia de una isla en el horizonte.

Como concluyen en sus anotaciones estos científicos, las observaciones todavía son escasas, aunque en su mayor parte los datos se revelan como fiables: «la gente ve algo en el mar». Sin embargo, podrían ser cosas diferentes. De momento, apuntan que no es posible proporcionar una explicación en la quepa la casuística de todos los avistamientos dado que existen varias posibilidades, basadas todas ellas en efectos ópticos de la atmósfera.

En los últimos años, sin embargo, ha surgido alguna otra teoría científica totalmente desvinculada de las posibilidades anteriores. Así, José Luis González

argumenta que lo que provocaba la visión podían ser realmente restos, casi siempre vegetales, que se hallaban a la deriva. De esta manera, recuerda los restos de bambú y los cadáveres de otras razas llegados a las Azores de los que se hizo eco Colón, y refiere casos similares y más paradigmáticos como las praderas flotantes que se forman en el Danubio, en el Nilo y en el Mississippi; e incluso los fragmentos desprendidos de icebergs que recorren enormes distancias en el mar⁴⁵.

Es probable que una de las aportaciones más sugestivas nos la proporcione la geología. Ya hemos citado en este mismo capítulo los comentarios de José Félix Navarro y José Gregorio González sobre la posibilidad de que San Borondón no sea más que la visión de unas tierras sumergidas (o, mejor, emergentes) frente a nuestras costas⁴⁶; en este punto recordamos un breve artículo de Rafael Arocha, publicado allá por el año 1938, que relacionaba la Non Trubada con un banco de arena avistado por el buque alemán *Meteor*⁴⁷. Lo curioso es que las investigaciones geológicas no hacen más que refrendar la existencia de movimientos en el lecho submarino de Canarias que, según los estudiosos, acabarán por formar nuevas islas en nuestro entorno. A ello se refirió Gilberto Alemán cuando, con motivo de la erupción del volcán de Teneguía en el término palmero de Fuencaliente, publicó su artículo «De cómo San Borondón deja de ser un mito por culpa de una anécdota»⁴⁸, en el que se hace eco de la noticia de que «otros “samborondones” están naciendo, a ritmo de tortuga, en el fondo del Atlántico».

Podemos nombrar algunos estudios vulcanológicos recientes que inciden en esta línea, como la investigación que ha determinado que dentro de unos millones de años el archipiélago canario se hallará configurado por ocho peñas, puesto que al sur de El Hierro se fragua el nacimiento de una nueva isla

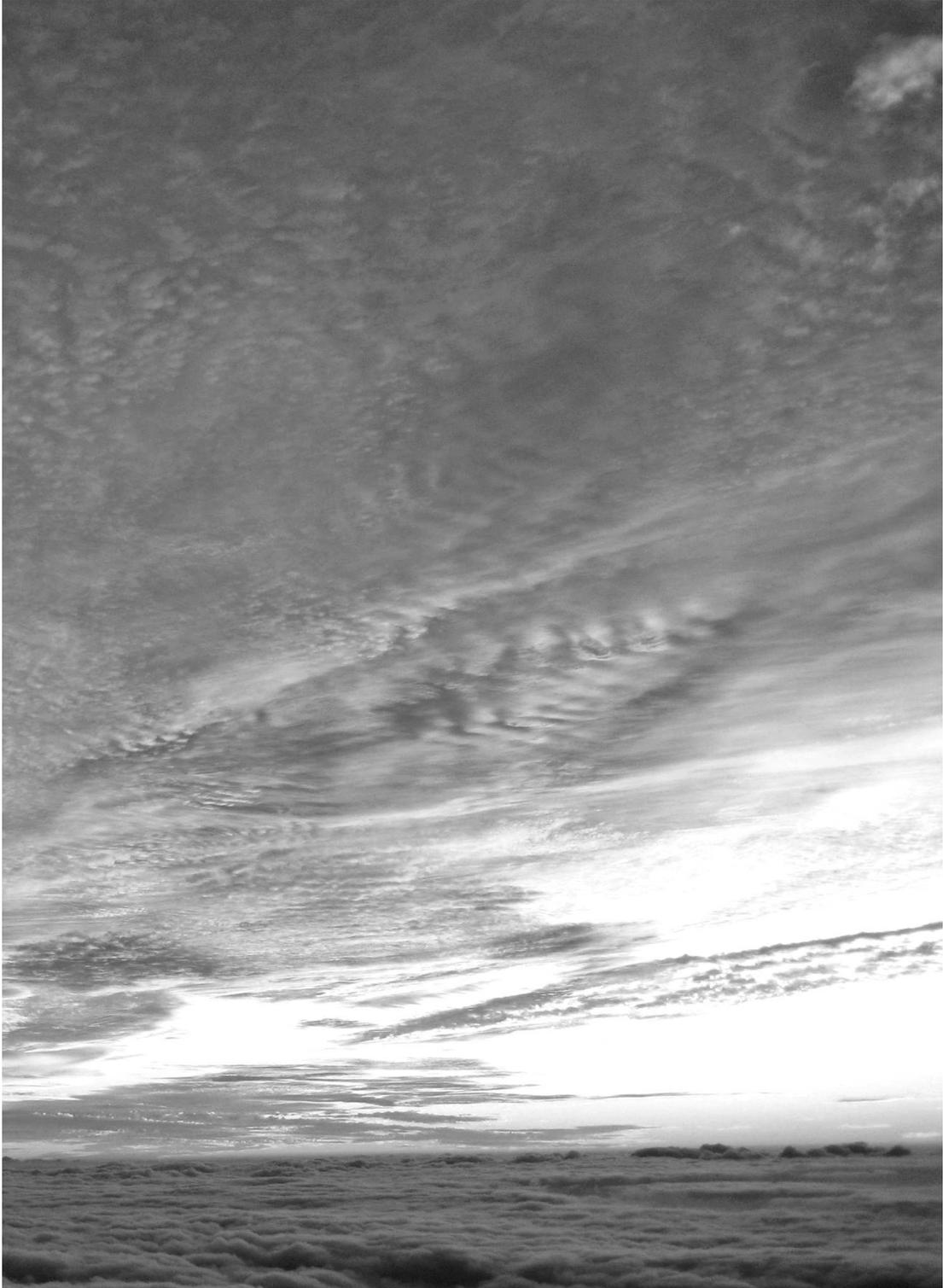
45 GONZÁLEZ ALMEIDA (1973).

46 NAVARRO MARTÍN (1963); GONZÁLEZ (2003).

47 AROCHA Y GUILLAMA (1938).

48 ALEMÁN (1971).





que sus descubridores han formulado denominarla *Las Hijas*⁴⁹. Quizás el nombre de *San Borondón* fuera más apropiado, pero otra investigación ha venido a corregir este agravio a la tierra que nos ocupa otorgándole el nombre al recién descubierto fragmento desplomado de Tenerife (de 24 km²), que permanece sumergido a más de 80 km al norte de dicha isla⁵⁰. Estas «islas submarinas» vienen a sumarse a otras que van descubriendo los vulcanólogos frente a nuestras costas, como el famoso Volcán de Enmedio, situado entre Tenerife y Gran Canaria, la futura isla que emerge entre esta última y Fuerteventura, y la que crece en el *punto caliente* situado al sur de La Palma, todas ellas estudiadas por el buque *Hespérides* del Instituto Español de Oceanografía⁵¹.

Comoquiera que sea, de momento la conjetura más plausible para explicar las esporádicas visiones de San Borondón proviene de las ciencias físicas, esencialmente desde la meteorología y la óptica. Es muy factible —como afirma Chris Benn— que los míticos destellos de la ínsula del abad de Clonfert se deban a la actuación de varios agentes distintivos. Unos y otros (espejismo, sombra de una isla, los distintos efectos producidos por las nubes y otros supuestos aún por plantear) han debido de ser los causantes de las sucesivas ocasiones en que se ha desvelado desde las costas insulares la silueta samborondoniana. A lo largo de la historia, unas veces uno de los elementos mencionados, y en otras ocasiones alguno de los factores restantes, se alternaron para asentar en las mentalidades isleñas la certeza o realidad de una ilusión óptica⁵². Es decir, lo más probable es que no haya existido nunca un único agente, culpable por sí sólo de crear la ilusión de este mágico territorio. La isla de San Borondón, de este modo, habría sido un cúmulo de diversos fenómenos (ópticos y meteorológicos) manifestados de diferente forma y en distinto tiempo,

49 RIHM (1998); CARRACEDO, TILLING (2003), p. 18.

50 DARRIBA (2006).

51 R.R. (2006).

52 Consultense más documentos (fotografías y videos) de Fernando Bullón en su blog *Olas en el mar*.

que, unidos a razones sociológicas, han prolongado su existencia hasta nuestros días. No en vano, además de los componentes físicos enumerados, se podrían adicionar otros que coadyuvaron a levantar la geología de esta deseada tierra. Narraciones fantásticas transmitidas por cauces orales, creencias privativas de siglos pretéritos y, sobre todo, el hecho de encontrarse (especialmente durante el siglo XVI) en una época de constantes descubrimientos geográficos, penetraron tan hondo en la cultura popular que terminaron por amarrar al archipiélago canario este lugar irreal. Y de todo ello quizás lo más incitante sea que aún en los albores del siglo XXI no dispongamos de una disquisición lo suficientemente probada para interpretar los fenómenos que han originado frente a nuestros ojos la legendaria isla de San Borondón.

Conclusiones



En el ámbito canario, hasta ahora la historiografía que se ha ocupado de la leyenda samborondoniana se había dirigido fundamentalmente a reseñar todo tipo de noticias en torno a expediciones a la isla, avistamientos o disquisiciones de autores afines a la idea del mito, como la del fraile franciscano Manuel Fernández Sidrón, al que Eloy Benito Ruano dedicó gran parte de su obra. Poco más podía añadirse a la historia y quehacer investigador en torno a la ínsula no alcanzada. El ámbito de estudio de este trabajo ha partido de las fuentes, noticias e historiografía inmersas en la descripción y narración

secuencial de diversos temas relacionados más o menos directamente con San Borondón en Canarias. Desde este punto de partida, pueden establecerse unas constantes en la asunción del mito en la mentalidad y las creencias de los canarios, de manera que San Borondón ha sido, de manera ininterrumpida desde la conquista de las islas, un integrante más (y no el menor) del universo cultural de los isleños. Cada uno de los habitantes del archipiélago conoce en síntesis la naturaleza del mito samborondoniano y lo asume como un rasgo distintivo de su cultura, por más que ignore, generalmente, los pormenores de su devenir histórico, su origen real y las posibles explicaciones científicas o paracientíficas.

Hasta el momento, a los que nos hemos querido adentrar en el mito nos parecía que San Borondón era un conjunto de noticias, documentos, leyendas, etc. sueltos, carentes de un hilo conductor. Por otro lado, el análisis historiográfico no había logrado hacerse con un estudio de conjunto capaz de reunir la masa de investigaciones dispersas en multitud de publicaciones, muchas de ellas total o parcialmente desconocidas. Todo esto hacía imprecisa —y borrosa incluso— la idea que el público en general tenía y sigue teniendo acerca de lo que es San Borondón.

Esta idea, de hecho, no ha permanecido inalterada desde que brotó el mito hasta nuestros días. Los cambios de los siglos (Edad Media, Renacimiento, Barroco, Ilustración, Romanticismo, por utilizar las periodizaciones al uso en la historiografía tradicional moderna) implican ciertas modificaciones en la noción sobre la isla. Así, si los sabios del medievo conocían a san Brendan como el protagonista de una odisea mística por desconocidas islas del océano, los cartógrafos renacentistas lograrían sintetizar éstas y dibujar, en los mapas y en las mentes, un Atlántico salpicado de tierras por hollar, alentando un proceso descubridor que quedaría ejemplificado —aunque no concluido— con el hallazgo de América. En este contexto, la isla o el archipiélago de San Borondón podía considerarse una más de las numerosas tierras pendientes de ser conquistadas, pero paulatinamente la idea fue evolucionando hasta arrai-

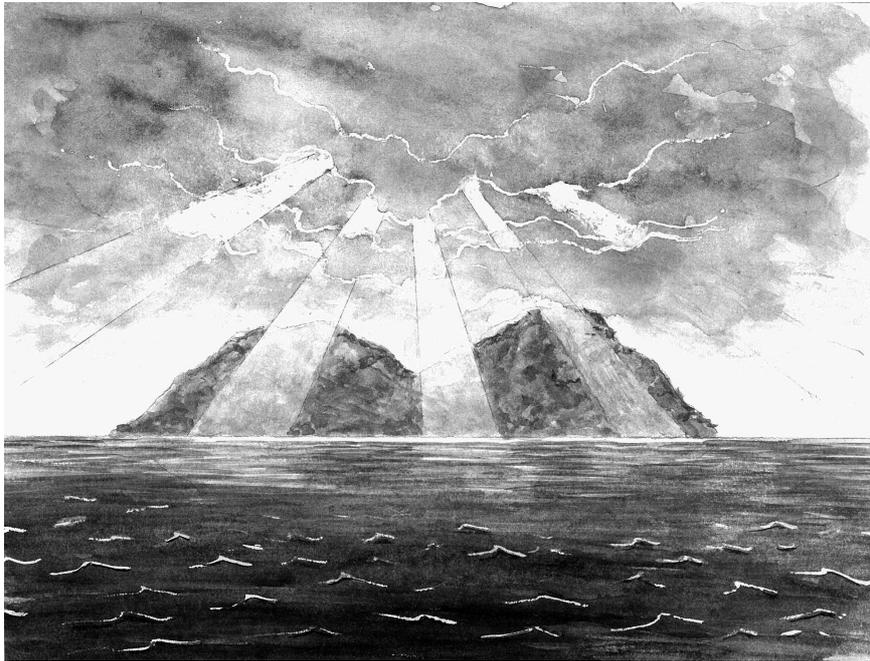
gar como una sola isla de características particularmente extrañas, puesto que su nombre acabó asociado al efecto óptico que simula temporalmente la existencia de una isla donde no la hay. La opinión general, incluso la de los intelectuales más formados, fue favorable a la realidad de esta extraña tierra, y su existencia fue defendida férreamente por historiadores y filósofos, como el citado Fernández Sidrón, hasta el siglo XVIII, cuando la Ilustración engendró intelectuales de la talla de Feijoo y Viera, paradigmas de la lógica contraria a la superstición, que se centraron en las explicaciones científicas del fenómeno. Como evolución de ello, durante todo el siglo XIX la ciencia fue el único punto de vista desde el que se divisaba la isla, quedando otro tipo de visiones postergado a las creaciones literarias de nuestro Romanticismo tardío. Finalmente, estos acercamientos científicos consiguieron, en el transcurso del último siglo, que incluso la indiscutible presencia periódica de algo parecido a una isla en el horizonte fuera ignorada, de manera que en la mayor parte del archipiélago San Borondón quedó relegado únicamente al ámbito de la cultura popular, olvidándose que la leyenda tiene una base real y, seguramente, explicable. Por otro lado, en las últimas décadas la moda de lo paranormal ha calado también en San Borondón, y no han sido pocos los que han tratado de desentrañar el fenómeno mediante explicaciones que suscitan más preguntas que respuestas. El mito, finalmente, experimenta hoy un pequeño renacimiento con algunos artículos y libros que, por lo general, revisan y repasan sus aspectos históricos y la vida del santo que le dio nombre.

Desde el punto de vista metodológico, con este libro hemos pretendido crear unas bases en torno a las cuales desarrollar en el futuro la historia de la isla, y ello haciendo hincapié en una necesaria visión interdisciplinar que aúne presupuestos de diferentes materias y dé coherencia a la repercusión que el mito ha logrado alcanzar en distintos ámbitos de la cultura, tanto popular como erudita, sin que ninguno de ellos se vea —como hasta ahora— desvinculado del resto. En este sentido, se han abordado desde elementos de trabajo etnográfico (destacando las labores de compilación de datos de campo) hasta aspectos lingüísticos (sobresaliendo aquí el examen de topónimos o marcas

que llevan el sello de la isla), pasando por terrenos más hollados, tales como el análisis historiográfico, el estudio de fuentes primarias escritas, etc.

En relación con estos puntos, conviene incidir en que hasta ahora parecía que la historia del mito de San Borondón estaba agotada y poco más podía añadirse al tema que no fueran noticias sueltas y sin relación —en muchos casos— con precedentes de otras expediciones, avistamientos, etc. Esta historia, centrada en la isla de La Palma, ha venido a cubrir ciertos aspectos no tratados hasta ahora y de los que apenas se tenía conocimiento. Nos referimos, por ejemplo, a los avistamientos más modernos, cuyos informantes han sabido pasar la barrera del miedo al ridículo dando testimonio de un fenómeno fantástico al que debemos enfrentar las versiones científicas o racionalistas que lo analizan desde un punto de vista completamente opuesto, quizás irreconciliable.

¿Podremos responder alguna vez de manera satisfactoria a la pregunta de qué es en esencia San Borondón? Y unido a esto, ¿cuáles son las claves de su indudable fortuna en Canarias? San Borondón invita a perpetuar el sueño despierto. Su historia en Canarias (lo demuestran prácticamente los resultados de todas las disciplinas inmersas en su estudio) es un continuo que ha abierto el rico universo de las mentalidades en torno a una creencia en algo que supera las expectativas. El canario, y en nuestro análisis, el palmero, necesita a San Borondón, necesita creer en la isla. Y justamente porque no puede aprehenderla. Porque representa el anhelo constante, porque coloca al hombre ante la aventura, porque en más de una ocasión ha asumido los atributos paradisíacos y porque, como tierra de promisión, comparte, por ejemplo, con América, esa idea del éxito seguro. Ello explica quizás el elevado número de expediciones salidas desde La Palma, el de avistamientos modernos, el de leyendas o el de obras artísticas en la isla inspiradas.



Antonio Lorenzo Tena, *Recreación del avistamiento de San Borondón en 1987*, 2005 [AFP]

Epílogo



De nuevo la isla ballena de San Borondón vuelve a la profundidad de los mares. Ya era tiempo, pues Jasconius no acostumbra a prolongar su permanencia flotando en la superficie. Tras esta infrecuente sucesión de apariciones a lo largo de los siete capítulos de este libro, el viejo animal necesita volver a la paz de su

líquido refugio, lejos de las miradas boquiabiertas de los que han tenido la osadía de observar su leve presencia. Es momento, pues, de que cada observador ordene sus recuerdos y decida lo que opina, de que cada uno reconstruya una vez más la historia de esta isla caprichosa y la cuente a sus hijos y a sus nietos, añadiendo cada cual su propia experiencia y sus propios anhelos. Sólo así, ellos podrán aguardar, sentados en alguna playa, la próxima visita, que sin duda se producirá algún día, trayendo nuevas sorpresas, nuevas maravillas, nuevas ilusiones, y desapareciendo al punto tras dejar asegurada la fresca renovación de su propio mito.

Vuelve San Borondón a las entrañas del mundo, pero queda allá, en el horizonte, el rastro sutil de una silueta, la sombra de un reflejo, el recuerdo de una nube diluida... Tierra ligera, tenue y liviana, tierra impalpable y etérea, tierra inasible y volátil, desaparece en la nada porque nada es, pero nos deja en los ojos el regalo de su imagen como queda en los labios el recuerdo puro del agua limpia, la que no sabe a nada y que a todos sacia la sed.

Se desvanecen en el aire todas las explicaciones. Desaparece la nube, regresa la nave atlante al lugar del que partió, se velan los espejos de la atmósfera, se cierran las puertas a otro espacio y a otro tiempo, se cubren de espuma los escollos y los montes sumergidos. Queda entonces, de nuevo, todo lo que no sabemos. San Borondón permanece.

(En la p. 11:) Fernando Bullón, *Sombra de Tenerife sobre las partículas atmosférica*, 2007 [AFB]
(En la p. 17:) Piri Reis, *Mapa* [fragmento], 1513 [Museo de Topkapi, Estambul, RL]
(En la p. 41:) Guillaume Delisle, *Carte de la Barbarie de la Nigritie et de la Guinée*, ca. 1774 [AFP]
(En la p. 71:) *Avistamiento de San Borondón* [dibujo], 1802 [RSEAPT]
(En la p. 99:) *Faro de Fuencaliente*, ca. 1960 [PCD]
(En la p. 129:) *Letrero viario de Tazacorte al barrio de San Borondón*, ca. 1970 [AFP]
(En la p. 165:) Pepe Dámaso, *Flores de San Borondón*, 2002 [Colección del autor]
(En la p. 199:) Fernando Bullón, *Sombra de La Palma*, 2006 [AFB]
(En la p. 229:) Anton Sorg, *San Brendan en su nave* [grabado], ca. 1476 [AFP]
(En la p. 235:) Foto Gaspar, *El Roque, playa de los Tarajales*, ca. 1970 [AFG]

Archivos y bibliotecas

AFB: ARCHIVO FERNANDO BULLÓN (Santa Cruz de La Palma).

AFG: ARCHIVO FOTO GASPAR (Tazacorte).

AFP: ARCHIVO DE LA FAMILIA POGGIO (Breña Alta).

AGP: ARCHIVO GENERAL DE LA PALMA (Santa Cruz de La Palma).

PN: Fondo Protocolos Notariales.

LM: Colección Leal Monterrey.

LV-M: Fondo Familia Lugo-Viña y Massieu.

AMLLA: ARCHIVO MUNICIPAL DE LOS LLANOS DE ARIDANE (Los Llanos de Aridane).

AMSAYS: ARCHIVO MUNICIPAL DE SAN ANDRÉS Y SAUCES (San Andrés y Sauces).

AMSCP: ARCHIVO MUNICIPAL DE SANTA CRUZ DE LA PALMA (Santa Cruz de La Palma).

AMT: ARCHIVO MUNICIPAL DE TAZACORTE (Tazacorte).

APNSR: ARCHIVO PARROQUIAL DE NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS (Los Llanos de Aridane).

ARC: COLECCIÓN ÁNGELES RODRÍGUEZ CASTRO (Los Llanos de Aridane).

BJPV: BIBLIOTECA JOSÉ PÉREZ VIDAL (Santa Cruz de La Palma).

BUS: BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA (Sevilla).

CS: COLECCIÓN CONNY SPELBRINK (Puntallana).

EHL: ARCHIVO EULOGIO HERNÁNDEZ LÓPEZ (San Andrés y Sauces).

EMC: EL MUSEO CANARIO (Las Palmas de Gran Canaria).

INQ: Archivo General de la Inquisición.

SJS: Fondo Sebastián Jiménez Sánchez.

JLA: PAPELES DE JOSÉ LORENZO ACOSTA (Tzacorte).

JMMQ: COLECCIÓN JOSÉ M. MORALES QUINTANA (Telde).

JRR: COLECCIÓN JAIME RUBIO ROSALES (Aruca).

MADCGF: MUSEO DE ARTES DECORATIVAS CAYETANO GÓMEZ FELIPE (San Cristóbal de La Laguna).

MVH: ARCHIVO DE MARÍA VICTORIA HERNÁNDEZ PÉREZ (Los Llanos de Aridane).

PCD: COLECCIÓN PEDRO CABRERA DÍAZ (Fuencaliente).

PRG: COLECCIÓN PEDRO RODRÍGUEZ GONZÁLEZ (Tzacorte).

RL: RECURSOS EN LÍNEA.

RSEAPT: ARCHIVO DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS DE TENERIFE (San Cristóbal de La Laguna).

SC: SOCIEDAD COSMOLÓGICA (Santa Cruz de La Palma).

YHR: COLECCIÓN YURENA HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ (Santa Cruz de La Palma).

Bibliografía

- ABRÉU GALINDO (1632). Abréu Galindo, Juan de. *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*. Intr., notas e índice por Alejandro Cioranescu. Santa Cruz de Tenerife: Goya, 1977.
- AFONSO PÉREZ (1982). Afonso [Pérez], Leoncio. «San Amaro, mito solar y atlántico». *El día / Día de fiesta* (Santa Cruz de Tenerife, 7 de febrero de 1982), p. v.
- AFONSO PÉREZ (1988). Afonso [Pérez], Leoncio. *La toponimia como percepción del espacio: los topónimos canarios*. La Laguna de Tenerife: Instituto de Estudios Canarios, 1988.
- AFONSO PÉREZ (2004). Afonso Pérez, Leoncio. «El plan de las Afortunadas islas del Reyno de Canarias y la isla de San Borondón». En: *Miscelánea de temas canarios (1985-2001)*. [La Laguna; Las Palmas de Gran Canaria]: Centro de la Cultura Popular Canaria, 2004, pp. 226-230.
- AFONSO PÉREZ (2007). Afonso Pérez, Leoncio. «San Amaro, versión de San Borondón». En: *Recuerdos y reflexiones de un octogenario*. [La Laguna]: Centro de la Cultura Popular Canaria, 2007.
- ALEMÁN (1971). Alemán, Gilberto. «De cómo San Borondón dejó de ser un mito por culpa de una anécdota». *El día* (Santa Cruz de Tenerife, 3 de noviembre de 1971), pp. 19, 22 [Este texto fue reproducido en: Díaz Lorenzo, Juan Carlos. *El volcán de Teneguía: crónica de una erupción del siglo xx*. Madrid: Tauro, 2001].
- ALONSO (1940). Alonso, María Rosa. *San Borondón, signo de Tenerife (artículos, notas, crónicas): 1932-1936*. Santa Cruz de Tenerife: Valentín Sanz, 1940.
- ALONSO QUINTERO (1985). Alonso [Quintero], Elfidio. *Estudios sobre el folklore canario*. Las Palmas de Gran Canaria: Edirca, D.L. 1985.
- ALVAR (1979). Alvar, Manuel. «San Borondón». *Diario de Las Palmas* (Las Palmas de Gran Canaria, 10 de septiembre de 1970), p. 32.
- ÁLVAREZ CRUZ (1957). Álvarez Cruz, Luis. «El símbolo de San Borondón». *El día* (Santa Cruz de Tenerife, 31 de octubre de 1957), p. 3.
- ÁLVAREZ CRUZ (1975). Álvarez Cruz, Luis. *Isla*. Santa Cruz de Tenerife: Caja General de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife, 1975.
- ÁLVAREZ CRUZ (1995). Álvarez Cruz, Luis. *Retablo isleño*. Madrid: Tauro, 1995.
- ÁLVAREZ DELGADO (1941). Álvarez Delgado, Juan. *Miscelánea guanche. I. Benahoare: ensayos de lingüística canaria*. [San Cristóbal de La Laguna]: Instituto de Estudios Canarios, 1941.
- ÁLVAREZ DELGADO (1943). Álvarez Delgado, Juan. «Los Llanos de Aridane». *Revista de historia [canaria]*, n. 69 (jul.-sep. 1943), pp. 243-246.

- ANAYA HERNÁNDEZ (1996). Anaya Hernández, Luis Alberto. *Judeoconversos e Inquisición en las islas Canarias (1402-1605)*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1996.
- ARAÚJO (2003). Araújo, Ramón. *Saga del tiempo remoto*. Tegueste: Baile del Sol, 2003.
- AROCHA Y GUILLAMA (1938). Arocha y Guillama, Rafael. «Bancos de arena en Canarias y la isla de San Borondón». *La prensa* (Santa Cruz de Tenerife, 14 de agosto de 1938), p. 2.
- ARRUDA (1932). Arruda, Manuel Monteiro Velho. *Coleção de documentos relativos ao descobrimento e povoamento dos Açores*. Ponta Delgada: Junta Geral do Distrito de Ponta Delgada, 1932.
- ASCANIO (1997). Ascanio, Alfonso de. *El naufrago del Julán*. Vigo: Cardeñoso, 1997.
- ASCANIO Y POGGIO (1958). Ascanio [y Poggio], Alfonso de. «Aguas turbias... en la isla de San Barandán». *La tarde* (Santa Cruz de Tenerife, 22 de marzo de 1958), p. 3.
- ASÍN PALACIOS (1919). Asín Palacios, Miguel. *La escatología musulmana en la Divina Comedia*. Madrid: Real Academia Española, 1919.
- BARING-GOULD, FISHER (2005). Baring-Gould, S., Fisher, John. *The lives of the British saints; the saints of Wales, Cornwall and Irish saints*. Whitefish (Montana): Kessinger, 2005.
- BATISTA MEDINA, HERNÁNDEZ PÉREZ (2001). Batista Medina, José Antonio, Hernández Pérez, Néstor. *San Andrés y Sauces... una mirada a su pasado...* [San Andrés y Sauces]: Ayuntamiento de San Andrés y Sauces; [Santa Cruz de La Palma]: CajaCanarias, D.L. 2001.
- BELLO Y ESPINOSA (1883). Bello y Espinosa, Domingo. «La isla de San Borondón». *La ilustración de Canarias*, n. xv (Santa Cruz de Tenerife, 15 de febrero de 1883), pp. 118-119.
- BENITO RUANO (1946). Benito Ruano, Eloy. «Romance canario de la isla de San Borondón». *Mensaje (revista de poesía)*, n. 17 (julio-septiembre de 1946), p. [6].
- BENITO RUANO (1950). Benito Ruano, Eloy. «La octava isla: "San Borondón"». *Boletín de la Real Sociedad Geográfica (Madrid)*, n. 86 (1950), pp. 186-308.
- BENITO RUANO (1951). Benito Ruano, Eloy. «La leyenda de San Brandán». *Revista de historia [canaria]*, n. 93-94 (1951), pp. 35-50.
- BENITO RUANO (1970-1973). Benito Ruano, Eloy. «Nuevas singladuras por las Canarias fabulosas». En: *Homenaje a Elías Serra Ráfols*. La Laguna: Universidad de La Laguna, 1970-1973, v. I, pp. 201-221.
- BENITO RUANO (1978). Benito Ruano, Eloy. *La leyenda de San Borondón: octava isla canaria*. Valladolid: Casa Museo de Colón: Seminario de Historia de América de la Universidad de Valladolid, 1978.
- BENITO RUANO (1985). Benito Ruano, Eloy. «Cartografía canaria de la isla de San Borondón». En: *Coloquio de Historia Canario-Americana (5º. 1982. Las Palmas de Gran Canaria)*. Las Palmas de Gran Canaria: Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1985, v. 5, pp. 145-160.

- BENITO RUANO (1989). Benito Ruano, Eloy. «Teoría de la Atlántida y de “San Borondón”». En: MORALES PADRÓN, Francisco (dir.). *Canarias y América*. Madrid: Gela: Espasa-Calpe / Argantonio, D.L. 1989, pp. 49-58.
- BETHENCOURT ALFONSO (1901). Bethencourt Alfonso, Juan. *Costumbres populares canarias de nacimiento, matrimonio y muerte*. Santa Cruz de Tenerife: Cabildo Insular de Tenerife, Museo Etnográfico, 1985.
- BLASCO IBÁÑEZ (1916). Blasco Ibáñez, Vicente. *Los argonautas (novela)*. Valencia: Prometeo, cop. 1916.
- BOLAÑOS DONOSO (2007). Bolaños Donoso, Pilar. «Cartelera teatral de Écija (1890-1899)». *Signa: revista de la Asociación Española de Semiótica*, n. 16 (2007), pp. 235-288.
- BONNET Y REVERÓN (1927-1929). Bonnet [y Reverón], B[uenaventura]. «La isla de San Borondón». *Revista de historia [canaria]*, n. 16 (octubre-diciembre de 1927), pp. 227-235 – n. 24 (octubre-diciembre de 1929), pp. [227]-230.
- BORONDÓN (2003). «Borondón (la non trubada)». *El día / Archipiélago literario* (Santa Cruz de Tenerife, 8 de abril de 2003), p. v.
- BORY DE SAINT-VINCENT (1803). Bory de Saint-Vincent, J.B.G.M. *Essais sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantide ou Précis de l'histoire générale de l'archipel des Canaries*. Paris: Baudouin, 1803.
- BRITO (2006). Brito, Marcos. *Arona: tradiciones festivas*. [Arona]: Llanoazur, 2006.
- BROTONS GARCÍA (1980). Brotons García, Baltasar. *Impresiones y recuerdos de Canarias*. [Elche]: [s.n.], D.L. 1980.
- BRUQUETAS DE CASTRO, TOLEDO BRAVO DE LAGUNA (1995-1995). Bruquetas de Castro, Fernando, Toledo Bravo de Laguna, Teresa. «San Borondón (el contexto socioeconómico de la expedición de 1721)». *Vegueta*, n. 2 (1995-1996), pp. 65-71.
- CABRERA (2003). Cabrera, Javier. *Islas la isla: una antología sentimental: poetas canarios emigrados a Cuba, poetas cubanos de ascendencia canaria*. Islas Canarias: Gobierno de Canarias, Viceconsejería de Cultura y Deportes, 2003.
- CAMPO PÉREZ (2003). Campo Pérez, Ricardo. *Luces en el cielo: todo lo que siempre quiso saber sobre los ovnis*. Santa Cruz de Tenerife; Las Palmas de Gran Canaria: Benchomo, 2003.
- CARRACEDO, TILLING (2003). Carracedo, Juan Carlos, Tilling, Robert. *Apuntes para unas lecciones de vulcanología: geología y vulcanología de las islas volcánicas oceánicas (Canarias-Hawái)*. Santa Cruz de Tenerife: Caja General de Ahorros de Canarias, D.L. 2003.
- CARTOGRAFÍA (2004). *Cartografía de la octava isla: exposición: Centro de Artes Plásticas: Las Palmas de Gran Canaria: del 5 al 26 de octubre de 2004*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, D.L. 2004.

- CASAS HERRERA (ca. 1975). Casas [Herrera], Andrés de las. *Pensamientos sociales, políticos y cachondos*. Santa Cruz de La Palma: Sociedad de Estudios Generales de la Isla de La Palma, 2004.
- CASAS RODRÍGUEZ (1919). Casas [Rodríguez], José Apolo de las. «La fábula de los mares: nuevos descubrimientos de la isla de San Borondón». *Diario insular* (Santa Cruz de La Palma, 15 de diciembre de 1919), p. 1.
- CASAS RODRÍGUEZ (ca. 1940). Casas [Rodríguez], José Apolo de las. *Piratas de los siglos XVI y XVII: los mártires de Tzacorte*. Madrid: Imprenta de Editorial Magisterio Español, [194-?].
- CASTRO (1999). Castro, Fernando. *J.J. Gil: Juan José Gil*. Canarias: Viceconsejería de Cultura y Deportes, D.L. 1999.
- CATÁLOGO (1999). *Catálogo de documentos del Concejo de La Palma (1501-1812)*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 1999.
- CHIL Y NARANJO (1876). Chil y Naranjo, Gregorio. *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria: Isidro Miranda, 1876-1891, tomo primero, pp. [101]-116.
- CIORANESCU (1963). Cioranescu, Alejandro. *Thomas Nichols: mercader de azúcar, hispanista y hereje*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 1963.
- CIORANESCU (1982). Cioranescu, Alejandro. «El capitán general de San Borondón». *Jornada deportiva* (Santa Cruz de Tenerife, 11 de noviembre de 1982), p. 3.
- CIORANESCU (1992). Cioranescu, Alejandro. *Diccionario biográfico de canarios americanos*. Santa Cruz de Tenerife: Caja General de Ahorros de Canarias, 1992.
- CIRLOT (2002). Cirlot, Juan Eduardo. *Diccionario de símbolos*. Madrid: Siruela, 2002.
- CLARASÓ (1958). Clarasó, Noel. «La isla de San Borondón». *La vanguardia española* (Barcelona, 3 de junio de 1958), p. 11 [Este texto fue reproducido en *La tarde* (Santa Cruz de Tenerife, 9 de junio de 1958), p. 3].
- CLARASÓ (1974). Clarasó, Noel. «Islas, islas, islas». *La vanguardia española* (Barcelona, 14 de febrero de 1974), p. 86.
- COBIELLA CUEVAS (2007). Cobiella Cuevas, Luis. «Notas sobre San Borondón» [Texto inédito para el libreto de inauguración del Teatro Circo de Marte]. [Manuscrito]. 2007.
- COBIELLA CUEVAS (2008). Cobiella [Cuevas], Luis. «Luis Ortega». *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 13 de julio de 2008), p. 10.
- CORBELLA DÍAZ, MEDINA LÓPEZ (1997). Corbella Díaz, Dolores, Medina López, Javier (eds.). *Noticias de la isla de San Borondón*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 1997.
- CORDEYRO (1717). Cordeyro, António. *Historia insulana das ilhas a Portugal sugeytas no oceano occidental*. [S.l.]: Região Autónoma dos Açores. Secretaria Regional da Educação e Cultura, 1981.

- CORVO (1883). Corvo, João de Andrade. *Contos em viagem*. Lisboa: M.J. Ferreira, 1883.
- CUNQUEIRO (1982). Cunqueiro, Álvaro. *Fábulas y leyendas de la mar*. Ed. a cargo de Néstor Luján. Barcelona: Tusquets, 1982.
- DÁMASO (2002). Dámaso, José. *Dámaso a Manrique* [Catálogo]. [Madrid]: Ediciones del Umbral, D.L. 2002.
- DARIAS (2005). Darías, Manuel. «Pacolín se fue a la isla de San Borondón». *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 7 de agosto de 2005), p. 37.
- DARRIBA (1996). D[arriba], J. «San Borondón está frente a La Orotava». *Canarias 7* (Las Palmas de Gran Canaria, 16 de noviembre de 2006), p. 2.
- DEMÓCRITO (1876a). Demócrito [Pablo Romero Palomino]. «Non nobis, domine, non nobis». *La prensa* (Las Palmas de Gran Canaria, 21 de julio de 1876), p. [2].
- DEMÓCRITO (1876b). Demócrito [Pablo Romero Palomino]. «Cartas gemelas». *La prensa* (Las Palmas de Gran Canaria, 14 [i.e. 5] de agosto de 1876), pp. [2-3].
- DEMÓCRITO (1878). Demócrito [Pablo Romero Palomino]. «Fragilidades». *Las Palmas* (Las Palmas de Gran Canaria, 17 de abril de 1878), pp. [2-3].
- DÍA (2004). «¿San Borondón?». *El día* (Santa Cruz de Tenerife, 27 de enero de 2004), p. [84].
- DIARIO DE AVISOS (2004). «Luis Cobiella estrena “Seguidillas de San Borondón” en Valencia». *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 6 de abril de 2004), p. 30.
- DÍAZ ALAYÓN (1987). Díaz Alayón, Carmen. *Materiales toponímicos de La Palma*. Santa Cruz de La Palma: Cabildo Insular de La Palma, 1987.
- DÍAZ ALAYÓN (2001). Díaz Alayón, Carmen. «El léxico de La Palma: materiales y aportaciones anteriores a 1940». *Estudios canarios: anuario del Instituto de Estudios Canarios*, n. XLV (2001), pp. 393-417.
- DÍAZ ALAYÓN (2003). Díaz Alayón, Carmen. «El léxico de La Palma: materiales y aportaciones del periodo 1940-1970». En: *Estudios sobre el español de Canarias: actas del I Congreso Internacional sobre el Español de Canarias*. Islas Canarias: [Academia Canaria de la Lengua], 2003, v. II, pp. 543-568.
- DÍAZ ALAYÓN, CASTILLO MARTÍN (2005). Díaz Alayón, Carmen, Castillo [Martín], Francisco Javier. *La obra periodística de José Agustín Álvarez Rixo: estudio histórico y lingüístico*. Islas Canarias: Academia Canaria de la Lengua, 2005.
- DÍAZ PINES Y FERNÁNDEZ-PACHECO (1956). Díaz Pines y Fernández Pacheco, Octavio. *Canarias*. 2ª ed. Madrid: Publicaciones Españolas, 1956.
- DIEGO CUSCOY (1958). Diego Cuscoy, Luis. «La isla errante de San Borondón ha sido fotografiada por primera vez». *Abc* (Madrid, 10 de agosto de 1958), pp. 6-7.
- DIEGO CUSCOY (1971a). Diego Cuscoy, Luis. «El fotógrafo de San Borondón». *El día* (Santa Cruz de Tenerife, 3 de marzo de 1971), p. 3.
- DIEGO CUSCOY (1971b). Diego Cuscoy, Luis. «El fotógrafo de San Borondón». *Diario de avisos* (Santa Cruz de La Palma, 15 de marzo de 1971), p. 3.

- ECO (2005). Eco, Umberto. *La misteriosa llama de la reina Loana*. Toledo: Lumen, 2005.
- ELLIS (1885). Ellis, A. Burton. *Islas del África occidental (Gran Canaria y Tenerife)*. Introducción, Manuel Hernández González; traducción, José A. Delgado Luis. [La Orotava]: J.A.D.L., 1993.
- ESCUELA HERRERA (2005). Escuela Herrera, Manuel. «San Borondón, ¿realidad o fantasía?». *El día* (Santa Cruz de Tenerife, 27 de marzo de 2005), p. 44.
- FAJARDO SPÍNOLA (1998). Fajardo Spínola, José. *Tecorón*. [La Laguna; Las Palmas de Gran Canaria]: Centro de la Cultura Popular Canaria, 1998.
- FE (1971). Fe, María Dolores de la. «Un catalán que creyó en San Borondón». *La vanguardia española* (Barcelona, 23 de diciembre de 1971), p. 53.
- FE (1974). Fe, María Dolores de la. «Las posibilidades postales de la isla de San Borondón». En: «Las tarifas aéreas postales no subirán de precio». *La vanguardia española* (Barcelona, 23 de diciembre de 1971), p. 53.
- FERNANDO (1980). Fernando. «La isla de San Borondón». *El independiente: semanario informativo canario*, n. 24 (Las Palmas de Gran Canaria, 4 de febrero de 1980), p. 14.
- FERNANZ CHAMÓN (1980). Fernanz Chamón, Ángel Luis. «San Borombón: leyenda y realidad». *Narria: estudios de artes y costumbres populares*, n. 18 (junio 1980), pp. 28-30.
- FRICTSCH, K. VON (1867). Fritsch, Karl von. *Las islas Canarias: cuadros de viaje: con 3 mapas grabados en cobre de El Hierro, La Gomera y Gran Canaria*. Traducción, estudio y notas de José Juan Batista Rodríguez y Encarnación Tabares Plasencia. [La Laguna; Las Palmas de Gran Canaria]: Centro de la Cultura Popular Canaria, 2006.
- FRONTERA (1987). *Frontera sur* [Catálogo]. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, D.L. 1987.
- FRUTUOSO (ca. 1590). Frutuoso, Gaspar. *Las islas Canarias (de «Saudades da terra»)*. Prólogo, traducción, glosario e índices por E. Serra, J. Régulo y S. Pestana. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 1964.
- GALVÁN TUDELA (1987). Galván Tudela, Alberto. *Las fiestas populares canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Editorial Interinsular Canaria, 1987.
- GARCÍA (1996). García, Óscar. «San Borondón, la isla evanescente». *La voz: periódico de información insular*, n. 21 (Santa Cruz de La Palma, del 18 de oct. al 5 de nov. de 1996), p. 12.
- GARCÍA DE VEGUETA (1944). García de Vegueta, Luis. *Islas Afortunadas: retablo pintoresco de vida colonial*. Barcelona: Aymá, 1944.
- GARCÍA DE VEGUETA (1981). García de Vegueta, Luis. *Breve historia del Puerto de la Luz; El tesoro de San Borondón*. Las Palmas de Gran Canaria: Banco de Santander, 1981.
- GARCÍA DE VEGUETA (1999). García de Vegueta, Luis. «San Borondón, a la deriva». *La provincia* (Las Palmas de Gran Canaria, 10 de octubre de 1999), p. 3.

- GARCÍA ORO, PORTELA SILVA (2005). García Oro, José, Portela Silva, María José. *La Iglesia en Canarias en el Renacimiento: de la misión a la diócesis: estudio histórico y colección diplomática*. Puerto del Rosario: Cabildo de Fuerteventura, 2005.
- GARRIDO ABOLAFIA (1994). Garrido Abolafia, Manuel. *Los esclavos bautizados en Santa Cruz de La Palma (1564-1600)*. Santa Cruz de La Palma: Patronato del V Centenario, Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma, 1994.
- GARRIDO ABOLAFIA (1995). Garrido Abolafia, Manuel. *Primeros oficios y ocupaciones artesanas de Santa Cruz de La Palma: siglo XVI: diccionario de artesanos* [Manuscrito], 1995 [Este trabajo está siendo publicado en forma de artículos en la *Revista de estudios generales de la isla de La Palma*].
- GIL (2004). Gil, Juan José. *Del tiempo, el espacio y la luz*. Canarias: Viceconsejería de Cultura y Deportes, 2004.
- GIMÉNEZ (2003). Giménez, Carlos. *Jonás: la isla que nunca existió*. Barcelona: Glénat, 2003.
- GOEJE (1891). Goeje, Michael Jan de. «La légende de saint Brandan». *Actes du VIII^e Congrès International des Orientalistes*. Leyde, 1891.
- GONZÁLEZ (2002). González, José Gregorio. *Canarias misteriosa*. Garafía: Ediciones Alternativas, 2002.
- GONZÁLEZ (2003a). González, José Gregorio. *Canarias mágica*. Madrid: Corona Borealis, 2003.
- GONZÁLEZ (2003b). González, José Gregorio. *San Borondón: la isla fantasma*. Madrid: Corona Borealis, 2003.
- GONZÁLEZ (2003c). González, José Gregorio. «¿El retorno de San Borondón?». *El día / La prensa* (Santa Cruz de Tenerife, 15 de noviembre de 2003), p. 10.
- GONZÁLEZ (2004). González, José Gregorio. «San Borondón: la isla misteriosa». *LRV: los 32 rumbos de la rosa de los vientos*, n. 1 (febrero 2004), pp. 42-47.
- GONZÁLEZ ALMEIDA (1973). G[onzá]lez Almeida, José Luis. «Realidades y mitos de las Canarias: la Atlántida y San Borondón». *Canarias gráfica*, n. 23 (Caracas, julio 1973), pp. 10, 58.
- GONZÁLEZ MARRERO (1996). González Marrero, José Antonio. *Introducción, edición crítica y traducción de la «Navigatio Sancti Brendani»*. [Manuscrito]. 1996.
- GONZÁLEZ SOSA (1946). González Sosa, Manuel. «Vísperas». *Falange* (Las Palmas de Gran Canaria, 3 de febrero de 1946), p. 5.
- GONZÁLEZ SOSA (1980). González Sosa, Manuel. «Samborondón existe». *Arguayro*, n. 127 (1980), pp. 24-25.
- GONZÁLEZ VEGA (1989). González Vega, Pedro. *El mensaje de San Borondón*. Las Palmas de Gran Canaria: [s.n.], 1989.
- GONZÁLEZ VEGA (1996). González Vega, Pedro. *San Borondón: conexión extraterrestre en Canarias*. [Madrid]: Proyecto Aridane, 1996.

- GOZZANO (1980). Gozzano, Guido. «La più bella!». En: *Tutte le poesie*. Milano: Mondadori, 1980, p. 439.
- GRAVES (1985). Graves, Robert. *Los mitos griegos*. Madrid: Alianza Editorial, 1985, v. 1.
- GUICHOT Y SIERRA (1883). Guichot y Sierra, Alejandro. «Supersticiones populares recogidas en Andalucía y comparadas con las portuguesas». En: *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*. Sevilla: Francisco Álvarez y C^ª, 1883, t. I.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ (2006). Hernández González, Fremiot. «Prólogo». En: Martín Hernández, Ulises. *Cuentos del año mil y otras leyendas atlánticas sobre santos, marinos y monstruos olvidados por la historia*. Santa Cruz de Tenerife; Las Palmas de Gran Canaria: Idea, D.L. 2006.
- HERNÁNDEZ GUIMERÁ (1953). Hernández Guimerá, José Francisco. «Más sobre la isla fantasma». *Diario de avisos* (Santa Cruz de La Palma, 26 de octubre de 1953), p. 2.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ (1971). Hernández [Hernández], Pedro. «Ha muerto Manuel Rodríguez Quintero». *El día* (Santa Cruz de Tenerife, 23 de marzo de 1971), p. 15.
- HERNÁNDEZ MARTÍN (1999-2005). Hernández Martín, Luis Agustín. *Protocolos de Domingo Pérez, escribano público de La Palma*. Santa Cruz de La Palma: Caja Canarias (etc.), 2005.
- HERNÁNDEZ MARTÍN (2005). Hernández Martín, Luis Agustín. «“Hanes Dayzel y Compañía”: una sociedad palmera para comerciar con Flandes en el siglo XVI». En: *Flandes y Canarias: nuestros orígenes nórdicos*. [La Laguna; Las Palmas de Gran Canaria]: Centro de la Cultura Popular Canaria, 2005.
- HERNÁNDEZ PAZ (2002). Hernández Paz, Manuela Aleida. *Suspiros de un pueblo y un poeta*. [Vigo]: Cardeñoso, D.L. 2002.
- HERNÁNDEZ PÉREZ (2001a). Hernández Pérez, María Victoria. «La leyenda de San Borondón y el fotógrafo Manuel Rodríguez Quintero». *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 13 de mayo de 2001), p. 28.
- HERNÁNDEZ PÉREZ (2001b). Hernández Pérez, María Victoria. *La isla de La Palma: las fiestas y las tradiciones*. [La Laguna; Las Palmas de Gran Canaria]: Centro de la Cultura Popular Canaria, 2001, p. 249.
- HOSTIE (1968). Hostie, Raymond. *Del mito a la religión en la psicología analítica de C.G. Jung*. Buenos Aires: Amorrortu, 1968.
- HUMBOLDT (1815). Humboldt, Alexandre de. *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent, fait en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804 par Al. de Humboldt et Bonpland. Tome premier*. Paris: Librairie grecque-latine-allemande, 1815.
- HUMBOLDT (1836). Humboldt, Alexandre de. *Histoire de la géographie du Nouveau Continent et des progrès de l'astronomie nautique aux XV^e et XVI^e siècles*. Paris: Theodore Morgand, 1836-1839, t. 2^o, pp. 163-173.

- IMAGINARIA (1865). «La imaginaria isla de san Brandan». *El guanche*, n. 344 (Santa Cruz de Tenerife, 25 de agosto de 1865), pp. [1-3].
- IMAGINARIA (1873). «La imaginaria isla de san Brandan o de San Borondón». *La Afortunada*, n. 87 (Las Palmas de Gran Canaria, 6 de diciembre de 1873), pp. [1-2]; n. 88 (10 de diciembre de 1873), p. [1].
- INCHAURBE Y ALDAPE (1966). Inchaurre y Aldape, Diego de. *Noticias sobre los provinciales franciscanos de Canarias*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 1966.
- ISPIZÚA (1922). Ispizúa, Segundo de. *Historia de la geografía y de la cosmografía en las Edades Antigua y Media con relación a los grandes descubrimientos marítimos realizados en los siglos XV y XVI por españoles y portugueses*. Madrid: Gráficas Reunidas, 1922.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ (1945). Jiménez Sánchez, Sebastián. «De folklore canario: el mes de San Juan y sus fiestas populares». *Falange* (Las Palmas de Gran Canaria, 22 de junio de 1945), p. 3.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ (1954). Jiménez Sánchez, Sebastián. «De folklore canario: el mes de San Juan y sus fiestas populares». *Revista de dialectología y tradiciones populares*, t. 10 (1954), cuad. 1-2, pp. 176-189.
- JORGE GODOY (1996). Jorge Godoy, Soraya. *Las navegaciones por la costa atlántica africana y las islas Canarias en la Antigüedad*. Canarias: Gobierno de Canarias, Dirección General de Patrimonio Histórico, 1996.
- JULIO ARMAS (2003). Julio Armas, F. *Jirones de un sueño: los mitos de la conquista de Indias*. [Barcelona]: Belacqua, D.L. 2003.
- JUNG, KERENYI (1993). Jung, Carl Gustav, Kerenyi, C. *Essays on a science of mythology: the myth of the Divine Child and the mysteries of Eleusis*. Princeton: Princeton University Press, 1993.
- LEAL (1983). Leal, Cirilo. *La conjura*. [Santa Cruz de Tenerife]: Caja General de Ahorros de Canarias, 1983.
- LEAL CRUZ (2003). Leal Cruz, Pedro N[olasco]. *El español de La Palma: la modalidad hispánica en la que el castellano y el portugués se cruzan y complementan*. [La Laguna; Las Palmas de Gran Canaria]: Centro de la Cultura Popular Canaria, 2003.
- LEÓN BARRETO (2004). León Barreto, Luis. *Cuentos de la Atlántida: antología del cuento canario actual*. Madrid: Bandini, 2004, pp. 85-88.
- LINARES (1958). Linares, Mercedes G. de. «San Borondón». *Mujeres en la isla*, n. 45 (septiembre 1958), p. 12.
- LINARES (1960). Linares, Mercedes G. de. «San Borondón [no puede perderse bajo el mar]». *Mujeres en la isla*, n. 69 (septiembre 1960), pp. 8-9.
- LÓPEZ CORDERO, MEDINA CASADO (2008). López Cordero, Juan Antonio, Medina Casado, Manuel. «El apodo en los pueblos de Lopera y Pegalajar» [En línea].

- Disponible en: <http://personal.telefonica.terra.es/web/sirrra-magina.htm> (Consultado el 25 de julio de 2008).
- LORENZO PERERA, GARCÍA MARTÍN (2003). Lorenzo Perera, Manuel J., García Martín, María Dolores. «Un relato y una reflexión sobre la medicina tradicional canaria». *Tenique: revista de cultura popular canaria*, n. 5 (2003), pp. 217-254.
- LORENZO RODRÍGUEZ (ca. 1900). Lorenzo Rodríguez, Juan Bautista. *Noticias para la historia de La Palma*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios; Santa Cruz de La Palma: Cabildo Insular de La Palma, 1975-2000.
- LOYNAZ (1958), Dulce María. *Un verano en Tenerife*. Madrid: Aguilar, 1958.
- LUNA (1955). Luna, José Carlos de. «La isla de San Borondón». *Falange* (Las Palmas de Gran Canaria, 9 de febrero de 1955), p. 3.
- MAC-GREGOR (1831). Mac-Gregor, Francis Coleman. *Las islas Canarias según su estado actual y con especial referencia a la topografía, estadística, industria y costumbres (1831)*. Traducción, estudio introductorio y notas de José Juan Batista Rodríguez. [La Laguna; Las Palmas de Gran Canaria]: Centro de la Cultura Popular Canaria, 2005.
- MARTÍN (2005). Martín, Ulises. «El viaje de Brandon». *La opinión / 2C* (Santa Cruz de Tenerife, 5 de junio de 2005), pp. 5-7; (12 de junio de 2005), pp. 6-7; (19 de junio de 2005), pp. 6-7; (26 de junio de 2005), pp. 6-7; (3 de julio de 2005), pp. 6-7; (10 de julio de 2005), pp. 6-7; (17 de julio de 2005), pp. 6-7; (24 de julio de 2005), pp. 6-7.
- MARTÍN (2008). Martín, Víctor. «...Y abrió el teatro». *El día* (Santa Cruz de Tenerife, 26 de octubre de 2008), p. 46.
- MARTÍN ACOSTA (1996). Martín Acosta, Emelina. «Capitulación de Gabriel de Socarrás para la conquista de la isla de San Bernardo (San Brandán o San Borondón)». *Revista de historia canaria*, n.º 178 (1996), pp. 129-149.
- MARTÍN GONZÁLEZ (1999). Martín [González], Miguel. «San Borondón y La Palma». *La voz de La Palma: periódico independiente*, n. 87 (Santa Cruz de La Palma, del 2 al 16 de septiembre de 1999), p. [16].
- MARTÍNEZ (1997). Martínez, Marcos. «San Borondón». En: *Los símbolos de la identidad canaria*. La Laguna: Centro de la Cultura Popular Canaria, 1997, pp. 379-386.
- MARTÍNEZ (2002), Martínez, Marcos. «La semántica de San Borondón». *La provincia / Cultura*, n. 707 (Las Palmas de Gran Canaria, 22 de agosto de 2002), pp. 31-33 / I-III.
- MARTÍNEZ (2004). Martínez, Marcos. «Los significados de San Borondón». *Estudios canarios: anuario del Instituto de Estudios Canarios*, n. 47 (2004), pp. [197]-210.
- MARTÍNEZ-HIDALGO (1953). Martínez-Hidalgo, José María. «Islas fantásticas». *La vanguardia española* (Barcelona, 17 de octubre de 1953), p. 6.
- MEDINA (1992). Medina, Isabel. *Teatro canario para los más jóvenes*. [Santa Cruz de Tenerife]: Cabildo Insular de Tenerife; [La Laguna]: Centro de la Cultura Popular Canaria, 1992.

- MENDANHA (1995). Mendanha, Victor. *História misteriosa de Portugal*. [Lisboa]: Pergaminho, D.L. 1995.
- MILLARES CARLO (1975-1993). Millares Carlo, Agustín, Hernández Suárez, Manuel. *Biobibliografía de escritores canarios (siglos XVI, XVII y XVIII)*. Las Palmas de Gran Canaria: El Museo Canario: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1975-1993.
- MILLARES TORRES (1882). Millares Torres, Agustín. *Historia general de las islas Canarias*. Las Palmas: Imp. La Verdad, 1882.
- MILLARES TORRES (1893-1895). Millares Torres, Agustín. *Historia general de las islas Canarias*. Las Palmas: Imprenta de La Verdad de I. Miranda, 1893-1895, t.I, pp. 211-213.
- MONTES DE OCA GARCÍA (1928). Barón de Imobach, El [Francisco Pablo Montes de Oca García]. «La empresa borondónica». *Gaceta de Tenerife* (Santa Cruz de Tenerife, 20 de noviembre de 1928), p. [1].
- NAVARRO GONZÁLEZ (1964). Navarro González, Alberto. *El mito marinero de las ínsulas*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1964.
- NAVARRO MARTÍN (1963). Navarro Martín, José Félix. «San Borondón, de la bruma a la duda». *El día* (Santa Cruz de Tenerife, 25 de agosto de 1963), p. 3.
- NOBILIARIO (1952-1967). *Nobiliario de Canarias*. La Laguna: J. Régulo, 1952-1967.
- NÚÑEZ DE LA PEÑA (1676). Núñez de la Peña, Juan. *Conquista y antigüedades de las islas de la Gran Canaria y su descripción*. Madrid: en la Imprenta Real, 1676.
- ODE, OLIVERA (2004). Ode, Tarek, Olivera, David. *San Borondón: la isla descubierta*. [S.l.: s.n.]: D.L. 2004.
- OLIVE (1863). Olive, Pedro de. *Diccionario estadístico-administrativo de las islas Canarias*. Barcelona: Establecimiento Tipográfico de Jaime Jepús, 1863.
- ORLANDI (1968). Orlandi, Ioannes (ed. lit.). *Navigatio sancti Brendani*. Milano: Istituto Editoriale Cisalpino, 1968.
- ORTEGA ABRAHAM (1974). Ortega Abraham, Luis. *Estancias de San Borondón*. Santa Cruz de Tenerife: Nuestro Arte, 1974.
- ORTEGA ABRAHAM (1984). Ortega Abraham, Luis. *La aventura de Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Caja General de Ahorros de Canarias, 1984.
- ORTEGA ABRAHAM (2008a). Ortega [Abraham], Luis. «Martín Araña». *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 4 de julio de 2008), p. 2.
- ORTEGA ABRAHAM (2008b). Ortega [Abraham], Luis. «Luis Cobiella». *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 13 de julio de 2008), p. 10.
- PADORNO (1995). Padorno, Eugenio. *J. Ismael: Ismael E. González Mora*. Islas Canarias: Viceconsejería de Cultura y Deportes, D.L. 1995.
- PADRÓN HERNÁNDEZ (1990). Padrón Hernández, Francisco. «La isla de San Borondón, ¿fantasía o realidad en otro plano-dimensión?». *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 11 de febrero de 1990), p. [28].

- PADRÓN HERNÁNDEZ (1997). Padrón [Hernández], Francisco. «La isla de San Borondón, ¿mito o realidad?». *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 26 de enero de 1997), p. 32.
- PADRÓN MACHÍN (1953). P[adrón] Machín, José. «Otra vez la isla sirena». *Diario de Las Palmas* (Las Palmas de Gran Canaria, 28 de agosto de 1953), p. [12].
- PADRÓN MACHÍN (1963). P[adrón] Machín, José. «San Borondón, las brujas y el Pozo de la Salud». *La tarde* (Santa Cruz de Tenerife, 18 de marzo de 1963), p. 3.
- PAÍS (1865). «Sección local». *El país* (Las Palmas de Gran Canaria, 12 de diciembre de 1865), p. [2].
- PAIS PAIS (1998). Pais Pais, Felipe Jorge. *El bando prehispánico de Tigalate-Mazo*. [La Laguna: Las Palmas de Gran Canaria]: Centro de la Cultura Popular Canaria, 1998.
- PARLAMENTO DE CANARIAS (2008). Parlamento de Canarias. *Concierto conmemorativo del 25 aniversario: estreno de SanBorondón: poema sinfónico desde una isa, Luis Cobiella Cuevas*. [Canarias]: Parlamento de Canarias, [2008].
- PÉREZ (1878). Pérez, Nicolás D. «Curiosidades de las ciencias: el pico de Teide y el espejismo». *El ensayo: semanario de literatura*, n. 76 (Santa Cruz de Tenerife, 16 de junio de 1878), p. [1]; n. 77 (23 de junio de 1878), p. [1].
- PÉREZ CORRALES (2003). Pérez Corrales, Miguel. *Pirene romántica: la literatura portuguesa del romanticismo y sus relaciones con la española*. Tenerife: Argonauta, 2003.
- PÉREZ GARCÍA (1985-1998). Pérez García, Jaime. *Fastos biográficos de La Palma*. Santa Cruz de La Palma: Caja General de Ahorros de Canarias, 1985-1998.
- PÉREZ GARCÍA (1995). Pérez García, Jaime. *Casas y familias de una ciudad histórica: la Calle Real de Santa Cruz de La Palma*. Santa Cruz de La Palma: Cabildo Insular de La Palma; Colegio de Arquitectos de Canarias (Demarcación de La Palma), 1995.
- PÉREZ GARCÍA (2004). Pérez García, Jaime. *Santa Cruz de La Palma: recorrido histórico-social a través de su arquitectura doméstica*. Santa Cruz de La Palma: Cabildo Insular de La Palma; Caja General de Ahorros de Canarias; Colegio Oficial de Arquitectos, Demarcación de La Palma, 2004.
- PÉREZ HERNÁNDEZ (1998). Pérez Hernández, José Eduardo. «Una isla y su sombra: San Borondón en la prensa decimonónica de La Palma». *Revista de historia canaria*, n. 180 (1998), pp.153-175.
- PÉREZ HERNÁNDEZ (2004). Pérez Hernández, José Eduardo. «Antonio María Manrique, un intelectual inconformista y romántico: de La Palma a San Borondón (1899-1906)». En: *Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura*. (10ª. 2001. Arrecife). [Arrecife]: Cabildo Insular de Lanzarote; [Puerto del Rosario]: Cabildo Insular de Fuerteventura, 2004, t. II, pp. 309-337.
- PÉREZ HERNÁNDEZ (2005). Pérez Hernández, José Eduardo. «Deporte, cultura y sociabilidad en el Nuevo Club (1904-1906): los comienzos del Real Club Náutico de La Palma». En: *Pasos de un siglo: Real Club Náutico de Santa Cruz de La Palma (1904-*

- 2004). Santa Cruz de La Palma: Caja General de Ahorros de Canarias; Cabildo Insular de La Palma, 2005, pp. 20-46.
- PÉREZ MORERA (2004). Pérez Morera, Jesús. «Los hacendados flamencos y su descendencia: paisajes, arquitecturas y organización espacial de los heredamientos de Argual y Tazacorte». En: *El fruto de la fe: el legado artístico de Flandes en la isla de La Palma*. Madrid: Fundación Carlos de Amberes, D.L. 2004, pp. 75-115.
- PICO, CORBELLA (2000). Pico, Berta, Corbella, Dolores (dir.). *Viajeros franceses a las islas Canarias: repertorio bio-bibliográfico y selección de textos*. [La Laguna]: Instituto de Estudios Canarios, 2000.
- PICÓN GARCÍA, OUDRID Y SEGURA (1862). Picón [García], José; Oudrid [y Segura], Cristóbal. *La isla de San Balandrán: zarzuela ilusoria en un acto y en verso*. Madrid: Cristóbal González, 1862.
- PLA (1994). Pla, Josefina. *Cuatro siglos de teatro en el Paraguay: el teatro paraguayo desde sus orígenes hasta hoy (1544-1988)*. Asunción: Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción, 1994.
- POGGIO CAPOTE (2001). Poggio Capote, Manuel. *Colección documental del Archivo de Poggio (1496-1598)*. [Manuscrito]. 2001.
- POGGIO CAPOTE, REGUEIRA BENÍTEZ (2005a). Poggio Capote, Manuel, Regueira Benítez, Luis. «¿Un museo sobre San Borondón en La Palma?». *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 6 de diciembre de 2005), p. 22.
- POGGIO CAPOTE, REGUEIRA BENÍTEZ (2005b). Poggio Capote, Manuel, Regueira Benítez, Luis. «La San Borondón de Edward Harvey». *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 10 de diciembre de 2005), p. 20.
- POGGIO CAPOTE, REGUEIRA BENÍTEZ (2005c). Poggio Capote, Manuel, Regueira Benítez, Luis. «San Borondón se apareció en Los Llanos». *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 21 de diciembre de 2005), p. 21.
- POGGIO CAPOTE, REGUEIRA BENÍTEZ, CURBELO PÉREZ (2007). Poggio Capote, Manuel, Regueira Benítez, Luis, Curbelo Pérez, Juan Luis. «Museum Brendani». *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 28 de marzo de 2007), p. 20.
- QUINTANA ANDRÉS (2004). Quintana Andrés, Pedro C. *Finis gloriae mundi: ideología y sociedad en Canarias, los prebendados del Cabildo Catedral durante el Antiguo Régimen (1483-1820)*. [La Laguna; Las Palmas de Gran Canaria]: Centro de la Cultura Popular Canaria, 2004.
- R.R. (2006). R.R. «Mucho más que siete» *Canarias 7* (Las Palmas de Gran Canaria, 23 de abril de 2000), p. 2.
- REGUEIRA BENÍTEZ, POGGIO CAPOTE (2005). Regueira Benítez, Luis, Poggio Capote, Manuel. «La barca Elvira y su viaje a la isla de San Borondón». *Boletín de noticias El Museo Canario*, n. 15 (2005), pp. 4-9.

- REGUEIRA BENÍTEZ, POGGIO CAPOTE (2007). Regueira Benítez, Luis, Poggio Capote, Manuel. «Una expedición de Melchor de Lugo para descubrir la isla de San Borondón (1570)». *Anuario de estudios atlánticos*, n. 53 (2007), pp. 99-166.
- RÉGULO PÉREZ (1968-1969). Régulo Pérez, Juan. «Notas acerca del habla de la isla de La Palma». *Revista de historia canaria*, n. 157-164 (1968-1969), pp. 12-174.
- RÉGULO PÉREZ (1975). Régulo Pérez, Juan. «Origen del nombre de La Palma». *Diario de avisos*, [n. especial Bajada de la Virgen de las Nieves] (Santa Cruz de La Palma, julio 1975), pp. 1 y 32.
- REVISTA DE HISTORIA CANARIA (1945). «Descubrimiento arqueológico». *Revista de historia [canaria]*, n. 72 (septiembre-diciembre de 1945), p. 516.
- RIHM (1998). Rihm, Roland (*et al.*). «Las Hijas seamounts: the next Canary island?». *Terra nova*, vol. 10 (1998), n. 3, pp. 121-125.
- RÍO AYALA (1963). Río Ayala, Juan del. *Iballa: romance de Fernán Peraza*. Islas Canarias: Imprenta de Pedro Lezcano, 1963.
- RODRÍGUEZ FARIÑA (2004). Rodríguez Fariña, Agustín. *El último auarita: a los enamorados de La Palma*. [Santa Cruz de La Palma]: Cabildo Insular de La Palma; Cajacanarias, Obra Social y Cultural, D.L. 2004.
- RODRÍGUEZ-MARRÓN (2001). Rodríguez-Marrón, Alfredo [Alfredo Rodríguez Pérez]. *Rimas nostálgicas y ecos de San Borondón*. Madrid: Castalia, D.L. 2001.
- RODRÍGUEZ-MARRÓN (2004). Rodríguez-Marrón, Alfredo [Alfredo Rodríguez Pérez]. *Retrato de Benahoare: el cosmos en una isla*. Madrid: Castalia, D.L. 2004.
- ROSO DE LUNA (1918). Roso de Luna, Mario. *Por tierras de la Atlántida: selección de la obra 'De Sevilla al Yucatán'*. Santa Cruz de Tenerife; Las Palmas de Gran Canaria: Idea, D.L. 2003.
- RUMEU DE ARMAS (1965). Rumeu de Armas, Antonio. «A la conquista del mito: el emperador Carlos V y la isla de San Borondón». *El día* (Santa Cruz de Tenerife, 12 de octubre de 1965), p. 3.
- SAN BORONDÓN (2000). *San Borondón: relato de un sueño*. Fotografía, Alexis W. Brito; texto, Félix Viana. Valverde: Cabildo de El Hierro, D.L. 2000.
- SÁNCHEZ BRITO (1991). Sánchez Brito, Luis. *Cuentos nuevos de la isla*. [Santa Cruz de La Palma]: Cabildo Insular de La Palma. Aula de Cultura Elías Santos Abreu, D.L. 1991, pp. 23-28.
- SÁNCHEZ BRITO (1992). Sánchez Brito, Luis. *Cuentos nuevos de la isla*. [La Laguna; Las Palmas de Gran Canaria]: Centro de la Cultura Popular Canaria, 1992, pp. 29-37.
- SÁNCHEZ BRITO (2000). Sánchez Brito, Luis. *8 cuentos de Tazacorte y San Borondón*. Tazacorte: Ayuntamiento de la Villa y Puerto de Tazacorte, D.L. 2000.
- SÁNCHEZ BRITO (2006). Sánchez Brito, Luis. «Tazacorte y el fufo». *Crónicas de Canarias*, n. 2 (2006), pp. 847-497.

- SANZ (2008). Sanz [Delgado], D[avid]. «La reapertura es, sobre todo, una esperanza»: [entrevista a] Luis Cobiella, compositor». *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 26 de octubre de 2008), p. 30.
- SARALEGUI (1917). Saralegui y Medina, Manuel. *Refranero español náutico y meteorológico*. Barcelona: Rieusset, 1917.
- SARAMAGO (1999). Saramago, José. *La balsa de piedra*. Madrid: Alfaguara, 1999.
- SOLANO (1945). Solano, R.M. «Notas de arte». *Revista de historia [canaria]*, n. 71 (jul.-sept. 1945), pp. 320-328.
- SOLER LICERAS (2007). Soler Licerias, Carlos. *La historia de la Fuente Santa*. Santa Cruz de Tenerife: Turquesa, D.L. 2007.
- SÖRGEL DE LA ROSA (2001). Sörgel de la Rosa, Jorge. *San Borondón: la vida de san Brendan, un monje irlandés*. [Santa Cruz de Tenerife: Jorge Sörgel de la Rosa], D.L. 2001.
- STONE (1887). Stone, Olivia M. *Tenerife y sus seis satélites*. Introducción y revisión Jonathan Allen; traducción y notas Juan S. Amador Bedfrod. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995.
- SUÁREZ ACOSTA (2007a). Suárez Acosta, Ricardo. *La ciudad en el museo: Foro de Arte Contemporáneo (CEMFAC)*. [Los Llanos de Aridane]: Ayuntamiento de Los Llanos de Aridane, 2007.
- SUÁREZ ACOSTA (2007b). Suárez Acosta, Ricardo. «Jorge Fin descubre La Palma... desde San Borondón». *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 21 de julio de 2007), p. 19.
- SUÁREZ MUÑOZ (1994). Suárez Muñoz, Ángel. *La vida escénica en Badajoz: 1860-1886*. [Tesis doctoral]. Madrid: UNED, 1994.
- TARADE (1983). Tarade, Guy. *La pista de los extraterrestres*. León: Everest, D.L. 1983.
- TARAJANO (1982). Tarajano [Pérez], Francisco. *Ocho islas y...* Las Palmas de Gran Canaria: [s.n.], 1982, p. 82.
- TEJERA, MONTESDEOCA (2004). Tejera [Gaspar], Antonio, Montesdeoca [Montes de Oca], Marian. *Religión y mito de los antiguos canarios (las fuentes etnohistóricas)*. La Laguna: Artemisa, 2004.
- TORRIANI (1592). Torriani, Leonardo. *Descripción de las islas Canarias antes Afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones*. Santa Cruz de Tenerife: Cabildo de Tenerife, 1999.
- UDEN (ca. 1940). Uden, Hoerst. *Bajo el drago: leyendas y tradiciones de las islas Canarias*. Traducido del alemán por Guillermo Sans Huelin. Burgos: Adelcoa, [194-].
- VÁZQUEZ DE PARGA (2006). Vázquez de Parga y Chueca, M^a José. *San Brandán, navegación y visión*. [Madrid: Doce Calles], D.L. 2006.
- VEGA (1972). Vega, [José Luis]. «San Borondón». *Canarias gráfica / Tribuna de arte y cultura*, n. 13 (Caracas, septiembre de 1972), p. 16.
- VIERA Y CLAVIJO (1772-1783a). Viera y Clavijo, José. *Noticias de la historia general de las islas Canarias*. Publicada con introducción, notas, índices e ilustraciones a cargo de

una junta editora bajo la dirección de Elías Serra Ràfols. Ed. definitiva. Santa Cruz de Tenerife: Goya, 1950-1952.

VIERA Y CLAVIJO (1772-1783b). Viera y Clavijo, José. *Noticias de la historia general de las islas Canarias*. Introducción y notas Alejandro Cioranescu, índice onomástico y de materias Marcos G. Martínez. 6ª ed. Santa Cruz de Tenerife: Goya, 1967-1971.

WALSH (1854). Walsh, Thomas. *History of the Irish hierarchy, with the monasteries of each county, biographical notices of the Irish saints, prelates and religious*. New York: D. & J. Sadlier & Co., 1854.

YANES CARRILLO (1953). Yanes Carrillo, Armando. *Cosas viejas de la mar*. Santa Cruz de La Palma: J. Régulo, 1953.

La isla perdida: memorias de San Borondón desde La Palma
se terminó de imprimir
en los talleres de Gráficas Sabater
el día 26 de enero de 2009,
al cumplirse el 405º aniversario de la aventura capitaneada
por el piloto Gaspar Pérez Acosta y el franciscano fray Lorenzo Pinedo
en busca de esta tierra legendaria.
Al decir de José de Viera y Clavijo, esta expedición
«sería el escollo de los mismos Colones y Magallanes,
si les hubiere cabido en suerte».

